




3 1761 06971057 2



Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

837

70

LA CAMADA.

Obras del mismo autor:

Recuerdos de un Emigrado.

Un Año en Londres.

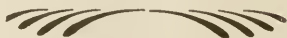
Manuel González y su Gobierno en México, (agotada.)

Recits Mexicains, (en francés.)

L'Etudiante, (en francés.)

Varias monografías médicas en francés y castellano y numerosos artículos en la "Escuela de Medicina."

Psicología Histórica. 1er. Tomo, Porfirio Díaz; 2º Tomo, El Caudillo.



PSICOLOGIA SOCIAL



LA CAMADA

NOVELA HISTORICA MEXICANA

POR

SALVADOR QUEVEDO Y ZUBIETA.



MEXICO.

LIBRERIA DE CH. BOURET.

AVENIDA DEL CINCO DE MAYO NÚMERO 45.

1912

PRÓLOGO

(Condensado)

Lupus est homo homini. . . .

PLAUTO.

(Asinaria.—Acto II.—Escena IV.)

119

1197

Q4C3



I.

EN LA SECCIÓN MÉDICA DE LA 5ª DEMARCACIÓN.

Había llovido mucho desde las dos, por lo cual aquella tarde—jueves 18 de Junio de 1897—despuntaba como una “buena tarde,” en la 5ª Comisaría de la 3ª Calle de Zarco.

Así, al menos, llegó a creerlo el practicante supernumerario de guardia Pedro Flon, quien, después de apurar su café agarbanzado en un trecho libre de la mesa escritorio, había podido echar una siesta sin que lo molestaran.—En mangas de camisa, extendido en angosto catrecito gemidor, al ser despertado por un ruido de ratas, su primer impulso fué el de saltar del lecho, a la defensiva; pero como no reconociese más ruido humano que el roncar de un ebrio

rezagado en el vecino cuarto, (“el segundo”), se quedó en cama pensando en los beneficios de la lluvia. . . . ¿No era acaso el agua, cuyo titileo resonaba en la ventana, lo que le proporcionaba una “buena tarde” sin chismes ni heridos? Venía bien el reposo, en la media oscuridad del cuarto de guardia (“el primero”), después de la faena de la última noche, pasada casi en vela, lidiando con siete heridas de cabeza y una de cuello, acompañadas de profusa hemorragia.

La lluvia caía a punto! Ella melancoliza la acción del pulque, congela los enredos en las vecindades, derrama, por último, paz y armonía en las Comisarías y en sus Secciones Médicas. Y Flon se dijo que el asunto podría servir para su tesis doctoral con este título: “De la influencia de los cambios meteorológicos sobre la criminalidad en la ciudad de México.” Hasta pensó en proponer esta idea a su jefe directo, el médico de la Sección de la 5ª Don Esteban Sergio quien le había prometido colaborar para su tesis.

De una idea en otra, hubo de condolerse con la de su futuro doctorado. Andaba éste mal, muy mal. Hacía ocho meses, lo habían *reventado* (era su expresión) en el examen de 5º año, y desde entonces, ajenas iba a las clases y al hos-

pital, absorbido por la Comisaría. ¡Si solo fuesen las guardias de reglamento, alternadas con dos compañeros! Pero estos *marraban* a menudo por licencias, renunciadas, destitución o juerga inesperada: y en tal caso había que hacer guardias de 48 horas y aun más, relevado por un solo practicante, o esperando el advenimiento de un recién nombrado que no llegaba. ¡Si él tuviera también sus medios para desafiar la destitución! Pero en primer lugar, ¿qué diría el Dr. Sergio, ese buen jefe, casi su amigo, por quien sentía especial afecto? Y era lo más grave que no contaba “como base”, mas que con los quince pesos mensuales que le mandaba de Tampico la tía Chenta, apiadada de su orfandad y del naufragio de su pequeño haber paterno. Cuando éste alcanzó sus postrimerías en los últimos bailes de *posadas*, fuéle preciso recurrir a la Comisaría, en la alternativa de pegarse un tiro. A fuerza de empeños, tras de un corto período de méritos gratuitos como adjunto, pudo descolgar una plaza de “practicante supernumerario” con veinticinco pesos al mes.

Así había permanecido hasta la fecha: *supernumerario!* Esta palabra que resumía su actual situación en el campo médico, le sonaba como un toque de queda.—“Es decir que yo, Pedro

Flon y Contreras, repleto en mi adolescencia de latín y lenguas vivas, salpicado de Pe-Bes en mis preparatorios; yo, que he obtenido premios en Anatomía, y sé diseccionar como nadie el triángulo de Scarpa; yo. . . . llegado á los veintiuno de mi existencia, no soy ni siquiera del número soy un *super* ¿qué digo *super!* un extra-numerario, para quien el numerario público no tiene mas que un *super* ¡nada de *super!* un extra de trescientos pesos, cero, cero centavos al año!”

Enardecido por su juego mental de vocablos, el supernumerario movió un pié, extendió el brazo derecho con un ademán que, a no ser por la posición acostada, hubiera parecido oratorio.

Bajo el entarimado las ratas chillaron en rabiosa acometida; una de gran calibre hizo irrupción por un hollanco de la madera, destruida a trechos; se escurrió hacia el rincón en que había una canasta con platos sucios de desechos.

“Ya comienza el asalto de mis restos,” monologó el practicante, viendo a una segunda larguirucha, salir y apresurarse en igual dirección. Al mismo tiempo, el ebrio de al lado dejó percibir un hipo de vomiturición inminente.

—*Cuarenta y nueve!* gritó Flon, medio incorporándose en el catrecito que osciló.—*Quince!*

gritó más fuerte, y como sus llamamientos numéricos a los auxiliares resultasen inútiles,— “Esos auxiliares! á ver qué pasa! Denle amoníaco!” exclamó el joven lanzando al azar, en esta orden breve, la gran fórmula antialcohólica de las Comisariás.

Sólo el ebrio respondió, murmurando una maldición de baja estofa. A su vez, Flon maldijo tácitamente a su suerte, mientras se calaba sus gafas de miope precoz y se ponía el levitín raído que le servía de *jaquet*. . . . Acababa de notar que la lluvia menguaba y presentía que, con el orden del cielo, comenzaría el desorden en la tierra. Una claridad solar desvergonzada iluminó de improviso la 3ª calle de Zarco, bañando la tapia del solar de enfrente, abriéndose paso en vivos raudales por las dos ventanotas enrejadas de la Sección Médica.

Componíase ésta de dos cuartos: en el fondo, el llamado por practicantes y oficinistas “el primero” que servía de despacho principal, con mesa-escritorio, catre de practicante, armario y mesa de “operaciones grandes”; cerca del portón “el segundo,” en comunicación por un lado con “el primero”, por el otro con el vestíbulo y destinado principalmente a guarda de ebrios y cura de “lesiones chicas.” Una empi-

nada escalerita de madera en un ángulo de este “segundo,” conducía al *tapanco*, tablado guarnecido de barandal sobre cuyas desnudas tarimas se echaban a dormir cuatro gandules subordinados al médico y practicantes, con funciones alternativas de “camilleros” y “auxiliares de curaciones.”

“Primero” y “segundo” salieron de la penumbra en que se disimulaban sus crudezas de tono.

Ostentóse en su grosera magnitud el viejo estante librero, pintado de negro ya cenizo, con honores póstumos de armario quirúrgico. Por el claro de un vidrio roto, apareció un estuche abierto del antiguo régimen pre-aséptico, forrado de una felja que debió ser roja y era gris, con muchos de sus huecos vacíos, otros ocupados por ferralla mal encajada. Pinzas de tornillo, disímiles, opacas por el desgaste, ¡endían de alcayatitas o asomaban por entre montones de bandeletas enceradas, vendas, tiras de gasa privadas de asilo en la quebrazón de los frascos. Uno solo quedaba íntegro, aunque sin tapón, y por su boca salía un penacho de algodón absorbente que, en espera de absorber sangre, ejercía su función absorbiendo la inmundicia ambiente.



II.

LA POLICÍA Y LA POLÍTICA.

Ante la porquería de aquel estante resumiendo la de toda la Sección, revelándose en la súbita claridad vespertina, se renovaron en el joven las sensaciones de Empédocles ante el cráter del Etna: el horror de un fenómeno cuyas causas se perdían en algo desconocido. . . . Ese “algo” era para él la *política*, nombre bajo el cual encerraba toda especie de complicaciones sociales.

La policía—íntimamente ligada en México a la política—pasaba entonces por una crisis. Acababa de ser nombrado Inspector General un joven trigintenario salido a tan alto puesto de la cámara de diputados, es decir, de la política. Apenas sí se había iniciado al empleo con algu-

nos meses que pasara al frente de la prefectura en la Villa de Guadalupe y con funciones efímeras de Visitador de Comisarías. Como sucede en los ascensos rápidos a las altitudes, llegaba nervioso al alto empleo. Quería hacer y deshacer, acreditarse como hombre de acción en camino de gobernar el Distrito. Una de las innovaciones que propuso y alcanzó luego fué la de decapitar las Secciones Médicas de Comisarías privándolas de su antiguo Jefe médico. . . . “No hay más Jefe que yo, Eduardo Velázquez.”

A este nombre correspondía un personaje alto y enjuto, en que el ademán vivo, la palabra altisonante traicionaban de continuo una energía *ex-vaquo*, pronta a ejercerse sin motivos.

Don Eduardo Velázquez no conocía a Pedro Flon; no sabía que allí, en la Sección Médica de la 5ª Comisaría, existía bajo sus órdenes un j racticante supernumerario, agarrado al mísero empleo, en la alternativa de pegarse un tiro. ¿Qué le importa a un Inspector General de Policía que exista o no exista en una Sección Médica un mancebo cuyo traje mal zurcido y piel paliducha sirven de envoltura a una almita en fermentación?

Pero Pedro Flon sí conocía a Velázquez. Le había visto de civil, reluciente de sedas y dijes,

el sombrero alto sacudiéndose sobre su perfil enfático en el tiroteo graneado de saludos, pasando en coche a palacio o a ceremonias oficiales. Lo había visto de charro una noche en que bajó del caballo en el patio de la 5ª entrando luego en la oficina al son de chasquidos. . . . Era él, el Inspector Velázquez, que en su amor por las *rondas* nocturnas, olvidaba quitarse las espuelas.

Ya de charro, ya de paisano, Velázquez producía en Flon la impresión obsedente de un árbitro: no solo “de las elegancias,” sino de su propio destino. De él dependía su elevación a *numerario* con 35 pesos de sueldo. El asunto tenía que resolverse pronto.

—“Muy pronto! decía Flon: porque gracias al desbarajuste de la política la Sección Médica de la 5ª ejecuta la mas rara de las *machincuepas* (*): tiene dos practicantes *super!* yo y Carriles. . . . ¡ese maula de Carriles!”

De seguro que Velázquez lo nombraría a él, Flon, mas antiguo y mas firme en el servicio. Carriles era nuevo y tan *cuajante!* (**)

(*) Volteretas.

(**) Faltista.

Notas como éstas son y serán necesarias en un libro destinado a circular no sólo en México, sino fuera.

—“¡Como no vaya a faltar también esta noche, y me deje de plantón!” terminó el practicante rascándose con la diestra encima de la oreja derecha, ademán a que recurría en las situaciones apuradas.

—Un trago de refino, doctorcito!

Atado al “sillón amarillo,” el ebrio del “segundo” se despertaba con el grito de su sed eterna.

El estudiante reconoció en él un *cliente* antiguo. Sí! Era él mismo, aquel beodo pálido y flaco que le había *dado guerra* otras noches.



III.

UN EBRIO "AUXILIADO."

—A ver, esos auxiliares que no auxilian! clamó Pedro Flon, pasando del "primero" al "segundo."

En este "segundo" la mesa de curaciones chicas vacilaba al menor impulso sobre sus cuatro patas, al par de dos sillas de bejuco desfundado. Pero si las sillas endebles se meneaban, había allí también un gran sillón, de singular firmeza. Mueble importante, el *sillón amarillo*, de encino roble, pintado del color que le daba su nombre, y destinado á los ebrios, completábase con una cuerda para sujetar contra sus barrotes al beodo bamboleante. Cerca del sillón una tabla, "la tabla de los niños muertos," también amarilla, servía al reconocimiento médico de pequeños

cadáveres. Estaba empotrada en el muro, á un lado de la puerta; en el opuesto, la escalera de palo se elevaba en tramos angulosos hasta el tapanco.

Por ella subió Flon, y como su voz no alcanzara a despertar a los dos auxiliares profundamente dormidos en el estrecho entarimado, los removió con manos y pies.

—Quince! Cuarenta y nueve! ándenle!

Y cuando se levantaron, una orden confidencial, de extraño significado: “Hay que auxiliar al detenido. . . . Un balazo.”

Bajaron al rato, todavía amodorrados, poco menos que el ebrio del sillón, aturdidos como él por la mala noche y el pulque indigesto. El 49 fué a sacar del estante el frasco de amoniaco, el 15 recibió en torundas de algodón un chorro. . . Ambos procedieron a *auxiliar* al ebrio que forcejaba por desasirse del sillón. De repente dos manos armadas del algodón amoniacal, vinieron a posarse con fuerza sobre boca y nariz. . . .

—“Déjenme!” rugió el paciente sofocado y lloroso. Siguieron sus protestas contra esta cura brutal que en el vocabulario de comisarias se llama “balazo de amoniaco.”

—“Suéltenme, hermanos!. . . un trago de agua siquiera! . . . y les voy a echar *la loa*. . . ¿Saben

ustedes quién soy? Se los diré: pero antes deben saber que yo he pertenecido a *la alta*. . . . ja, ja, ja! he sido de la alta!. . . . He bebido champagne en la Concordia y en el *Tívoli* de Porraz. . . . Regidores, diputados, hasta ministros, toda la alta ha trincado conmigo. . . . Soy. . . . Espérense. . . . ¿Ya me ven aquí con este pelaje?. . . . Mis zapatos, ni en el muladar los quieren, mi camisa y pantalón, ni para cola de papelote! Lo cual no quita que me he vestido con Sarre en los tiempos de Don Manuel González.”

—“Aquí 'stá l'agua!” le interrumpió el auxiliar 49 acercándole a los labios un vaso de im potable, originaria de la fuente común para presos y bestias.

No bien hubo acabado de beber, otro *balazo* de amoníaco descargado por el 15, le cortó el aliento. Cuando pudo proseguir fué para recordar la época del presidente Manuel González.

—“Aquellos eran tiempos! Había convivialidades como en los de Don Sebastian Lerdo. . . . Se sabía beber; se brindaba mucho. . . . A mí, tier necito, me apuntaba el bozo. y ya brindaba en cantinas, boliches, prostíbulos. . . . toda especie de jolgorios. . . . Pero cayó Don Manuel, hombre de fibra, trascendente. . . . Lo aplanaron. Volvió el Caudillo. y con él Tuxtepec en

toda su pureza. . . . ¡Qué pureza! Fué el reinado de la barbacoa y los chilaquiles. . . . en seco. Apaga y vámonos! Me fui hundiendo a medida que subían a la alta unos que apenas lo probaban. Fué la de los generales de uñas grandes y boca chiquita. . . . Qué generales! Apenas toman un traguito de Jerez con agua de Tehuacán y piden al padre. . . . No pude con ellos! Me cargaron tanto que renuncié a la posición. . . . Pasante de derecho, escribiente de primera en lo administrativo y judicial. . . . A mí que me hablen de jefes como mi general Triás quien asaltaba lo mismo una trinchera que un mostrador de cantina. . . . como mi general Rocha que ganó la Bufa con botellas de Cognac en las pistoleras. . . . Esos eran hombres de fibra, trascendentes. . . . Se acabaron. Ya no hay hombres!. . . . A todo esto ¿saben quién soy yo? Se los voy á decir. . . . Soy Arnulfo. . . .”

Su apellido se apagó en otro golpe de algodón amoniacaal asestado por el 15, en tanto que el 49 reforzaba el *auxilio* apretando el cuello del auxiliado.

—“Soy Arnulfo Arroyo” gritó pataleando. . . . “Y gracias a que me tienen amarrado. . . . que si no, los acuesto de una *trompada*. . . .”

Al ruido de la brega, Flon se desprendió del

escritorio. Había seguido desde su sillón la perorata del borracho. Le pareció no tan vulgar como las que resonaban habitualmente en el recinto. Aun sorprendió en ella elementos de sabor clínico, cónicas concepciones emergiendo de un *yo* megalómano.

Al verlo venir a pasos lentos, mal caladas las gafas que caían hacia el horizonte, con airecito inquieto y severo, imitado de algún *dómine magister*, Arnulfo pasó súbitamente del ataque al ruego:

—“Doctorcito, que ya no me atormenten!”

Condolido el practicante mandó que lo desataran y detuvo el amoníaco.

—“Ahora sí soy su amigo, jefe!” exclamó el ebrio yendo a sacudir con su diestra la del joven, y añadió:

—“Cuando lo acometan, nomás hábleme. . . . Saldré por Ud. con este brazo. . . . aunque sean tres.”

Y su brazo tendido dibujó en el espacio una inmensa “trompada.” (*)

(*) Más adelante, el autor disertará un poco sobre este vocablo (nada castizo) de la jerga nacional.



IV

CÓMO EMPEZÓ UNA “MALA NOCHE.”

A las siete de la noche de aquel mismo día, no quedaban de la lluviosa tarde mas que algunos charcos en empedrados y aceras, algo de frescura en la atmósfera y en el cielo nubes desgarradas. Por entre girones apareció la luna. Dos fajas de claridad argentina se colaron por las ventanas de la Sección Médica de la 5ª luchando ventajosamente con las lámparas en agonía petrolera.

—Ahora sí, que esto va á descomponerse, señor! Ya tenemos luna!

—Astrólogo inconsciente que es Ud. señor Flon. . . . Siempre empeñado en relacionar el movimiento de la Sección con las fluctuaciones celestes. . .

—Es un hecho, señor Sergio; cuanto más relumbra el cielo, tanto más quiere el pueblo *alumbrarse*.

—Es ese un fatalismo de orden meteorológico... Lo ha leído.....

—Sí, señor Sergio; lo leí en Montesquieu.

—Un visionario! Su *Espíritu de las leyes* abunda en visiones expuestas de modo erudito. Una ingirió Ud. que no pudo digerir; le hizo daño... Pero al grano.... ¿Qué ha habido esta tarde?

Y el Dr. Esteban Sergio, Médico de la 5.^a, en cumplimiento de su visita nocturna a la Sección, se puso a revisar el paquete de certificados que le presentó el practicante. Por orden de tiempo, venía primero el de Arnulfo Arroyo *en tercer período de ebriedad*.

—Arnulfo! exclamó el médico: no es común ese nombre en nuestros pelados. Es un nombre de caballería andante!

—Parece ser un ex-lagartijo, observó Flon; es aquel ébrio golpeado por un gendarme, que no quería dar su nombre el otro día... Ahora agredió a bofetadas a otro tomándolo por su apaleador... Han pedido certificado por lo que pueda suceder. Pero ya salió libre por influencias... Según dicen, tiene grandes amigos, aun entre los jefes de policía.

—Chismes! replicó Sergio firmando el certificado: y siguió revisando los demás: exco- raciones, contusiones superficiales, mordiscos de comadres rabiosas y lesioncitas que una tradi- cional y caprichosa nomenclatura de comisariás, califica *de esencia*.

—Fueron las primicias de la tarde, pasada la lluvia, repuso el supernumerario. Pero ya em- pezaron las de cuchillo. Ahí están unas (seña- lando al “segundo”) pendientes de curación y certificado. . . . Acabo de enviar al 49 con dos detenidos y una camilla para que levanten un herido en la plazuela de los Angeles. Le digo a Ud. que la noche va a ponerse mala.

Por el momento apoyaban el pronóstico los dos contrincantes heridos que esperaban en “el segundo” la sutura de sus cuchilladas. Uno pre- sentaba un chirlo en la mejilla, mientras el ad- versario había salido airoso, con solo un colgajo de piel en el antebrazo. Poca sangre. Pasada la excitación del mezeal, dormitaban juntos en paz amistosa. Removidos, despertaron. . . . “No es nada—opinó el del colgajo: apenas nos dimos una *llegadita*.”—“Ay! amo, no tan recio!” dijo el otro sintiendo la aguja curva de Flon pene- trarle en el chirlo.

Del portón a la oficina del Comisario notába-

se creciente movimiento de gendarmes, grupos de contendientes de las vecindades que todavía excitados seguían insultándose; luego pasaban á la Sección médica para ser “calificados.”

—A ver, sopleme. . . . era la primera prueba de Flon.

—¿Qué le sople? respondió una beldad de enagua colorada, causa de un lío.

—Sople, sople. . . .

—Si no soy su fuelle! Qué? ¿Me quiere oler? Huélame. . . ¿A qué huelo? . . De seguro que no ha de ser al agua florida. . . . acabo de merendar.

—Déme su brazo.

¿Qué va a hacer con mi brazo? Ah! el pulso. . . . Me va a tomar el pulso! Sólo me falta sacar la lengua para que me pida el peso. . . . ¿Y qué más, señor médico?

—De Ud. unos pasos. . . . Ahora, párese en un pié.

La hembra anduvo derecha: se puso en un pié con donosura, sonriendo maliciosamente de la indecisión de Pedro Flon.—Era, según éste una ebriedad *larvada, atípica*, etc., cuantos dictados puede discurrir un practicante para esquivar el diagnóstico.

—¿Qué período? interpeló impaciente el gendarme que la llevaba.

El médico salió en auxilio del supernumerario.

—“Excitada” Diga Ud., gendarme, que está excitada, lo cual no necesita certificado.

—“*Ujule! . . . esitada!*” remedió la moza y rompió a reír, en tanto que el gendarme tiraba de ella hacia la oficina.

Más complicada que la clasificación de ebriedad, resultaba la tarea de descubrir ciertas lesiones. Sobre todo cuando surgía una *mañosa*, fecunda en artificios para extraviar el examen, con el fin de escajar al terrible hospital. Tal fué una que, envuelta en su rebozo, se presentó luego al examen de Flon.

—Quítese el rebozo.

—Si apenas nos pegamos, objetó ella, lavandera de oficio, lesionada en una refriega de baño. Su cara, cuello y pecho aparecieron estriados de rojo. Tirando de la camisa, el practicante buscaba en las profundidades submamarias alguna herida cuyas rociadas hubiesen subido hasta el rostro.

—Más abajo, de más abajo, observó la lavandera.

—Cómo! ¿Está herida en el vientre?

—Herida? Válgame, señor! si no mas fué una

chongueadita con mi comadre! Lo que sucede es que estoy (con rubor y en voz baja) estoy. . . .

¡Extraño catamenio, que subía al pecho y a la cara! Era necesario un examen profundo, y para practicarlo, empujóla Flon hacia la mesa de curaciones del “primero.” Interrumpiendo la redacción de un acta el Dr. Sergio se informó del caso.

—No sería extraordinario que una mujer tuviese sangre en la cara por causa del flujo. Hay flujos nasales suplementarios y complementarios. . . .

Ante esta observación (un cohete!) de su jefe, Pedro Flon se batió en retirada, y replegándose hacia la nariz sospechosa, se reprochó el no haber observado hinchazón en el dorso y sangre en los bordes.

—No fué cosa, nomás una “chongueadita,” repitió la “mañosa.”

Sin embargo, nada había afirmado el médico de la 5ª. Sólo había puesto un signo de interrogación sobre aquella nariz chata y oscura que disimulaba sus lesiones en la penumbra.—“Tumefacción y equimosis” dijo Sergio acercando el quinqué.—“Fué un *agarroncito* nada más.”—“A la palpación, movilidad anormal y crepitación huesosa.”—“Amén,” murmuró la examina-

da, tomando la jerga quirúrgica por oración latina. — “El epistaxis se ha detenido por sí solo.” . . . Apunte Ud. señor Flon: “*fractura de los huesos propios. Necesita Hospital*” . . . Protestas de horror: “Hospital no!” etc.

Los gritos de la lavandera se desvanecieron en la barahunda de una nueva y numerosa “remisión.” Eran cuatro mujeres, tres sospechosas de aborto criminal: con ellas la partera señalada como cómplice por vagas delaciones. Misterio! No se tenía mas que una parte del *corpus delicti*: la placenta, encontrada en un cajón de basura. La traía el gendarme conductor del grupo, mal envuelta en trapos de que salía colgando el cordón umbilical.—¿Y el feto ó niño? —Quién sabe! . . . Acaso enterrado en el lugar mismo de su expulsión o arrojado en pedazos a la cloaca. . . .

La mas intelectual del grupo era sin duda la comadroncita Julia Banué, joven, no mal parecida, mas indigena que blanca, ornada de varias prendas, entre ellas un bocito que inquietó dulcemente a Pedro Flon. . . . Hija y nieta de comadronas, parteaba de raza. Sin conmoverse por el lío profesional que la circunía, guardaba una actitud cautelosa de gata sorprendida. Sólo habló para rechazar su participación con breves

negaciones. No así sus tres compañeras que se expresaban con soltura.

—Sólo mi comadre Petra era la que andaba abultada, declaró una.

—Mire comadre, contestó la Petra; mire que me está faltando. . . . Se pone conmigo, porque no soy *rijosa*. ¿Cómo no *ácrimina* usted a Conchita que es de armas? ¿Le tiene miedo?

—¿Yo de armas? saltó la Conchita, una costeña de ojos procaces.—No tengo mas que uñas para las habladoras. Sacudió las manos contraídas como garras inminentes: luego, con soberbio impudor de hembra ansiosa de maternidad, las posó sobre el hipogastrio. “¿Y qué yo tuve al mocoso?. . . . Ojalá! Pero si no encuentropor más que hago!”

—Basta! exclamó el médico interviniendo. Quédese la partera aquí mientras practico un reconocimiento.

A esta orden las tres sospechosas entraron al “primero” que se clausuró. Comenzó el examen con la comadre Petra tendida al través del catre del practicante.

Entretanto Flon en “el segundo” se esforzaba por examinar a María Jacoba, india legítima de San Bartolo Naucalí am, traída a la Sección hacia rato con el aviso de “herida por su hombre.”

—“Nada señor, si no tengo nada!” declaraba la azteca bajo las pesquisas de Flon ayudado por el auxiliar n^o 12 que acababa de presentarse.

—“Levántese la cotona; desfájese. . . .” Inútiles excitativas. María Jacoba juntaba las manos en actitudes que tenían tanto de súplica doliente como de resistencia enérgica.

—“Déjame niño, no tengo nada!”

—Amoniaco! ordenó el practicante en solicitud del líquido que en las comisarias adquiere las proporciones de heroica panacea.

Ya se aprestaba el 15 a dispararle el balazo de álcali, cuando la india, refugiada, en euclillas, bajo la escalera del tapanco, echó un “ay” lastimero y se desplomó privada de sentido. En la caída, su *cotona* echada a un lado, dejó ver la mama izquierda, alargada y colgante, manchada de algo que en el primer momento escapó a la observación del supernumerario.

—“Síncope!” dijo con la mirada a la cara y los dedos al pulso.

Extendiéndola boca-arriba, desanudó el ceñidor que sujetaba el “chincuete” y procedió a practicar la respiración artificial según las reglas. A cada movimiento de aducción de los brazos, un escurrimiento acompañado de borborismos se producía. . . . ¿Sangre?—Sí que la ha-

bía. Venía de un foquito hemorrágico situado en el hipocondrio izquierdo. lugar de elección de las punzantes mexicanas, pequeñas en la piel, terribles por dentro. . . . La sangre apareció también en la boca.

—“Doble penetrante de pecho y vientre al través del corto-diafragmático,” dijo Flon como si entonara una salmodia habitual. Y abriendo bruscamente la puerta del “primero:”

—“Señor! se me muere la india!”

Apareció Sergio desprendiéndose de una de las sospechosas dejada en posición obstétrica al borde del catre.

Llevada a la mesa de operaciones, la herida se repuso, tonificada por los golpes amoniacales que le propinaba el 15.

—Mala herida tienes. María Jacoba, y la escondías!

—*Más que. . . .!* contestó la india al reproche del practicante; “mi marido, muy mi marido me pegó”. . . . Y sintiendo la pinza y el bisturí: “ay! padrecito, déjame: si no tengo nada!”

Como la hemorragia proseguía, Sergio después de desbridar, hacía la hemostasis. . . . En esto se oyó un gran ruido en la segunda pieza. Dos pelados (detenidos desde la víspera y forzados a trabajos “voluntarios,”) cargando una ca-

milla, hicieron resonar sus guarachis, al par de los del 49 que venía *guiando*. Luego retumbaron tacones de botas: las de un gendarme, un oficial y el “cabo de puertas.”

Este último penetró en el cuarto de operaciones, en son de carga:

—Doctor! un herido grave; viene desde los Angeles. . . .

—Y la que curo ¿no es también grave? Que espere su turno.

—Viene muy malo, doctor; ordena el Inspector que lo cure pronto.

En un ademán desesperado compendió Sergio toda una historia de luchas inútiles contra las invasiones del personal policiaco. Inútilmente un letrero en la puerta de la Sección decía: “Se prohíbe la entrada a personas extrañas al servicio médico. Los gendarmes deberán esperar afuera mientras se hace la curación de sus remisiones”. . . . No se ha visto ¡prohibición más violada. . . . Detrás del cabo autoritario penetraron al “primero” el oficial y sus espuelas, el gendarme y su ¡alo; en seguida escribientes guasones, con la pluma en la oreja. . . . Era la recua gendarmeril en torno de la cirugía, ávida de banderillas y rejonazos, buscando en la operación ilusiones taurinas. Era ella, amontonán-

dose contra los codos del cirujano horrorizado, rozando instrumentos y curaciones, escupiendo al lado, resoplando en la herida. . . . Ante esa invasión ¡adiós Cirugía! Sergio se sentía violentamente trasladado a un corral en que se ejecutara la faena, tan tumultuosa en las “haciendas,” de herrar el ganado. Convencido de que nada podía con razones, reprimía sus deseos de volver el bisturí contra los invasores.

Con ayuda de Flon dióse prisa en poner el apósito, y ordenó: “que se la lleven.”—Se la llevaron, como en el rodeo tiran de un cuadrúpedo para que otro le suceda junto al brasero en que refulgen las marcas candentes.

Envuelto el bajo vientre en trapos, rodó el herido de la camilla a la mesa. Bajo los trapos apareció el epiplon haciendo hernia con un asa de intestino. Se disponía Sergio a hacer el lavado y reducción, cuando la llama de la lámpara empezó a temblar y el cuarto “primero” a sumergirse en la obscuridad. La del “segundo” echaba también sus últimos suspiros.

—“Mira 49; saca una peseta de la bolsa de mi chaleco, y vas a comprar petróleo y un velón,” dijo el médico con el acento tranquilo de un hombre que ha pasado por mayores resignaciones. Entretanto, el herido aletargado hasta

entonces por el alcohol, se debatió en la mesa y exhaló un berrido. . . . No había tiempo que perder. Las manos de Sergio y de Flon, húmedas todavía de solución desinfectante, se pusieron a obrar tentaleando, débilmente esclarecidas por la lucecita crepuscular de una linterna de gendarme.

En los cuartos sombríos siguió representándose uno de tantos actos de la tragicomedia "Una mala noche de comisaría," por el tenor siguiente:

El médico y el practicante saliendo desesperadamente del mal caso, hostigados por infecta y heterogénea asistencia: el herido lamentándose entre maldiciones; la india tendida en la dura lámina de la camilla, en espera del *pase* al Hospital.—Replegadas contra la cama revuelta del practicante, las mujeres complicadas en el aborto: la parterita esperando a la capa en un rincón del "segundo;" y cerca de ella, atropellándose confusamente, nuevos gendarmes, nuevos ebrios y heridos.



V.

CÓMO ACABÓ LA MALA NOCHE.

Muy poco hacía que habían sonado las nueve en el cercano templo de San Hipólito cuando el Dr. Esteban Sergio salió de la Sección Médica. Su cabeza inclinada, como si siguiera contemplando en el suelo heridas insondables, lo mismo que la contracción amarga de su semblante, reflejaban el paso de su alma por dos horas de ingrata lucha.

Se detuvo un momento en el dintel del portón de la calle á medio cerrar, aspirando el fresco ambiente, complaciéndose en divisar á lo lejos, hacia el Norte, el perfil indeciso del cerro del Chiquihuite con vagos deseos de trasladarse á su desierta cumbre.

—“Buenas noches, compañero!”

—“Salud al Dr. Sergio, de la 5ª Demarcación!”

Quienes así le saludaban eran dos amigos, los Doctores Pinillos y Pedroza, ambos médicos legistas que iban á la habitación del primero, en la 7ª Violeta, para confeccionar dictámenes periciales. Nunca se vió un par más disímboles: Pinillos, llamado el “práctico” por sus pretensiones de sabio empirismo, érase un personaje alto y seco, tendencioso de palabras y modales, espíritu fofó que despedía conceptos huecos de tenue y brillante envoltura, bolas intelectuales de jabón.

Bajito y rechoncho, su socio Pedroza escondía méritos intrínsecos bajo una levita manchada, candidez columbina bajo su piel bronceada de semi-azteca. Modesto de verdad, purgaba con su pobreza el disparate de haber abrazado la profesión médica en un medio social donde sólo la falsa modestia prospera.

Uno y otro dirigieron á Sergio interrogaciones familiares.

—“Qué hay de nuevo en esa 5ª?”

—“Qué dice la Cirugía traumática?”

—“Qué bueno ha de haber? Todo malo!. . . Ni qué Cirugía!. . . Digan Uds. *herradero*. Ven Uds. aquel monte? Es el *Chiquihuite*. . . Mejor quisiera operar allá, á solas, con mi practicante,

bajo el cielo estrellado . . . Creo que tendría más probabilidades de salvar á mis heridos.

—Ud. siempre en los montes, por las nubes! . . . Hay que adaptarse al terreno, compañerito Sergio, amonestó Pinillos.

—“Lo que se necesitaría, es que el Gobierno. . . .” opinó cándidamente Pedroza; y expuso sus ideas sobre la transformación de las Secciones Médicas en hospitalitos de socorro, montados á la moderna. Luego habló de la supresión de las pulquerías, la educación y “pantalonización” del pelado. . . .

—Educar al pelado! saltó Pinillos. Visiones! Visiones! Hay que dejarlo con su calzón blanco, su pulque y su cuchillo. Así es feliz. Y cuando pelea, hay que dejarlo. . . . Que se destripen unos á otros y venga otra raza! Nada de salvarles la vida, Doctor Sergio. . . . Déjelos que se mueran. . . . Nosotros también tenemos nuestro “herradero” en la Morgue-anfiteatro del Hospital San Pablo. Mandémoslos allá. . . . Es lo práctico!

Siguieron su camino á la 7ª Violeta los dos médicos de muertos. Sergio se quedó en el din-tel, pensativo, revolviendo el apóstrofe de Pinillos: “Déjelos que se mueran. . . .” Y entonces ¿para qué afanarse?

Una pareja de gendarmes entrando con un pelotón de reñidores, le obligó á moverse de la puerta. Detrás de ellos, otros grupos venían por la 4ª de Zarco. ¡Tenía razón el supernumerario! Parecía que todo el cuartel 5º, con sus barriadas de Martínez de la Torre y los Angeles, ebrio todo él al brillar de la luna, enviaba á la comisaría su espuma de borrachera sangrienta.

Lentamente se retiró el Jefe de la 5ª Sección, calle abajo, por la de Zarco; dió vuelta á la izquierda hacia la calle de Santa María la Redonda en que vivía. Iba á cenar, con intención de regresar al servicio, pensando en el pobre Flon que permanecía de guardia, porque Carriles tardaba en relevarlo. Ni cabía llamar en su auxilio al primer practicante Noreña, un “matrero,” envejecido en las comisarías, alcohólico y dormilón por añadidura. . . . Estaba *franco*.

Pero un buen practicante, como Flon lo era, busca en el medio ingrato motivos agradables para adherirse al servicio. Los halló luego en su inquieto y desocupado corazón de veintiún abriles. Hacía tiempo que deseaba ocuparlo con algun afecto mujeril. . . . Una novia de balcón ó de ventana, con su cortejo de cartitas perfumadas, citas al través de la reja ó al borde de una

fuente de vecindad. . . . Ese idilio no le tentaba, por lo vulgar.

El estudio de la Medicina, el cadáver, las mesas de operaciones y de examen, el *speculum* vaginal substituyendo á un misterio turbador una realidad carnal frecuentemente enferma. . . . al influjo de estos elementos los jóvenes se inician en el amor con algo de la mentalidad de viejos corrompidos.

Así, Flon rehusaba dirigir su sexualidad por los ordinarios senderos; en el brote anormal sus deseos se apartaban de los ideales admitidos por el común de los enamoradores noveles. . . . Cierro que los horrores de la comisaría, las reñidoras desmelenadas y mugrientas, le hacían suspirar por algo delicado. Pero que no le hablaran de la joven ejemplar que baja los ojos ruborosa y retira el pié bajo el asiento al oír un vocablo (¡tan impúdico!) como “¡antorrilla.” Tampoco de la otra que al foganazo de la declaración, contesta tranquilamente: “voy á consultar á mi mamá si puedo corresponderle. . . .” Muñecas automáticas, de un pasivismo tal, que le helaba la sangre!

“Mi Dulcinea tiene que ser activa ó no ser, decía Flon: puesto que yo, al revés de Don Quijote, nací pasivo para el amor.”

Pero contra su dicho, no lo era tanto que permaneciera indiferente ante la idea de que la tentadora parterita Julia Banué debía estar allí, á pocos pasos, pendiente de despacho. Salió de la Sección á “la Oficina” en busca de ella. Le informaron ¡oh sorpresa! que la partera y las tres sospechosas habían sido llevadas al “cuarto de detenidas.”

—“¡Cómo! exclamó el practicante, ¿y eso cuando he pasado una verbal del Dr. Sergio declarando que no había huellas de aborto?”—Colindres, escribiente primero, de luengos colmillos, el mismo que poco antes se mezclara al tro, el que invadió la sección médica, enderezó su corcova para lanzar á Flon un apóstrofe de “no inmiscuirse en asuntos de la policía.”

—“Es una violación de la Ley” protestó Flon.

Irguióse tras de su pupitre el Secretario Guillermo Trillo, nombrado á últimas fechas, sin antecedentes en Comisarias. Hacía un mes que había trocado el empleo de corrector de pruebas en un periódico gobiernista por la Secretaría de la 5ª.

—“En hablándose de Ley, aquí estoy yo; aquí su santuario. . . .”

Citó el Art. 16 de la Constitución de 57: “Nadie puede ser molestado en su persona sin man-

damiento escrito de la autoridad competente...” Luego habló de Juárez, de Gambetta, hasta de Victor Hugo, porque la daba de leído... “Ciudadanía. Derechos del hombre, *que son también de la mujer*.... la mujer!... Ah! no insultéis jamás á la mujer que cae...” etc., etc.

—Vamos á ver eso, doctorcito Flon.... Esta Comisaría... ¡un santuario!... Todo es entrar en ella y ponerse bajo la egida.... “A ver esas señoras, las del lío del aborto!”

Secretario y practicante descendieron al patio, guiados en lo obscuro por la linternilla del cabo de puertas. Buscando y buscando, encontraron otro lío.... Se había tocado á dispersión clandestina. Una sospechosa estaba en el cuarto de oficiales “bajo la egida” de uno que la había acogido en su catrecito; otra se había escapado con un gendarme; la tercera, menos apetecible, condenada á trabajos forzados, fregaba el sucio suelo del calabozo en que pasara algunas horas Arnulfo Arroyo.

—“Nadie está obligado á prestar trabajos personales sin la justa retribución y sin su pleno consentimiento....” recitó el practicante.

—“Artículo 5º de la Constitución de 57” interrumpió Trillo con un acento melancólico, en que se expresaban el desengaño y la resigna-

ción forzada. Se alejó meneando la cabeza, en dirección á su pupitre, con el aire de un corrector de pruebas que empezara á descubrir en la Ley de las Comisariás faltas gramaticales incorregibles.

Se quedó Flon en el patio con el cabo de puertas y la linterna.

—Iremos al “cuarto de detenidas” propuso el practicante continuando la investigación.

Salía de tal cuarto un rumor confuso, mezcla de juramentos, ayes y canturrias. Hizo el cabo resonar su manajo de llaves, y abrió; su linterna dejó entrever el interior como de cinco metros en cuadro donde pernoctaban las “detenidas” hasta su consignación a Belén. Muros pelados sosteniendo el techo hendido por las lluvias, un pavimento de frías baldosas, un banco de ladrillo perforado por pestilente agujero llevando el nombre de “excusado”. . . . y nada más que añadir al inventario del local.

Unas pegadas a la pared, sentadas sobre los talones, fumaban; otras acostadas en el suelo, formando pacífico montón después de la riña, digerían el pulque. Al ruido de la puerta, un grupo de cantoras interrumpió sus vocalizaciones. . . . El haz luminoso de la linterna alumbró a una sentada sobre el agujero. Por él se fueron

las ilusiones de Flon. . . . Era Julia Banué! Su dignidad de matrona la había salvado de concupiscencias: pero la asquerosidad circundante, repercutiendo sobre su intestino, apenas le permitió dejar a tiempo aquella actitud impoética.

—Vengo por Ud., vengo a salvarla!

La parterita salió impasible. Departiendo con ella en el patio, descubrióle Flon un alma inerte, un corazón.

“Qué corazón!. . . . tiene en su lugar una placenta, organo empastelado que no palpita”. . . . se dijo el estudiante, psicólogo a ratos.

—“Libre! está Ud. libre!. . . . Al fin solos!” exclamaba, esforzándose por dramatizar tan vulgar situación. Ni así la matrona indígena se conmovía.

Lo que entraba en conmoción era el cuarto de detenidas. Despertaban las combatientes dormidas, con ganas de reanudar la lucha. Resonaron destemplanzas con inevitables alusiones a “sus madres.” Acudió el cabo y abrió la puerta. Por ella salieron megeras desgredadas, conducidas luego a calabozos llamados “separos.”

Poco después las detenidas pacíficas se entregaron al canto. . . . Aires nacionales y trozos zarzuelescos. Dominando el *potpourri* una gar-

ganta averiada por los alcoholes atacó el aria de Marina.

“Aaay! En la inmensa llanura del mar
Las aves marinas volando hacia acá.”

En el patio, el practicante solitario mal podía consolarse de la brusca partida de Julia Banué con aquellos ayes trémolos, aquellos himnos a la inmensidad salada saliendo de la humana cloaca. La parterita se retiró alegando que desde por la mañana había dejado en un vientre unas “secundinas” retenidas, cuya extracción le valdría un peso cincuenta centavos.

—“Oh mujer metálica, impasible y fría!” . . .

Así comenzaba Flon su monólogo, cuando otro auxiliar, el núm. 12, le interrumpió requiriendo su presencia en la Sección.

—“Señor! Allí está una señorita muy asustada. . . .Creo que le quiere dar ataque.”

—“Solo esa me faltaba para esta noche, murmuró el practicante: una histérica!”

Y su cara no expresó el disgusto que podría deducirse de sus palabras. ¿Cómo no había de complacerse su espíritu de jóven sexagenario? . . . ¡Tan primerizo y ya incorporado a esa clase de feministas que ven en las histéricas el tipo

superior del sexo hermoso con sus caprichos agudos, su potencia imaginativa en alta tensión! El corazón le latía.

Desplomada en una silla del “segundo,” enlazadas las manos inquietas, turbado el pecho por respiración anhelante, estaba una muchacha en la flor de la edad, pobremente vestida, encapuchonada en luengo “tápalo,” por cuyo borde escapaban unas mangas campanudas. Cualquier experto galante de la capital se habría desconcertado ante esta forastera que se apartaba del tipo corriente de muchachas frágiles. No tenía en su persona ni en su traje los signos exteriores de las vulgares heteras. Mas bien un aire de pecadora compungida. . . . Bonitilla, dejaba ver en la fineza de sus rasgos, en ciertas inflexiones lánguidas de su dicción, que era una *tapatía*.

—“Yo no soy de aquí: soy de Guadalajara: me llamo Elvira Resendis.”

Ante aquel talante y esa declaración hecha con voz meliflua, el practicante estuvo dudando de si tenía que habérselas realmente con una de tantas “candidatas al Hospital de la Canoa” que hacen antesala en las Comisariás. . . . Pero no! Nadie la consignaba como tal; venía *por su cuenta* a informarse si no habían traído a la

Sección a *un señor*. . . . Aquí su voz se turbaba, no acertaba a señalar la persona ni decir su nombre, ni explicar los motivos que la inducían a suponer que hubiese “caído” allí. . . . Que lo habían visto en las cercanías “algo tomado”. . . . que no llegaba a su casa. . . . que había “gentes” que lo malquerían. . . . y otras vaguedades.

Flon le leyó los nombres de los ebrios registrados en las entradas del día, incluso el de Arnulfo Arroyo.

No era ninguno de ellos!

—“Una camilla para un ebrio tirado que acaba de caer en el portillo de San Diego!”

Era un gendarme entrando de repente con su linternilla en la mano quien hizo resonar esa requisitoria tan repetida todos los días en las Secciones.

Un auxiliar se puso en pié; otro que dormía, echado de bruces sobre la mesa de curaciones chicas, alzó la cabeza restregándose los ojos con el dorso de la mano. Ambos, echándose al hombro sus cargueros, sacaron la camilla con la calma automática de bestias enganchadas. Detrás se movió el gendarme, arreando al tiro.

—“Es un señor que estaba tambaleándose agarrado a un poste de la luz eléctrica. . . . se está “hogando.”

Estas palabras que el gendarme dirigió a Flon antes de franquear la puerta acabaron de trastornar a Elvira Resendis. Como oyera el anuncio de “ebrio tirado”, tuvo un sobresalto que no pasó desapercibido del practicante. Luego se agitó para enderezarse como si quisiera seguir a los camilleros.

—¿“Qué le pasa, Señorita?” dijo Flon deteniéndola.

Por último, al oír el “se está ’hogando” del gendarme, el acceso, reprimido hacía buen rato, se declaró. La jóven lanzó un grito, se desplomó en la silla de la cual cayera si no acudiese Flon a sostenerla. Rechinaron sus dientes, espumaron sus labios, sus brazos se extendieron rígidos mostrando los pulgares acostados sobre las palmas.

—Hístico-epiléptica! exclamó Flon.

Y solo, por la ausencia de los auxiliares, tuvo que asir estrechamente aquel cuerpo convulso, descubrir el cuello, liberar el pecho. Aparecieron los senos pequeños y firmes. Libre del tápalo que cayó, sueltos los broches de la falda, se acusaron las formas de la tapatía en toda su esbeltez de raza. . . . Pero digámoslo en honor de Flon ¡flor de la caballería estudiosa!. . . . En presencia de aquel hermoso cuerpo que el azar ofrecía a sus admiraciones viriles, el futuro médico se sobre-

puso al hombre. En vez de llevarla al “primero” y tenderla en su catrecito, la dejó en el “segundo”, recostada en una camilla. Allí, sin tocarla más que para sentir su pulso y evitar que rodase, le prestó los pequeños auxilios. . . . Aspersiones de agua fría en la cara, algo de agua bromurada en una cuchara, entre los dientes apretados.

El sueño histérico empezaba a derivar en sueño tranquilo cuando tuvo que alejarse de ella.... Ya traían al ebrio tirado. Un tropel de acompañantes curiosos se quedó en la puerta. Resonaron en la entrada herraduras de caballo, las del que montaba un oficial encargado de custodiar la “remisión.”

—“Creo que se está muriendo” dijo uno de los auxiliares, mientras posaban la camilla en el suelo.

Boca arriba, sin mirada en los ojos propulsos, la cara enrojecida, los labios hinchados y lívidos, se dejó ver en la camilla un hombre grueso, más rubio que castaño, todo vestido de negro.

El practicante reconoció un estado harto grave para contentarse con el vulgar amoníaco. Las aspersiones frías, los sinapismos Rigollot, una inyección hipodérmica de estriénina no modificaron el cuadro. Desanudando la corbata ne-

gra, el estudiante abrió bien la camisa; bajo la camiseta de tricot apareció un rosario de gruesas cuentas negras: la oreja aplicada sobre el pecho velludo auscultó un corazón que flaqueaba como si diera los tumbos y pasos falsos de un ebrio en marcha. El hombre estertoraba, y sus estertores contrastaban con la respiración tranquila de Elvira Resendis.

—“Una pinza fuerte” ordenó Flon: y no tardó el 12 en presentarle una tremenda, vieja y herrumbrosa: pero capaz de pinzar la aorta. Con ella sujetó la lengua retraída del ebrio y se puso a removerla jugando al estira y afloja de las tracciones rítmicas.

Llegaba la ocasión de apelar a los grandes recursos de Comisaría.

—“¡Dame la sonda!”

Y el 49 trajo un tubo de caucho agrietado, dilatado por una extremidad en forma de embudo. Pero la sonda se rehusó a pasar por la faringe hinchada.

—“Vamos a flagelarlo!” clamó Flon con un acento semejante al que debió emplear Napoleón en Watterloo para llamar la guardia.

Retirado el calzoncillo, enrolladas camisa y camiseta hasta las axilas, empezaron a llover zurriagazos sobre la carne desnuda. De un lado

Flon con una toalla mojada, del otro un auxiliar con ancha correa. . . . Era la azotina tradicional, alternada y sacudida con vigor.

Al chasquido de los azotes que le enviaban al rostro salpicaduras frías, abrió los ojos la histérica paseando en torno una mirada atónita. Luego, fijándose en el azotado se incorporó gritando:

—“Es él! Es él! No le peguen!”

En un impulso por lanzarse sobre los flagelantes, falda y enaguas se deslizaron á sus pies. . . . Pareció surgir de entre los trapos, agitada euménide semidesnuda. . . . Exhibirse así, ante el tropel compuesto de gendarmes, amanuenses, cabo de puertas y otros curiosos; ver a su hombre, su incógnito “él” rudamente tratado, próximo a exhalar el espíritu en roncos suspiros!. . . . Era demasiado para la pobre histérica y el acceso se renovó.

Cayó al suelo en un estado contractual intenso, el cuerpo hecho arco, posición que Flon en su médico galimatias calificó de “opistótonos.”

Entre Elvira que se arqueaba y el ebrio que se moría, el practicante tuvo que guardar para éste su atención preferente. A retaguardia, entre los recursos salvadores, quedaba la sangría. ¿Lla-

maría al Dr. Sergio para que la hiciese? Pero el caso urgía.

—“Si no se hincha la cefálica, sangraré en la basilica” trastabillaba Flon observando las venas del brazo derecho mientras ceñía el tercio superior.

—“¿Lo va usted a *rajar?*” preguntó el 12 viendo a Flon empuñar un bisturí a falta de lanceta.

Pero acabaron los estertores. Imposible la sangría. El ebrio había muerto.

Extendida de nuevo en la camilla, Elvira Rendis seguía agitándose. El practicante hizo un “pase” para que la admitieran de urgencia en el hospital Juárez. Se la llevaron amarrada con cuerdas, bajo el toldo de lona.

.....

A la una y media de la noche, Flon, después de haber hecho los certificados y actas pendientes, se disponía a acostarse, rendido. Al remover la frazada roja que servía de cobertor, una rata saltó de bajo la almohada.

—“Tener que dormir entre tales bichos! ¡Hermoso descanso me ofrece la patria agradecida!... Y pensar que malos servidores en camas mullidas. . . .”

Tan amargas reflexiones de Flon fueron interrumpidas por la aparición súbita del otro su-

pernumerario, Carriles, que llegaba tarde a tomar su guardia.

—“Dispénsame colega! Fué un compromiso.” Y confesó ingenuamente que lo habían retenido en un bailecito.

—Lo de siempre! . . . Si me pagaras siquiera las guardias que te hago! . . .

—Hombre! no tendré en esta quincena; pero a la siguiente. . . .

—“Hoy como ayer, mañana como hoy”. . . . El caso es que me has dejado una guardia infernal. . . . De todo ha habido. . . . hasta un ebrio que se me murió!

—¿Algún pelado?

—No tanto. . . . Vestía de negro como traile. Aún no se han llevado el cádaver: puedes verlo en el patio. . . . No se sabe el nombre. Sólo una muchacha lo conoció. . . . pero ¿cómo sacarle algo? Es una histeriquita: Elvira Resendis. . . . Cayó en accesos subintrantes, *opistotonada!* No quise cargar con dos muertos. La mandé a San Pablo. . . . Y si vieras qué guapita! Una chula del interior. He de seguirle el bulto. . . .

—Hombre feliz! Te has divertido más que yo. . . . El baile no servía. . . . No había ricas. Yo necesito una ricachona Además, poco re-juego.

—Rejuego el mio. . . . Un aborto provocado. . . . Tres mujeres sospechosas. . . . y nada! El Dr. Sergio las vió; no había huellas. Todo porque encontraron esa placenta en la basura (señalando un envoltorio arrumbado en la tabla amarilla.) Hay que conservarla hasta mañana, por si *pren- de* el chisme, y la reclaman. A la parterita acusada, la hice soltar. . . . Julia Banué, de la 4ª Violeta.

—La conozco. . . . No es fea la azteca. . . .

—Un témpano. . . . La que sí me interesa es la Resendis.

—Pícaro! ¿Y te quejas de mi guardia?

—Me has partido. . . . Me voy a descansar en mi colchón particular: que bien lo necesito. . . . Ya hice el acta del muerto: pero falta pasarla al libro.

—Bueno: la pasaré. Pertenece a mi guardia.

Así conversando, los dos practicantes se disponían a despedirse en el dintel del portón. Se percibía ruido de lluvia menuda en la calle de Zarco, quieta ya y silenciosa. Un denso nubarrón opacaba la luna.

—¡Qué suerte! exclamó Flon; ahora que entras tú, llueve. . . . Empieza para tí la buena noche: la mala fué mía.

En ese momento los auxiliares encargados de

trasportar a Elvira volvían con la camilla vacía.

—¿En qué sala la pusieron? preguntó Flon a uno de ellos.

—No la querían recibir. . . . Se despertó y gritaba mucho. Siempre la dejamos. . . . Creo que la echaron a "Observación."

—A observarla iré yo. . . . Adios Carriles!

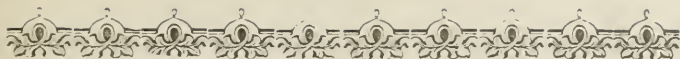
—Hasta luego, Floncito. Pero ¿no llevas paraguas?

—Paraguas! Eso se queda para tí, Creso!

Y Flon se alejó levantándose el cuello del levitín.

Dueño del catre, Carriles se echó a dormir soñando en un matrimonio rico, al rumor de la lluvia y de las ratas. A lo lejos, allá en el cuarto de detenidas, un canto sonó:

Aaay! En la inmensa llanura del mar. . . .



VI.

LA RACIÓN DE MUERTOS.

Al día siguiente, cerca de las once, el Dr. Sergio llegó a practicar su visita diurna. Era el rato de los niños muertos. Uno yacía desnudo, en la tabla amarilla, cerca de la placenta en descomposición. Su vientre enorme y tenso, hacía contraste con la flacura de las piernas, con el tórax esquelético en que de lejos se podían contar las costillas; todo rematado por una cara de quijada picuda que le igualaba a un viejecito atrofiado.

—“Póngale Ud. enteritis tuberculosa,” dijo Sergio a Carriles dictándole el certificado de defunción tras un corto interrogatorio a la madre.

Otros cuatro muertecitos escondidos bajo los

rebozos maternos fueron tendiéndose en la tabla según se turnaban para el diagnóstico.

—¿De qué murió su niño? preguntó a la madre de uno cuya piel desaparecía bajo un carapacho de inmundicia.

—Se mojó las manitas y la cara, y *a luego* le vinieron deposiciones con sangre. . . . Le dí el ítamo, la yerba buena, el hipazote. . . .

—Si le hubiera mojado todo el cuerpo con agua enjabonada desde sus primeros días, no estaría tan sucio por fuera: ni para vivir necesitaba tantas porquerías por dentro.

La madre comprendió como si oyese griego.

—“Escriba Ud. enteritis crónica, Sr. Carriles”. . . .

Siguió otro, amarillo de piel, de uñas, de ojos.

—¿Y Ud. señora? ¿Qué le daba a su criatura? ¿Leche del seno?

—No, señor; se me secó. . . . Calditos, sopitas. . . . El otro día le dí frijolitos. . . . Se me *tiñó*. . .

—¿Y chilito?

—Apenitas.

—¿Y pulquito?

—*Ausinita*.

—“Carriles, póngale Ud. gastro-enteritis. . . . *ab ingestis*. Hay que inventar algo nuevo para romper la monotonía.”

Y como los otros dos mereciesen también el diagnóstico “enteritis” sugirió el ingenioso Carriles la conveniencia de expedir certificados colectivos é igualitarios, por series.

—“A las madres quisiera yo igualar, repuso Sergio por lo bajo, con el diagnóstico de “animalitis crónica.”

Distribuidos entre ellas los certificados, llegó su turno a los adultos, a los que en la 5ª Demarcación dejaron de vivir en las últimas 24 horas de modo misterioso o sin poder pagarse el lujo de un certificado médico.

—‘¿Cuántos *grandes* tenemos?’ ¡preguntó Sergio repantigándose en la desvencijada butaca como si quisiera tomar aliento para la fúnebre tarea, la más peligrosa y desagradable de su empleo.

—‘Hasta este momento, no hay “interesados” mas que por un *hepático* que murió en el barrio de los Angeles.’

Sergio bosquejó un suspiro de consuelo arrancado por la esperanza de tener contra costumbre un solo “muerto grande.” Preguntó:

—¿Por qué no están presentes esos “interesados?”

—Estaban esperando en la pulquería de la

esquina, respondió Carriles saliendo en busca de ellos para el interrogatorio.

Eran dos: hombre y mujer.

—Con uno basta, ordenó Sergio; que pase el hombre.

Dando traspies avanzó un pelado, haciendo girar su sombrero chila; eño.

—¿Qué eres tú del muerto Pioquinto Vargas?

—¿Que qué soy! Soy su suegro. . . . quiero decir su yerno. El fué mi suegro. . . . y prorrumpió en risotada.

—Que pase la mujer: quizá esté menos ebria.

Avanzó una degenerada Malinche mordiendo la orilla del rebozo.

—¿Qué era tuyo Pioquinto Vargas?

—¿Que quéé? . . . Pos era mi padre.

—¿Qué edad?

—¿Que quéé?

—¿Que cuántos años tenía?

—¿Que cuántos años?—Pos quien sabe! . . . no sé contar.

—¿Poco más o menos?

—Tendría treinta. . . .

—¿Cómo treinta? Era tu padre y tú debes tenerlos.

—Entonces tendría cincuenta.

Sergio creyó oportuno levantar la sesión observando:

—Esto se llama en Medicina “el arte de los conmemorativos”. . . . Tanto valiera obtenerlos de un poste. . . . Sin embargo hay que ir allá, al diagnóstico del muerto.—Y añadió con cruel sonrisa: “Señor Carriles, si me vienen á buscar dirá Ud. que salí a practicar la veterinaria *post mortem*.”

Habituado a las amargas ironías del jefe, Carriles sólo pensó en detenerlo.

—Dispéñseme. . . . Tenemos allí al que murió anoche en la Sección.

—¿Cómo? ¿Por qué no me mandó Ud. llamar?

—Murió a media noche; un ebrio en coma.

No le hace, replicó el galeno, mezcla extraña de rigidez oficial y filosofía despectiva: debía llamárseme, ¿y el acta?

Carriles buscó en la carpeta y sacó una hoja. Sin fijarse en que la letra no era de Carriles sino de Flon, Sergio leyó:

“El Médico Cirujano que suscribe, adscrito a la 5ª Inspección de Policía certifica: que hoy, como á las once de la noche fué presentado en esta oficina en una camilla, un individuo desconocido, en estado comatoso de alcoholismo agudo. Al estarle suministrando los auxilios que la ciencia en estos casos aconseja, falleció.—Era un indivi-

duo como de 40 años de edad, complexión robusta, de 1 metro 77 centímetros de talla, color blanco, pelo, cejas, bigote y barba castaño claro, ojos claros, frente regular, boca y nariz grandes. Viste camisa de lino, camiseta de punto, calzoncillos, calcetines de color blanco, zapatos negros de cuero, *juquet*, chaleco y pantalón negros de cheviot, corbata negra. El que suscribe, cree que la causa de la muerte fué la congestión cerebral de origen alcohólico. — México, Julio 8 de 1897.

Esta acta, especie de cliché obituario para las defunciones en la Sección, reproducía con leves variantes el texto de tantas otras relativas a la muerte alcohólica, la más frecuente en las comisarías.

Mientras Sergio la leía, entró silenciosamente el supernumerario Pedro Flon. Su semblante maltratado por la refriega de la noche, expresaba con el fruncido entrecejo una preocupación misteriosa. Carriles, desconfiando de que viniera a explicarse sobre su guardia prolongada, le llamó aparte:

—Mira, hermano, no le digas nada al jefe: ya te pagaré.

—Si no vengo a eso; vengo a otra cosa, respondió de prisa Flon, atento al jefe que le tendió la mano familiarmente:

—¿Qué le trae por aquí, amigo?

—Quiero decirle algo reservado, señor Sergio.

—Bueno! Ya hablaremos; solo voy a ver a ese "cadaver de acta:" y que los "interesados" de los Angeles aguarden afuera.

Al rovechando la espera, el par de dolientes volvió a la pulquería vecina; en tanto que Sergio mandaba traer al muerto de la noche.

Su conducta profesional era sencilla: se reducía a reconocer si había en el cuerpo lesión exterior, y en ausencia de ésta, confirmar el diagnóstico del practicante.

El cadaver estaba en paños menores; despojado de ellos, apareció el vientre inflado, de un blanco pajizo como el sebo; los flancos lívidos, con los manchones sanguíneos del decúbito. La cara abotagada, en que despuntaban pelos vermejados, parecía la de un hombre que estuviese pitando vigorosamente. En las regiones pálidas, en forma de bandas y estrías amoratadas, se acusaban las huellas de los azotes.

—“Ya les he dicho que la flagelación no me gusta. Apenas, con la toalla mojada; pero han pegado como quien varea lana. Es recurso viejo. Ahora tenemos otros superiores. Además, una flagelación tan vigorosa puede crear complicaciones dejando suponer traumas de otro género”. . . .

Tras esta digresión por los campos de la azotina, Sergio completó su examen escudriñando. . . . Su nariz ejercitada reconoció el olor de acetona, sus miradas de miope se pasearon inquisitivas de la cabeza a los pies.

Dispuso que lo sacaran: sentándose de nuevo frente a la mesa, firmó el acta; y dirigiéndose a Flon:

—Conque sí, mi amigo, ¿qué pasa?

—En tono de sigilo habló el practicante:

—Anoche, al fin de mi guardia, se presentó una histérica: Elvira Resendis. Tuvo varios accesos. Permaneció en la Sección hasta que trajeron al ebrio que murió. . . . Parece que habían mediado no sé que clase de relaciones entre él y ella. . . . El caso es que la llevaron al hospital Juárez y hoy la he visto. La pasaron de "Observación" a la sala de Santa Catarina. No tiene más que contusiones de primer grado. Se las hizo al caer. . . . No quiere decir el nombre del muerto; pero indica que tenía uno o varios enemigos interesados en perderlo. . . .

—¿Y qué más?

—Nada más. Como se acercaron el practicante y la mayora de la sala, no quiso Elvira proseguir, y me retiré.

—Es eso muy poco para que nos metamos en

honduras. . . . Porque una histérica dice que este hombre tenía enemigos vamos á deducir ¿qué? . . . fantasías! Amigo Flon, la educación médica debe hacer con nuestros cerebros imaginativos algo semejante á lo que hacen las buenas madres con los niños asustadizos: curarlos de espantos. . . . Yo, cuando me decidí por la medicina, me eché la imaginación al bolsillo: luego la he botado como un marracho.

—Y sin embargo, la imaginación ha abierto el camino. . . .

—Para grandes inventos. . . . Cierto! En particular á los de raza latina. . . . Pero vamos al caso! Allí tenemos un muerto desconocido. Nuestros sentidos clínicos nos dicen que murió de ebriedad; nuestro examen superficial nos lo confirma. . . . Que tuvo enemigos. . . . Sea! ¿Vamos por eso á reformar nuestro diagnóstico? . . . Todos tenemos enemigos. . . . En México el peor de ellos es aquel que dice de nosotros que "le chocamos". Ah! Ese es capaz de empujarnos al hoyo si nos ve tambaleando. No le hemos hecho ningún mal; apenas le hemos visto y hablado; pero su nervosismo se irrita de que pasemos por su campo visual. ¡Le chocamos!

—En fin, concluyó Sergio, dando unos pasos con las manos en los bolsillos del pantalón. lo

cual significaba en él “tomar un partido”: yo no doy el certificado de defunción. Sin él no pueden enterrarlo. Levanto acta, y que se la arreglen los auto_sistas! Por de pronto voy á ver al comisario.

Otro grupo de hombres y mujeres desperjeñados, trascendiendo á distancia el pulque, se precipitó en la Sección pidiendo reconocimiento de muerto grande.

—Allá voy luego! exclamó Sergio hendiendo el montón para dirigirse al despacho particular del inspector de la 5ª

—“Hace dos días está tendido, gritó un doliente: ya hiede el pobrecito; murió de tifo!”

Todavía le zumbaban en los oídos estas fúnebres apelaciones cuando se detuvo ante la puerta entrecerrada del despacho, notando que el inspector hablaba con otra persona, de tal manera que sentados ambos interlocutores quedaban cubiertos por el registro de un gran escritorio. Así, sin procurarlo, tuvo que sorprender en la conversación este cabo suelto:

— “Ya le dije á Ud que vestía de negro, todo negro. Su rosario, su cara rasurada, son de cura de pueblo.”

—“Pero. ¿para qué poner eso en el parte? re-

pliqué el otro. Ríndalo Ud. como si se tratase de cualquier desconocido.”

Sergio dió unos pasos para hacerse ver, y reconoció entonces en el segundo personaje nada menos que al Inspector General de policía, Don Eduardo Velázquez.

—Ola! doctor, dijo éste último reconociéndole á su vez.

Levantándose para saludar al médico, Don Eduardo se ostentó imponente. Su alta estatura, su negra barba tallada en cono, la energía nerviosa de su ademán le improvisaban la donosa apostura que dan largos años de servicio en los empleos gordos. Con ojos inquietos clavó en el galeno miradas inquisitivas.

—A propósito del ebrio desconocido, dijo Sergio al Inspector del cuartel, venía á saber si mi acta médica está de acuerdo con el acta de policía.

—Estamos de acuerdo, respondió el viejo comisario.

Abriendo un librote mostró éste al médico el acta respectiva. Intervino el Inspector General:

—Dígame, doctor, ¿quién es el practicante que estaba de guardia anoche?

—Julio Carriles, supernumerario, respondió

Sergio. . . Por una irregularidad tenemos ahora dos supernumerarios en la Sección. El mejor y más antiguo es Pedro Flon. . . .

—El otro es el que me interesa, interrumió Velázquez. Le tocaron el ebrio y la histérica. . .

Sacando al mismo tiempo, una cartera de apuntes, escribió:

“Julio Carriles. practicante supernumerario de la 5ª”

—¿Quiere Ud. que veamos el cadáver? preguntó el comisario al Inspector General.

—No. ¿para qué? respondió éste indeciso. Se estiró el bigote y repuso:

—Sí: siempre lo veré.— Y se movió hacia el patio seguido del comisario.

Sergio permaneció en el despacho, leyendo el acta de policía.

“El día 8 de Julio, á las 11 p. m. se presentó el gendarme no. 1133, Prisciliano Sánchez, pidiendo una camilla para conducir á un ebrio tirado, próximo á conge-tionarse. Se mandó violentamente la camilla en la cual fué traído. No obstante habérsele prestado los auxilios médicos flagelándolo debidamente (!) murió un cuarto de hora después en la Sección Médica. El gendarme dijo que estando parado en la esquina de Soto y Portillo de San Diego, notó que en esta calle estaba un hombre agarrado de un poste de la luz y tambaleándose; y al acercarse al ebrio, cayó (¿quién? ¿el gendarme? —no; el ebrio. y con

él la Sintaxis); que en el momento llegó el oficial Merced García, y en presencia de él registró al ebrio y le encontraron dos periódicos, unos gemelos, tres pesos, lentes, reloj Waltham no. 35143, un pañuelo con iniciales M. T., cartera, caja de cerillos, otra de cigarros Pedro Murias, sombrero de paja, paraguas negro. Al día siguiente se puso á la espectación pública el cadáver....”

Aquí iba Sergio de su lectura cuando por la ventana que daba al patio, vió á Velázquez que se alejaba hacia el portón en compañía del comisario, después de ver el cadáver. Contra su costumbre, marchaba el Inspector lentamente. Una mano al bigote se lo retorció, obedeciendo á su *tic* favorito en la preocupación.

—“Señor! Ahí están otros “interesados” de dos cadáveres más”.

A este aviso de Flon respondió Sergio desconsolado:

—“Y van cuatro! Total cinco niños y cuatro adultos, ya andamos cerca de la ración ordinaria”.

Echando un vistazo al fin del acta que no contenía más detalles notables, se echó á la calle con su pelotón de pelados engrosado luego por los que esperaban en la pulquería. En el camino le alcanzó Flon.

El estudiante le profesaba un afecto especial

que le impulsaba á unírsele en la ingrata tarea de buscar muertos tendidos en pocilgas. Lo cual no excluía ciertas discrepancias en sus modos de considerar los hechos y juzgar á los hombres. Siempre que, á fuerza de trato, se establece la familiaridad entre un superior jerárquico y su subordinado, resulta el antagonismo de Sancho y Don Quijote, ó de Don Juan y Esganarelo.

Veía Sergio con ojos de ganadero aquellos cadáveres de miserables que le arrojaba la terrible mortalidad de México (un promedio anual de cuarenta por mil habitantes).

Si, en una hacienda, el grueso del ganado se nutre de malos pastos sobre los cuales dormita respirando miasmas, no se necesita ser un lince para atribuir la enorme proporción mortuoria á sus causas patentes. Era la idea simplicísima de Sergio. Pero al joven Flon no le satisfacía. En contacto, á cada una de sus guardias, con heridos é intoxicados, husmeaba un crimen en cada muerto.

Sergio se detenía a la puerta de los tabucos, hacía desnudar los cadáveres tendidos en el suelo ó en un camastrón, y reconocía de lejos, con su ojo ejercitado, al muerto de cirrocis, de baci-

losis, de tifo. Flon se acercaba intrépido, levantaba los parches en busca de heridas.

—“Las hay mortales y chiquitinas, Ud. sabe, señor Sergio, hasta de dos milímetros de diámetro, hechas con agujas de zapatero”, dijo el practicante escudriñando la piel de un cirrótico panzudo.

—“De haber metido una en ese vientre, replícó Sergio, le hubieran acaso vaciado sus dos litros de ascitis”.

El cadáver estaba en el centro del cuarto; cerca de él, pegados al muro, dos cuerpos se delineaban bajo una misma frazada, hombre y mujer aletargados. A su lado una botella y un jarro vacíos denunciaban el sueño alcohólico de aquella pareja de *velorio*. A la cabecera del muerto, un vaso con *refino* de ágave representaba supersticiones primitivas. Era *la ofrenda* destinada á ofrecer un último trago al *ánima* (1).

Por los andurriales, por las callejas fangosas, esmaltadas á trechos de plastas excrementicias, á lo largo de las sombrías accesorias, iban el

(1) Reina en las clases bajas del pueblo la singular creencia de que el alma de un muerto (*el ánima*) *baja á beber*. La porción de aguardiente que le dedican al efecto, se llama la *ofrenda*. Como el nivel baja en el vaso á medida de la evaporación, atribúyese el fenómeno á libaciones misteriosas del *ánima*.

médico y el practicante con su cortejo de dolientes beodos. Flameaba el sol cerca del meridiano. Sergio marchaba delante de Flon pegándose á la tenue faja de sombra del lado oriente. Pero pronto tuvieron que atravesar la plaza de los Angeles, al reclamo de una pareja de ebrios titubeantes que pedía reconocimiento para un tifoso en la calle de Manuel González.

Entonces, bajo el sol candente, á través del inmenso fangal, en busca de un cuerpo pestífero, Sergio y Flon sintieron la profunda tristeza del oficio.

—Más convendría fregar el suelo ó picar una yunta de bueyes, amigo Flon!

—Pero Ud., señor Sergio, tiene ochenta pesos al mes, observó Flon en un arranque á la Sancho Panza. . . . Mientras yo, que me desvelo y todo por veinticinco. . . .”

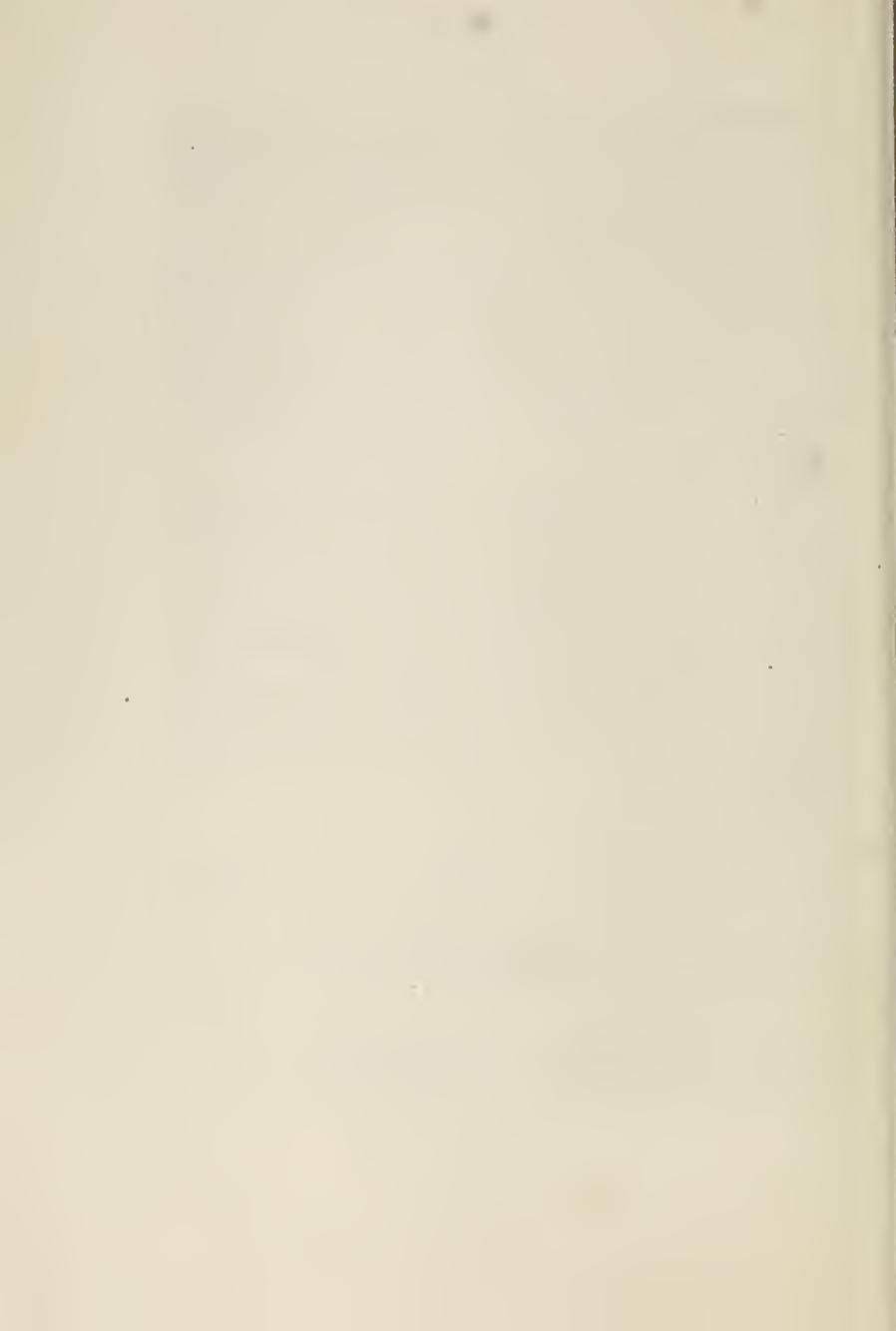
—Ojalá que el Inspector General se decida por nombrarle á Ud. practicante de número. . . Así mejorará su sueldo. . . . Lo he recomendado á Ud. con él, de preferencia á Carriles. . . Sólo que manifestó deseos de hablar con el que hubiera auxiliado á la histérica y al ebrio comatoso.

Poco faltó para que Flon declarase su intervención exclusiva en la dramática guardia de

la última noche. Pero ave rara, su alma cándida se replegó en un silencio amistoso, con más consideraciones al pícaro de Carriles que á la verdad de los hechos!

La insistencia de Velázquez en informarse sobre el muerto y la histérica avivó la curiosidad del médico y del practicante. Convinieron en ir al día siguiente al hospital de San Pablo para ver á la enferma en cama y al muerto en la plancha.

Llegaban al término de su excursión mortuoria con los pies hundidos en el terregal de una calleja, al extremo noreste de la plazuela. Se detuvieron á la puerta de un cuartito en que yacía el tifoso entre cuatro velas. En un rincón, otros dos atacados agonizantes estertoraban de tal suerte que Sergio miró en ellos dos platos en preparación para su ración mortfcola del día siguiente.





VII.

EN EL "ANFITEATRO."

Al que camina de Palacio hacia el Sur por la bulliciosa avenida cuyos tramos se llamaron Flamencos, Porta-Coeli, Jesús, Joya etc. dos calles transversales le llevan á mano izquierda al Hospital Juárez, antiguamente "de San Pablo." Es una *la Buena Muerte*; otra, más *al Sur*, la *Garrapata*.

En las mañanas que le dejaba libres el servicio de comisarías, iba por allí Pedro Flon á hacer su rato de clínica en el Hospital Juárez, y volteaba de la avenida á la Buena Muerte ó á la Garrapata según el humor. . . . ¿Tenía negras concepciones sobre la vida? ¿Le asaltaban inclinaciones á "troncharse el hilo" con un tiro? . . . Entonces, y era lo más frecuente, la em-

prendía por la Buena Muerte. Pero si plácidas ideas le alentaban, seguía más allá y se echaba con decisión por la Garrapata.

A decir verdad, las dos callejas eran igualmente feas, con sus hollancos zurcados por lentos rodajes. De sus oscuras accesorias salían iguales gatos y perros macilentos. Iguales chiquillos de piernas desnudas surgían de las aceras mal pavimentadas empuñando rollitos de tortilla. . . . Pero en la Buena Muerte, caserones rojizos, desnivelados por los hundimientos, describían con sus cornizas y balcones curvas melancólicas. A poco trecho, la vista tropezaba en torrecita solitaria y triste, luego en un recodo, principio de escueto callejón desembocando en la barriada de la Palma. Como era ésta la parte de la ciudad donde las cuchilladas, el tifo y otras plagas hacían sus mayores estragos resultaba aquel, en efecto, el camino de la muerte. . . . Muerte buena, bajando del “más allá” representado por la serranía azul; buena muerte, encargada de barrer el excedente de la población miserable.

En la Garrapata la perspectiva destruncía sus arrugas con las frondas y céspedes del jardincito de San Pablo. Las cúpulas del antiguo templo abandonado surgían de entre el ramaje

finjiendo un templo de aldea. Su campanario sin campanas tenía la virtud de hacer resonar en los oídos de Flon algo de alegre campanilleo. . . . El pasar por tal calle significaba la voluntad de agarrarse a la existencia como al tegumento el parásito de seis patas.

Hay almitas fantásticas que proceden así, por asociaciones singulares de ideas y de nombres, descubriendo en éstos, motivos de acción que nadie imagina. . . . La de Pedro Flon era así. ¿Qué extraño, pues, que aquella mañana del 10 de Julio caminase de prisa por la calle de la Garrapata dejando ver en su semblante el amor á la vida? Curioso, se proponía asistir á la autopsia de aquel congestionado incógnito. Pero esperaba algo mejor: ver á Elvira Resendis.

La curiosidad puede á veces preparar el amor; y en el estudiante bullía tal curiosidad incitante por la histeriquita que ya casi la amaba. Flotaba ante sus ojos la imagen de la joven, tal como la vió dos días antes, “opistotonada,” en la comisaría, con el blanco cuello desnudo, las turgencias del seno resaltando al través de la blusa abierta en las convulsiones; tal como la vió la víspera en la cama del hospital. ¿Qué diferencia entre ella y las indias de las camas próximas! Acostada de lado, la ondulación harmo-

niosa de sus formas se acusaba bajo la frazada roja; la cabellera suelta inundando de seda la almohada sin funda; los rizos naturales de la nuca, y en la barba aquel hollito. . . . Decididamente, era una chica fina, más fina que Julia Banué!

La mañana fresca le invitaba á vivir. Tentado estaba a no ver la autopsia. Así descansaría de los muertos. . . . Sintiendo en los pies un hormigueo de júbilo saltaba los charcos de la Garrapata; y cuando llegó al jardín de San Pablo, bajo el húmedo follaje de los fresnos, echó hacia atrás un saludo mental al arácnido chupa-sangre que le simbolizaba el apego á la vida.

Pasó por entre la guardia de federales, tan fiero que parecía decir: “soldados! paso á la ciencia!”—Recorrió el callejón de entrada, se detuvo apenas entre la comisaría y la prefectura para saludar á un su amigo.

—Oye, Floncito! ¿á dónde tan de prisa?

—Hasta después; voy á la sala de Santa Catarina.

Subió por la ancha escalera, recorrida en ambos sentidos por practicantes, afanadoras y soldados fusil al brazo, centinelas que se relevaban á la puerta de las salas plagadas de criminales y criminaloides. Algunos de estos, en convale-

encia, envueltos en sus sábanas, divagaban por pasillos y corredores, estrafalarios, como almas en pena, ansiosos del *alta* médico para emigrar al purgatorio de Belén.

Acababan de dar las ocho y media. La sala de mujeres situada al fondo del patio, en el piso alto, entraba en efervescencia. Habían llegado tantas lesionadas en los dos últimos días que fué necesario acostarlas por pares y aun por tríos.

Entre ellas, dos ramera, llevadasá Juárez por contusiones en riña, protestaban contra el amontonamiento que tan malas noches les causaba.— Una, removido el vendaje ocular, se encaraba con la mayora, y suojo rojizo saltando bajo el párpado hinchado, apoyaba sus palabras con mirar siniestro.—“Qué compañera me ha dado, Doña Lugarda! Mire no más cómo me ha puesto el angelito!” y apartando la sábana mostraba su camión manchado de ocre pestilente. Indiferente, la compañera, con el chico al pecho, no se inmutó.

La otra, avezada en “la carrera,” frizando en los treinta, hizo alarde de los araños que le infiriera en un brazo su socia de colchón. Esta, sensible á la queja, no permaneció tan callada como la madre del chico irrespetuoso. Se incorpo-

ró cuanto se lo permitiera su pie contuso y entrapajado. Era una rolliza muchacha, vendedora ambulante de golosinas, atropellada con todo y batea por un tranvía de mulitas.

—“Ella también!” gritó la vendedora y enseñaba una lesión del cuello.

La mayora, la afanadora y el practicante de la sala se acercaron á verla. Las opiniones divergieron.

—Es un pellizco.

—Una mordida.

—Un chupetón.

—Ah! sí! un chupetón! corroboró la mayora haciendo sentir su experiencia.

—Sinvergüenza!. . . Si no estamos aquí en *San Juan de Dios*.

Sonaron risas.

—Allá queremos irnos. Que nos lleven á San Juan de Dios.

—Es nuestro Hospital, confirmó la de las placas color de ocre.

—Su hospital! exclamó la mayora ¿lo compraron?

—Y entonces ¿de qué pagamos contribuciones? replicó una, y la otra:

—Yo me *caigo* al mes con ocho pesos de li-

breto. . . . ¿*Pa qué* ha de ser sino *pa* tener catre y pambazos cuando viene la de malas?

—Tiene razón; el Gobierno las explota, dijo un estudiante que acababa de entrar y no quiso perder la oportunidad de dirimir la cuestión en sentido socialista. Era Pedro Flon.

Se dirigió á la derecha, hacia cierta cama que ya conocía. Elvira no estaba en ella. Dos lesionadas la ocupaban. Se le informó que, al anochecer de la víspera, un “gran señor” había venido por ella.

—¿Quién era ese “grande?”—Es lo que el joven fué á preguntar á la comisaría del Hospital. El comisario, un estudiante destripado, “medio amigo” de Flon, le recibió encendiendo un cigarrito con aire misterioso. Como el supernumerario lo acosara á preguntas, cesó de escribir, dió media vuelta en su taburete giratorio: y con la pluma en la oreja, el codo izquierdo al borde del pupitre, se entregó por algunos momentos á la más dulce expansión del burócrata que consiste en soltar confidencias entre bocanadas fumigantes.

—Yo no la quería dejar salir sin el *alta* del médico de la sala. Pero *él* (un pollo gordo) se empeñó. Como la muchacha no había venido en calidad de presa ni de lesionada, sino sólo

por histérica en acceso, telefonée al Subdirector. Apenas supo quién la solicitaba, me ordenó que se la entregara. Se la llevó en un coche.

—Ese pollo parece gallo, observó Flon; y por los espolones se me figura Jefe de Policía.

El empleado giró en su taburete, echó un sorbo prolongado al cigarrillo, y se puso de nuevo á escribir con nerviosa sonrisa.

—El es! Don Eduardo Velázquez, exclamó Flon. Se la llevó. ¡Si se habrá llevado también al muerto!

—Qué muerto? interrogó el comisario.

—El desconocido que mandamos de la 5ª

—Ah no! Está en el anfiteatro, Lo autopsiarán hoy mismo.

En este momento el médico legista Pedroza se dejó ver en la entrada remolinando su bastoncito. Flon se movió en su seguimiento, hacia el anfiteatro. Pero Pedroza se detuvo á formar parte de un grupo. . . . Era la hora de los *corrillos*. Los médicos iban llegando a son de campana. El portero, instalado bajo el arco del corredor, frente á la puerta, era el encargado de batir el robusto bronce suspendido en la clave. Cuando un médico se presentaba en el desgastado dintel, el ministril atento jalaba la cuerda tantas veces cuantas correspondían á la sala.

del galeno entrante. Así como el hospital cedía *corum pópulo* su nuevo nombre oficial (“Juárez”) al viejo de un santo (San Pablo), así también las salas postergaban sus números cardinales al antiguo santoral. Tres toques designaron al Dr. Gordete de la San Crispín. A poco cinco toques anunciaron al Dr. Hermundio de la Santa Gertrudis. Ambos, volteando á la derecha, entraron á la Prefectura á firmar el “libro de presencia.”

En uno y otro, como en casi todos los anunciados, las campanadas verificaban una invocación íntima. Era el llamamiento á la vida profesional con todo lo que ella tiene de impresionismo. Cada cual se aprestaba á desempeñar su papel. Gordete la daba de pulcro en ciencia como en indumentaria. Recién recibido, había viajado por Estados Unidos y Europa, paladeando placeres mundanos al par que picoteaba Medicina y Cirugía á su paso rápido por las clínicas. De sus viajes había sacado nociones confusas de terapia mercantil é ideas netas sobre el corte elegante de los pantalones. Inseguro de su arte, decidió envolver sus vacilaciones con un velo de pulcritud. Pulcro en el vestir, en el hablar, en el formular de recetas caligráficas, al tropezar con cualquier caso extraño á la patología

corriente, recurría sonriendo á su cigarrera de legítimo Rusia y su boquilla de verdadero ámbar.

No así el áspero Hermundio de torva mirada, cuyo dasaliño respondía intencionalmente á su papel de “nebuloso.” Rumiaba en sus adentros la vieja intriga del fakir siempre atento á reclutar admiraciones por el ocultismo. . . . Ejercía la sugestión hipnótica y la radioterapia. Hipnotizaba con un santocristo de plata suspendido sobre la visión convergente á fin de exonerarse de complicidades con el diablo; y en cuanto á los rayos X, los declaraba infalibles para todos los casos anormales, excepto uno solo: el de que el enfermo no pudiese pagar la aplicación.

A pesar de tan raras cualidades, no era Hermundio un personaje original. Era una copia. Abundan en la corporación médica sujetos que son como la proyección de un cliché viviente. El cliché de Hermundio era Don Antón Penequez, personaje que habrá de representar insigne papel en esta historia. Empezado había Hermundio su lucha por la clientela cuando su amigo Don Antón ya la poseía. A él fué para solicitarle un poco de ella en cambio de admiración. Penequez, que tenía sus intervalos de cuerdo y de loco, vió en Hermundio un compinche bueno pa-

ra entretenerle á los clientes en sus “ausencias.” Mandóle algunos para que los hipnotizara y los radiara. La admiración con que le pagó Hermundio fué tal que le tomó todas sus artimañas, toda su mentalidad de profesional Tartufo.

Gordete y Hermundio se detestaban, lo cual no les impidió saludarse cordialmente y cambiar cumplidos.

—“Firme Ud.,” dijo Gordete, ofreciendo la pluma mojada.—“Después de Ud., compañero.”—“De ningún modo, querido amigo, hágame favor” . . .

Parecían diplomáticos comprometidos en lucha de cortesía para rubricar un tratado internacional. Cuando al fin, uno de ellos se decidió á firmar, tuvo que remojar la pluma casi seca.

En seguida, Gordete el exquisito y Hermundio el misterioso se movieron en compañía, hacia sus salas. ¿Pero puede un médico de la capital azteca irse á su sala de enfermos sin charlar antes en corrillo? ¿Quién dirá las dulzuras del cigarrillo apurado en ruedo profesional entre chismito y chismito? ¿Círculos familiares en que los médicos de la altitud buscan expansiones á su nerviosidad fluctuante entre la inercia y el impulso! Caen un momento las máscaras llevadas de consulta en consulta. Abrense las almas ga-

lénicas en confidencias sobre la bestialidad de los colegas ausentes, las miserias del *arte*, las dificultades y recursos para exprimir el dinero al cliente rebelde.

—“Tal como va, la Medicina pertenece á las bellas artes,” observó sentenciosamente Gordete engranado en un corrillo. “Hay que practicarla como tal,” añadió. Y su mano, en que chispeaba un anillo de brillante, jugueteó con diminuto craneo de oro prendido al chaleco entre un racimo de dijes. El místico Hermundio le miró de reojo, indignado del cinismo. Para él la Medicina no era un arte ni feo ni bello, sino solamente un arte oblicuo.

Pero el principal corrillo se iba instalando esa mañana en el anfiteatro de autopsias. La palabra “anfiteatro” consagrada por mal uso, correspondía al local de inspecciones cadavéricas como la de círculo al cuadrado. Eranse allá, en lo más lejano del corralón anexo al hospital por Sur y Oriente, dos construcciones gemelas, cuadrilongas, con un solo muro hacia atrás, los techos sostenidos delante y lateralmente por pilas-tras, entre las cuales, bastidores de alambrado daban de lejos la impresión de grandes pajareras. Se llegaba á ellas por un sendero abierto entre los matorrales del corralón. En la construcción

de la derecha, á que se reservaba especialmente el título de “anfiteatro,” el principal mobiliario consistía en dos planchas de autopsía. En la de la izquierda llamada el “descanso,” se depositaban los cadáveres mientras les tocaba su turno de desmoche. Este “descanso” consistía en un banco que pudiera compararse á un pesebrón de establo. Solo que, en vez de paja y cebada para las bestias, se echaba en él toda la humanidad que moría en el hospital y además los fallecidos en la ciudad y remitidos para autopsía á causa de accidente, crimen averiguado ó muerte sospechosa.

Aquella mañana, el descanso estaba cargadito. ¡Mescolanza horrible y cómica! Faltaba espacio para tanta carne, y sobre una primera capa compuesta de muertos rezagados hasta de ocho días, encimábanse cuerpos en rigidez y aun todavía tibios, de la última hornada mortuoria. Las piernas entrecruzadas se escapaban del borde del pesebrón. . . . Había dos pares de pies bonitos, de intachable limpieza, entre tantos pies horribles, dé corvas uñas grifales. . . . “Esos piecitos me intrigan,” declaró el curioso Flon que andaba por allí con Sergio, en espera de la autopsía prometida. No tardó en saber que un par pertenecía á una hetera apuñaleada por celos: el

otro á una dactilógrafa que había confiado sus decepciones pasionales á un frasco de láudano. Cada una tenía atado al cuello del pie un recorte de papel con su nombre. Flon leyó: *Juana G. . . Camila N. . .* Sus miradas iban de la piel anémica de la occisa, á las carnaciones lívidas de la suicida. En la cara de ésta, congestionada por el tósigo, sorprendió el estudiante la maldición de la vida, mientras en la de aquélla, la sonrisa á la muerte. Lo demás, no le decía nada: muerte estúpida de ajusticiados por el puñal, por ruedas de carro ó por la Cirugía eliminadora. Hundido entre dos vientres inflados por gases de putrefacción, descubrió al muerto misterioso de la Comisaría. Se le había ido el tinte rubicundo, y ahora su rostro cárdeno producía la impresión del bebedor olvidado de afeitarse en días de parranda. El papelito amarrado á un pie decía: “Descónocido.”

Y un hombre entró al “descanso,” encorvado, sosteniendo con cabeza y espalda un tablón con un cadáver autopsiado que dejó caer al azar, boca-abajo, sobre la suicida. El cargador era el *muertero*, pequeñito y seco, la nariz afilada, los ojos hundidos, un aspecto de consunción profesional. . . . A fuerza de ver y manejar muertos había acabado por parecerse á ellos. Era la en-

carnación viva y nominal de la muerte. . . . Se llamaba ENCARNACIÓN, y la abreviación familiar de su nombre, *Chon*, tenía en el hospital un significado fúnebre. Cuando un practicante decía de un enfermo: “se lo va á llevar Chon,” el dicho valía tanto como un pronóstico de muerte á breve plazo.

“¿Dónde estás tú, desconocido? gritó Chon, habituado á dialogar con sus inertes pupilos. . . . ¡Allí te veo, cara de responso. ¿Conque no quieres decir como te llamas, eh! Conque te trajeron de la comisaría ’ogándote, eh! . . . Ya verás, cara de misa cantada, cómo te voy á arreglar las cuentas.”

De un empujón le metió la tabla bajo las piernas hasta el dorso. Luego, por un movimiento giratorio, atrajo la cabeza al borde del descanso, y se echó la carga á la espalda, los brazos elevados en arco, sujetando al muerto por el cuello.

Seguidos de Flon, carga y cargador entraron al anfiteatro. La plancha de la derecha, destinada á los lesionados muertos en el hospital, estaba ocupada por dos cadáveres ya autopsiados, hombre y mujer, en posición inversa. los pies del uno en contacto con la cabeza del otro. La plancha de la izquierda, reservada á los muertos vio-

lentamente fuera del hospital, libre por el momento, aguardaba huéspedes. Cerca de ella, otro mozo de autopsias, el vizco Lino, muertero del Juzgado, esperaba la carga de su colega. Estremeci6se el zinc con el desplome del desco6noci-do. Lo empuj6 Chon, recibiole Lino con su eterno reojo, los dientes afuera, en rictus de difunto, reflejando tambi6n el cad6ver.

El livido flagelalado de la Comisaría había adquirido palideces, en contraste con ciertas partes ennegrecidas. P6lido de blanco edema dominaba el obeso vientre en que pelos rojizos despuntaban m6s que la vispera, como para apoyar la especie de que el sistema peloso puede seguir desarroll6ndose despu6s de la muerte. Y de nuevo resaltaba en su cara el aspecto de l6brico trasnochado que entra en la postraci6n del amanecer y toma un aire contrito para volver 6 representar su papel en la farsa.

Los dos m6dicos legistas que estaban de turno ese día no se apresuraron por acudir cerca del nuevo cliente. Estaban en corrillo, y ¿quién, sin faltar 6 la civilidad, deja bruscamente un corrillo en suelo mexicano?

Eran nuestros conocidos Pedroza y Pinillos. — Rechoncho y bajo como una O el buen Pedroza hablaba, en el corrillo, de la “oposici6n” que

se iba á abrir en la Escuela para profesor de la cátedra de Medicina legal.

—Yo me metería á esa oposición! decía con acento melancólico: pero me horroriza tener que “machetear” tanto libro, porque para Medicina legal hay que “llevar tripa” de todo, desde Historia Natural y Química hasta. . . .

—No tanto, compañerito, le interrumpió el otro legista, Pinillos, el *práctico* Pinillos, delgado y alto como una I, cuya reputación de superior empirismo se extendía del hospital Juárez á los Juzgados de Belén; y siguió contra Pedroza:

—Cómo se conoce qué es Ud. jóven y ¡or tanto teórico!. Juventud y teoría, todo es uno. Nosotros los viejos, los macizos, somos la práctica! Diez años llevo de andar por aquí husmeando entrañas. Ya no me acuerdo de la Anatomía: un poquito de Química que aprendí se me fué, como el latín. La Histología, los microbios, todo lo chiquitito se me pierde de vista. . . . Pero husmeo los balazos, las cuchilladas, los venenos. . . . y suelo hallarlos. *Eso* es práctico, lo demás polvorones! Que nos den *eso*, una oposición de Medicina legal práctica, y yo me meto!

Incorporados al corrillo, Sergio y Flon cambiaron miradas llenas de interrogaciones y admiraciones. Pedroza protestó débilmente, sobán-

dose al propio tiempo una oreja. Pinillos le atajó la respuesta con un “al grano! al grano!” acompañado de ademán imponente: una mano á la falda del sombrero alto para tumbárselo hasta la ceja, la otra á la bolsa trasera de la levita en busca de un pañolón cuidadosamente plegado y aplicado á la nariz con ambas manos. Ni en el tribunal, ni en junta de médicos, le fallaba este recurso oratorio después de una tirada. La mejor réplica del adversario se ahogaba en su paréntesis nasal.

Ajenos al corrillo, los muerteros se tenían firmes, cada cual junto á su plancha. Disponíase Chon á dejar listos á los autopsiados, operación de *toilette* mortuoria que le dejaba una rentita cuyos dividendos pagaban los deudos en morrala de cobres y níqueles cuando llegaban por la tarde á encajonar á su difunto. Mal que bien, distribuyó, en las cavidades abdominal y torácica abiertas, las vísceras extraídas. Le habían quedado sin abrir los cráneos, omisión frecuente en el anfiteatro cuando la sierra de Chon andaba mal y el autopsista consideraba que podía en rigor resignarse á no ver el cerebro. Como el vientre del varón estaba lleno por el intestino inflado, hubo que colocarle en el torax el hígado, un gran hígado grasoso, perforado por una chave-

ta. Algunos espacios vacíos, entre el hígado y las paredes, fueron rellenos con trozos de cerebro, sobrantes de otra autopsia. Quedó fuera de sitio el corazón masculino; Chon lo advirtió tarde, porque la víscera, dejada un momento entre las piernas de su propietario, se había deslizado á la plancha, encajándose de punta en la abertura del tubo de escape para los líquidos. Pero ¿qué era eso para Chon, diosecillo de anfiteatro, que jugaba con el caos visceral?

—Hágase la repartición de la materia! El corazón del hombre pasó al bajo vientre de la mujer. . . . —“Ya están casados! . . . Y que se las entiendan el día del juicio!” Eran los conceptos mismos de Chon al incurrir en ese manipuleo de los sexos.

Encendió un cigarro. Le faltaba hacer “el cocido y el lavado” de sus muertos. Bien necesitaban la limpia, porque los piojos abundaban en las cabelleras. Pero Chon descansaba, como cualquier dios en miniatura. . . . Mientras, en la otra plancha, Lino atacaba al desconocido de la 5ª con una gran incisión mediana longitudinal desde la manzana de Adán hasta el pubis. Abrióse la pared abdominal mostrando la amarilla capa grasosa subcutánea, muy espesa. Se levantó el plastrón esterno-costal, crujiendo car-

tilagos y láminas oseas como ramas tiernas y ramas secas al golpe cortante de la podadera. La mitad anterior del cuero cabelludo incindido transversalmente al nivel del vértice y remangado, se abatió sobre la cara, en antifaz macabro.

Pinillos y Pedroza se acercaron seguidos de médicos corrilleros. Detrás de ellos, Sergio y Flon hablaron quedo:

—Este Pinillos va á descubrir el lío, cuchicheó Flon.

—¿Qué lío?

—El del fraile, Elvira y el Inspector General. .

—¡Ca!

—¿Cómo no? ¡Si es un hombre *práctico!*

Removió Lino las entrañas al mando de Pinillos, y con gran disgusto de éste no aparecía nada notable. Cerebro y meninges ligeramente engurgitados: en los pulmones un poco de exsudado sero-sanguíneo al corte: la vulgar grasa invadiendo todo lo susceptible, el hígado, el miocardio, el intestino sobrecargado de estalactitas amarillas. ¿No era todo eso bien poco para que un hombre muriera? . . Pinillos dibujó una mueca ante aquel cadáver que no le dejaba lucir sus cualidades prácticas. Para otras y no esas era

él bueno: para buscar las lesiones recónditas de un cuchillo ó de un proyectil. Que los estragos del hierro punzo-cortante se perdiesen de vista en medio de la sangre y el pus. . . . —“A ver Lino! desenrolla bien esa tripa!” ordenaba el gran práctico.

Y como él *oliera la cuchillada* no había que desplegarle los ocho metros de intestino. Su instinto finísimo, al servicio de mirada certera, atrapa al vuelo la herida menos aparente, la milimétrica, escondida en el borde meséntrico de un asa, bajo falsas membranas. Y que lo buscado fuera bala, una de esas balas que viajan en zig-zag dentro del cuerpo, entonces el práctico Pinillos practicaba la caza: azuzaba á Lino precipitado tijera en mano sobre una pista hipotética, más husmeada que concebida. Si por acaso, la pieza ferrea escapaba al sabueso y cazador, entonces Pinillos llamaba á Chon quien, mísero muertero que era, llegaba al campo necrópsico como vieja guardia. “¡Andale Chon! ándale Lino!” A las voces de mando, los dos muerteros se lanzaban. . . . Unidas sus manos sangrientas urgaban los rincones apuntados por el índice de Pinillos. . . . —“Un tajo en ese músculo! Un golpe de cincel en ese hueso!” A la verdad, el médico legista no tenía idea exacta del

músculo ó hueso que hacía cortar ó hender. . . . Pero ¿qué importaba eso tratándose del insigne práctico que *hallaba la bala*. . . . O no la hallaba! Y entonces descubría que ese pícaro cuerpo del delito había debido pasar al intestino por algún intersticio invisible y salir por el ano!

Pero el cadáver de aquel día 9 de Julio, no se prestaba para tales triunfos pinillescos.

—De qué murió este hombre? ¡Vaya un tipo que no dice nada, ni siquiera nombre tiene!” exclamó Pinillos recorriendo de alto abajo el cadáver con mirada despectiva que fué á posarse en el papelito, atado á un pie, ostentando el rótulo “desconocido”.

Con aire contemplativo observaba Pedroza, ya las displiscencias de su colega, ya las vísceras del muerto. De repente interrumpió á Pinillos:

—Habría que guardar esas vísceras y llevarnoslas para ver lo que les encontramos.

—¿Y qué les vamos á encontrar? . . . Ud. siempre con sus teorías! . . . Los aparatos de análisis son muy bonitos. . . . para verlos pintados en los libros. Pero no los tenemos. ¡Y aunque los tuviéramos! ¿Dispondríamos de tiempo para usarlos, con tanto muerto? Hay que guiarse por algo práctico cuando no aparecen las cosas de bulto. . . . Ante todo la *facha* y el *lugar*. . . .

Que es un niño escuálido encontrado muerto en un petate de portería. . . . Murió de *apachurrón*. . . Viven tantos y sobre todo, duermen tantos en una portería! No es sólo portero y portera con su prole, sino compadres, parientes y amigos con sus respectivas. Los chamacos, nutridos de taquitos con chile y probadas de pulque, duermen tan pesadamente como las madres. Una voltereta y zas! El chamaco muere sofocado bajo un brazo, un seno ó cosa peor. . . ¿Verdad, Chon?

—Es la pura verdad, respondió Chon aprobativo: y prosiguió Pinillos:

—Que es una muchacha flaca y ojerosa levantada de un cuartucho de vecindad. . . . ¿De qué murió? Facha y lugar! No hay otro libro que consultar! . . . Murió de amor desgraciado y de cabezas de cerillos ú otro tóxico. . . . Que es un abotagado traído de la comisaría. . .

—De allá trajeron ese, Sr. Pinillos, clamó Chon, dando una *puntada* en la pared ventral de la muerta y añadió:

—Con que regule!

—Ya regulo. . Abotagado y muerto en la Comisaría. Facha y lugar. . . . No hay más allá. . *ergo* borrachera.

—Y fué de la 5ª Comisaría, afirmó Lino removiéndome unos papeles.

—Sí: de la mía, apoyó el Dr. Sergio, obligado á exhibirse.

—Ah! ¿Es de Ud. compañerito? Es de Ud. este muertecito? Y dígame: ¿de qué *lo mató* en su acta?

—De ebriedad: pero es sólo un *parece*.

—Sí: “congestión cerebral, de origen alcohólico”, dijo Pedroza leyendo el traslado del acta de Sergio.

Triunfo completo de Pinillos. El diagnóstico probable del médico de comisaría coincidía con su diagnóstico de practicón, compilador de casos.

—Yo nomás digo: yo nomás digo... tartamudeó el tenaz Pedroza rascándose la nuca. Y rompió á objetar: que para probar en Medicina legal que aquel hombre había muerto de ebriedad era necesario extraer el alcohol del cerebro ó del hígado.

—Apriete! ¿Y los alambiques? ¿Dónde están los alambiques?” saltó Pinillos iniciando otra tirada, cuando algo llamativo vino á cortar la polémica del lado en que trabajaba Chon. Comenzaba el muertero á atacar la cabeza de la muerta. Primero *la poda* con grandes tijeras fores-

tales que esparcían por el anfiteatro un clinclin de peluquería. Revueltos con desechos en una batea, caían los negros mechones. Luego, el rocío de petróleo lloviendo de la esponja exprimida. Por último, el encender del cerillo y la chamusquina.

Levantóse al techo la llamarada, chirriaron los pelos contrayéndose en volutas de cuernecillo carbonizado, y los piojos hirvieron. Muchos, en el sálvese quien pueda de la quema, se escurrieron por la cara y cuello. La solución mercurial los persiguió en derrota, porque Chon, aunque sucio de grasas cadavéricas, era intranigente con el parásito. Aun humeaba la muerta, cuando el pelo y los piojos de un vecino comenzaron á arder por el mismo procedimiento.

—“Huele á herradero!” murmuró Flon.

—“Como que lo es este anfiteatro, le dijo Sergio por lo bajo: más herradero que mi Sección médica. Vámonos!”

Y salieron, en tanto que Lino suturaba de prisa al desconocido para restituirlo al *descanso*. Pinillos y Pedroza se quedaron cerca de la plancha.—En espera de otro cliente de autopsia, el “práctico” habló de otra cosa: de la tanda del Principal “La Verbena” á que asistiera la última noche, y de las tiples en boga.

—“Y dígame, compañero ¿Ud. por quien se declara? ¿Por la Soler ó por la Fuertes?”

En el corralón, Sergio y el practicante hicieron algunas ambulaciones semejantes á las que acostumbran los estudiantes mexicanos para *calentar* la lección antes de clase.

—Mal día, Señor, dijo Flon, extendiendo su vista por el corral cuyos yerbales agotaban sus frescas emanaciones, quemados por el sol, más y más ardiente.—Esta mañana venía yo alegre, creyendo que todo iba á hablar, que Elvira hablaría, que el muerto diría algo... A ella se la lleva Velázquez; el desconocido nada dice... . . .

—¿Qué ha de decir en éste corral y en manos de Pinillos? . . . un leguleyo!

—Pero él cree saber.

—Sí, sabe tretas

—Con ellas ha hecho reputación.

—Amigo Flon, en Medicina más que en ninguna otra carrera, hay reputaciones que empiezan por la admiración de media docena de bobos. Esa media docena, multiplicándose menos espacio que los seis elefantes de Darwin, acaban por envolver en sus juicios á la fracción inteligente. Y aquí tiene Ud. al cabo de algún tiempo, una vasta reputación fundada sobre la opinión de seis bobos.

—Con todo, si Pinillos se presenta a la oposición de Medicina legal, ya verá Ud. cómo *se la lleva*. . . .

—Hay que impedir esa barbaridad. Le voy a decir a Pedroza que se ponga a trabajar duro para presentarse. Si yo también pudiera!

En el espíritu de Sergio bulleron ideas fantásticas de lucha por la ciencia; cruzaron por él volúmenes y aparatos, la biblioteca y el laboratorio.

Paseando en diversos sentidos por el corralón, Sergio y su practicante se habían detenido cerca del tapial oeste, en un punto en que la yerba, más alta y fresca, se esmaltaba de flores. El pié de Sergio, tropezando con detritus cadavéricos, le hizo notar que en aquel ángulo venían los muerteros a arrojar algún sobrante. Había huesos de piezas anatómicas desechadas que cedían a la tierra su carnación descompuesta. La podredumbre elaborada brotaba en perfumes de margaritas y amapolas. Un pirul de ramas plañideras sombreaba el florido rincón. Algo pendía de ellas como negro heno. Eran cabelleras de muertas, semejantes á las que ostentan los árboles de Amecameca, colgadas por los indios en supersticiosa ofrenda.

Bruscamente, salió Chon del anfiteatro con un

mechero más, las guedejas de la azteca que, antes de la quema, acababa de trasquilar en la plancha. Las colgó de una rama del pirul y arrojando entre la yerba pedazos de un pulmón hepatizado, se puso a cortar las frondas de un helecho. Tejió con ellas una guirnalda entrettejida de margaritas silvestres y volvió á su mortuoria faena. Bueno era engalanar la cabeza de la chamuscada, para ganar honradamente la propina. Como Pinillos y Pedroza se retiraban, él y Lino quedaron solos, dueños del anfiteatro. Chon cantaba; y mientras Sergio y Flon, reunidos á los legistas, emprendían la salida del corral, el muertero completaba el lavado y tocado de su indígena, le ceñía la cabeza de florida hojarasca, y en su canto resonaba la copla de moda:

“¿Dónde vas con mantón de Manila
y con ese vestido chinés?”

En la puerta del Hospital, Pinillos, Pedroza, Sergio y Flon hicieron un postrer corrillo en que mediaron consideraciones corteses sobre las autopsias recién hechas.

—“Muy bien han salido,” dijo Pedroza á Pinillos. Era el momento de las antífrasis en que los médicos dicen lo contrario de lo que sienten.

Y todavía: “Especialmente la del desconocido....
Lo felicito!”

—*Veri güel!* compañero Pedroza, replicó Pinillos, sensible al halago, tragándose su sentido práctico. ¿Y Ud. qué dice, compañero Sergio? ¿Qué dice de la de su borrachón de la 5^a?

—Lo mismo. . . . ¡muy buena!

—*Ol rai!* exclamó el práctico, quien contaba entre sus cualidades la de mascullar palabras inglesas, y despidiéndose del grupo, citó á Pedroza para redactar de acuerdo, al día siguiente, el acta del “ebrio desconocido.”

Quedáronse viendo uno á otro Pedroza y Sergio, mientras Pinillos se alejaba por el callejón que va del hospital al jardín de San Pablo. Dudaban ambos de si debían reirse ó enfadarse.

—Pero hombre, Chucho, (Pedroza se llamaba Jesús) ;que hayas dicho que tan bárbara autoposia estuvo buena!

—Convengo en la barbaridad, pero tú la apoyaste.

—Yo, por *llevarte el bajo*.

—Y yo, por llevarle el bajo. . . .

—¿A Pinillos!

—Quiero decir: á la política. . .

—¡Oh política! es la que nos pierde: la que mata nuestra Medicina nacional. Nos tratamos

unos á otros alternativamente de “sabios,” o de “brutos,” por política...

Sergio se detuvo. Por su mente cruzó de nuevo la “oposición” de Medicina legal, y con ella ideas levantadas de lucha científica. De tanta altura se despeñó á los bajíos de un *plan para empinar* (*) a Pinillos. Convino con Pedroza en que lo animarían para que se presentase. Ellos se prepararían “muy por debajo del agua” sin que él lo supiera.

—¡Sí que lo *empinarían!*

—¿Qué conoce *éste* del cuerpo humano? dijo Sergio.

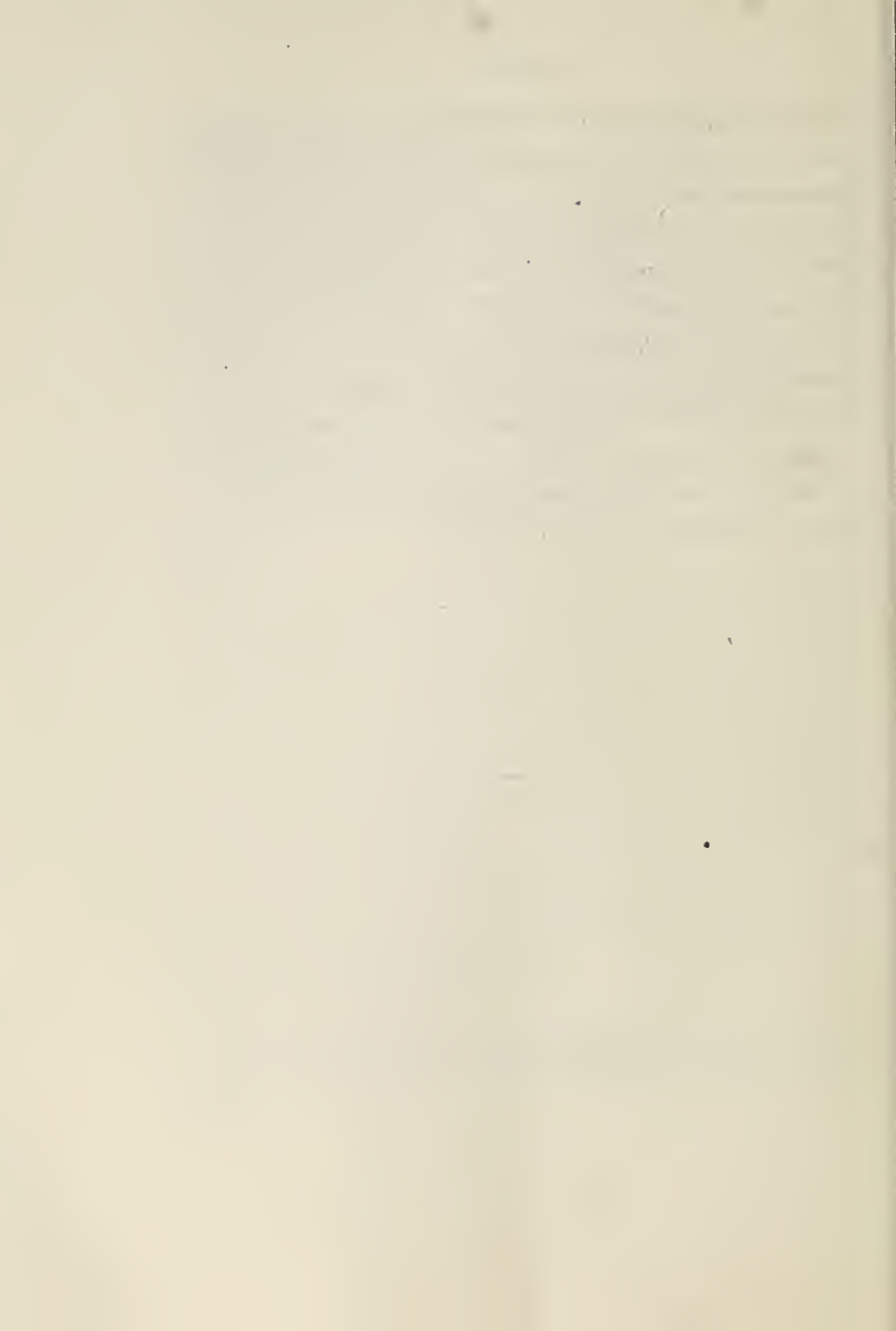
—¿Y qué conoce de venenos? reforzó Pedroza.

Rompióse el corrillo. Ambos se fueron á tomar el tranvía de Loreto. Por otro lado partió Flon, sombrío. La mañana alegre tornábase en mediodía pesado. ¿Qué fué de Elvira? ¡Nada! El inspector Velázquez la había escamoteado. Preciso era arrancarle el misterio. Insensiblemente, con la costumbre de relacionar su trayecto con su estado de ánimo, dejó á un lado la calle de la Garrapata y se fué al centro de la ciudad por la Buena Muerte.

(*) En lenguaje familiar mexicano, *empinar* á alguno es (al contrario del significado directo) echarlo hacia abajo.

Como pasara por “el Distrito,” su preocupación le impulsó hacia el despacho del Inspector general donde esperaba sacar al Secretario Tecla algunas revelaciones. Pero Tecla le recibió teclando en la Smith 1er. una comunicación oficial para el médico de la 5ª. En ella se proveía contra la dualidad de supernumerarios en la Sección Médica, elevando a uno de ellos a la categoría de titular con treinta y cinco pesos al mes.

Pronto reconoció Flon no ser él el agraciado. Y con intensa amargura, se dió cuenta de que había trabajado para Carriles.





VIII.

EN LA CASA DE LAS CARIÁTIDES.

¿Qué había pasado con Elvira Resendis la noche precedente?—Hay que seguirla en el alquilón de bandera colorada en que se la llevó del hospital el Inspector Velázquez.—“Llévanos a la Diputación” había dicho Velázquez al cochero, designando el palacio del Gobierno del Distrito por su nombre tradicional.

Encapuchonada en su tápalo, Elvira se replegó al rincón derecho del asiento trasero, en tanto que el simón, dando los últimos tumbos en la fragosa calle de la Garrapata, desembocaba en la nuevamente pavimentada del Rastro, con dirección al Zócalo. Reinaba en el trayecto la animación propia de la hora que precede al cierre del tráfico. La ciudad de México suele agi-

tarse con vida intensa momentos antes de parecer nocturna necrópolis. Los pitazos de los tranvías de mulas gritaban el alerta a la muchedumbre pedestre. De las pulquerías y tiendas de corambre, de la plaza del Volador con su mercado de baratijas robadas (*thieves' market* según el yankee) se retiraban matones y rateros cruzándose con grupos devotos emergiendo de la iglesia "Porta-Cœli." En la esquina del Volador y Flamencos, el vehículo que llevaba á la discordante pareja se detuvo un poco ante una obstrucción que cesó con el desenganche de un carromato.

—"Aprisa!" ordenó Velázquez al cochero sacando medio cuerpo; "te detienes frente á la callejuela."

Elvira seguía silenciosa y esquiva, como incrustada en su rincón. En vano el Inspector trató de inspirarle confianza con una palmadita en el muslo. . . .

—Ole, pecadorcita, le dijo en tono zarzuelesco; ya se murió el confesor. . . . Ahora, a pecar! y añadió un reproche extraño.

El de bandera colorada se detuvo cortando la réplica de la joven. Sólo tuvo tiempo de interpelar:

—Pero ¿a dónde me lleva?

—Espere Ud. aquí; ya le diré.

—¿Qué he hecho? Yo no hice nada. Déjeme ir!

Velázquez bajó del coche rumiando algún plan. Por algo había querido que no parara a la puerta principal del palacio del Distrito, donde sería más notable la compañía de una mujer misteriosa que pedía irse a casa. Hizo una seña a un gendarme y le habló en secreto. El gendarme se plantó a la portezuela, mientras el Inspector se dirigió al “Distrito” por la puerta lateral sobre la callejuela.

Pasado un rato, vino un “paisano” y dió orden de marcha al auriga. Era un agente “de la secreta.” Se sentó delante de ella, silencioso. Su cara de esbirro indio, reflejando maldad estúpida, aparecía de vez en cuando bajo un fieltro negro, sobre el cuello alzado de una chaqueta también negra que, al entreabrirse, dejaba ver en torno del cuello un paño encarnado.

El coche se fué por Mercaderes y 5 de Mayo, costeó la Alameda por la Mariscalá, dió vuelta por San Diego hacia la Rinconada y se detuvo frente a “la casa de las cariátides.”

Era la casa particular de Don Eduardo Velázquez, así llamada en honor de las medias mujeres y repisas de piedra que adornaban sus ventanas. Toda reluciente de sillería labrada, con

sus verjas, su jardincito central entre dos flancos salientes, esta casita de un solo piso, recién construida, era entonces la única elegancia de la “Rinconada de San Diego,” calleja que se estrecha hacia el Poniente en callejón sin salida. Velázquez pensaba casarse, y en virtud del proverbio “quien se casa, casa quiere” acababa de fabricar *la de las cariátides*, en un rincón de la Rinconada, con intencional coquetería de detalles. Aquel almohadillado rojo-gris de la sillería; aquel jardincito frontal en que árboles y enredaderas simulaban guardia vegetal que tuviera por consigna el misterio; aquellas cuatro hembritas de piedra, quiméricas, sonrientes, un brazo á la corniza, al aire los túrgidos senos. . . todo hablaba allí de goces propuestos y soñados, menos el fondo formado por la iglesita de San Diego: en el centro el desnudo paredón de la nave clareado en lo alto por dos ventanas; encima, a la izquierda, el tenue campanario; a la derecha la cúpula del presbiterio, solemne y ventruda. Más hacia el frente, otra cupulita rematada por linternilla semejante a la de la primera, como su hermana menor, coronaba la *capilla*. A lo largo de la pequeña cúpula, corría una balaustrada de piedra al borde del muro

medianero que flanqueaba la casa por el Poniente.

Así, encajado en esta decoración eclesiástica —por la ley de los contrastes y la de los denuncios de *manos muertas*— el terreno de la finca, asiento conventual en otro tiempo, se cambiaba en nido de amor.

A él llegaba Elvira Resendis en compañía del “secreto.” Abrió éste la verja, y con un ademán policiaco, medio cortés, medio imperioso, hizo entrar á la cuitada, la condujo hasta la escalinata, en lo alto de la cual la puerta vidriera se abrió al impulso de CÁNDIDO, antiguo caballero, después criado de confianza y mayordomo del Inspector.

Era que el teléfono había funcionado. . . . Rring! “¿Con quién hablo? . . . Sí, Don Eduardo! . . . ¿Una muchacha? . . . Está bien. . . . No la dejo salir. . . . Sí, merienda, un bocado. . . . Granulitos, bueno! Los del número 3, bueno! . . . Hasta luego.”

Cándido Cuellar, que así habló con su amo por la bocina de Edison, tenía con él notable semejanza en las líneas y expresión de la cara afilada. Usaba como él la barba en punta; los vestidos del amo “le venían,” aunque algo largos y mal llevados, porque su cuerpo enteco le cedía

en talla y donaire. Era un Don Eduardo reducido y deslustrado, algo como su hermanito pobre, parentesco aparente, confirmado por sus tratos familiares con el patrón. Pero Cándido decía que “no era nada de él” y no le reconocía otros vínculos que el de la gratitud “por haberlo sacado de bruja.”

No son raros estos viejos fámulos que acaban por tomar a sus señores algo del aspecto físico. Cándido había también tomado al suyo algunas manías, pues al quedarse solo con Elvira en el vestíbulo de la casa de las cariátides, empezó a tirarse de un mostacho retorciendo la punta.

—“Mientras le preparan una merienda, espere Ud. en la sala.”

Hizo girar la llave de la luz eléctrica y la sala de recepción se iluminó intensamente con los múltiples foquitos de dos arañas.

—“Siéntese Ud.” añadió Cándido, designando á la joven un silloncito tapizado de reps color de rosa: parecía hecho para que una mujercita esperara. Elvira obedeció maquinalmente. Quedó confusa en esta sala tan diferente de las sacristías que frecuentaba. Sus pies calzados de botitas raídas se recojieron bajo el sillón, como si temieran hundirse en la espesa alfombra de guirnaldas azul celeste sobre fondo bermellón.

Los colores chillones repitiéndose en muebles, papel tapiz, cortinajes, traicionaban las charras aficiones del propietario. Chillaban también las discordancias. A la derecha, un estrado femenino muy grave en que solo faltaba la futura entre visitas ceremoniosas; y en un ángulo del lado opuesto, residuos del soltero pugnando contra la vida monogámica, un ancho diván con su cojín forrados de felpa carmesí—lecho y almohada ó ocasionales. Encima de este mueble, dos cromos representaban en pareada forma el líbrico tema de “los Faunos” de Rubens, cuyo original existe en el Museo de Madrid. En uno de ellos un fauno de barbilla y cuernecitos perseguía a una ninfa en traje de Eva; en el otro, la ninfa aprisionada se rendía, hecha arco, al abrazo amoroso del selvático Don Juan.

Un cortinaje de terciopelo, recojido *en portière* bajo un arco rebajado, separaba esta sala de la ancha puerta del gabinete,—dormitorio provisional del Inspector, cuya ventana se abría, entre cariátides, sobre la Rinconada. . . .

Situada como estaba, Elvira tenía que ver muy de cerca el diván-lecho y los cromos. Bajó la vista con expresión devota. Luego sus miradas, desviadas á la derecha, hacia el estrado, tropezaron con el retrato del Inspector Gene-

ral, busto fotográfico cuyo marco dorado culminaba, no sin pretensiones, en un águila azteca con serpiente y nopal. . . . Fina y grave, la cara de Velázquez expresaba corrección oficial. Eso, para un ojo ordinario. Pero vayan ustedes a normalizar ojos de histérica! Los de Elvira vieron que la efigie sonreía picarescamente como el fauno, tenía la nariz en gancho de éste, su misma perilla de cabrito. Y la veía! No era el amor lo que brillaba en la visual del retrato; era el poder sombrío, ilimitado, que cierta clase atribuye á la policía. La joven se sintió asida por esa garra desde que “cayó” imprudente en la Comisaría de la calle de Zarco. Allí la tomó la camilla con sus torvos camilleros salpicados por las hemorragias, luego la cama del hospital de sangre con su frazada roja, después el coche de bandera colorada con “el hombre del paño encarnado.”

Todas estas sensaciones, desarrollándose por la gama del rojo, se relacionaban en su espíritu con el recuerdo del moribundo que fué a buscar en la Sección. ¿De qué se moría? . . . Es cosa que ignoraba. Lo vió un instante, como en un relampagueo de lucidez, entre dos ataques. Y este recuerdo le venía en forma de una cara roja, labios turgentes despidiendo espuma roji-

za. Cerró los ojos por no ver el diván rojo, los cromos tentadores, el retrato que la espiaba: y siguió viendo rojo. Un infierno! Veláquez era el diablo perseguidor de “los dos”. Los perseguía como a la ninfa el fauno del cromo. . . . Ya él había caído. Le tocaba su turno. Se santiguó, rezó una “salve”, pensó en la confesión, esa válvula de escape, en las grandes tensiones, de las histéricas; y ya que no podía confesarse con “él”, murmuraba sus escrúpulos de conciencia como pecados mortales. “Lo han matado por mí, por mi culpa, por mi grandísima culpa.” Y hubiera caído de rodillas confesándose a voz en cuello ante un confesionario ideal, si Cándido no se hubiese presentado diciendo:

—“Ya está puesta la mesa, señorita; pase Ud.”

El comedor era una amplia sala con ventanas al jardincito frontal. La mesa de corredera, capaz para ocho personas, en los días ordinarios, tenía puesto su mantel manchado y zurrapien-to como el de simple casa de huéspedes. El Inspector, desordenado en sus comidas, llegaba a comer al azar, contando con mesa puesta permanente. Sus comensales favoritos pertenecían a la curia de Belén ó á la policía, iguales am-as clases en el arte de verter el tinto y rociar

las salsas de *chile*. En un asiento lateral se sentó Elvira, a la derecha de la cabecera, reservada al dueño del local.

—Aquí se sienta Don Eduardo; y allí, donde Ud., se deja para alguna persona principal o alguna muchacha bonita, acabó Cándido con galantería.

La jóven se removió en la silla y agitó destraída el consomé caliente. Venía contenta de escapar al retrato que la miraba, y se encontraba con la imagen de Velázquez en la cabecera, evocada por el sirviente. Se llevó la cuchara a la boca e hizo una muequecita de disgusto. Probó de nuevo y repitió la mueca.

—“Está amarguito. Póngale un poco de sal Es extracto Liebig: muy sustancioso!”

Dócil á las sugerencias de Cándido, la histérica echó la sal y paladeó otra cucharada del líquido, sin aversión. Por tales dietas había pasado desde su aventura de la Comisaría que su apetito abierto iba al alimento con impulsión animal.

—“Cervecita!” . . .

Cándido sirvió cerveza de una botella ya abierta, cuyo corcho mal encajado dejaba escapar un filete de espuma.

La sensación amarga y el gesto displicente

se reprodujeron con menor intensidad. Pero ¿no es natural que la cerveza amargue?

¡Oh jóvenes sencillas, que os confesáis cada ocho días de pecadillos que os atraen consejos de pudibundería exquisita! Que no mostréis del pecho ni la raíz, del pie ni la punta. Que vuestros sentidos velen contra el demonio en acecho. Que no veáis, oláis, oigáis, ni toquéis, cosas que puedan contaminar vuestra alma, purificada en la estufa esterilizante de *la gracia*. ¿Y porqué no hablarles de los peligros del *gusto*, sentido en que concurren las maquinaciones de Satanás y cómplices? Así, Velázquez les distribuía polvitos, en comida ó bebida, según recónditos designios. ¿Las quería somnolentes?—Polvitos núm. 1; sulfonal, trional etc. ¿Las deseaba delirantes?—Polvitos núm. 2; haxix, mariguana. ¿Pretendía simplemente excitar el sistema neuro-genital?—Para ello poseía varios polvitos de números y efectos progresivos. A esta serie pertenecían los del núm. 3 que, por mandato señorial, puso Cándido en el consomé y la cerveza. ¿Entraban en su composición partículas de vulgar estriocina? Así parecía, porque Elvira sintió a poco movérsele interiormente

algo como manubrio que tendió sus nervios con la energía artificial, peculiar a ese alcaloide.

Extraña, sin tipo definido, la muchacha representaba toda especie de mezclas. Blanca mate, pasaba a blanca lactescente sin mucho arroz. Perezosa por temperamento y activa por necesidad, iba de un oficio a otro, al azar del marchante, tan pronto costurera como cigarrera y dactilógrafa. La máquina de escribir era su peldaño de plebeya para escalar la clase media, armada de corsé y sombrero para los domingos. Mestiza, fruto desprendido de la vasta familia pulcómata y destripadora de los Resendis, ramificada por todo el país, sus degeneraciones indias y españolas se expresaban en cierta lasitud somnolente que le hacía bostezar en medio de la brega. De allí a la deliquescencia poética que se despeña por la versificación activa ó pasiva. . . . la evolución era fatal. Sin embargo, su abandono de huérfana la había sometido desde pequeña a gentes de iglesia. Entre ellas había encontrado algo que convenía a su inercia: la abdicación periódica de su voluntad en la del confesor. Uno la había subyugado últimamente que influyó en sus desdenes al Inspector. Se acordaba. . . .

—Más cervecita! insistió Cándido escanciando.
Se acordaba Elvira de su historia con Veláz-

quez. . . . Aquellas idas y venidas a pie y a caballo por la callejuela de su vivienda, desde antes que ascendiera a Inspector general. . . . Los recados apremiantes con la Celestina. . . . Que “le pondría casa,” que “hasta lo harían por la Iglesia,” aunque no por lo civil. . . . Ella lo despachó a que se entendiera con él, su confesor, que bajaba del pueblo cada ocho días a dar el pasto del alma a sus ovejitas de la capital: tres o cuatro hembras penitentes. Luego las mañanas del cura para *entretenerlo*, las exhortaciones a ella para evitarlo como al mismo Luzbel en persona. Y aquella tarde, ya oscura, en que Velázquez, recién nombrado Inspector general, la sorprendió al paso con su padrecito, cuando salían de la Santa Veracruz, tras media hora de sacristía. Se empeñó Don Eduardo en que su carretela de bandera azul los siguiese al paso, a lo largo de la acera de San Juan de Dios. ¡Y con qué mezcla de despecho y de ironía los iba mirando! ¡Qué siniestro sentido descubrió en las palabras que le volvían al oído!. . . . aquellas con que Don Eduardo, al apearse del coche, abordó al protector: “oiga, padrecito, no me ande haciendo mala obra, porque le irá mal.”

Elvira abrió la boca; intentó uno de sus bostezos favoritos, a pesar de la rigidez mandibular

que experimentaba. No pudo consumarlo, y se llevó la mano de uno a otro masetero, como si tratara de aliviar una contracción dolorosa. Los polvos número 3 hacían su efecto; trasformaban la histérica flácida en histérica contractural, excitada, con deseos de morder y gritar. No era eso lo que buscaba Don Eduardo en su ignorancia de la acción variable de una droga, según el organismo receptor. Porque había visto a mujeres de casas de citas agitarse, con lascivos espasmos, tras de algunos bocks de cerveza salpicados de número 3, creía obtener fatalmente en Elvira efectos semejantes.

Oyóse ruido de puertas, salió Cándido á la sordina, resonaron pasos señoriales y Velázquez apareció en el comedor.

—*Jola*, chiquilla! fué el saludo azteca de Don Eduardo. Entre el *halloo* yankee y el *ole* español se ha descubierto en México un *hola*, cuya fuerte aspiración puede representarse por *j* en vez de *h*. . . Ocupó su asiento habitual en la cabecera. Guardó en el cráneo su sombrero de bola, en la mano el bastón, como si llegara a una mesa de cantina. Y se quedó mirándola, con la fijeza alerta del gato que ve al ratón asomado al agujero.

Elvira sostuvo, sin mucho turbarse, la mirada

viva que acababa de espantarla en el retrato. Despertaban en su neurosismo los ímpetus reñidores de Jacobo Resendis, un abuelo agavófilo y cuchillero.

—“Cándido, trae el tequila!”

Al mandato del amo apareció el criado, sacó del aparador una botella del agávico jugo jalisciense, dos copitas y bizcochos.

Sin dejar su expresión de mística escandalizada, Elvira bebió Tequila como si su abuelo le empujase el codo. Estas contradicciones de carácter, ya conocidas de Velázquez, le provocaron ganas de bromearla. . . . Condolencias porque su “aquel” ya no estaba allí para bendecirle el trago, alusiones a la intemperancia del muerto y sus *pítimas* patriarcales, como la del padre Noé. Ella se redujo a contorsiones que anunciaban un acceso.

—¡Sí que se las ponía! ¡Y vaya que se las ponía! exclamó el Inspector prorrumpiendo en ruidosa carcajada. Al “já, já, já,” de éste respondió otro de Elvira, seguido de extraña acusación en tercera persona:

—“Velázquez me lo mató!”

—¿Qué dice usted? interpeló Don Eduardo, muy voluble en usar alternativamente del “tú” o del “usted” en sus vocativos a las niñas, y con-

tinuó:—“Si no soy la borrachera. . . . Se la puso solo.”

Otra vez lanzó él su carcajada homérica y otra vez ella se desató en risa nerviosa, verdadera crisis hilarante que el Inspector no acertó a reconocer. Sus ojos brillaron con fuego diabólico; hizo ademán de abrazarla, y Elvira se desprendió escapando hacia la puerta de comunicación con la sala. Llegaron forcejando hasta cerca del diván rojo. Allí, la mirada atónita de Elvira tropezó con los cromos del fauno. Por una substitución del yo, frecuente en las fantasías exaltadas, se identificó con la ninfa perseguida, y siempre debatiéndose y riendo, entró en pleno acceso. Desmelenada, su cabeza se echó hacia atrás. A la contracción de la nuca, siguió la de toda la musculatura posterior, y el cuerpo se arqueó sobre el diván, como el de la ninfa rendida. Los polvos número 3, al sobrepasar los deseos de Don Eduardo, le echaban en los brazos una criatura rígida, con la boca toreida y babeante. . . . Hubo de contentarse, ante aquel cuerpo agitado, con satisfacer curiosidades visuales.

Acudieron Cándido y otro personaje femenino: la cocinera Tomasa, que solo emigraba del brasero al salón en raras circunstancias.

—¿Traigo un médico? preguntó Cándido.

Con un gesto negativo rechazó el Inspector la presencia comprometedora de un galeno fortuito.

Conducida en peso al cuarto de criadas, se dispuso en su honor un catre de tijera al lado del petate de la Maritornes. Esta la desligó aligerándola de ropas y calzado.

—Vaya una aventura! exclamó Velázquez paseándose en la sala, contrariado.

Tan exagerada idea se había forjado de la omnipotencia policiaca, que le irritaba el hecho de que una débil mujercita se sustrajese a su voluntad soberana. ¿Qué hacer con ella?

A la risa sucedió el hipo; luego se produjo, en regurgitaciones, una saludable eliminación. Las contracturas se apaciguaron y un largo suspiro inició el sueño tranquilo. Eran las nueve de la noche.

En vez de una “conquista,” albergaba el Inspector a una enemiga acusadora. Asaltado por esta idea, se atusó el bigote, lo cual era señal de que algo malo se le esperaba a la dormida histerica.



IX

EL DESPERTAR DE UNA HISTÉRICA Y DE UN

“CRUDO..” (*)

A la mañana siguiente, cuando Elvira quiso levantarse de su colchón, no pudo ponerse en pie por sí misma. Fué necesario que Tomasa, cocinera de bríos, le prestara para ello sus dos brazos tostados. Entonces se vió que Elvira cojeaba.

Claudicaba del pie izquierdo que no podía tocar al suelo sino de punta. Con trabajo había pasado en él la media negra, pero el botín de lazos no pudo pasar ni con ayuda de Tomasa. . . . Era un pie caído y encorvado, con los dedos en hiperflexión, el pie que los médicos han llamado

(*) Estado del bebedor (en “la cruda”) tras de una noche de intemperancia.

con poca razón *equino*, refiriéndose a una actitud que presentan no sólo las patas del caballo, sino las de otros cuadrúpedos.

Entretanto, Don Eduardo, medio despierto, se desperezaba. La noche había estado “cargadita” decía él. Después de lo de Elvira, había salido a cenar fuera, con su amigo Vicencio, inspector de la 2ª, en un “reservado” de la Concordia. Sopa de ostiones, beefsteak, pavo etc., rociados de tinto y copitas variadas. Los recuerdos y esbozos de ideas flotaban entre sueño y vigilia.—“No cobraron las copas ni el tinto. ¡Maldito italiano, marmitón en jefe de la Concordia!. Sabe que así se me zafa de multas. Luego, cuando estuvimos bien templados por las copas, nos fuimos de ronda. Vengan acá chaqueta, jarano y espuelas vengan el tordillo, la pistola y la canana repleta de tiros!. . . . Comenzó la ronda nocturna contra expendedores y borrachos. . . . Estuvo buena!. Para algo es uno Inspector, para inspeccionar. Conmigo no juegan cantineros ni pulqueros!. Quieren encerronas después de las diez. pues que les cuesten!. Multa á Manuel Prendes, el del Mirador de la Alameda. . . . Había luz y voces a puerta cerrada, minutos después de las diez. Hace

tiempo que no me regala pavo relleno; pues multa!...Multas y palos....“Así se gobierna,” dijo el Caudillo.....Aquel pulquero de “la Venus dormida”, en el barrio de los Angeles, bebía, encerrado con el gendarme que había dejado su punto. Le quité el palo al gendarmey duro con él en las costillas! Multa y también palos al pulquero, porque no quería pagarla. Estuvo *rebueno*, que caray! Y vuelta al centro. Una asomada al Principal. Daban la *Revoltosa*.....Le sale bien á la Soler, como que lo es. . . .Trae revueltas algunas familias, gallineros, en celos de gallo.....Rematamos con Amparo, en la TejaGanado nacional. . . .Tomé aquella de Zapotlán, porque se parece á Elvira. . . .Nada de pagar! Esó me quita el gusto. Un Inspector general no paga cama ni casa. Hay que darle vuelo á la pasión, sin que cueste. Desfogado, volví á la tertulia en el cuarto de Amparo. Una tanda de cerveza, y copas al canto. . . .Fué saliendo ese borrachín de Arnulfo Arroyo con sus tanteadas. . . .Empieza a darla de socialista y no acaba. . . .Acaba en brindis. . . .Lástima de muchacho!Un talento en bruto. . . .Con algo de forma podría brindar en el restaurant de Chapultepec.Brindó por Vicencio: sobre todo por mí. . .

... ¡Si sería chuela! Que yo suba... que tengo que subir muy alto. Y vaya si subiré... qué caray!”

Con esta idea ambiciosa que lo aguijoneaba hacia la acción, acabó de despertarse, saltó de la cama, se vistió de ropa menor y se fué al lavabo. Al golpe del agua fría, su cara marchita, de bebedor trasnochado, se animó. Hizo un ruido gutural para desechar una mucosidad laringea, la *pituita* matinal del copólogo, lanzada al azar sobre la alfombra, cerca de una escupidera. Porque Don Eduardo pertenecía, por achaques de educación, á esa raza de hombres que han dado fundamento a cierto diccionario para definir las escupideras: “mueblecitos á cuyo rededor se escupe.”

En cambio, sobre su ligera vestimenta, se puso luego una bata del más correcto estilo, comprada hacia poco, en previsión de matrimonio elegante. Era una bata de peluche rojo granate, cerrada por delante con doble fila de lazos alamareados y grandes botones; ceñida á la cintura por luenga “cordeliere” de la propia tela.

Con tal bata, la alta talla de Don Eduardo parecía crecer de un palmo. Ante la luna del ropero, gozaba de verse así el gran polizaico, en ropa talar, cuyos sanguineos pliegues le pro-

ducían la impresión de una investidura terrible, algo como el manto purpúreo del Cardenal de Richelieu simbolizando el poder trágico en la última escena de *Le roy s'amuse*.

Hizo sonar un timbre y se sentó a una mesa de centro, cuadrilonga, ocupada en parte por una máquina de escribir y en cuya esquina, libre de papeles, solía hacerse servir el desayuno, por no pasar al comedor, cuando se levantaba tarde. Entró Cándido con un servicio de café y licores, un paquete de correspondencia y varios periódicos de la mañana. El Inspector se puso a desplegarlos y a recorrer los epígrafes con tal atención que, por unos momentos, Cándido, el café y la correspondencia quedaron borrados de su campo mental.

—No se habla nada del padrecito, murmuró; y alzando la voz:

—Ah! ¿qué pasa con esa muchacha?

—Señor, . . . respondió el fámulo tutubeando, no sé lo que tiene; *renquea*; creo que se le tulló un pie.

—Ah, caray! Con la que va saliendo! Esta beatita me está dando mucha guerra. . . .
. . Una culebra en el seno. . . . ¿Qué culpa tengo yo de que su tipo bebiera tanto? . . . Ya me las

pagará. Por de pronto que se vaya a su casa de huéspedes!

—A pie no podrá.

—Que vaya en coche.

—Siempre se tendrá que llevarla á él y sacarla en peso. ¿Qué dirán! ¿No quiere Ud. que se quede hasta que le pase la cojera?

—Entonces que se quede. . . hasta ver lo que hacemos con ella (Tres tirones al bigote y pausa.) ¿Hay algunos esperando?

—*Nadien*. . . quiero decir: sólo el escribiente Tecla. Otros se han ido, porque los despedí, como Ud. me ha dicho, cuando llega muy tarde en la noche.

Don Eduardo absorbió el café con leche, entreverado de tragos de cognac, para curarse “la cruda”.

Entró *Nadien*, es decir, el escribiente, mozo flaquín, perdido en los pliegues y repliegues de un *completo* gris fabricado expresamente para él, cuando engordara. Entretanto érase el mínimun de materia que la avara Naturaleza puede poner al servicio de una máquina de escribir, con un nombre que le venía mejor que el traje. Se apellidaba Tecla.

Carlos Tecla tecleaba por las mañanas algunas respuestas a la correspondencia de Don

Eduardo, y a falta de ella, fungía de lector de periódicos y confidente matutino. Justamente esa mañana había pocos chismes policiacos que despachar. El más considerable se refería al nombramiento de practicante de número para la Sección Médica de la 5ª.—Anexo a las solicitudes de los pretendientes Flon y Carriles, traía Tecla el nombramiento del segundo, escrito la víspera por orden de Velázquez.

—Flon es más antiguo en el servicio, observó Tecla: á él le tocaba ascender a titular, por el hecho de que Carriles vino de otra Sección como segundo supernumerario.

—Eso no! Carriles! Julio Carriles! replicó vivamente Don Eduardo leyendo este nombre en su carnet de bolsillo.—“Este muchacho fué el que la otra noche” e interrumpiéndose, prosiguió: “Muy buen practicante! Y luego tiene amigos. . . . vaya que los tiene! Se ha procurado recomendaciones, entre ellas una tarjeta del General Rocha. . . . No hay más que sostener el nombramiento, y hoy lo despachamos á la firma”. Ante lo irremediable, abandonó Tecla su intentona justiciera y saltó al chisme periodístico (incubaban en él aspiraciones á repórter) con un artículo sobre un tema de actualidad. Se trataba de que Czolgoss, el asesino

de Mac-Kinley se salvaría probablemente de ser ejecutado, en calidad de loco irresponsable.

—Es un marrullero ese Czolgoss! interrumpió el Inspector; se está haciendo el loco para escapar al sillón eléctrico.

—Más marrulleros, observó Tecla, con su voz de tiple ¿no le parecen á Ud. los que, sin duda, impulsaron á Czolgoss al asesinato?

—Bah! Anarquistas! Se sortearon.....A él le tocó y zas!

—Qué sabemos, señor?.....Eso es lo que nos cuentan, por tantearnos.....A los anarquistas ¿qué les importa quitar de enmedio á un Presidente? Hay mil y mil que pueden reemplazarlo. Si se trata de una familia real es otra cosa.....Puede tentarles acabar con la dinastía. Pero contra Mac-Kinley no había más que política, partidos, negocios, ambiciones....Le echaron encima á Czolgoss, un bruto; y ahora, naturalmente. quieren salvarlo haciéndolo pasar por loco.

Velázquez miró á Tecla con sorpresa. Nunca creyera que aquel cerebritito de mecánico fuese capaz de erigir las hipótesis en sistema. Pero su última deducción le hizo menear la cabeza.

—Al contrario, Teclita; precisamente lo contrario de lo que dice. Los instigadores de Czol-

goss tendrían interés, no en declararlo loco, sino en hacerlo matar pronto para que no cante. A no ser unos . . . pelmas.

En este momento, la voz de Elvira resonó en el interior, con acentos de rezo, discordantes en casa tan profana.

Luego la oración, tornándose poco a poco en recitación melodramática, se extinguió en una risotada de Velázquez.

—Es una muchacha que cayó aquí rodando, le dijo a Tecla, inquieto por conocer a la rezadora; y a esa sí que quisiera hacerla declarar loca. . . .

Detúvose el Inspector, como arrepentido de externar un plan; y en pie nuevamente frente al espejo, se admiró a sí mismo, con su túnica granate. Pero tenía que dejarla pronto, por el vulgar jaquet. Se acercaban las diez, y el Gobernador Rebollar le esperaba en “el Distrito.” Por lo cual, como oyera ruido de coche que se detenía a la puerta, luego un retintín de llamada, ordenó por lo bajo a Cándido: “Dí que no estoy.”

Volvió a poco el criado. “Es el señor Trillo, Secretario de la 5ª, y dice que *aunque usted no esté*, desea verlo para un asunto grave.”

Completando de prisa su vestimenta, Don Eduardo dibujó un ademán de impaciencia.

—“Me va a dar la lata!”

Esta expresión, de procedencia madrileña, importada en México por las compañías zarzueleras, empezaba a penetrar en las clases oficiales.

Escurrióse Tecla y entró a la sala Guillermo Trillo, Secretario de la 5ª. El antiguo corrector de pruebas iba perdiendo su amor a la Ley, a medida que se aclimataba en la Comisaría. De allí que empezase a tomar el talante de esbirro político con que se presentó en el gabinete del Inspector.

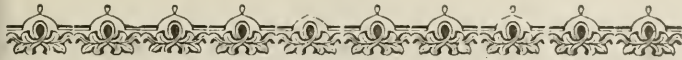
—¿Qué hay? interpeló éste, sin ofrecerle asiento.

—Mi inspector se fué al rancho de San Simón a levantar un muerto, y por eso vengo a molestarle. . . . Allí, en el jardín de San Fernando, ha habido una riña entre dos jóvenes. . . . Aquí traigo sus nombres: Berlinguez uno, Milanés el otro. . . .

—¡Y qué! ¿Se mataron?

—No tanto!. . . . Riña es un decir; la verdad es que fué una *trompada* a mansalva. . . .

Aquí el autor cree conveniente preparar la narración de Trillo con un *intermedio de box*.



X

INTERMEDIO DE "BOX."

El hombre tiene un arma natural en su puño. Yo me imagino que cuando el padre Adán quiso combatir en su prole la perversidad congénita de la raza, tendió la mano crispada contra narices insolentes. Fué el primer "soplamos." Mal dado. La antigüedad no conoció un arte tan rudimentario como el que consiste en aplastarle un ojo al vecino sin que sufra la mano. Griegos y romanos, duchísimos en ejercicios atléticos, desdeñaron como niñería el reducir las luchas a contusiones manuales. La edad media, con su mentalidad heroica, no estaba mejor dispuesta para tomar en serio golpes casi incruentos. Apenas si los admitiría de aquel obispo guerrero que por escrúpulos sacerdotales peleaba en las bata-

llas con un rompe-cabezas. Era la edad de fierro en que la mano, como el guante, su símbolo natural, sólo *tocaban* para el reto. En el *Cid* de Corneille el conde de Gormas ataca a Don Diego con la mano: apenas un roce, llamado en francés *soufflet* (nuestro *sopla*, sin los mocos); más que ataque físico una ofensa moral. Pero vino el inglés, con su espíritu newtoniano de frío calculismo. La lid a puñetazos se le antojó una ecuación. Pensó que, como en el golpe de puño bien ejecutado, iba todo el hombre, toda su musculatura y osamenta, había que pesar a los contendientes. Así se evitaría que un hombre de noventa kilos aplastara ventajosamente a otro de setenta. . . . Equilibrios, acotaciones, reglas: no golpear al caído, no denigrar el combate, no usar de la mano más que como tampón y no como garra lacerante o prensora. Que el puñetazo sea humano y no animal. Es el ideal del “noble arte” del *BOX*.

Pero todo arte degenera. Surgen a su sombra boxeadores brutales que falsean las reglas y envilecen la lucha. Entonces el golpe de puño toma nombres de jerga. El *soufflet* de Corneille se convierte al pasar por el “argot” en *gifle*, *claque*, *bourrade*, etc. Paralelamente, en México se dice *trompada*. Sé que algunos léxicos castellanos

han inscrito ya esa palabra con su equivalencia de “puñetazo.” Es que si todo un pueblo le da tal significado, hay que abrirle paso y descubrir su razón ideológica en los animales de trompa. La “trompada,” puñetazo bestial, no tiene nada que ver con el ademán caballeresco que ofende sin herir, ni con el golpe derecho, según el box inglés. Cuando la mano ataca de modo tan rudo como el hocico musculoso de un elefante o de un cochino, el golpe denominado en México “trompada” no roba su nombre.

No era ésta la opinión del joven Crescencio Berlinguez, sobrino predilecto del Senador Don Homobono Cañete, quien consideraba la trompada bizarra e inteligente. Había tomado algunas lecciones de box: sabía echarse adelante con todo el cuerpo: doblar el puño para pegar con los nudillos, llamados en osteología “cabezas de metatarsianos;” y no desconocía el arte de lanzar a todo vuelo un *swing* capaz de luxar la quijada. . . . Con todo eso, en su mano degeneraba el box, faltaba la equidad caballeresca que ennoblece las luchas. Sus puñetazos eran, en efecto, “trompadas.”

Además de boxeador, Crescencio Berlinguez era un snob “plurinoviero,” y había decidido que

nadie “echase flores” a sus novias, so pena de habérselas con su puño.

Existía empero un estudiante de Medicina llamado Antonio Milanes que tenía la pasión por “las flores” en honor de las muchachas bonitas. “Adios, linda!” “¡Qué simpática!” “¡Vaya un cacho de cielo!” y otras dulzuras: eran las flores verbales que tiraba al paso el estudiante Milanes.

De la conjunción en el espacio del snob boxeador y del estudiante florista resultó el incidente que seguirá relatando el secretario Trillo en el número siguiente.



XI.

UNA FLOR Y UNA TROMPADA.

—Iba Berlinguez siguiendo a una güerita, su novia según dice, cuando Milanés la cruzó y le echó una flor: “¡qué ojos!” . . . Como Berlinguez la oyera, se puso al alcance de Milanés con un “oiga, amigo!”

Apenas éste se volvió al llamado, le “madrugó” aquél con una trompada en un ojo.—“Tenga, para que no se meta con los de mi novia! . . .” Luego le asegundó en rabieta. . . Aturdido Milanés hizo ademán de buscar arma. Traía un estuche en la bolsa con fierros varios: una chuchería de médico. Ni tiempo de abrirlo. . .

Acudieron dos gendarmes y gente: el negocio se enredó. . .

—Que se enredó? . . Eso no vale nada! exclamó.

mó Velázquez cortando la relación de Trillo: muchachadas. . . . Que se los lleven a los dos a la comisaría, se levante el acta y al turno. . . . Es el trámite!

—Vea Ud., señor!. . Milanés herido pidió que lo llevaran a su domicilio. Muchos mirones que presenciaron el hecho, condolidos, apoyaron la demanda. Que como el pobre fué atacado y está muy malo, lo dejaran en libertad de que fuera a su casa. . . Hasta se opusieron a los gendarmes que querían llevárselo a la comisaría y soltar a Berlinguez.

—¡Soltar a Berlinguez! Que se los lleven a los dos, y no hay más. . . Es el trámite!

Acercóse Trillo al Inspector y le dijo con misterio:

—A tiempo que los gendarmes insistían en llevarse a uno y otro, pasó por allí Morones, el juez correccional Morones, ¿sabe Ud? muy político!. . y llamando aparte a un gendarme, le sopló: “No te lleves a Berlinguez; yo sé lo que te digo: no te lleves a Berlinguez!. . sobrino del senador Don Homobono Cañete, casado con Doña Pachita Pérez, prima del Ministro Pérez”. . . El gendarme se entendió entonces con su pareja para llevarse sólo al lesionado. . . Pero se atravesaron mirones, uno especialmente, un borra-

chento que gritaba: “¡llévense á Berlinguez!” Viendo la cosa mala, un “secreto” parlamentó con los gendarmes para que esperaran y corrió a informarme. Tomé un coche... ¡como que se trataba de un pariente!...

—De veras! interrumpió el Inspector-reflexivo; no faltaba más, sino que se lo llevaran! Lo que dirían arriba!... Ya me acuerdo bien de este muchacho... Crescencio, sobrino por el lado materno de Don Homobono, casi un hijo... y niño mimado de Pachita Pérez de Cañete.. Comí en su casa el otro día... gran comida! Ella y el sobrino juntitos... Ah, no, ¡que no se lo lleven! ¿Qué diría Pachita?—¿Y el otro? continuó el Inspector ¿quién es ese Milanés?

—No sé... un cualquiera, parece que estudian-
te de Medicina.

—¿No será pariente del coronel Milanés, jefe político de Tlalpujahua? En tal caso....

—No... eso no! Ni prójimo!

—Pues entonces, amolarlo!

—Pero está herido; y Berlinguez nada....

—No le hace... Sacó cuchillo. Quería matar a Crescencio.

...No era más que un estuche con pinzas, tijeras chatas, y un *escarpelo* desafilado que ni para tajar lápices.

—Muy peligroso!... Lo vamos a amolar.....

—¿Al *escarpelo*?

—No; a Milanés... Pero sí! También al cu-chillito... para que parezca peligroso.

—Por de pronto, mi jefe, la cosa urge... Allí están en el jardín: Milanés abatido, Berlinguez fiero... Dice que no ha de ir a la comisaría.

—Y no irá... Voy á protegerlo... Se lo llevamos luego a Don Homobono. ¿Trae Ud. coche?

—Traje uno que corre parado.

Rrrring! sonó el teléfono.

—En mala hora! Ha de ser del Distrito, exclamó Velázquez, contrariado de la detención. Toma la bocina, Cándido.

—Sí, dijo éste, con el oído al tubo... Que lo espera el Gobernador.

—Díle que allá voy. Este Rebollar me carga. Si voy a verle seguido, que lo deje solo; si me tardo un poco que porqué no voy... Ya verá! Cuento con más brazos fuertes... y ¿quién sabe? Pudiera ser que le pidiera el puesto!... Vamos, amigo Trillo!

—Mandé una camilla por si acaso, decía Trillo, sentado junto á Velázquez en el asiento posterior de un "colorado". ¡Cómo no haya crecido la bola! Y ojalá que se haya ido ese escandaloso....

—¿Quién? interrogó el Inspector.

Ese *catrín* de marras, hoy pelado: se ha dado a la copa. Me cae seguido en la 5ª, Ud. lo debe conocer... Era casi licenciado... un tal Arroyo...

—Arnulfo! ¿Donde no andará ese borrachín? “La trae” desde anoche, en casa de Amparo, la de la Teja... Pero este carromato sigue corriendo parado... Dales más de prisa!” gritó el nervioso Velazquez, sin lograr animar a un cochero más dormilón que sus jamelgos.

Entre tanto aumentaba el gentío, reunido allá, bajo un sauce, en el ángulo noroeste del jardín. Y era en efecto, el pálido bohemio Arnulfo Arrollo, ojerizo y desencajado por la velada, el que manifestaba ante atento corrillo. Agitaba los brazos, como llevando la batuta en la murga escandalosa. Repetía su recitado: “Salía yo de allí (y señalaba la cantina del Puente de Alvarado) de tomar un pistito. Me senté en ese banco (é indicaba el banco en que Milanés hundía la frente contusa y sangrienta en su brazo izquierdo plegado y apoyado sobre el respaldo) cuando vi la gran trompada del siglo.”

Estas palabras correspondían á la percepción amplificadora de su espíritu subdelirante. El vulgar ataque de Berlinguez tomaba, en el len-

guaje del ebrio, proporciones horrendas; las engendraba una ilusión tan favorecida por el alcohol como por lecturas de socialismo andante, moderna caballería. El vulgar ataque representaba en su magín la lucha ventajosa de gigantes fuerzas sociales por anonadar endebles unidades. Crescencio Berlinguez, con su facha de efebo insolente y fuerte, vástago pervertido de rica familia, era un sujeto excelente para provocar amargas reivindicaciones... Algunos amigos, elegantes como él, habían venido á rodearle; y él, en pie, bajo el sauce, a distancia desdeñosa de gendarmes, herido y plebe, explicaba a sus congéneres el *porqué* del lance... “Porque le echó una flor a Lupe R. con quien llevo relaciones desde hace un mes. Porque *a mí no me la florea* nadie, mucho menos *ese*... Le *soné* a la buena... Sacó cuchillo ¿y qué?... Yo no traía arma!”

—Oiga, señor héroe, le interrumpió Arroyo sorprendiéndole el final; *a mí se me hace* que no es “a la buena” el pegar a los ojos de sopetón... Que si Ud. me parte así, fiado en que tiene más libras, yo a la mala con la mala... Y nomás haga ganas, que como las repican doblan, y a los toros del Jaral los caballos de allá *mesmo*.

Berlinguez murmuró una salida desprecia-

tiva. Se sentía débil, sobrepujado en canallería por la procacidad del antiguo leguleyo, hecho lépero. Mucho más cuando Arroyo se desató en alusiones á la intervención del juez.

—Ya estará, niño Ministro... porque a uno le faltan jueces que vengan a jalar del trasero al gendarme con aquello de “no te lleves a Berlinguez, que es de casa real!”.. .

Estallaron las risas, y un chiflido de arriero rasgó los aires. Velázquez y el secretario Trillo llegaron á tiempo para salvar a Berlinguez.

—Ud. se va conmigo en el coche, le dijo Velázquez, con acento de protección cariñosa. Y volviéndose hacia Arroyo que manoteaba:

—¿Y tú borrachín? ¿Qué andas aquí alborotando al mundo?

—El mundo vale una... tostada... Eso de que Ud. se lleve en coche a Berlinguez que aporreó a mansalva, no tiene abuela... El juez Morones lo ha dicho: “No te lleves á Berlinguez”
•. y ahora salimos con que su mercé se lo lleva a almorzar. . . .

—¿Quieres callarte, borrachín?... Yo te quitaré lo hablador. A ver, gendarme, se lleva á éste (indicando a Arroyo) a la 5ª

—¿Y el herido? observó tímidamente el gen-

darme, la mano á la visera; quiere que lo lleven a su casa.

—¡Qué casa ni qué cuerno! replicó el Inspector... ¡A la comisaría! ¿Que apenas puede andar?... No será por el golpe... Eso no vale nada... Es de lo que ha bebido... Ya llega la camilla. Que se lo lleven!... Y en voz baja á Trillo: —“Que me lo califiquen de ebrio en la Sección Médica, lo mismo que al borrachín Arnulfo... Guárdeme bien el cuchillito del estuche, y afílelo...” Bajó gradualmente de entonación hasta terminar en cuchicheo. Luego prosiguió: “No más dejo á Crescencio con la tía, me paso un rato por el Gobierno y voy á la 5ª para poner al comisario en autos.”

—Vamos, Crescencio! dijo á Berlinguez llevándolo al coche paternalmente.

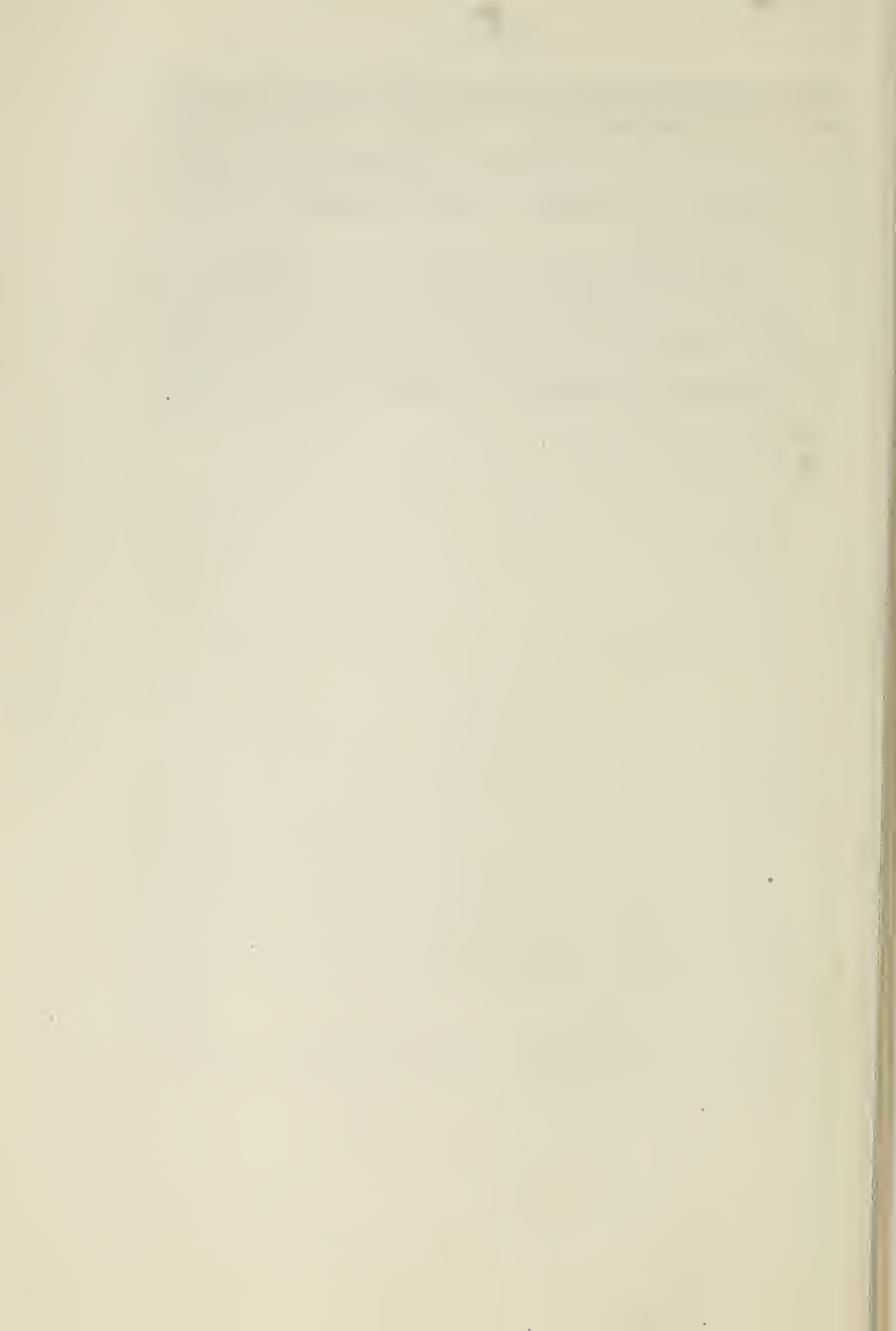
Un gendarme se apoderó de Arroyo; otro levantó por el brazo a Milanés que se movió vacilante. Aumentado había la hinchazón del párpado izquierdo, con aspecto de giba negruzca. Dibujóse la conmoción cerebral con tendencias al vértigo. Pero el estudiante prefirió caminar dando traspiés y cubriéndose el ojo con el pañuelo a acostarse bajo el toldo de la horrible camilla.

Arroyo se echó a andar, cediendo al gendar-

me que lo empujaba. De repente logró desasirse, y volviéndose hacia el coche en que se acomodaba el Inspector con su protegido, se llevó las manos a la boca como para hacerse una bocina y gritó:

—“Velázquez! No te lleves a Berlinguez!”

Blandió su palo el guardián del orden; resonaron chiflidos—única protesta de las masas pasivas cuando se sienten heridas en las costillas de uno de los suyos.





XII.

LAS FUERZAS DE ARRIBA.

Esa misma mañana, Julio Carriles estaba de guardia en la Sección Médica de la 5^a. A las nueve, el auxiliar núm. 26 recogía en un cubo los desperdicios sangrientos de la última noche. Dos presas completaban el barrido fregando a gatas las agujereadas tarimas, en tanto que el practicante, sentado al escritorio, se servía el desayuno que le trajera una criada: un jarro de chocolate remolineado y recalentado en la estufa de petróleo, tan pronto empleada para usos culinarios como quirúrgicos. Daba Carriles las últimas sopeadas a lo que él llamaba con petulancia botánica "mi teobroma-cacao." cuando entró a la Sección un gendarme fungiendo de mensajero extraordinario, oficio en mano.

—“Mi nombramiento! Ya soy de número. Titular, con treinta y cinco pesos.”

Así exclamó Carriles, sin advertir en su regocijo la inconveniencia de comunicar satisfacciones metálicas a un gendarme de primera que ganaba más.

—¿Hay respuesta, doctorcito?

—Ya la enviaré, dando las gracias.

Y el gendarme-ordenanza se retiró con un rechinar de botas que decía: “Estos mediquitos no me llegan á mis doce reales diarios!”

Sin embargo, Carriles, contento de su suerte, consideraba la promoción como un triunfo. Mal practicante, eludía por todos los medios las veinticuatro horas de servicio echando trozos de guardia sobre las espaldas del primer practicante Noreña y particularmente sobre las del supernumerario Flon. Así, y con todo, ganaba el ascenso, por simular haber prestado los últimos cuidados al ebrio desconocido.

Cada hijo del Estado tiene el derecho de interpretar a su modo la soberana “política.” Carriles entendía por ella el ejercicio de toda especie de tretas. capaces de “ponerle bien con los de arriba.”

Ocasión de practicar una buena se le presentó a poco, con motivo del incidente Milanés-Ber-

linguez. Cerca de las diez, el secretario Trillo le previno, antes de salir para el jardín de San Fernando, de que podía necesitarse una camilla. . . . “¡Estar listo! Algo pasa que puede ponerse peliagudo.”

Carriles buscó a sus camilleros. El número 26 sentado en el sillón de ebrios, con un pie desnudo, el zapato encima de la mesa de curaciones chicas, se aprestaba a coserle un desgarró con aguja curva de suturas quirúrgicas. Los 12 y 15 en la pulquería, el 49 en el tapanco.

—Andenle! Preparen una camilla para herido.

—Están en la desinfección, observó el 26 suspendiendo la puntada; se ha llevado “mucho tifo”. Sólo queda una de muertos, malita, la lámina rajada, un bracero roto. . . .

—¿Qué le hace, si no hay otra? Pónganle toldo.

—¿Los toldos? . . . Algo puerquitos; los está lavando en el patio chico una detenida. . . . Sólo hay esa *chirlanguita*, terminó, designando en el pasamano de la escalera un toldo averiado.

—No está tan mala, repuso Carriles manejando la lona. . . . Aun hay trapo. . . .

Lo que importaba al 26 era acabar tranquilamente la costura de su zapato, un surjete

con seda gruesa, tal como lo había aprendido en las Secciones y practicado él mismo, cociendo de contrabando cueros cabelludos. Tuvo sin embargo, que rematar pronto el surjete y sacudir en el tapanco al 49 somnolente. Insistía el Secretario en su demanda de camilla para el lesionado de San Fernando. No había más que mandarle la mortuoria.

Acostado en ella, llegó a poco Milanes. No le fué posible evitarla. Quiso andar, apoyado en Arnulfo Arroyo que le prestó ayuda cuando le vió vacilar. Sobrevino vértigo y cayó de bruces en el empedrado. Impotente para levantarlo. Arroyo extendió los brazos con ademán de simpatía infinita. Acudieron los camilleros y con la mecánica indiferencia que convenía a su oficio de trajineros de la humana miseria, lo pusieron en la lámina como fardo.

Casi al mismo tiempo que el grupo de camilleros y gendarmes conduciendo a sus dos "remisiones", llegaba a la Sección Médica de la 5ª el practicante Flon. Iba de visita, y su saludo a Carriles fué contestado por éste con hipócrita demostración de duelo, por haberle ganado la plaza de titular.

—Ah, sí! Desde ayer supe que te iban á nombrar, exclamó Flon con amargura.

—¿Qué quieres, hermano? La condenada política... No hay peor lucha...

—Que la que has hecho.

La discusión no pudo continuar. Llenóse la Sección de movimiento y ruido. Hubo en la refriega suspiros y gritos. Los suspiros eran de Milanes quien, bruscamente llevado de la mesa de operaciones a la camilla, salía de su estado sincopal. Los gritos eran protestas de Arnulfo Arroyo contra el amoníaco. Irritado por sus rebeldías, el gendarme encargado de conducirlo a palos, lo derribó sobre el sillón amarillo. Un camillero esgrimió contra su boca y nariz el tapón alcalino.

—“Déjenme, borrachos!”, clamaba entre sofocones el beodo, proyectando el propio alcoholismo sobre sus verdugos. Seguía funcionando el tapón, venía la cuerda para sujetarlo al sitial de brazos corpulentos. Entretanto el Secretario Trillo llamaba aparte a Carriles.

—Oiga, doctorcito ¿ya vió a ese muchacho Milanes? ¿qué tiene?

—Comenzaba a examinarlo. Desde luego, en la región palpebral izquierda, aparece una contusión fuerte, de segundo a tercer grado.

—Déjese de grados!... si no es nada... échele

un golpecito “de esencia”... ¿Y qué más? ¿por qué se cayó?

—Síncope. . . . algo cerebral.

—Déjese de *celebridades*. . . . Es borrachera lo que tiene. . . . Y a esa sí, échele grados y períodos, segundo, tercero.

—Pero si no parece que haya bebido. . . .

—Echele períodos; y voceando bajo: “es orden”. . . .

—¿Cómo? ¿de quién?

—*De arriba*. . . . Ya sabe, mi doctorcito (pasándole la mano por la espalda.) No *se esté haciendo*. ¿No me ha dicho que quiere ponerse bien con los de arriba? ¿Se acuerda de que hay un Inspector general?

—Ya lo creo. . . . como que me acaba de ascender!

—Algo sé. . . . pues arriba!

—Pero ¿es él quién lo quiere?

—No me lo pregunte. . . . La gracia no consiste en saber sino en adivinar. . . . A ver si nos hace un buen certificado. . . . un golpecito *de esencia*, con borrachera y lo demás. . . . échele períodos.

.....
“Antonio Milanes, en segundo período de ebriedad, presenta en la región óculo-palpebral izquierda una contusión de primer grado. Curará en menos de quince días. El lesionado puede ir a Belen, sin pasar al hospital.”

Tal fué el certificado que escribió Carriles en una cuartilla de papel sellado, añadiendo al margen la palabra *Esencia*, etiqueta tradicional en las comisarías para lesiones mínimas.

No le fué posible evitar que Flon se diese cuenta de los manejos corruptores del secretario Trillo.

—¡Qué barbaridad! exclamó el supernumerario observando al joven que yacía inmóvil en la mesa de operaciones; esa contusión es más que de primer grado, tal vez profunda. . . .

Carriles no quiso entregarse y arguyó:

—¿Qué? Si no hay más que edema y equimosis. . . . muy *escandalosos* en esa región. A más, una excoriacioncita que sangró. Y luego, ya sabes (acabó con sonrisa maliciosa) hay que hacer caso de *las indicaciones*.

—¡Bonitas indicaciones; no médicas, sino policiacas!

—Será lo que quieras. . . . La política. . . .

—“La mejor política es la honradez:” ha dicho Don Porfirio Díaz.

Este nombre pronunciado con el énfasis que era de uso en los mejores tiempos de la Dictadura, produjo un efecto extraño en el ebrio Arroyo, amarrado al sillón. Se retorció como en un esfuerzo para lanzar algo enorme.

—Pido la palabra! Pido la palabra! repitió con su expresión de visionario que se creyera en un esperpento de club terciando en discusión tormentosa. . . . Ese, Don Porfirio Díaz, tiene la culpa de todo, de la “trompada,” de que yo me halle aquí, en el potro del tormento; de que Milanes, pobre inocente, se encuentre postrado en ese lecho de Procusto!

La trivial metáfora cojeaba. Era el fraseo incoherente del diputado Don Juan A. Mateos, tal como lo tomaban y envilecían tribunos de cantina.

Colindres, indito poco mezclado, escribiente mimado del secretario, andaba por orden de su amo espionando la Sección. La ducha oratoria de Arroyo le roció al pasar, sin conmover su quietismo de azteca.

—¡Qué ocurrencia! se limitó a observar.

—Es poco más o menos la general ocurrencia, repuso Carriles; todos juzgan que el Presidente tiene cierta culpa personal por sus más pequeños desaguisados.

Pensativo Flon, buscaba las relaciones sociales que pudieran existir entre el sillón presidencial y el del borracho.

Colindres traía la consigna bestial de hacer dar amoníaco al herido para “curarle” una em-

briaguez que no existía. . . . “Puesto que no se acaba de despertar, decían *de arriba*: que le den amoniaco desembriagador.”

Reclamó Flon contra la invasión del terreno médico. Aun tuvo bastante candor para explicar al esbirro de pluma en la oreja que el sopor de Milanes dependía del “traumatismo craneano.”

Frunció la boca el esbirro amanuense y mostró sus caninos. Las peores dentelladas de Colindres consistían en chismes y quejas al secretario y al comisario sobre la conducta de los practicantes. Temíanle éstos, persuadidos de que era el personajillo que más les amagaba el empleo. Entre las débiles protestas de Flon y las complacencias de Carriles abrióse paso el amoniaco. Vino el 19 trayendo el frasco azul y “la bala” de algodón. Roció y aplicó. Milanes estornudó y abrió los ojos.

En comisaría suelen salir bien ciertas prácticas bárbaras. Inhalaciones aplicadas bajo un falso diagnóstico de ebriedad fueron saludables a un sujeto en crisis letárgica. El gas hidroazoico ejerció su acción estimulante sobre el centro respiratorio estupefacto: y el lesionado comenzó a respirar ampliamente.

—¿Lo ven ustedes? clamó Colindres; con el

amoníaco vuelve en sí. . . . Es claro! Como todos los borrachos. ¿Lo ven ustedes, mediquitos?—Y se retiró engreído.

—Yo no sé, rugió Flon indignado, cómo no lo sigo y le meto una trompada. No cabe otra respuesta.

—Que me suelten, y yo se la pego, gritó Arnulfo Arroyo, debatiéndose de tal modo que pudo desprender una mano. Con ella dibujó en el aire un gran puñetazo, la trompada ideal y estúpida del desgraciado contra todo lo que triunfa, el bien y el mal confundidos en su aberración perceptiva.

En medio de esta escena, cruzó la Sección una indígena de los Llanos, con las trenzas libres, rebozo al cuello, enaguas ruidosas de almidón y chancas batientes. Era Tomasa, la maritornes de Velázquez. Venía a entregar a Flon una cartita de Elvira Resendis.

—¿Es usted Don Flon? . . . Por aquí le *traiba* esto que me dió la niña Elvirita pa usted. . . . *la probe!*

El supernumerario desplegó y leyó: “¡Sálbeme! Estoy aprisionada en la Casa de las caridades: solo Dios save las ansias que me asaltan en este transe orrendo. . . . ¿porqué no nací en otra region pura y celeste? ¡Sálbeme! . . .”

Leer este embrión epistolar, sentirse invadido de curiosidad concupiscente, acudir en pos de Tomasa a un llamado tan rico de pasión como pobre de ortografía, todo se resolvió para el practicante en rápida traslación de la 3ª calle de Zarco a la Rinconada de San Diego.

Allí, las cosas no estaban para operar salvamento alguno. El gendarme de 1ª, en plática con una comadre de canasta al brazo, tenía un ojo a la comadre y otra al cancel del Inspector. En el interior, Cándido Cuellar andaba alerta.

“Dígale que salga al jardín a hablarme por la verja.”

A esta solicitud de Flon respondió Tomasa llevándose el rebozo a la boca, con aire compungido de dueña antigua.

—“No puede salir al jardín, sino al patio.”

Esto dicho, la cocinera se internó. El estudiante dióse a rondar la calle por una y otra acera. “No al jardín, sino al patio”, repitió Flon, y planteó sus dudas: ¿Qué significa esta embajada? ¿Si será una treta del Inspector para hacerme violar su domicilio? Al pasar por tercera vez, divisó, allá, en lo que hay de patio frente á la puerta, la forma vacilante de Elvira en la escalinata, asida á una reja de la baranda. Elvira coja, Elvira agitando un

pañuelo como en signo de naufragio, llamaba a la acción al más empedernido. ¿Cómo no a Flon, que guardaba, en sus repliegues íntimos, alientos escaladores de Romeo?—Pero ¿había algo que escalar para apoderarse de una Julieta de piso bajo? Sus miradas buscaron en torno muros, ventanas, cómplices materiales de su imaginación romanesca, ya que no para subir, sí para bajar hacia Elvira. Solo encontraron la vetusta mole de San Diego limitando el patio por detrás: una fachada ciclópea cuyo único ojo consistía en alta ventana (otra similar estaba tapiada) semejante a respiradero de prisión.

Tampoco la pareja de cúpulas le dijo algo que valiera: pero la torrecita con su campanario podía ser una excelente atalaya. . . . Luego, trayendo recuerdos, coligió que un tramo de la balaustrada, extendida al lado de la pequeña cúpula, podía serle accesible desde el vecino cuarto de Fray José. Por entre dos balaustres, sacaría la cabeza para hablar a la joven; quizá ¡oh sueño! le sería dado descender al patio con una cuerda. De una idea a las vías de hecho, no hay mucha distancia cuando se tienen veintín abriles. Para llegar al campanario y á la balaustrada tenía que entrar por la iglesia. Sus recuerdos le confirmaban haber cultivado, tras

un incidente de comisaría, ciertas amistades con Fray José, personaje mitad sacristán, mitad subdiácono de San Diego. A buscarle fué: dió vuelta á la derecha frente al costado poniente de la Alameda, atravesó el callejón mal llamado "atrio," cruzó el templo de puntillas, por consideración á los éxtasis de tres viejas almas piadosas. Con la venia del capellán que se despojaba de insignias doradas en la sacristía, subió al cuarto de Fray José. No estaba. ¿Cómo había de estar si se aproximaba el sol al meridiano, hora solemne en que el subdiácono se metamorfoseaba en campanero? Con la sotana arremangada, la mano al badajo, se lo encontró Flon cuando acabó de trepar por el sombrío caracol. No se asombró el fraile de la visita, acostumbrado á recibir intrusos en su sonoro mirador. Porque era un mirador excelente esa torre de San Diego, desde donde se dominaba media ciudad: al frente, la Alameda verdegueaba como un islote de vegetación en el mar de blancas azoteas. Sobre la monótona planicie de techos bardeados, las sagradas cúpulas emergían apenas: las de la Santa Veracruz, Santo Domingo y Santa María la Redonda luchando en vano por erguirse, achaparradas ante el cerco gigantesco del valle. Al Norte, la cordillera

se rebajaba en lomas hasta perderse en el montículo del Tepeyac; al oriente el Popocatepetl y el Ixtlacihuatl, asomaban, por entre los claros del parque, sus cumbres nevadas; al Sur el Ajusco se desvanecía vaporoso en sus brumas de lluvia; al suroeste las Cruces, montañita de trágica historia en cuyos nubarrones la imaginación del estudiante descubría espectros de multitudes asesinadas. Al Poniente, la cordillera azul como un vasto contrafuerte del cielo. En lo alto, un gran silencio derramándose con los raudales de luz zenital. Al rededor, esparcidos por el caserío, los ochenta campanarios de México, unos esbeltos, otros chaparros, otros pigmeos, de parroquias, iglesias y capillas, iniciando sus toques pre-meridianos. Fray José correspondía batiendo el bronce. Era principio de novenario. La liturgia san-dieguina le pedía sonos redoblados. Trataba á sus campanas con ternuras de Cuasimodo. Les daba nombres familiares impregnados de feminismo: la “flaca”, la “gorda”, la “chiquilla”. Era ésta una esquilita retozona que parecía saltar de contento cuando giraba. Sus refrenadas concupiscencias de casto se distraían con esta ilusión de tratos femeniles. Distracción inocente, solo perjudicial á las orejas de los vecinos, porque el Cuasimodo azteca so-

lía regalarles con derroches vibratorios que ponían a algunos en la necesidad de invocar la Constitución de 57, las leyes de Reforma y el Reglamento de campanas.

—¿Quién es esa niña de abajo que le hace señas con el pañuelo? interrogó Fray José entre dos campanadas.

—Es una de mis clientes de la Comisaría, respondió Flon.

Y como el fraile le miraba con asombro,—“Muy bonito caso” continuó el futuro galeno afectando el tono misterioso y solemne de que abusan ciertos médicos mexicanos para emitir oráculos; y diagnosticó: “es una grande histero-epiléptica del tipo que la Escuela de la Salpetriere.”

—Ave María Purísima, profirió el sub-diácono sacudiendo un badajazo en el vientre de la “flaca”.

—Lo más interesante de “su historia”, siguió el practicante, son sus relaciones anteriores con uno que murió hace poco en la 5ª Comisaría, y parecía *padre*.

—¡Jesús, María y José! suspiró el campanero.

El diálogo escabroso no pudo avanzar. Daban las *doce*, dirigidas por el eco lejano de la

campana mayor de la catedral. Fray José dejó á la “flaca” y atacó a la “gorda” contando en voz alta la docena rimbombante. Luego, respondiendo a la algarabía general de los campanarios, echó a vuelo la “chiquilla.” Arrobadado en la sinfonía meridiana, el Cuasimodo de San Diego apenas se dió cuenta de que, al toque de doce, el supernumerario se echó caracol abajo con una brusca despedida: —“Adios, Fray José: ya volveré.”

Cuando acabó su solfeo badajudo, solo pudo ver que la histérica del patio se quedaba estática contemplándole. Ya no era al estudiante, sino a él mismo, Fray José de Retolaza, a quien hacía señas con el pañuelo. . . .

Pero ¿qué había pasado con Flon?

Las graves campanadas despertaron en él muy viva la noción del tiempo. Sonaba la hora en que el Dr. Sergio debía estar terminando su visita a la Sección Médica. Sintió remordimientos de no cumplir su hermosa resolución de revelarles las supercherías tramadas contra Milanés. ¡Y eso, por andar a caza de aventuras históricas en un campanario! La vergüenza juvenil le subió al rostro. Al débil calumniado tenía que salvar, y no a la histérica. . . .

¿Quién corría por la calle de Zarco, rumbo a

la Comisaría, al expirar en los aires el campamento de las doce?—Era él!—¿Quién se precipitaba en la Sección hacia el médico Sergio clamando: “Señor! no firme Ud. el certificado del lesionado Milanes”?—Era él, Floncito.

Pero llegaba tarde.

(No os durmais, no dobleis la esquina en pos de Dulcineas ¡oh desfacedores de entuertos!) Durante su ausencia, el cuadro y el personal de la Sección habían cambiado. Y he aquí cómo se consumó el entuerto:

Milanes había sido conducido a Belen por un gendarme en calidad de borracho agresor y contuso *de esencia*, antes de que el médico pudiera examinarlo.

El terrible Carriles se había escurrido, según su mala costumbre, dejando la guardia a Noreña, primer practicante, ecónomo de la Sección.

Este, ignorante del lío Milanes-Berlinguez, fué quien presentó a la firma del médico Sergio el paquete de certificados.

—No es de Ud. la guardia de hoy, sino de Carriles, le observó Sergio.

—Me mandó llamar para un *cambio*, contestó Noreña. . . Que tenía que ir al Distrito para dar las gracias al Sr. Velázquez.

—La eterna historia! Siempre motivos políti-

cos para dejar la guardia. Ya les he dicho a Ud. y a Flon que no le acepten cambio.

Noreña balbutió una excusa, en tanto que Sergio, fruncido el ceño, leía los certificados. . . .

—Ni modo de rectificar, puesto que sólo Carriles ha conocido de los casos. . . ¿Qué clase de “contusión de primer grado” con “traumatismo que produjo síncope” sería ésta? observó con extrañeza al leer el “asiento” referente a Milanes: quisiera yo ver al lesionado.

—Ya se lo llevaron a Belén.

En este momento entró á la Sección el escribiente Colindres reclamando los certificados con quejas amargas por la tardanza para “pasarlos al turno.”

No era Sergio de los médicos que soportaban la presión oficinesca; pero sin razones precisas para retardar la firma, y juzgando que se trataba de lesiones sin importancia, firmó.

Por lo cual, cuando llegó Flon con sus revelaciones, ya era tarde. En vano Sergio se dirigió a la “oficina” reclamando el certificado de Milanes para rehacerlo. Desde su mesa, Colindres sacó los colmillos renegando contra “el intruso que introducía la pata”. La fineza provocó la hilaridad en la asistencia, incluso dos gendarmes, de codos en la baranda que se

paraba la oficina del público. A favor de la zumba, inspector y secretario se guiñaron el ojo para rematar la querrela:

—Imposible, doctor! Ya pasó el certificado con el reo a Belén; vaya Ud. á pedírselo al juez.

—¿Que si voy? A él irá respondió el galeno amartelado.

Y en efecto; a la mañana siguiente se presentó en Belén ante el juez correccional en turno. Era éste el mismísimo Morones que en la plazuela de San Fernando había soplado al oído de un gendarme la mágica consigna: “No te lles a Berlinguez!” ¿A quién mejor que a él podía turnarse el negocio?

Erase Morones un juez *menor* en doble sentido: primero, por su jurisdicción sobre pequeños líos criminales, y además, por su pobreza de estatura, reducida a su mínima expresión cuando se agazapaba en su butáca para digerir un desayuno copioso. Tenía por consejero de su estómago a un diablo de médico que, a más de drogas, le había prescrito contra su atonía intestinal: 1º que después de las comidas se sentase doblado en cuatro “no sobre los isquiones, sino sobre el sacro;” 2º que riese lo más posible: todo con el fin de replegar y abreviar ciertos intestinos y estremecer la masa alimenticia.

Obediente a la receta, recibió a Sergio plegado en signo de etcétera, con las rodillas contra la mesa; y se echó a reír cuando el médico le expresó el deseo de reformar el certificado en cuestión.

—Amigo doctor, por pronta providencia, tendría que meterlo a Ud. a la cárcel, en virtud de su declaración de haber firmado en falso.

—Métame Ud.

Morones siguió riendo; ofreció un cigarrito; refirió un cuentecillo ranchero, de cuyo espíritu se desprendía: que Berlinguez era “muy hombre” y Milanés una miseria humana; que el primero no había hecho más que “madrugarle” al segundo, y “el que da primero da dos veces” . . .

—Pero esa Jurisprudencia de chichimeca lleva a los agredidos a las peores revanchas, replicó Sergio: está Ud. preparando una generación de asesinos.

—Para ellos existe eso.

Y la mano del juececito enroscado y riente señaló un negro paredón de la cárcel. Allí estaba la única solución social que él discurría contra los problemas vitales. . . . Era la cárcel de Belén, con su aglomeración de inmundicias propagadoras de tifos varios; sus patios y galerones de fermentación viciosa donde la holganza regolda

enchiladas y pulque a costa del Estado; su “jardín” de ejecuciones sin más flores que manchas sangrientas en el muro patibulario, salpicaduras de cerebros asesinos que la “Sociedad” prepara y la misma “Sociedad” acribilla.

Sergio escapó de ingresar al antro aquella mañana, gracias al miedo que asaltó a Morones de renunciar a la risa digestiva para hacerlo aprehender.

—Vamos, doctor! No tome Ud. las cosas tan en trágico ni agriemos el desayuno. quiero decir, la cuestioncita.

Hubo Sergio de retirarse impotente: conoció que luchaba contra *fuerzas de arriba*, incontrastables.

Cierta prensa venal se apoderó en varios sentidos del incidente Berlinguez-Milanes. Un Don Serapio Ezquerro, redactor del “Justiciero,” lo resumió en donoso estilo:

“Ayer, á las 9 a m., en el jardín de San Fernando, el apreciableísimo joven Crescencio Berlinguez, bien conocido en los mejores círculos como intelectual y distinguido *sportsman*, fué objeto de violenta agresión por un tal Milanes que se dice estudiante de la Escuela de Medicina. ”

Seguían detalles imaginarios sobre la agresión “en estado de ebriedad y cuchillo en ma-

no”; luego “la repulsión enérgica y serena de Berlinguez”;—“la intervención oportuna de la policía”;—“la ovación del pueblo al agredido vencedor”;—la conducción de éste a su domicilio por el Sr. Inspector General y la del ebrio a la comisaría, por los gendarmes;—su consiguiente ingreso á la cárcel etc.,—y terminaba:

“Nos felicitamos y felicitamos sinceramente a la Sociedad y a la policía de México por el fracaso de esta agresión homicida que estuvo a punto de herir de muerte a una ilustre familia en la persona de uno de sus más preciados miembros, y sumir en la desolación a una madre tiernísima, modelo de virtudes. . . .”

Esto lo leía Colindres en la mañana siguiente al suceso, apoyado en el barandal del pasillo de comunicación entre las oficinas, a unos dos metros sobre el patio de la 5ª. Lo leía en voz alta a cierto cofrade envidioso de su *triunfo*.

Debajo, Arnulfo Arroyo tomaba el sol en cucullas. Había pasado la noche en un inmundo *separo* y esperaba allí, con otros presos, el momento de partir a Belén por “ebrio insubordinado, faltoso á la policía”.

Su estado de suma debilidad (ni un bocado en las últimas veinticuatro horas) no le impidió seguir con interés la lectura. Al terminarse ésta, dejó oír un gruñido de bestia enferma y acosada. Cerró los puños, e impotente, no logró lanzar más que “trompadas” ideales.



XIII.

ELVIRA RESENDIS ARRANCA EN VERSO.

Dejamos a Elvira haciendo llamadas de socorro, náufraga solitaria encallada en la Casa de las cariátides.

Nadie fué á salvarla. Pedro Flon anduvo lejos todo el día. Atormentado por el remordimiento de haber llegado tarde para salvar a Milanes, aplazó para otro día las escalas salvadoras. Fray José no servía para el caso. Apenas si de vez en cuando osaba asomar la cabeza por la balastrada y, como divisara la falda de Elvira, se retiraba escandalizado, con algo del correr de su bíblico homónimo ante la señora Putifar.

La tarde lluviosa obligó a la histérica a recluirse. En la soledad del cuartito, acostada sin desvestirse, se sintió sacudida por la tensión eléc-

trica que tronaba fuera Cuando las nubes descargadas de fluido se deshicieron en tupida lluvia, la calma sucedió a la tensión en su espíritu saltarín Era el momento de pensar. Los hay en que una almita bullanguera se ve obligada a reflexionar, siquiera sea en la inutilidad de su propia existencia.

Cerca de la puerta apareció Tomasa, sentada en el suelo, remendando una enagua encarnada. De pronto, interrumpió su tarea para vigilar el brasero en que borboteaba una cazuela de arroz, y regresó a su enagua. Elvira observó este ir y volver de la india con un desprecio mezclado de extraña admiración. “Ahí está una que cose y cuece, va de la aguja a las cazuelas como si tal cosa! . . .” Ella no cocía ni con *c* ni con *s*. Se lo impedía su “instrucción”. ¿Cómo coserse ella misma el sietecito de una media con aquellas sus manos dactilógrafas? ¿Ni cómo bajarse hasta una tortilla de huevos, ella, cuyo pensar flotaba en las místicas excelcitudes?

Fué su padre, Toribio Resendis, místico ferviente en la senectud, quien la encumbró desde niña a tales alturas, incompatibles con el arte de sazonar y dar el punto. Se acordó de aquel viernes santo en que, alcanzando apenas al bra-

sero, preparaba, dirigida por complaciente maritornes, unas empanadas de vigilia. Brusca-mente, Don Toribio hizo irrupción y la apostrofó en lenguaje inspirado por santa ira:

—Hija, ya se corrió el velo del templo, ya va a morir el señor. . . . y tú allí, entregada a profanidades!

Era el tiempo en que la devoción de Don Toribio comenzaba a resentirse del alcoholismo reñidor del abuelo Don Jacobo. Poco después cayó su padre en la contemplación seráfica de los deprimidos, hasta morir en breve. La madre de Elvira, D^a Cipriana, que tenía sus horas de *liberal*, tiró de ella con dirección al modernismo: masticación de idiomas, paladeo de contabilidad, atragantamiento de ciencia, indigestión de literatura. . . . todo muy bien, pero sin que lograra asimilarse la Ortografía.—Como postre, algo de artes mecánicas reducidas al tecleo de modernos clavicordios con o sin música.

No tardó mucho D^a Cipriana en irse a la tumba tras de Don Toribio. Elvira se quedó sola a los quince cumplidos, bajo la tutela interesada de un hermano que acabó por echarla a la calle cuando, con todas las formalidades legales, hubo reducido su haber hereditario á mísera renta mensual.

Y sucedió que, en virtud de las prolongadas influencias paterna y materna, la joven se echó a nadar en lo revuelto: de los 18 a los 23 en que la encontramos, rodó de las sacristías, conventículos y corredores arzobispales a las antesalas de bufetes y despachos curiales. Vivía, era su expresión, de *teniditas*, tan pronto bregando con un ruedo de chiquillos en una escuela laica como colectando limosnas para *obras pías*. Y resultaban en su labor diaria contrastes peregrinos como el de cierto día en que por la mañana ponía en máquina las “posiciones” de un *coyote* (leguleyo) contra un chalán, por la venta como bueno de un caballo emballestado, mientras que, por la tarde, en el locutorio de sagrado publicista, manuscibía para la imprenta una colección de pensamientos, consejos y oraciones intitulada: “Herbolario de yerbas místicas para alimento de las almas en gracia, después de la comunión. . . .”

La voz aguda de Tomasa vino a turbar su rato de concentración, lleno de estos recuerdos.

—Dígame, Doña Elvirita ¿y qué era suyo el señor que se fué a morir a la Comisaría de Zarco?

—Nada!

El sobresalto que le produjo aquella interro-

gación debilitaba su negación rotunda, lanzada instintivamente, al propio tiempo que la joven echaba fuera del catre su pie torcido. *Algo* tenía ella que ser de aquel muerto que ya empezaba a estimular la chismografía en los barrios de San Hipólito y San Diego.

Elvira se levantó, y cojeando, se acercó a Tomasa. Pasada la tormenta, la noche se anunciaba con la oscuridad creciente en piezas y pasillos. La imagen evocada del muerto, su cárdeno semblante de espumosa boca, se dibujaron en la sombra, ante la mirada visionaria de la histérica. Inquieta, propuso:

—Vámonos afuera!

Espérese, niña: no más voy a sacar mi pulquito.

Pronto se armó Tomasa de un jarro lleno del blanco licor. Juntas salieron al patio, asida la joven del brazo libre de la cocinera que contaba horrores. “El muerto aquél debía ser un curita de Tlalnepantla. El día en que murió vino á ver a Don Eduardo, *ya tomado*. Salió a beber más, tambaleando”.

—“Cállese por Dios, D^a Tomasa, que lo veo!” exclamó la histérica; y con la volubilidad propia de su neurosis, al encontrarse en el patio, cerca de las cúpulas, frente a la nave, por cuya ven-

tana escapábase rumor de rezos, bajo un cielo de suave claridad en que ascendía la luna, sintió removérsele el misticismo romántico, mezcló oraciones y trozos líricos.

Próxima a la genuflexión, mal sentada en un banco de palo, saltó primero con famosa décima, tesoro de ripios:

Bendita sea tu pureza
y eternamente lo sea,
pues todo un Dios se recrea
en tan graciosa belleza.
A tí, celestial princesa

.....

—“Santa María, madre de Dios....” interrumpió Tomasa creyendo que se le venía encima un rosario de cinco. Pero Elvira le cortó el *Ave* con pedazos de Santa Teresa.

Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero
Que muero, porque no muero.

.....

Ven, muerte, tan escondida
Que no te sienta venir,
Porque el placer de morir
No me vuelva a dar la vida.

—Ay, niña! exclamó la de Apam llevándose

el jarro a la boca. Porque era legítima de los llanos de Apam, la azteca maritornes.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, la boca entreabierta por reprimido bostezo y aquel aire vengador que le había quedado tras de la muerte del desconocido, ¿no parecía Elvira la Némesis teocrática aprestándose a herir en la oración? . . . Sin embargo, su mirada no se perdía en la profundidad celeste. Iba a la balaustrada, tras de la cual, en un rayo de luna, le pareció distinguir la silueta de Fray José. Su seno se agitó con un suspiro que nada tenía de místico. Pasó de la poesía religiosa a la profana, al arbitrio de la onda neurótica que la estremecía. Echóse a pizar en sus recuerdos líricos, y cayó sobre Espronceda en su canto a Teresa. . . .

Una mujer! En el templado rayo
De la pálida luna se colora,
Sobre las cumbres que florece Mayo
Brilla fugaz al despuntar la aurora. . . .

Extendió los brazos, aquellos sus brazos trémulos, envueltos en mangas campanudas, que remedaban alas batiendo en dirección a los balaustres.

—Ay, niña!. . . repitió Tomasa sacudiendo la modorra agávida que comenzaba. Y acurru-

cada cerca de Elvira, pensando en un nuevo “ataque,” ideó levantarse para auxiliarla. Pero solo acertó a empuñar de nuevo el jarro y beber boca arriba como si todos sus ascendientes chupadores de magney absorbiesen por su boca.

Elvira siguió saltando por las octavas reales:

Una mujer! deslízase en el cielo,
Allá en la noche desprendida estrella....

(A falta de estrella móvil, el brazo trémulo señaló una fija).

Si aroma el aire recogió en el suelo
Es el aroma que le presta ella;
Blanca es la nube que en callado vuelo....

(No habiendo por el momento blanca nube que volara, la manga campanuda sólo pudo tenderse hacia un nubarrón inquieto).

Cruza el azul y que su planta huella
Y en la tarde la mar olas le ofrece
De plata y de zafir donde se mece....

Del lado de la puerta, murmullos interiores vinieron a mezclarse con el recitado. Don Eduardo y Cándido, en acecho, asistieron desde la escalinata a una parte del monólogo.

—Está loca rematada, dijo el Inspector....

Necesito ver cómo la meto mañana a la Canoa
—y se estiró el bigote.

—Lo peor del cuento, observó Cándido, es que está volviendo como ella a Doña Tomasa la cocinera. *Ya era* de que estuviese *dándole* a la cena.

Entretanto, Elvira volvía a la carga contra Santa Teresa. Abriendo la puerta de su celda a las tentaciones de abajo, Fray José se asomó por entre dos balaustres. En su delirio, la joven parodió a la de Jesús. . . .

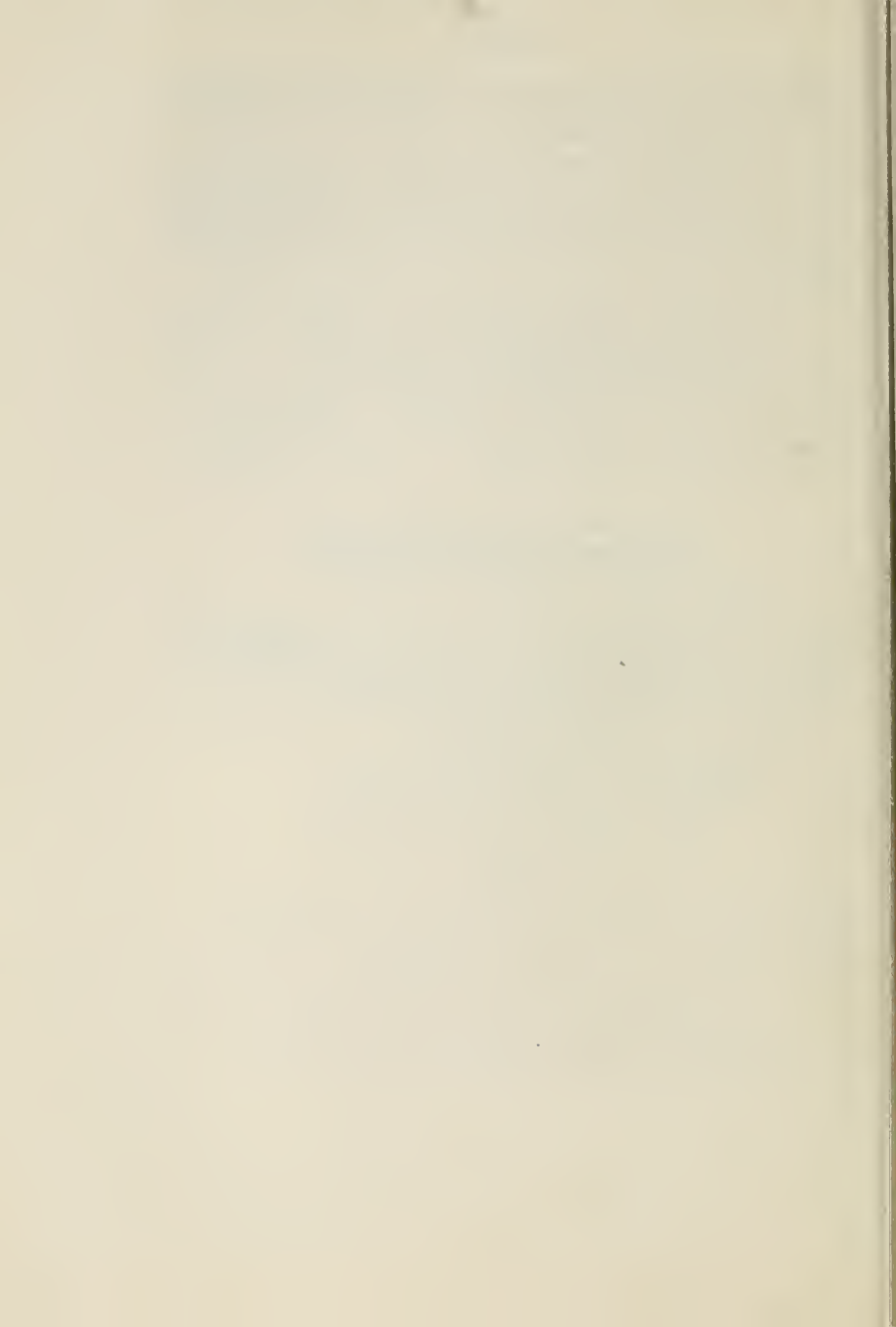
No me basta, mi bien, para quererte
El cielo que me tienes prometido. . . .

—“Santa María, madre de Dios,” repitió la india: y despierta un momento, hundiéndose de nuevo en el sueño con una cabezada.

Sobrevino Cándido rugiendo:

—Tomasa! se le quema el arroz!







XIV.

LA DEMENCIA OFICIAL.

¿Hay algo más terrible que un médico fungiendo de alienista? Es de vérselo, cuando vestido de largos faldones, proporcionales a la gravedad del caso, avanza sobre un presunto loco. ¡Va a auscultarle el alma!

Lo que complica su diagnóstico no es tanto la psicología del sujeto, sino las *circunstancias*. Por lo general, el galeno tiende simplemente a contrarrestar la opinión circundante. El *profanum vulgus*, representado por unas cuantas entidades caseras, afirma que Don Paco está loco.

—“Ca! No lo está,” exclama el alienista. “Es un ticómano (atacado de *tics* o gestos monomaniacos): es un hiposténico: es un aberrante, es un’ . . .cualquier otra telepatía imcomprensible.

Pero que el *profanum* niegue la locura de D. Paco o la ponga en duda... entonces el alienista recoge sus faldones, y cejijunto, sombrío, “la pupila inmóvil clavada en la pared”, declara encontrarse frente a un caso de psicopatía trascendente, vesanía evolutiva de Magnan, pervisión anímica de Friedrich... algo grave!

Si intervienen intereses, el papel del alienista se empeora. Los interesados *le echan empeños*, o sea exigencias, difíciles de resistir. Se trata a veces de complacer a parientes amantísimos o tutores integérrimos (según ellos mismos). Estos se lamentan de la locura hipotética del cliente, y no pueden consolarse sino hasta verlo en bartolina... Otra clase de empeños más piadosos tienden a que el médico salve a un reo por la puerta de la locura.

Si las influencias no son pudientes, el alienista garbea. Su pirotecnia de rectitud profesional le sirve luego para resistir al pudiente—al menos que éste ponga en juego la potencia del bolsillo contra su resistencia.

El conflicto de la honradez con el dinero es algo tempestuoso bajo un occipucio de médico. Bien es cierto que algunos caen del lado metalista, sin tempestad. En los más de ellos la tempestad es apenas chubasco. Si nuestro alienista

sale puro del temporal, se le declara afiliado en la secta de “los insociables”. Será un tipo raro que “no sirve para la clientela”. El alienista práctico abre su conciencia como un paraguas contra el chaparrón interno, y si le sucede sacar a un loco del manicomio y meter a un cuerdo, se acoge, sin mojarse, al lema propuesto para los asilos de lunáticos:

“Ni son todos los que están
Ni están todos los que son”.

Pero el Dr. Esteban Sergio de la 5ª Comisaría era de los ménos a propósito para explotar el alienismo. Es lo que se vió a la mañana siguiente de aquella noche en que Elvira poetizó bajo el ventanillo de Fray José.

Entre 11 y 12, las madres de niños muertos amontonados junto a la puerta de la Sección médica, se agitaron... Llegaba el médico. Fueron sacando de bajo los rebozos sus chiquillos yertos: unos pálidos, con caras de viejecitos secos, otros azafranados por la ictericia, otros negruzcos, con mofletes de querubines putrefactos. Flon, que estaba de guardia, ayudaba con mano nerviosa a desnudarlos sobre la tabla amarilla para ofrecerlos al examen de Sergio. Que-

ría apresurar el desfile monótono de sucios angelitos en provecho de algo extraordinario.

—Señor, dijo a Sergio, apenas éste hubo acabado su revisión y diagnósticos; allí nos han traído a Elvira Resendis, . . . quieren que Ud. la reconozca, y le dé “pase” como demente.

El médico no comprendía la emoción mal contenida con que su practicante le informaba.

—¿Quién es esa Elvira?

—¿No se acuerda Ud. de aquella muchacha que *se me privó* aquí la noche en que *se me fusiló* el desconocido? Después el Inspector Velázquez la sacó de San Páblo a su casa. Ahora quiere meterla al hospital de la Canoa. La mandó en coche con un mozo y una criada. . . . La tienen esperando a Ud, en un gabinete de la oficina. . . .

El secretario Trillo, entrando en la Sección, interrumpió al practicante:

—Doctorcito, un certificadito para una loquita. . .

Los diminutivos del secretario pincharon a Sergio como alfilerazos; así fué que, evitando más explicaciones, preguntó por los informantes, ordenando:

Que vengan ellos antes que ella.

—Es una loca mandada de la Inspección Gene-

ral, añadió Trillo con una una voz que pasó súbitamente del tono meloso al imperativo. “Recomiendan *de arriba* que se despache pronto”: y cortando réplicas, se retiró sombrío. . .

Poco después entraban á la Sección Cándido Cuellar, mayordomo, y Tomasa Luna, cocinera.

—Uno por uno, ordenó Sergio instalándose en su sillón, frente al escritorio.

Avanzó Cándido y depuso:

—Sí que *lo* está, señor doctor; chiflada de remate. . . Los tornillos (llevándose cada índice á una y otra sien) más que flojos; ya no hay tornillos.

—No le pregunto su opinión; dígame simplemente lo que haya visto en ella. . .

—Pues, casi nada! . . . Que habla sola, vocifera, se retuerce. . . y más visionuda! A poco acusa a cualquiera de haber matado a su confesor. . .

No estuvo Tomasa tan afirmativa, a pesar de las preparaciones. Olvidó la declaración que le habían enseñado y dió ésta textual:

“No sé si estará *juida* la pobrecita; algún *ai-gre* que le ha dado. . . padece flatos, y tiene un pie chueco.”

A pasos inseguros, calzada de babucha la corva extremidad, vino Elvira al examen. Y le pasó lo que pasa a casi todas las histéricas acusadas

de locas, aun cuando niegan que *lo* están. Sintió contra su negación la sugestión ambiente. “Estás loca” le había dicho Velázquez. “Sí que *lo* estas” repitieron Cándido y Trillo y Colindres... Luego, sin que nada dijeran, en las miradas y sonrisas de los que la veían pasar cojeando, gendarmes, presos, camilleros, oyó la misma afirmación. También las cosas: el portón de la Comisaria, el barandal mugriento de la oficina, el tapanco, el sillón amarillo, las tarimas, vigas, muros carcomidos de la Sección, todo le gritaba: “estás loca”.—“No *lo* estoy. ¿*Lo* estaré? Parece que *lo* estoy... *Lo* estoy!” Su almita impresionable recorrió esa escala; y quedó pasiva, en una resignación torpemente copiada de la que emplearon algunas santas del martirologio para precipitarse en la hoguera. En vano Sergio trató de reavivarle la autonomía fluctuante...

—“Vamos, señorita, está Ud. muy bien! Todo se reduce á que no reprime Ud. bastante su imaginación.”

Habituada a ver engrandecidos en la confesión sus “veniales” (con provecho de los “capitales”) sintió indecible aversión hacia este confesor laico que parecía inclinado a absolverla sin penitencia.

Tenía lugar este examen en “el primero”, a puerta cerrada, sin más testigo que el practicante Flon. En “el segundo”, Trillo y el escribiente Colindres en acecho, distinguieron este arranque de Elvira:

“¡Que horribles visiones! Ya no quiero ver al padre—ni saber quien lo mató! No quiero. . . .

“Ver más ni saber ya nada;
Harta mi alma y postrada
Solo anhela descansar.”

La depresión sucediendo a tantas excitaciones, Elvira se solazaba en líricos espasmos. Ese romper exclamando, ese acabar con un trozo de su poeta favorito, pasmaron a los espiones. Desternillándose, regresaron a la oficina. El amanuense Colindres se apretaba el abdomen convulso de risa; restregábase las manos jubiloso el Secretario Trillo, convencido de la facilidad con que iba a complacer al Inspector. La peligrosa histérica se les entregaba en verso; él la entregaría en prosa al manicomio.

—Andele, Colindres; vamos a extender el acta.

Era la “actita de demencia” que acompañan generalmente los comisarios al certificado médico.

Ambas piezas debían luego remitirse al “Distrito” para que el Gobernador diese el “pase” al hospital de la Canoa.

Por lo cual, levantada el acta, volvió el escribiente Colindres a la Sección, en requerimiento del certificado. Se abrieron las puertas del “primero.” Envuelta en su tápalo, fruncida la picaresca y compungida carita, con el gesto de una penitente no absuelta, salió Elvira acompañada de Flon. En el dintel cruzóse con ella Colindres quien avanzó hacia Sergio interpellando:

—¿Ya está eso?

—¿Qué es *eso*?

—¿Qué ha de ser! El certificado. . . .

—Allí va el Señor Flon con la examinada para dar cuenta de *eso* al comisario.

—El comisario no está. Anda por allá dentro, ocupado.

—Se la dará al secretario.

Mal humorado, Colindres siguió los pasos de la joven pareja, pronto desunida. Elvira fué de nuevo “separada,” mientras que Flon, gozoso de contribuir a la “salvación” de la histérica se encaraba con el secretario para decirle:

—El doctor Sergio no encuentra motivos suficientes para expedir un certificado de demencia contra Elvira Resendis.

—¡Hola! Pues ¿qué más quiere? ¿Verla correr desgreñada?

—Quizá necesite ese médico que la muchacha arranque por la calle en camisa, corroboró Colindres.

El estudiante echó a ambos una mirada piadosa, desde lo alto de la PSQUIATRIA. Esta ciencia de los males del alma le era oscura; pero tenía fé en el ojo psiquiátrico de Sergio, su jefe. Así fué que a él remitió Flon las objeciones. A él se dirigió Trillo discutiendo consigo mismo, en el trayecto de la oficina a la Sección, sobre lo conveniente para salir del conflicto. De una parte, tenía la consigna de la Inspección general para “embarcar a Elvira en la *Canoa*,” de la otra prerrogativas mal sufridas bajo el nombre de “discolerías médicas”. . . . No era él, Guillermo Trillo, antiguo corrector de pruebas, de los que se van al bulto en línea recta como torres de ajedrez. Atacó a Sergio con la oblicuidad de un arfil polizaico, en su habitual forma diminutiva.

—Oiga, doctorcito! ¿conque no le gusta la loquita para la *Canoa*?

—No se trata de gustos, sino de ideas, respondió severo el galeno. Y trató de exponerle algunas sobre su modo de ver “la higiene y terapéutica del alma.”

Ruda tarea aquella, de meter ideales en un ex-corrector de pruebas transformado en bloque de rutina gendarmeril. Según Sergio, intervenían en el desequilibrio mental de Elvira *pre-disposiciones de raza* y un *traumatismo moral*. El nombre Resendis le era familiar en su práctica de comisaría; no tenía que hojear mucho los libros de la Sección para encontrar algún Resendis, varón ó hembra, calificado de ebriedad y lesiones concomitantes. Era la firma social de una de tantas familias cuya animal neurosis las predispone a organizarse en hatos, tiaras, re-cuas, cualquiera agrupación ganadera. En la familia de los Resendis, Elvira, unidad aberrante, representaba la degeneración superior desbordándose en afectos y tendencias espirituales.

Un suceso misterioso, la muerte del desconocido, ligado a ella por extraños lazos, había sido el golpe, *trauma* moral, que la sacudió intensamente. . . . La imaginación se excita y el ánimo decae (declamaciones y bostezos, contracciones y paresias, pierna parética y pie contraído.)

Y porque un alienista, continuó Sergio, me diga que lo uno es un principio de “manía” y lo otro un principio de “melancolía” ¿tendré que poner sobre su frente la etiqueta de “loca” y habré de echarla a la Canoa, para que su histeris-

mo en contacto con otros histerismos, prenda fuego como el-leño de Robinson y consuma a la paciente?

Siempre de soslayo, escuchaba Trillo a Sergio lanzándole miradas oblicuas de admiración irónica.

—Pues entonces, interrumpió, echaremos a las loquitas a la Alameda.

—Allí estarían mejor, ya que en la Canoa se pasan las horas fumando. . . . Pero hay algo todavía mejor que hacerles absorber la nicotina bajo los fresnos. . . . Echémoslas a trabajar. . . . ¿Que no? ¿Le parece a Ud. extraño, Trillo, eso de que una loca trabaje? Si es “presunta loca,” trabajará desde luego y fácilmente. Si la loca es real y verdadera, “rematada” como Ud. dice, la cuestión se complicará, sin hacerse imposible. Rara será la loca enteramente inhábil. Las más irán al trabajo por ensayos progresivos. Para esto, importará atribuir el trabajo según la aptitud, distribuirlo según ensayos, en locales a propósito: trabajo aislado, en celdas, para unas; trabajo en grupos más y más numerosos para otras, hasta llegar a la amplia comunidad de los grandes talleres. . . .

No espantarse, Trillo! ¿Qué? ¿Todo ha de ser bromuro, sulfonal y otras drogas, en cuchara-

das, píldoras y papelitos? ¿Y para qué?—Para que se entreguen luego al tabaco y al chisme de vecindad alborotada, para que desfilen ante los visitantes curiosos, como bestias de circo. ¿Hacen algo más? . . . ¡Ah, sí! Va Ud. a decirme ¡oh Trillo! que también cantan trisagios en sus ratos de devoción, entonan el himno nacional en sus intervalos patrióticos y organizan *posadas* con piñatas, por Navidad. . . . ¡Patrañas! Sólo buenas para excitar a las maniáticas y deprimir a las melancólicas. . . . Lo que se necesita es un régimen de acción. . . . ¡A trabajar! El trabajo (siquiera sea el simplicísimo de plegar papel para que otras, más capaces, lo encuadernen y empasten) es la mejor medicina equilibrante. . . .

¿Se asombra Ud., Trillo? Pues extendiendo mi tema á todos los asilos en que reina el ocio. Los asilados no pueden ser puros sujetos operables o jeringables. Hay algo más que hacer con ellos, algo más que tenerlos como animales de laboratorio o como casos clínicos “hechos carne” tirados en los catres o paseándose ensabanados hasta que quiera utilizarlos la ignorancia del discípulo o el afán de bombo del profesor. . . . Una sala-taller y una sala-escuela para todos esos dolientes holgazanes, gandules

analfabetas, capaces de trabajar e instruirse. . . . y ¡abajo los *pilares de hospital!*

¿Se ríe usted, Trillo?—No, amigo Trillo: hablo en serio. . . . Allí tiene Ud. a las asiladas de San Juan de Dios. . . . Casi todas pueden trabajar durante su estancia hospitalaria por botoncito o gonorrea. . . . De allí pudieran salir muchas, sabiendo algún oficio que les permitiese escapar a la necesidad de volver al burdel. No es tan dulce la “carrera” para que algunas no le prefieran los oficios de zapateras, corseteras, etc.

—Bueno! Pero ¿qué hacemos con la loquita?

—Espere Ud., Trillo. . . . Allá voy!. . . . Esas prostitutas son otras tantas acreedoras a la denominación de “locas”. ¿También querrá Ud. llevárselas al manicomio? ¿Tendría Ud. tanta razón como para bartolinar a la Resendis. Hay, entre esas mujeres, todas las variedades de *ómanas*: kleptómanas, dipsómanas, morfinómanas. Abundan las erotómanas, con todas sus subdivisiones de ninfómanas, lesbómanas, coprómanas, etc. ¿Y qué hace con ellas el Estado? Ah! El Estado es su padre putativo; y como padre grande que es, las protege en cambio de dinero: una cuota fija según clase, primera, segunda o tercera, de su “libreto” comercial.

Ud. sabe cómo se ejerce esta protección en casi todas las comisarias. Que un quidam le tome a alguna su mercancía sin pagarle o reduciéndole la tarifa. Al punto, la hija putativa del Estado se presenta a la comisaría vecina en compañía de un gendarme que trae a un lado su linterna y al otro al galán insolvente. La *oficina* la hace pasar a la Sección médica para que el doctor o el practicante la registren y digan si se encuentran en ella ciertos restos denunciadores. Es simplemente estúpido lo que se nos propone. Yo nunca me he prestado a tal indignidad, y he ordenado a mis practicantes que se rehusen. En otras Secciones, sí se abusa de practicantes pasivos que examinan a la impetrante y dicen si *hay* o *no hay*. . . ¿Hay de aquello?— Sí hay.—Pues qué necesidad tenemos ya de testigos?” exclama la curia policiaca, como Caifás “Poseemos el *corpus delicti*”—“Pague Ud. señor Quidam.”—¿Y qué prueba que sea yo?” pudiera objetar Quidam. . . . Pero vosotros, Trillo, vosotros sois terribles en punto a deducciones.—Puesto que *hay* “algo”, y ella dice que usted lo dejó, pague o deje prenda.—¿Que no? Entonces, queda usted mismo en la comisaría, señor Quidam; y mañana *al turno*, por robo.”

—¿En qué quedamos, doctorcito? . . . El certificadito para la loquita . . .

—Allá voy! Paciencia! ¿No la tienen los agentes de Salubridad, encargados de llevarse a las más miserables de esas otras locas, las que carecen de cincuenta centavos para el libreto?— Hay que verlos exigiéndoles los *cuatro reales*. Van ellas de cantina en pulquería haciendo la colecta entre pulqueros, cantineros y bebedores amigos. El agente marcha en pos y estaciona a la puerta de las tabernas soportando las risas e insultos de las perseguidas. . . . Al fin, si no se ajustan los cuatro reales. . . . venga el gendarme, y a la cárcel: Belen, el sombrío Belen, no el albañal, sino la fosa fija de la porquería humana. Y sin embargo, el Estado, padre putativo, vela por ellas. . . . Fabrica un manicomnio general con fachada elegante, instalaciones de relumbrón, no tan provechoso para las asiladas como para ingenieros y loqueros favoritos. Más que una suntuosa morada de ociosidad crónica, les convendrían establecimientos económicos dispuestos para trabajos y esparcidos por todo el país para las diversas clases de locas. . . . Elvira y sus congéneres necesitan uno especial, y no en este Valle de México. Aquí, a dos kilómetros y algo más sobre el nivel del mar, sus cuerpos des-

fallecen y sus almas vuelan por arranques en una hipertensión proporcional a la depresión barométrica. Que no vayan tampoco al bajío, a enervarse con tibias languideces. Al Norte! Al frío tónico de nuestras medias altitudes, más allá del *Trópico de Cáncer*. Así se intitula por razones astronómicas una estacioncita del Ferrocarril Nacional situada en pleno desierto potosino. Remontando de allí hacia la frontera ¡que buenos parajes de aislamiento entre los huizachales!

Trillo cambió su risilla irónica por una mueca de estupefacción. El hombre-rutina frente al hombre-sueño, acabó por tomar la actitud de la razón luchando con la demencia. Dió media vuelta. en dirección á la puerta, mientras que Sergio lo acosaba.

—Sí, señor Trillo; las colonias de locas transformarán el desierto. . . . A cavar el páramo y plantas pinares!

Huyó el rutinero, seguido de cerca por el latoso soñador. Se detuvieron en el portón, a pocos pasos de la acera. Allí Sergió remató el punto. . . . Eran las doce y media. De la próxima iglesia de San Hilóito venían grupos de devotas saliendo de la misa solemne, unas elegantitas, de sombrero. otras entapaladas.

—Ha de saber Ud. Trillo, prosiguió Sergio implacable, que modernos psicólogos dividen las neurosis en *frías* y *calientes*. . . algo semejante a la división que establecen nuestros rancheros para los comestibles. . . .Entre esas (indicando los grupos de devotas) habrá místicas frías, muy quietas, muy apreciables; otras son devotas cálidas, del género Resendis. . . .

—En fin! exclamó Trillo, resuelto, en el colmo de la impaciencia, a abandonar la forma diminutiva ¿quiere usted expedirme el certificado para esa loca?

—A una condición: que me detenga Ud. a esas jóvenes para entresacar a las cálidas. . . .No sería justo que se fueran a sus casas y Elvira a la Canoa . . .Las mandaremos a todas “por cordillera.”

Trillo se lanzó al teléfono.

—“¿Con quién hablo? ¿Con el señor Inspector Velázquez? Bueno! Pues que el médico Sergio está divagando. . . .No quiere extender el certificado para Elvira Resendis. . . .Puras necesidades y distancias”. . . .Pasaron unos minutos y en el otro cabo del teléfono, Don Eduardo Velázquez ordenó:

—“Que llamen al practicante Carriles! No necesito del médico de la Comisaría. . . .Decir a

Carriles que venga aquí para instrucciones. El la llevará a otros.”

—¿A quiénes?

—A eminencias médicas.



XV.

EN BUSCA DE EMINENCIAS.

Mientras esto pasaba en la 5ª Comisaría, Julio Carriles, dando vueltas y revueltas en la azotehuela de su viviendita "macheteaba" su *Dieulafoy*, operación estudiantil mexicana que consiste en recorrer el libro como si se distribuyesen golpes de machete a una espesa hojarasca. Al azar de los golpes, la atención del estudiante machetero sólo se detiene en ciertos trocitos del texto (*corrales*) los más útiles para apagar *cohetes* y capear *toros*. En la jerga escolapia "cohetes" y "toros" corresponden a las preguntas más o menos difíciles del examinador, preguntas que toman en la imaginación del examinando, ya la forma de proyectiles pirotécnicos, ya la de cornúpetos saliendo del corral.

No hacía muchos días que el practicante de la 5ª había solicitado examen general, razón por la cual, macheteando, “calentaba sus materias” para lanzarse al doctorado.

En un extremo de la azotehuela estaba un perico enjaulado, en el otro una maceta de claveles blancos. Carriles se balanceaba a grandes pasos entre el perico y la maceta. Cierta vecina chocarrera había aleccionado al perico para saludar al estudiante gritando: “Andele, doctor!”—Por lo cual, viéndole ir y venir, repetía su familiar saludo.

Preocupado Carriles, macheteaba sus textos encimados en el pretil. Acababa de emprenderla con las *nefritis*.

—“¡Muy bien, Dieulafoy!” exclamó en un acceso de locuacidad solitaria, como la del perico. “Esto es concreto, claro y bien ligado. Poco importa que algunas palabras francesas se me atoren, rebeldes; yo las mascullo y digiero; se me didifunden y penetran en las intimidades de mi meollo y me dejan nociones fundamentales, algo que me servirá para discurrir cuando me las tenga que haber con la humanidad nefrítica.”

De repente se acordó de Godínez y su tratado de *Patología interna*, declarado *texto oficial* por el Ministerio. Allí estaba, entre los libros del pre-

til. Era preciso estudiar en él las nefritis para poder *capear los toros* de Godínez que sería su sinodal a no dudarlo.

—“Andele, doctor!” gritó el perico viendo al estudiante interrumpir sus oscilaciones para cambiar de libro.

Es de saber que Carriles era un patriota ardiente, capaz de batirse él solo contra tres arqueólogos gringos por defender la integridad del calendario azteca. Pero tratándose, como él decía, de “intelectualismos universales,” ya no había patriota. Sólo quedaba un cosmopolita cínico. No le gustaron las nefritis tal como las exponía Godínez. Se paró, llevándose una mano a los lomos, como si el desagrado le produjera un cólico *ejusdem materiae*.

—“¡Andele, doctor!” clamó el ave.

Encarósele Carriles en un arrebató de personificación oratoria, producto de disposiciones tribunicias mayores que las de su colega Flon.

--“Oye, perico! Este Godínez es insípido, incoloro; no *me entra*, aunque esté en castellano y en mexicano. Su exposición carece de relieve. Es lúgubre, como él mismo cuando pasa en su coche con cara de beato en contemplación. Y esto no tiene remedio, porque si quiere ser ameno resulta chocarrero o grotesco. El carácter azteca

no se adapta más que a los extremos. . . . Y si es así, si tenemos que recurrir a autores exóticos para digerir la ciencia ¿porqué nos imponen la necesidad de comprar manuales caseros declarados libros de texto?

El del verde plumaje se desató en un “já-já-já” casi humano. Carriles prosiguió:

--“Ya sé porqué te ríes, perico! Dicen que es por patriotismo, por proteger la ciencia nacional. . . . Lo que se protege son los intereses mercantiles de un individuo en daño de nosotros, intelectualitos. . . . ¡Nos *tantean!*. . . . Oye, perico; yo comprendo que en un país se establezcan concursos de autores nacionales sobre enfermedades endémicas, formas regionales que no acertarían a describir bien los de fuera. Que a los mejores se les decreten recompensas y ediciones gratuitas. . . . Pero que nos dejen tranquilos en la elección de autores. Compraremos los que mejor nos instruyan. Nada de “tomar la lección” en cierto y determinado librito! Nada de examinar según un autor! Son antiguallas aristotélicas de *magister dixit*. . . . Ya no examinar según los autores, sino según la naturaleza!”

Esto dicho, Carriles siguió oscilando del perico a la maceta, de la maceta al perico. Godinez, cerrado, volvió al pretil. Iba Dieulafoy a abrirse

de nuevo, cuando en la azotehuela penetró la Comisaría personificada por un auxiliar.

--“Señor Carriles: que el señor Velázquez quiere que se presente Ud. inmediatamente en la Inspección General.”

Era el número 49 quien traía el recado.

--“Andele, doctor!” gritó el perico viendo salir al estudiante.

Obediente éste al llamado del Inspector, se presentó cerca de la una vespertina en su despacho del “Distrito”

--Aquí tiene Ud., le dijo Don Eduardo, tarjetas numeradas según el orden en que deberá llevarlas á esos doctores. . . La número 1 para Birjan, la 2 para Gordete, la 3 para Pinillos, la 4 para Penequez. . . . Les pinta Ud. las chifladuras de la muchacha, y que la examinen. Con la firma de cualquiera de ellos se arreglaría el ingreso. Tanto mejor si son varias. En todo caso, convendría que la de Penequez no falte... Va al último para remachar... ¡y vaya que remachará!. . . . (bajando la voz) Tiene *chifladura* crónica y ya sabe Ud. . Nadie mejor que quien *la* padece para descubrir *la* del prójimo.

--Pero, señor Velázquez! Estoy preparando mi examen general para recibirme. Con estas cosas, dejo los libros. . . . y si me reprueban?

--No tenga cuidado; ya me dirá quiénes lo van a examinar para recomendarlo.

Un billetito de diez pesos para coche y extras, seguido de insinuante apretón de mano, y héte ahí a Carriles en campaña. Dieulafoy, Godinez, los textos obligados, el perico confidente, todo se le borró del cacumen, seducido por la extraña misión en que husmeaba ventajas positivas.

Al pasar por la Concordia, reflexionó que no había comido; pensó que una comisión desusual necesitaba una colación extraordinaria. Se la pagó regiamente, de \$ 1.50 cs. con 0. 10cs. de propina. Le restaban \$8.40 para coche, y “!qué diablos!” exclamó con su malicia juguetona de vividor en ciernes, “tomándolo (el coche) *amarillo*, ya podré volar como mayate por toda la ciudad, y aun quedarme con hebra!”

Llega a la 5ª, recoge á Elvira Resendis, y “Arre, cochero!... a la Mariscalá, a casa del Dr. Birjan.”

Birjan era un alias: pero tan pertinente que había acabado por prevalecer en la plaza sobre el nombre original de la eminencia.

Don Ramiro Birjan había estado *de malas* la última noche en el garito elegante que frecuentaba. Rebelándose contra su vena habitual, el bacará le había escatimado ochos y nueves arre-

batándole cerca de cien pesos, límite de pérdida que él se imponía en la adversidad. Luego intentó desquitarse con el pókar. Ducho en el arte de semblantar al contrario, audaz y sereno para afrontarla con un “parecito”, el Dr. Birjan honraba su nombre en los *rebites*. . . Así había despojado a varias víctimas en singulares combates pokareros. Pero tropezó esa noche, en un ruedo, con cierto adversario mañoso que, fingiendo inseguridad con buenos juegos, le tapó gordos rebites, lo cual hizo montar su pérdida a quinientos.

Pensando en ello, a eso de las dos, bajó Birjan a su consultorio, con la idea del desquite clavada en la mollera. Ciertó que el juego le había dado la casa en que vivía; pero importaba redituarse con la ciencia.

Echó á la antesala una mirada inquisitiva. . . Era casi el desierto! . . Sólo un incurable, operado dos veces, la primera para abrirle un ojal perineal, la segunda sin resultado, para cerrárselo. . . El pobre sujeto, agotado física y pecuniariamente, cabeceaba sentado, próximo a rodar de la silla. . . No convenía despertar a esa momia de cliente, único ornamento de la antesala, y comenzar por tan poco. . . Pasó quedito á su gabinete, cerró la puerta, se tendió en la otomana

destinada á los exámenes en decúbito, y esperó con esa paciencia fatalista de los viejos tahures inclinados a someterse al azar en las más heterogéneas situaciones.

Del lado del zaguan vino ruido de coche que se detenía; resonaron pasos y voces en patio y antesala; luego, en la puerta de comunicación con ésta, dos golpecitos discretos. Birjan se levantó... ¡“Ya viene la suerte!” murmuró entreabriendo la puerta que dió paso a Carriles, tarjeta en mano.

Despertando, la momia del ojal perineal se movió hacia la puerta, como para hacer valer su prioridad de antesala. Birjan lo detuvo.

—Pase Ud. con la joven, dijo al estudiante, esforzando la sonrisa paternal que servía de máscara a su egoísmo. Ni la tarjeta, ni el estudiante conductor, ni la pobre muchacha de tapalito, le auguraban una consulta fructuosa. Sin embargo, sentíase obligado al Inspector que le había guardado las espaldas en más de una encerrona clandestina con jugadores de marca. Por lo demás, ¿quién quite? Velázquez se anuncia como buen punto en política... ¿y si se apunta?... .

En el cerebro de Birjan las ideas tomaban fórmulas extrañas, evocadas del tapete verde... .

—¿Con que sí? ¿qué le pasa a Ud.? dijo a la joven haciéndola sentarse al borde de la otomana.

—“Pues nada!” contestó Elvira, y bostezó.

La neurótica caliente pasaba por una de esas alternativas frías que le abatían la quijada. Carriles habló por ella, intentó una “historia” morbosa con términos incomprensibles a la aludida.

--Tiene fobías.

--¡Tiene fobías! ¿quién no las tiene? saltó Birján, acordándose de su propio horror a la sota de bastos.

--Sí; pero las fobías de ésta se complican de persecución. . . Persigue al Inspector, le achaca la muerte de un su amigo.

No estaban las “fobias” en el vocabulario poético de Elvira. . . . Santa Teresa, Sor Juana, Espronceda, Becquer, Acuña y demás; ninguno la había iniciado en el vocablo. Lo cual acarreó substitución peregrina.

--“Yo no he tenido ningún Tobías. Ni se llamaba así, mi pobre matado.”

Cerró los ojos como para escapar a la visión fascinadora del apoplético; un temblor general la sacudió, y bajo la falda apareció agitándose su pie torcido.

--¿Ve Ud., señor? observó Carriles; una crisis!

—Eso no vale nada, replicó Birjan con tono de superioridad—y se quedó viendo el pie.

—A mí no me preocupan, añadió, las *auras* y los ataquitos que se curan con riegos de ducha y otros. . . . Esto ya es algo concreto, material, somático—e inclinándose, se apoderó del pie, a pesar de que la joven, pronto repuesta, intentó retirarlo.

—Este es un pie equino (poniéndolo sobre su rodilla.) No importa que sea bonito. . . . Hemos dado en llamarlo pie caballuno. . . . Es el equino con algo de *varus*. Este sí vale la pena. . . . es operable. Le hago la tenotomía del de Aquiles, pongo el pie en escuadra. . . y a andar derecho!.. Una vez que ande bien, todo entra en el orden...

—Pero, señor doctor, objetó vivamente el practicante, sintiendo que el gran Birjan se engolfaba. . . . Lo que quiere el Sr. Velázquez es un certificado para pasarla a la Canoa.

—Dígale Ud. que la pase a mi sanatorio. Se la haré baratito. . . . Unos quinientos pesos. . . . En quince días sale buena.—Si no quiere, entonces. . . . veremos *mañana*. . . .

Carriles creyó prudente ausentarse. Remolcando a la histérica, pasó rápidamente por la antesala, invadida por una nueva momia, otro rezago de las brillantes operaciones birjanianas.

Era una viejecita a quien Birjan había abierto también un ojal, el horrible ojal iliaco, bautizado en Cirugía con el epíteto de *ano contra natura*. El uno y la otra entraron sucesivamente al consultorio reclamando del eminente que les cerrara el ojal.

Se fueron descorazonados, maldiciendo y sin pagar.

—Estos bárbaros me piden el imposible en consulta gratis, murmuró Birjan dejándose caer en la otomana. . . . Sigue *la de malas!*

Entretanto Carriles y Elvira, llegados a la calle de las Ratas, entraban al Consultorio del elegante Gordete. Lo encontraron preocupado con los pliegues delanteros de su pantalón, estilo Eduardo VII, borrados en las rodillas por incuria de Ramona, planchadora de cámara.

En opinión de Gordete, estos pliegues le habían servido para casarse ventajosamente, conquistándole, con la fortuna de su suegra D^a Hilaria, el corazón de la heredera; y de ellos esperaba también la prosperidad en su naciente clientela.

Tenía que apersonarse esa tarde en una junta de médicos a que cierto colega *de cabecera* le había llamado esperando reciprocidades clientelíferas en la persona misma de D^a Hilaria, ya

achacosa; y sentíase fuerte, armado con fistol de perla, anillo brillantudo y una levita de corte exquisito, que cruzaba su impecable negrura sobre el pantalón claro. Era el más claro que tenía y prometíase llevar con él una nota alegre a la discusión mortuoria. “Pero los pliegues! Esta Ramona!” Y el dilema se planteaba: o mudarse de pantalón o la plancha de Ramona.

La tarjeta de Velázquez cayó en pleno dilema.

Curioso de ocultas morbideces, soltó broches y deshizo nudos, parecióle poco interesante el pie, mucho menos interesante el alma de la joven, y se dió a buscarle las *zonas histerógenas*. Llegando al ovario izquierdo, provocó un principio de crisis hilarante, con lascivas convulsiones. . . .

Gordete se apartó, temeroso de que un estrujón turbase la tiesura de sus puños. Y emitió el tratamiento:

—Una buena ovariectomía.

—Pero, señor; si está loca. . . . Lo que se quiere es su firma!

—Le extirpo el derecho, le dejo el otro para la prole. . . . y que la casen! Una operación baratita por tratarse del amigo Don Eduardo. . . Costará.

Carriles se levantó agitando el sombrero.

Gordete, que no se había sentado, por no estropear más el pantalón, consultó su Longinos oro.

—Las tres y media! Tengo que ir a una junta. . . . Veremos *mañana*. . . .

Salió disparado el estudiante con su carga femenil, en tanto que Gordete se miraba las rodillas, vacilante.

De repente se decidió, y subió la escalera gritando:

—Ramona, la plancha!

Poco después, el amarillo corría por la calle del Sapo, al tira y tirón de sus rocines. Dentro, el estudiante hacía lo posible por desenfadar a la histérica, quejosa de aquella peregrinación por los consultorios. . . . Ella poetizaba:

“Ah! mi vida es un erial,
Flor que toco, se deshoja. . . .”

El trataba de consolarla, y ella:

“¿Porqué se acerca tanto de mi lado?
Tengo miedo de usted!”

Rechinando sobre sus ruedas oscilantes, el vehículo siguió por las calles de Hoacalco y la Pelota, desembocó en la de Revillagigedo. Allí

se detuvo, frente a la mansión del práctico Pinillos.

El eminente práctico estaba recluso en su despacho con una pareja compuesta del ranche-ro Don Abundio, procedente de Xochimilco, y su hija Pascuala. Esta interesante joven adoles-cía de una verruga implantada en la cara poste-rior del pabellón de la oreja, al nivel de la con-cha. La tal verruga que Pascuala llamaba des-consoladamente “mi alberjón” llegó a preocu-parla en igual grado que al autor de sus días. Como que tratada por la mágica “Homeopatía,” había la verruga resistido a innumerables gló-bulos y cucharaditas quintesenciales. . . . De allí que acudieran a la “Alopatía,” dignamente re-presentada por el práctico Pinillos. . . . De codos en su escritorio, púsose éste a idear una receta contra la verruga. En su cerebro se agitaron la potasa, el ácido nítrico, el crómico y otros corro-sivos. Indeciso, abrió un formulario Dujardin-Beaumetz con el aire de un mago consultando la cábala; y al flechar á Don Abundio con mira-da imponente, le vió ocupado en manejar una “talega,” el antiguo saquito de lona que gozó de tanta importancia mercantil antes del papel-mo-neda.

Empezó el ranche-ro por extraer un paquete

de billetes superpuestos al numerario, luego removió los pesos, y sacó dos. destinados a pagar la consulta.

Brillaron los ojos de Pinillos con fulgor semejante a los del minero ante un filón ignorado. Soltó la pluma, cerró el formulario y embistió al cliente:

—¿Sabe Ud., Don Abundio? Recapacitando...

Y le expuso haber descubierto en su libro que aquella excrescencia no era *peccata minuta*, y necesitaba extirparse.

—¿Y cuánto?

—Poca cosa, por tratarse de Ud.

Pinillos habló en plata. Setenta y cinco por la operación y veinticinco por una inyección anestésica (“para que no le duela a Pascualita”) Total: “cien duritos.”

El ranchero regateó débilmente.

—No se puede menos! La cocaína está cada día más cara, por las nubes. Y debe Ud. considerar que se trata de una operación radical. . . . con instrumentos especiales, esterilizados!

Diciendo y haciendo, el práctico encendió la lámpara de su estufa; echó en ésta tijeras, bisturís y hartas pinzas, como para una grande operación.

Don Abundio, deslumbrado, hubo de recono-

cerse menos fuerte para el regateo en operaciones quirúrgicas que para compras de frijol.

Se cerró el trato a tiempo que tocaron a la puerta del consultorio. Pinillos la entreabrió y tuvo en el dintel un corto diálogo con Carriles que entró en materia presentándole a su compañera y la consabida tarjeta.

—Sí! todo lo que quiera mi amigo Don Eduardo! Sólo que en este momento no estoy para entregarme de lleno a un examen psiquiátrico. Preparo una operación algo delicada. . . . Mire Ud! Todo listo; los instrumentos hierven. . . . En cuanto acabe, ya verá Ud!. . . . En Psiquiatría la práctica, el ojo, y sobre todo el olfato. . . . Así como huelo las heridas en las entrañas, puedo oler los estados del alma. . . . Esta jovencita. . . . (señalando a Elvira) Ah sí! Ya la huelo. . . . Histerismo! No es una enfermedad: es un estado fisiológico del feminismo púber. . . . Hay que ser práctico en terapéutica del alma mujeril. . . . Lo malo es cuando no tienen dote, como las más en México. Quieren el remedio gratis. El Gobierno debería instituir para estas señoritas unos llanos del Cazadero (con s) Allá debía enviarla Don Eduardo, al Casadero!

—No señor. . . . a la Canoa. . . . el certificado.

—Un momento, amiguito, o mejor *mañana* Véngase Ud. por aquí mañana, y la despachamos.—Mire Ud.: los instrumentos hierven demasiado. . . . Voy a proceder.

Cerrando la puerta, Pinillos, armado de jeringa de Pravaz, avanzó sobre Pascuala y su “alberjón.”

Despechada Elvira, se desató contra Pinillos en estrofa beckeriana:

“Me ha herido recatándose en la sombra. . . .”

Y plantándose frente a Carriles, lo interpelló, como a Pedro el Cristo de Sienkiewicz:

—*Quo vadis?*

El estudiante se dejó arrebatar por el lirismo:

A otras eminencias voy,
Porque en tierra mexicana,
Todas dejan “pa mañana”
Lo que pueden hacer hoy.

Pero la histérica se rehusaba a proseguir la jornada.

—“Yo no voy a la Tlaxpana. . . .
Tan lejos! ¿y para qué?”

No quiso Carriles recurrir a los empellones para subirla al amarillo. En la necesidad de un

estratagema, discurrió llevarla primero a casa del Dr. Hermundio, situada en San Fernando, a medio camino para la Tlaxpana. “¿No era acaso Hermundio hipnotizador de oficio y amigo acérrimo de Don Antón? Pues que la hipnotice!”

A decir verdad, Elvira marchaba ya hipnotizada en plena vigilia por el Inspector, los polizontes, Carriles. . . . En su estado de vaga inconciencia, no se daba cuenta exacta de que todo aquel traqueteo tenía por término un hospital de locas. Sólo oponía leves resistencias veleidosas a dejarse llevar más allá. La Tlaxpana, entre las grandes vías ferrocarrileras que llevan muy lejos, se le antojó el cabo del mundo. Así fué que cuando Carriles limitó la excursión a San Fernando, la histérica se acomodó de nuevo en el desgarrado cojín del amarillo.

Entre todos los galenos impresionistas, el Dr. Hermundio “batía el record” del impresionismo en el sport médico de la gran Tenóxtitlán. El consultorio en que despachaba al pormenor en el barrio de San Fernando, constituía un estuche de monerías impresionistas. Erase una fila de piezas bajas. En la primera, con ventanas a la calle, reinaba lo claro: en la luz de fuera, apenas tamizada por ligeros visillos, en el papel

tapiz con dibujos color crema-vainilla sobre fondo lacteo, en los asientos y alfombra matizados de ambar y oro pálido, hasta en menudos ornatos de marfil y cera, niveas floreas emergiendo de vasos de tecali. . . . cosas productoras de impresiones blancas.

Seguía un cuarto de azulada penumbra en que, gracias a otra selección de tintas en la gama azul, se obtenían “impresiones cerúleas.” Cuando el paciente que había esperado en el cuarto blanco pasaba al azul, experimentaba, conforme a los diseños de Hermundio, un principio de recojimiento, favorable a la sugestión. Luego el cuarto gris, zurcado de repente por fulguraciones eléctricas para iniciar “impresiones deslumbrantes.” Por último, el cuarto negro donde el deslumbramiento se consumaba, y que sólo se abría cuando se trataba de alta sugestión por medio de impresiones profundas. A los íntimos, a Don Antón Penequez y otros cómplices de tenebrismo, el tenebroso Hermundio decía en voz baja algo misterioso referente al cuarto negro.

Acostumbraba Hermundio fruncir el entrecejo ante los clientes. Era su gesto impresionista con el fin de sugerir que, detrás de aquellas arrugas frontales, bullían ideas altísimas

ajenas al lucro. Sin embargo, cuando ún negocio se lograba, la frente de Hermundio se desfruncía.

Aquella tarde, a la hora en que comenzaban las correrías de Elvira, Hermundio se desfrunció, gracias a cierto rústico paciente afectado de una lupia o sea lobanillo del cuero cabelludo. Fué Don Antón Penequez quien le mandó ese regalo. Hermundio “amarró” al cliente, con una serie de diez aplicaciones de rayos X sobre su turgente lobanillo. Pago adelantado. De la talega ranchera ciento cincuenta emigraron a la faltriquera médica de Hermundio. Le faltaba para bien desfruncir el ceño cumplir con la reciprocidad. Según tácitos convenios, tenía Hermundio que reciprocarse a Don Antón cliente por cliente. Si bien es cierto que la generalidad de los médicos entienden la reciprocidad arrebatando clientes al querido compañero, el interés de Hermundio estaba en observarla honestamente y. . . . ¡oh ley de las coincidencias! pensando estaba que a Don Antón le gustaba ser pagado, no con clientes de pantalón, sino de crujiente falda, cuando Carriles y Elvira se le presentaron en el cuarto blanco.

El desfruncimiento fué completo. En seguida impresiones blancas, azules, rojas, todas las

puso en juego el impresionista. Hasta la llevó al colmo de la sugestión despierta, en el cuarto negro, donde aparatos de proyección hacían surgir imágenes de muda elocuencia. Reconociendo la mística susceptibilidad de la joven, proyectó sobre el lienzo una virgen cuya mano izquierda, suavemente levantada y dirigida hacia el Noroeste, le sirvió á maravilla para el fin propuesto.

—“Mírala! Que vayas a la Tlaxpana, que te espera Don Antón!”

Real o artificialmente, la joven experimentó las sensaciones legendarias de Juan Diego en el Tepeyac. Excitada su fantasía, imaginó que la virgen se le aparecía como al indio, con trinar de aves canoras escondidas, flores intangibles perfumándole el tápalo. . . . Sólo que no la mandaba a la casa del Obispo Zumárraga, sino a la de Don Antón Penequez.

—Virgen Santísima! clamó saliendo del gabinete negro: es el alma de mi asesinado quien me habla por ella y me envía hacia él....Don Antón!.....Un justiciero.—Llévenme con Don Antón!

Sonriente, Carriles, sacó su certificadito ofreciéndolo a la firma de Hermundio. Este firmó

bajo reserva de que Don Antón firmase con él.

“Sólo hay dos eminencias médicas en la gran Tenoxtitlán: Hermundio y Penequez. . . Ya tengo una!”

Así habló Carriles.



XVI

EL EMINENTE DON ANTÓN PENEQUEZ.

Más de dos horas, llevaba el coche “calandria” de correr y parar por cuenta del Tesoro Público. Carriles se llevó la mano al chaleco para palpar los pesos, suputando mentalmente los que le quedarían “si acababa pronto con la hembrita.” Y sí que acabaría, gracias a una rúbrica de Don Antón, eminencia de veras!

En el fondo de su alma, Carriles no estaba convencido de los méritos profesionales de Don Antón Penequez. Nunca le había sorprendido alguna prueba clínica importante, ni había leído de él el menor trabajo: sólo le oyerá chismes de práctica casera, con elogios modestos de sí mismo y vituperios de colegas, cuyos nombres callaba, designándolos sin embargo, con afectada

discreción. . . . Que había instituido el salvador sené cierta vez en que tal pobre galeno estaba administrando a tontas el ruibarbo: que si no hubiera llegado a tiempo para impedir cierta in-intervención, el paciente H. que hoy se pasea muy horondo, hubiera ayer sucumbido á manos de. . . . Que si el ministro R. había bajado a la fosa, fué que descarriló el tren en que él, Don Antón, volaba desde San Angel para oponerse a la operación quirúrgica (un asesinato en bruto) de que fué víctima.

El utilitario Carriles cerraba los ojos sobre esas flaquezas. Por el momento no quería ver en Don Antón la personalidad hueca, incapaz de resistir a un golpe de escalpelo sin desinflarse. Sintióse próximo a comparecer ante una reputación de vulgo necio, tropel pasivo de donde surgen las camadas; por lo cuál, él, Carriles, se hacía voluntariamente partícula de recua y germen de camada; se mezclaba al tropel en un grupo de viejas y muchachas instaladas en la antesala de Don Antón.

—“Nadie como Don Antón,” exclamaba una cincuentona, cuya ronca voz, saltados ojos atónitos y cabeza pelada al rape, le hacían parecer la personificación viva del tifo que acababa de postrarla. . . . “Si no hubiera sido por él, ya es-

taría yo en el hoyo. Me estaba matando Godinez!”

Y contaba sus pasos de tifosa, con Godinez *a la cabecera*. Agravación, llamamiento de Penequez a junta. El bueno de Don Antón se puso modestamente *a los pies*; de allí vió que *el de cabecera* “no atajaba la fiebre.” Poco a poco fué trasteando al colega. . . . Trueque de cucharadas malas por píldoras buenas. . . . Al período final del tifo, cuando la fiebre caía por su propio ciclo, Don Antón avanzando tomó la *cabecera*.— ¿Y Godinez en los *pies*?—“¡Qué pies! En la puerta, en los apretados infiernos. . . Ya me mataba con sus cucharadas!”

Mañas de Don Antón, ignoradas por la tífosa. Ofuscarse ante el colega, cederle la primacía y aun simular alejarse en su honor: no hacer y dejarle hacer: dejar que la enfermedad evolucione bajo el otro, hasta el vértice fatal; entonces hacerse llamar, presentarse, obrar. . . . Obrar en pequeño, casi nada en sustancia, mucho en la forma, una inyeccioncita anodina, cualquier brevaje tan inactivo como misterioso; y ante todo, suprimir las medicinas del otro, ver sus recetas y dibujar un gesto de reprobación comprimida. . . . lo bastante para hundirlo. Franqueado el vértice, el descenso morboso se

produce naturalmente, quizá preparado por los cuidados del colega. Penequez se atribuye la feliz terminación ¡y con qué modestia!

—“Yo también se la debo a Don Antón, mi vida, la vidita de mi Joaquín. . . . A ver, Joaquinito, ven por aquí; saluda, y les vas a decir a estas señoras cómo Don Antón Penequez te salvó de la muerte.”

Es lo que expresó otra cliente que en la antesala formaba grupo con la ex-tifosa y varias.

Joaquinito habló como si recitase una lección de cartilla.

—“Pues me dió el empacho; y que llamaron a dos doctores en la noche: Perales y Don Antón ¡bueno! y que al tiempo de recetar le dejó Don Antón la pluma a Perales ¡bueno! y que Perales recetó gotas; y que ya me las empezaban a dar cuando llegó Don Antón a las altas horas. . . . Tan! tan! tan! . . . ¡bueno! y que le abren y que sube. . . . y que también me había subido la calentura, dijo él. . . . ¡bueno!. . . . y que sacó aparte a papá para decirle: “suspendan esas gotas que no son mías; son venenos de Perales...Con ellas su pobre hijo, amenazado ya de meningitis.moriría esta noche”. . . . ¡bueno!... y que las cambió por papelitos y unos fomentos,

y que a los dos días ya estaba yo curado y salvado de la muerte.”

—Oh! oh! oh! qué bien y qué chulo! exclamó una entusiasta; otras sellaron con ósculos el recitado infantil, en tanto que la puerta del consultorio se abrió.

Salió un grupito de clientes. Tras de ellos apareció Don Antón muy ajustado en su levita cruzada. Saludó. . . . Quien hubiera dirigido una cámara fotográfica sobre su saludo circular, su manera de sonreír, de arrugar la frente y entornar los ojos con una expresión en que se combinaban la dulzura, la severidad y el misterio, habría obtenido el eterno cliché del misticador oficiante. Una viejecita se levantó para entrar; pero Don Antón la detuvo, forzó el turno con un signo de llamada a Carriles y su compañera anunciadas telefónicamente por Hermundio.

¿Cómo no recibir de preferencia a la interesante histórica?—El, Penequez, simpatizaba secretamente con Velázquez, y la simpatía que la recomendada Elvira le inspiró desde luego, salía de su más íntima complejión. Desde mocito había sido un mujeriego reprimido por la fuerza de hipocresías nativas. Cuando comenzó a ejercer la Medicina, experimentó la necesidad de apoyarse en el otro sexo. No que aspirase a

ginecólogo activo, pues rehacio al bisturí, sentía por la acción quirúrgica sobre el útero un horror intenso. Sino que palpaba la importancia de la mujer, en su concepción comadrera de la práctica médica. Luego su serie de privaciones, sus privaciones de célibe hipócrita y de casado por negocio, le llevaban a revanchas eróticas más o menos aparentes. Una hubo, circundada de escándalo, a costa de una cliente casada, cuyo marido hizo irrupción en momentos comprometedores. En una mesa, cerca de la *chaise longue*, transformada en impuro tálamo, relucían varios útiles metálicos. De uno de ellos, al azar, como arma provisional, se apoderó el Otelo vengador. . . Don Antón, dotado por la naturaleza de un valor leporino, juzgándose amenazado con revólver, se escabulló mal, dejando prendas íntimas junto a la falda replegada de la frágil Desdémona. El arma imaginaria persiguió a Don Antón; y como éste se atrinchera bravamente, agazapado bajo la mesa, detúvose el esposo, desarmado. de lástima.

El episodio salió de lo privado a la prensa novelera, adornado con detalles dramáticos por algunos gacetilleros. Inocentes! Ignoraban que el revólver del marido piadoso no fué en realidad más que una jeringa!

Desde tal escándalo, Don Antón se recogió en un sexualismo vergonzante, roces epidérmicos, castos embelesamientos. Tomó ante ellas el aire compungido de un eunuco moral. Su sensualidad reprimida de Abelardo incruento declinó en suspiros, manías, intoxicaciones lentas. Se dió alternativamente a la morfina, al éter, al alcohol. . . . “Es un raro; pero ¡qué buen médico!” murmuraba la recua de consultorio, siempre dispuesta a tragar en crudo la ecuación genio y locura.

El contagio admirativo iba del sexo débil al fuerte. La mujer que acude a un médico con la misma fe que dedicaría al horóscopo cartomanciano de una gitana célebre, acaba por remolcar al varón, siquiera sea éste diputado ó ministro. . . . Don Antón vió su antesala poblarse de esa humanidad doliente que teme a la ciencia activa o lamenta algunos de sus efectos. Allí entraban toda especie de “crónicos” imaginarios, neurasténicos de vagas dolencias: y el señor que tiene miedo de hacerse extirpar una giba, y la señora que se la hizo extirpar sin que “el éxito” pudiese evitarle un contrachoque operatorio, fértil en achaques. Para todos tenía Don Antón la palabra sutil, el gesto persuasivo destinados a sugerir sin marcada intención el desprecio o el ho-

rror hacia el colega activo.—*El sic vos non vobis* de Virgilio no se aplica tan bien a los bueyes que tiran para otro del arado como a los médicos y cirujanos que trabajaban para Don Antón. Para él saturaban de mercurio al sífilítico y de creosota al tuberculoso; para él puncionaban, incindian, pinzaban, ligaban, practicaban suturas laboriosas y curaciones pacientes. . . . Para él, que nada hacía, que aprovechaba la medicación del otro, atribuía sus efectos bienhechores más o menos tardíos a formulita por él pescada a río revuelto de polifarmacia; para él, que sobaba al operado, lo *revivía* con cualquier ingesto, “hacía que hacía,” sacaba su maquina farádica, plantaba los electrodos en el vientre. . . . Rrrring!— Ya estáis curado o en vía de estarlo. . . .—¿Que no? Entonces recurría a un “aparato” que llevaba legítimamente tal nombre y el de su modesto inventor, Don Antón. . . . Erase un tubo “aparatoso,” enrollado prolijamente en espirales y arabescos, unido por un cabo a un alto irrigador; por otro a un cubo subyacente. A un toque de resorte ¡glú-glú! el chorro frío o caliente, según los casos, titilaba el occipucio, la nuca, el hueco estomacal, las fosas iliacas o hasta las plantas pedestres. . . . Esperar unas horas. ¿Curado el en-

fermo? Salvación! ¿Que no? ¿Que se muere? El operador lo ha matado.

Nadie como Don Antón en esto de acusar a un colega de asesinato con premeditación, alevosía y ventaja. El eminente clínico se trocaba en *detective*, husmeaba el crimen del bisturí. Desamortajar y aun desenterrar el cadáver, llamar como testigos del “atentado” a enfermeras, comadronas y demás personal gozoso de chisme, requerir la autopsia para mayor escándalo, hacerla ejecutar por algún pariente o compadre... era su tramoya favorita. . . . Paraba en farsa sentimental, con Don Antón gemebundo de piedad humanitaria por el muerto; en realidad pesaroso de no poder encarcelar al colega.

De esa fuerza era el hombre, bajo cuyos auspicios iba a jugarse la suerte de Elvira.





XVII.

“DE DORMIDA.”

—Tengo que observarla, dijo Don Antón a Carriles.

Y añadió con el aire misterioso y la voz apagada de que usaba en las graves situaciones:

—Déjemela Ud. aquí; y según lo que yo reconozca en ella, resolveré. Me entenderé directamente con el Inspector general.

Carriles se apresuró a obsequiar esta decisión que le permitía cerrar la jornada con una utilidad líquida, si es que tal puede decirse de unos sólidos siete pesos y centavos.

El médico y la histérica quedaron solos. Quedaron frente a frente, en el recogimiento crepuscular del encortinado consultorio, con actitudes que remedaban las del pastor y la pastora en el

Angelus de Millet. Sólo que Don Antón abatió los párpados por pura mímica profesional, mientras que los ojos bajos de Elvira expresaban una verdadera turbación. ¿Cómo no turbarse ante aquella beata complacencia del médico, ante aquellas sus maneras untuosas que la trasladaban de un golpe al confesonario?

Inicióse en ella un movimiento de expansión tranquila. . . . “No estoy loca, señor: lo que tengo” E invitada a sentarse muy cerca, entró en confidencias con su tema del muerto de la comisaría. . . . —“Me han dicho que *me* lo mató Velázquez.” —“¿Y porqué *se lo* mató? ¿Qué era de Ud. el occiso?” —“Que qué era mío? Nada según el mundo; todo según Dios” Aquí se dejó ir a un desvario poético sobre la excelencia del amor espiritual, rematando con trozo inesperado de su autor favorito:

“Es el amor que al mismo amor adora,
El que creó las sílfides y ondinas,
La sacra ninfa que bordando mora
Debajo de las aguas cristalinas”

Absorto ante tanta incoherencia, la contempló Don Antón. No necesitaba ojos de lince para descubrir en ella la erotomanía lírica. Si la simpatía nace de semejanzas y oposiciones, fuerte

debió ser la que sintiera por la joven. Ambos eran maniáticos. Pero la manía de Don Antón, ejercida en vasto campo de manifestaciones conscientes, contrastaba con la manía de Elvira produciéndose en vaga subconciencia. Zoológicamente considerados, él era el zorro cazador, ella la gatita atacada de celo caprichoso.

Con miradas zorrunas la atisbaba, en efecto; obserbaba su limpieza natural de gata, la gracia felina de su carita picaresca y devota. Luego pasaba a sus formas, sus redondeces de fresca consistencia, y la observación acababa en el pie, el piesecito enroscado que salía de la falda y tardaba en ocultarse, con torpeza infantil.

—¿Qué tiene Ud. en ese pie?

—Ay! me lo tomó el Sr. Velázquez. yo ¡qué capaz!. caí en ataque, y se me quedó así. . . .

Conmovido Don Antón juzgó conveniente aplazar la observación para en la noche. Se acordó de la clientela expectante y su tributo graduado según tarifa fijada a la puerta del consultorio. (Reconocimiento, 2 §.—Consulta simple, 3 §.—Consulta con medicina, 4 §.—Curación 5 §.—Masaje, electricidad, rayos X, precios *extras*.)

Fácil le fué sugerir a la histérica que se que-

dara hasta el día siguiente, en la casa, casi desierta por entonces. La familia del médico, estando alejada temporalmente en Puebla, sólo la habitaban él mismo y una criada factotum que respondía al nombre de Eduviges. . . . Le daría una pieza aislada, con ventana a la calle del Chirimoyo, y al día siguiente todo se arreglaría.

La tuteó.—“Te voy a librar de las garras de Velázquez!” Una palmada y ligeros pases en el muslo del lado enfermo (Nada extraordinario! Masaje profesional. . . .) Luego, muy naturalmente, como distraído, una frasecita soltada a media voz: “A la noche!”

Hizo sonar un timbre y se presentó la cuarentona Eduviges, cuyo olor a pulque no le impedía trascender a Celestina.

—Acompañe Ud. a ésta al cuarto de aislamiento, ordenó Don Antón.

La sirvienta se le acercó discreta.

—¿Va de dormida? interrogó suavemente.

Don Antón externó apenas un signo afirmativo.

—Véngase, mi alma; la voy a acompañar, insinuó Eduviges. Y se la llevó posándole en la espalda su mano protectora.



XVIII.

UN CASO DE DESDOBLAMIENTO.

El cuarto, a que fué conducida Elvira, comunicaba por un pasillo sombrío con la recámara de Don Antón. Formando un recodo, el pasillo se prolongaba hasta el dormitorio de criados de que Eduviges era entonces única ocupante. Como aquel cuarto tenía ventana a la calle, el aislamiento resultaba nominal, uno de tantos vocablos con que el misticador Don Antón disfrazaba groseras realidades.

La calle que la joven veía a través de vidrios y visillos, era la avenida a que una revuelta y variable nomenclatura diera, entre otros, el dictado de "calle del Chirimoyo," entre las cabece-
ras de los ferrocarriles Nacional y Central.

—Aquí tiene la *electricidad*, mi alma; y aquí el

timbre, dijo Eduviges a Elvira mostrándole un *socket* y un botón, encajados juntos al borde de un quicio y a distancia del lecho—amplia cama con par de almohadas.

—Mire, pichoncita, cuando se haga oscuro, vuelve usted la *electricidad* así. . . . (Lección demostrativa de enciende y apaga, nada superflua en un tiempo en que la instalación eléctrica a domicilio no se generalizaba todavía en la capital mexicana). Aquí el timbre, continuó, señalando el botón: eso no es *pa mí*; va a sonar por allá, cerca de la recámara del señor.

Y Eduviges cerró estas instrucciones con sonrisa equívoca, preñada de malicia. Elvira no pudo o no quiso comprender. Por intervalos pasaba la histérica de la veleidad sentimental a ese estado neutro que en Neurología se conoce por *abulia*. Flojos los resortes del alma, la voluntad fluctúa, mientras no sobrevenga otro período alternativo de tensión.

Pasiva, inhábil para defenderse y protestar, quedó inmóvil ante la ventana. Su vista discurreó alhelada por las arboledas que verdeaban a lo lejos, en el barrio de San Cosme; se espació en el horizonte encendido por las reverberaciones del ocaso. La tarde acababa llena de ruidos, pitazos de fábricas, locomotoras y trenes urba-

nos. . . . La ciudad estaba en vísperas de iniciar la tracción eléctrica, y entretanto las mulitas tiraban a todo correr de los tranvías, hostigadas por los cocheros de sombrero ancho que soplaban en sus bocinas de cuerno al voltear la curva. Entre la orquesta de pitorreos, vino a turbar a la joven el grito agudo de un voceador de periódicos, repitiendo un nombre que la hizo estremecer.

Aplicó el oído y distinguió: “*¡La Vindicta Pública. La desaparición del cura de Tlalnepantla!*”

Llamar al chicuelo voceador, pagarle tres centavos sacados de un nudo del pañuelo, apoderarse de la hoja impresa y recorrerla con avidez, fueron actos casi automáticos en un abrir y cerrar de ventana. . . . Detúvose en un artículo así encabezado:

Sacerdote que desaparece.

Temor de un accidente.

Y seguía:

“El miércoles último, el Sr. Presbítero Don Manuel Tortolero, cura párroco de Tlalnepantla, salió de aquella población rumbo a esta capital, como solía hacerlo con frecuencia.

Llegada la noche no regresó. Esto no alarmó a la familia porque sucedía algunas veces que se quedaba en la

capital; pero iba en la mañana a decir su misa y a esa hora se le esperó en vano, pues no ha vuelto por allá.

Justamente alarmada la familia, ocurrió a dar parte a la Mitra, y aunque en su busca se ha puesto en movimiento la policía, la familia del presbítero y algunos amigos, nada han podido averiguar de su paradero. Con sobrado fundamento se teme que le haya pasado un accidente'.

Esta lectura fué como un rayo de luz en su adormida conciencia. ¿Conque no era un sueño el recuerdo que la obsesionaba? Su visión fija, aquella cara agonizante de la Sección, empezaba a materializarse en letras de imprenta. Quiso gritar, sintió deseos de salir a la calle tras del muchacho, voceando alguna muletilla en relación con sus aficiones poéticas:

“Velázquez me lo mató
A la puerta de su casa!”

—Aquí está su cena con pulquito.

Era Eduviges, trayéndole una colación con su correspondiente botella del blanco licor.
¡Oh cándida Eduviges, fámula meritísima de Don Antón Penequez! ¿Cómo pudiste creer que hiciera honor a tus platos ni a tu pulque, ella, Elvira Resendis, perteneciente a esa vasta clase de neuróticas tan inclinadas a repeler el vulgar alimento? Viven de ilusiones y tenues bocados:

a lo más golosinas. rebanaditas de salchichón. manzanas atacadas sin pelar a mordiscos roedores. . . . es lo que interrumpe sus ingestiones noéticas. Comen aire! A causa de ellas, los Señores neurólogos han sacado del griego la palabra *aerofagia*. Movimientos de deglución sin saliva llenan el estómago de aire; bajo cierta presión va al intestino delgado, abre válvulas, recorre el grueso. . . . Es Eolo crepitante, dios de los vientos, quien las posee. Baco y Cupido se retiran enfadados. . . . Y sin embargo, son pulcras. ¡Qué pulcritud la de Elvira desdeñando la cena! Comenzar por aquella sopa de quelites. atacar luego los frijoles con chile y terminar con el dulce de calabaza. . . . Imposible! Su boca que un día se la oyerá llamar por un rapsoda becqueriano “purpúrea granada abierta,” se abrió sólo para tragar aire; los suspiros se sucedieron, vino un hondo bostezo, precursor de crisis somnambúlicas. Desplomada en una silla. cerca de los platos intactos, pálida, los brazos colgantes, los párpados agitados por tremulación fibrilaria, se dió a soñar medio despierta. Sueño dramático, influenciado por la soledad nocturna, el chillido estridente de las locomotoras rasgando por momentos el silencio.

Su idea fija resurgió del periódico inquisiti-

vo, armada de venganza contra el presunto matador. Se acordó del drama “El Trovador,” a cuya representación asistiera dos veces en el teatro Hidalgo y cuyo libreto adquirió por veinte centavos en un puesto del Seminario. Murmuró los versos que en torreón de telones y bambalinas oyó recitar al actor Cantoya:

“Soñaba yo que en silenciosa noche,
Cerca de la laguna que el pie besa
Del alto castellar contigo estaba;
Todo en calma yacía; algún gemido
Sólo llegaba, lúgubre, a mi oído”

Pitó el tranvía al doblar la esquina, y aunque el pitazo no parecía gemido, en los oídos de la histérica sonó como tal. El próximo reverbero eléctrico se encendió, y Elvira, en plena ilusión continuó con el “Trovador:”

“Mas súbito, azaroso, de las aguas
Entre el turbio vapor, cruzó luciente
Relámpago de luz que hirió un instante
Con brillo melancólico tu frente”

Allá, en la estación, se levantó un humazo de locomotora

“Yo ví un espectro que en la opuesta orilla
Como ilusión fantástica vagaba
Y envuelta en humo la feroz fantasma

Huyó, los brazos hacia mí tendiendo.

“Véngame!” dijo y se lanzó a las nubes.

“Véngame!” por los aires repitiendo.

Bajo la autosugestión se quedó absorta ante el humo que se desvanecía. Vió la cara del apoplético y oyó sus sollicitaciones de venganza. Poco a poco los ojos de la alucinada se fueron cerrando.

.....
—¡Válgame, mi alma. pichoncita! *Dizque* dormida en la silla, y no ha comido! Andele. despiértese! Ni siquiera ha *prebado* el pulque. muy bueno, legítimo de San Bartolo Naucalpan! ¿No quiere? Vaya, mi alma: me lo llevo. Me caerá bien encima de mi medida. para dormir mejor. Acuérdense que aquí estoy. al ladito. por si quiere algo. (Más bajo y al oído.) Despabilese! De seguro que vendrá a verla Don Antón.

Así fué. Retirada a su cuarto. Eduviges libaba cuando entró Don Antón al de Elvira. Venía elegante. recién rasurado y con su levita de ceremonia. Venía a explorar el campo: y lo encontró poco práctico. Reconoció que Elvira, como otras muchas de su familia neurótica, presentaba dos fases. Era frígida y cálida según los vientos. Aquella noche. la frigidez se hacía sentir. La histérica no vibraba. En vano Don

Antón pulsó el harpa de nervios que ella era. No resonaron. La joven se mantuvo inerte, soplándose la cara con “la Vindicta,” periódico manejado a guisa de abanico.

A decir verdad, Don Antón sólo sentía una curiosidad más o menos científica por la histérica. La curiosidad le indujo a retenerla en su casa, la curiosidad le llevaba cerca de ella al anochecer. Conflicto entre dos querer: quería complacer a Velázquez y al mismo tiempo penetrar en el alma de Elvira por la puerta de su confianza. . . . No era el momento de inspirársela, cuando ella se encontraba bajo el influjo de su idea vengadora. Fué la lucha del zorro agresor y la gata defensiva. Viéndola engrifar las manitas prontas al araño, se le ocurrió poner en juego esa aberración mental de ciertas histéricas que los neurólogos denominan “desdoblamiento de la personalidad.”

Sabía Don Antón que se ha podido provocar en ellas tales “ausencias” que pierden la noción exacta del “yo.” Se obtiene, por ejemplo, que Sutanita se olvide de sí misma hasta el punto de creerse otra, que Menganita desconozca la continuidad de su *hoy* y de su *ayer*. Sutana y Mengana pierden el hilo mental que unifica la vida. ¡Se desdoblan!

Don Antón objetivó la sugestión con tierno y paternal tuteo.

—Mira, hija; tú no eres siempre tú. Tus débiles sentidos te engañan cuando te informan de que tu ser persiste al través del tiempo y del espacio. ¿No sientes que el vértigo es la ley de todo lo creado? Somos polvo, *pulvis summus!* Arrastrados por el torbellino, cambiamos sin sentirlo para dar forma a nuevos seres. Estos ojos, ahora impresionados por el foquito eléctrico no serán los que en breve se cerrarán para dormir en lo oscuro; estas manos; esta boca. . . .

Don Antón terminó entre dientes su sermoneo acompañando las últimas palabras de pases hipnóticos sobre los párpados, las manos, los labios.

Cautivada Elvira por esta oratoria, que tomaba el estilo de la más alta mística, dejó abatirse sus párpados trémulos con una pasividad que pudo ilusionar a Don Antón.

—Ven, le dijo, creyéndola en estado de receptividad hipnótica; ¿ves este botón debajo de la llave de luz? Lo tocarás a media noche para llamarme; yo vendré hacia tí: pero nada temas. . . . Tú no serás tú: serás otra.

Y Don Antón se alejó creyendo dejar bien planteada su experiencia de sugestión despierta.

Elvira apagó la luz y se acostó vestida. Su espíritu felino trabajó luminosamente en lo oscuro.

—“Conque tengo que llamarle; pero *yo no soy yo. . .*” Sintió risa y miedo. Risa del disloque: miedo de la proximidad de Don Antón, de su visita inminente. Por momentos, llegaban hasta ella resoplidos de otro género que los de las calderas de las Estaciones. Eran ronquidos de Eduviges. Y como la duda sobre su identidad la asaltara en esta forma: “si yo no soy yo ¿quién seré?” se respondió a sí misma riendo: “¿si seré Eduviges?” Partiendo de tal idea, concibió el plan más endiablado que puede caber en cabeza de histérica: hacerse sustituir por la cocinera. Pasito a pasito, a la luz de una veladora suspendida en el recodo del pasillo, se fué al cuarto de su vecina y la despertó, no sin pena, porque dormía con el denso sueño del jugo agáxico.—“Véngase a mi cuarto, que no puedo dormir sola.”—“¿Sola!” replicó la sirvienta desperezándose con un bostezo y un restregón de ojos. . .—“¿Qué! ¿no ha llegado el amo?” Pícara pregunta que mereció esta contestación de Elvira sonrojada: “Ya vino y se fué!”—“Allá voy, mi alma!” repuso al fin Eduviges acudiendo al reclamo de la joven: “tengo miedo.” Aturdida y somnolente,

la matrona no olvidó, sin embargo, reconfortarse con un postrer trago a boca de botella. Poco después roncaba de nuevo en la cama de Elvira.

La histérica se acostó a su lado: pero sus ojos no se cerraron. Siguió elaborando la misma idea: “¿conque yo no soy yo?. . .entonces ¿quién soy?” De repente se deslizó de la cama. A tientas, en la oscuridad, iba a buscar el botón del timbre bajo la llave de luz.

¿Qué hacía entre tanto Don Antón?. . . No lo rendía el sueño del justo: también lo atormentaba su especial neurosis. Iba de la postración a la agitación, merced a estímulos artificiales. En noches de mayor enervamiento como aquella, asociaba los estimulantes. Por lo cual, habiendo agotado una media de Saint-Emilion, se dió a aspirar éter: lo bebió también más o menos diluído. Sobre el fondo de su crónica intoxicación se levantó la intoxicación aguda con su cortejo de turbulencias, extravagancias, alucinaciones eróticas. Lúbricas imágenes se sucedieron en su campo visionario, evocadas por el recuerdo. Allí iba, mal velada por blancos sendales, la mujer del Otelo cuyo revolver-jeringa le hizo buscar refugio bajo una mesa. Seguían otras: las que acariciara a hurtadillas su mano palpadora: las que ansiara en el confesionario

médico con jesuita deseo. Pasaban mostrando las ligas, subida la falda. . . . Elvira Resendis cerró el lascivo desfile.

Don Antón levantó el codo tembloroso, aspiró y bebió la poción eterizada.

Elvira persistió en su visión; pero en doble compañía masculina. A un lado el clérigo muerto, al otro Velázquez vivo. Soltábala aquél y éste se la llevaba enroscada al cuerpo como humana serpentina.

—Rrrring! sonó el timbre. En los oídos del eterizado, eso significaba el llamado de la hembrita. Se levantó, y vacilando con el triple temblor de la embriaguez, el miedo y el deseo, avanzó por el pasillo hacia el cuarto de Elvira. A la luz mortecina de la veladora, pudo llegar a la puerta trazando equis; pero en el interior oscuro avanzó a tientas, chocó con el pié de la cama, palpó en ella la que le pareció ser el cuerpo de la joven ¡ya la tenía!

En realidad, Elvira permanecía sentada en el rincón, cerca del timbre que hizo sonar poco antes. Llena de contradicciones, el alma histérica mezcla en sí misma el candor y la malicia. ¿Fue candor? ¿fue malicia? ¿qué móvil la impulsó a hacer jugar la llave de la luz? Apareció Don Antón abrazado a la rolliza Eduviges, tardía en

despertar. Cuando hubo de soltar presa, la evidencia del *quid pro quo* fué tan contundente que lo desembriagó. Confundido, lanzó a Elvira terrible mirada. La joven expresó su obediencia a la sugestión:

—Creí que yo no era yo. . . . era Eduviges.

—Pícara muchacha! Mañana te mando a la Canoa, tronó Don Antón retirándose.





XIX.

DOS COMPADRES.

Al día siguiente, por la mañana, Don Eduardo Velázquez llegó al palacio del Gobierno del Distrito antes de la hora habitual. Serían las nueve. Con paso rápido subió la escalera y atravesó la galería poniente. En la antesala de su despacho interrogó al mozo de oficio que se puso de pie.

—¿Ha llegado Tecla?

—Sí señor; está adentro.

—¿Y el señor Gobernador?

—No lo he *sentido*. Con el permiso; voy a ver, añadió solícito el mozo dirigiéndose a las oficinas del Gobernador.

En el despacho estaba, en efecto, el secretario Carlos Tecla. Acababa de llegar, en virtud de

un recado que recibiera de Velázquez el día anterior ordenándole presentarse a las nueve en "el Distrito" en vez de ir, como de costumbre, a su casa de la Rinconada.

—Hola, Teclita! dijo entrando. (Fué un *ola* sin *jota*, por lo bajo, que desdecía de su estilo autoritario); si lo he hecho venir aquí, es que tengo que hablar al Gobernador y tal vez contestarle en seguida. Ya sabe Ud.! esa cuestión de mi circular a los prefectos me ha salido mal... El Gobernador les ha dirigido otra en que les dice que no es a mí, sino a él a quien deben rendir el parte diario.

Todo esto lo dijo paseando con retenida agitación, en tanto que Tecla permanecía frente a la máquina de escribir, en actitud de esperar el dictado. El Inspector se paró en medio del despacho, los ojos al suelo y la mano al bigote.

—Huizachadas ¡qué caray!. . . y me pide que informe. . . . Tendré que parar el *ramalazo* con una renuncia.

—Señor Inspector, interrumpió el mozo de oficio tocando y entreabiendo; el señor Gobernador está en su despacho; pero va a salir. . . . Si desea Ud. hablarle. . . .

—Bueno; voy de una vez.

El Lic. Rebollar, Gobernador del Distrito, ter-

minaba el acuerdo matinal con el Secretario, cuando el Inspector Velázquez se le presentó con ánimo de parar la coartada.

—Lo que he hecho ha sido por el bien público.

A lo cual el abogado disparó á la Talleirand: “Es exceso de zelo!” Me invade Ud. mi campo. Deje que los Prefectos del Distrito me rindan su parte diario.

Insistió Velázquez, enfadóse el Gobernador; y como aquel hablara de renunciar el puesto, éste lo detuvo:

—Antes convendría que dejase Ud. en claro esa desaparición de un padre Tortolero de que habla la prensa.

Felizmente para Velázquez, tantos, antes del Gobernador, le habían interrogado en igual o peor sentido, que tenía bien preparada su respuesta:

—“No es más que el desconocido quemurió hace días en la 5ª.... El padrecito se las ponía: y sí que se las ponía! Todo está en claro! El acta de la 5ª y el certificado de auptosía coinciden.... Murió de ebriedad.”

Y se retiró triunfante, agitando el espectro de su renuncia.

Empezaba a dictársela a Tecla cuando resonaron los campanillazos del teléfono. El mismo

fué a la bocina.—“¿Con quién hablo?—“Conmigo, Penequez.”—“Hola, doctor, ¿que hay de bueno?”—“Ya he reconocido a la demente. Todo está listo. Mande por ella a alguno de confianza que la lleve a la Canoa.”—“Bueno! voy a mandárselo.”—“Urge que sea pronto.”—“Estará allí dentro de un cuarto de hora.”

El Inspector guardó la renuncia sin firmarla. . . . Ya la llevaría personalmente; no al Gobernador ni al Ministro de Gobernación, sino al Presidente. . . . Sacó el reloj. . . . No tenía tiempo que perder si quería estar en la Presidencia a la llegada de Don Porfirio. Antes dejaría arreglado lo de Elvira.

—Llámeme a Cabrera, dijo a Tecla.

Cabrera era el jefe de la “Seguridad” o sea “policía secreta.” Pero permutando la orden, añadió:

—Mejor quédese aquí, por lo que se ofrezca. Me voy, y de paso iré a *la secreta*.

Entre saludos profundos y cuchicheos lisonjeros de “ahí va el Inspector general” atravesó galerías y oficinas, hasta una medio escondida encima del patio del fondo. No estaba Cabrera en su tenebroso despacho. Andaba fuera, absorbido en sus secretas funciones. Otros esperaban

al Jefe. El más caracterizado era el Inspector de la 2ª, Don Antonio Vicencio.

¡Todo un prócer polizaico este Vicencio! Antes de abordar la carrera gendarmeril, había sido actor dramático del teatro Hidalgo. En su nuevo oficio guardaba resabios del antiguo: aire finchado, faz lampiña a fuerza de navaja, tendencias efectistas, deseos de adaptarse y hacer *papel*. Era, entre todos los inspectores, el preferido de Velázquez, su socio natural de franca-chelas y ambiciones. Por otra parte, se entendían a maravilla, gracias a una concepción idéntica de la lucha vital. Sin haber ni uno ni otro leído jamás el “Origen de las Especies” eran ambos darwinianos militantes, estimaban la fuerza policiaca de que disponían como una maza útil para aplastar al enemigo o al concurrente. . . . El arte consistía en saber golpear sin dejar ver el brazo.

Se saludaron con fruición. Velázquez habló de su reyerta con el Gobernador. . . . “Los prefectos, el fraile muerto ¿qué sé yo?. . . . A mí me cargan los abogados en el poder. Este a todo sale con huizachadas.”—“Contra el huizache. desmontar,” observó Vicencio; y con su mano regordeta y blanca, una mano cuidada de galán joven, hizo ademán de segar. Sus ojos rasgados

y negros rieron con una malicia que encantaba al Inspector general. Hablaron luego del objeto que los llevaba a la Secretaría. Vicencio acudía allí frecuentemente a caza de “complots,” cualquier complot aunque fuera de monederos falsos, algo que le permitiera ejercer sus facultades, afianzarse, subir. . . . Esa vez, otro fin especial le traía: recomendar para *secreto* a “este pobre que fué lagartijo y ha venido a bruja.”

Así hablando, Vicencio señaló a un desarrapado, sentado en un banco, entre varios pretendientes. Era nuestro Arnulfo Arroyo. Se le había pegado en la calle al inspector con i chica; y al ver entrar al Inspector con i grande, sentóse a un lado en asecho. Viéndose señalar, se puso en pie, huraño y burlón, en estado de semi-embriaguez, porque era todavía temprano para la embriaguez completa.

—¿Este borrachín! exclamó Velázquez. ¿Pero qué? ¿No pasaste a Belén por tu jarana del otro día?

—Sí pasé; pero me soltaron luego. . . . Ya no me quieren ni en Belén.

—Y ahora se te antoja que nosotros te queramos! ¿y para qué? ¿para guardar el orden?

—¡Cuántos de los que lo guardan son así! hizo observar Vicencio, en auxilio de Arroyo.—Y

como se me ha pegado ¡quién quite! A ver si se compone.

—¿Componerse éste? Es un *bota*. . . . Ni que lo pongan en la horma!

El retruécano fué aplaudido por los ojillos retozones de Vicencio y rechazado así por Arroyo:

—Yo lo que digo, es que para algo debo servir. . . . soy templado!

—Servirías, le dijo Velázquez, para llevarme una loca a la Canoa?

Pero apenas concebida tan disparatada idea, volvió contra ella con voluble intento.—No! es cosa muy seria para tí.

—Yo no sirvo para loquero!

—Ya veremos de qué sirves, replicó Velázquez lanzando al pelado siniestra mirada: y volviéndose hacia Vicencio, le expuso como lo más sencillo el asunto de la histérica. Agregó que, no llegando el oficial Cabrera para darle un hombre de confianza, bueno sería que él, Vicencio, la llevase personalmente al manicomio. Lo que empezó en súplica acabó en orden policiaca:

—Tome el “pase provisional” ordenó Velázquez sacando un pliego preparado la víspera. En seguida bajó la voz para poridades de trá-

mite. . . . “Nada de huizachadas!” fué lo único que sorprendió Arroyo de este fin de diálogo.

Poco después, el grupo se trifurcó: Velázquez a la presidencia: Vicencio a la Tlaxpana, ¿y Arroyo?

Bajó las escaleras, agría la boca, agrio el estómago, agría el alma. También el alma se acidifica al par de los jugos vitales en fermentación. Una ira sorda le roía las entrañas contra la humanidad circundante, contra todos los que bajaban como él, los que le cruzaban sin hacerle caso en la escalera y en la galería de salida. Tenían el aire ocupado, de negocio. Toda esa gente negociaba con el desorden. . . . Borroneadores de actas de borrachera, alguaciles que arrastran al que titubea, médicos y practicantes organizadores de golpes de amoniaco; luego los negociantes gordos, los que se hacen ricos traficando con indumentaria y garrote (para los apaleados), con camisas de fuerza (para los apaleados), camillas, carros de tabaquería transformados en remolcadores de recua empulcada. . . . Todos, grandes y chicos vivían por él y a costa de él. Si él y sus congéneres no se emborracharan, faltaría a todos esos mercachifles el pretexto de ganar dinero, morirían de hambre. En vano había intentado meterse entre ellos, tener un

cachito de pitanza como pobre “soplón”. Ni eso!

Es lo que en el trayecto de “la Secreta” al portal de la Diputación hilvanaba el miserable alcohólico en su alma acidulada. Porque no hay duda: en la sociedad los espíritus se dividen en dos grandes clases, análogas a las dos grandes modalidades de la materia. Los hombres se comportan como los ácidos o como los álcalis; van al uno o al otro polo del mundo moral, dispuesto invisiblemente como inmensa pila; atacan o conservan. En presencia de las policías urbanas se determina la *clase*. . . . Cuando un gendarme toma por el brazo a un civil en un caso de culpabilidad discutible, un grupo se forma, y surgen dos partidos. Un partido que dice: “Sí! llévatelo!” es el de los alcalinos. Otro que dice: “No! Déjalo!” es el de los ácidos.

Deteniéndose un momento en el portal de la Diputación, Arroyo vió la gran plaza teñida al parecer de amarillo triste, como si la hubiesen bañado en azafrán. Se movió hacia el Zócalo y vió amarilla la Catedral, trasplante marchito de la decadencia romana. amarillentos el churrigueresco Sagrario y el murallón del palacio nacional con sus claraboyas, troneras y almenas de piloncillo; amarilla la campana de la Inde-

pendencia, traída en triunfo hacía un año del pueblo de Dolores, y colgada sin arte en lo alto del balcón central, abandonada a la intemperie como el observador mismo. . . . peor que él! Lo echaban a él, Arroyo, a un separo de comisaría para dormir la cruda, mientras la pobre campana sin un nicho, sin un cobertizo, se aguantaba insolaciones y tormentas en cueros, bajo su copete de palo amarillo. . . . todo amarillo, todo miserable, visto a través del ácida bilis que le salía a los ojos ictericos.

—“A mí no me tantean éstos. Están *conchavados*. Allá foguean y aquí bendicen.”

Se lo dijo á un *amigo* señalándole alternativamente los dos templos y el palacio. Su acre ilusionismo le hacía ver fusiles en las aberturas del caserón virreinal, bocas de cañones entre las almenas fogueando a las recuas en una larga San Bartolomé; clérigos bendiciendo el acto de lo alto de los templos, en intercolumnos, nichos, repisas, volutas, encaramados en cada rama del pétreo bosque.

El amigo a quien el ebrio se dirigiera deteniéndole al paso no era más que aquel mismo Antonio Milanes, floreador y trompeado. Sin haber descendido hasta el nivel de Arroyo, andaba cercano a “la bruja,” destripado de Medi-

cina, merodeando por el palacio del Distrito, en busca de un empleillo, siquiera fuese de gendarme.

—Oye, hermano, estoy muy “bruja.”

Así confió sus cuitas a Milanes volviendo con él hacia el portal del palacio. El impetrado le cedió la mitad de su capital, consistente en veinte centavos—a tiempo que Vicencio se separaba de Velázquez en la acera, y tomaba un coche colorado, ordenando: “a casa del Dr. Penequez.”

—Ya va por la muchacha, pensó Arroyo viendo y oyendo al inspector de cuartel. Y concluyó: “¡Qué barbaridad! Van a enjaular una inocente!”

Se acercaban las once. Arroyo no esperó a que sonara esta hora clásica que señala a todos los alcohólicos mexicanos el recomienzo de las diarias libaciones. Dejó a Milanes en el Distrito, entró en un *bar* de la calle de Tlapaleros, y sin interrupción apreciable, agotó tres copas de mezcal que solicitó con éxito del cantinero, al fiado. Crecieron a cada copa sus instintos de contra-policía. Había clamado a Vicencio, y Vicencio no le oyó. . . . o le oyó mal, por la oreja de Velázquez. Y pues ambos le cerraban las

puertas, iría él, Tenorio leperuzco, sin capa ni espada a “verles chuela.”

“Ver chuela” a alguno equivale en la jerga mexicana al “tomarle el pelo” de la española. Sólo que la “chuela” tiene más fuerza cínica. Es la revancha de la recua impotente, el sarcasmo de Diógenes en su tonel contra Alejandro el Grande, porque le quita el sol.

Los diez centavos de Milanés sirvieron al ebrio para pagar los seis improrrogables del asiento en un carro de Santa María, tomado al paso en el Refugio. Llegó a la casa de Penquez cuando estaba todavía a la puerta el “colorado” de Vicencio. No tardó éste en salir con la asendereada Elvira, semivelada con su tapalito.

—No te la llesves, Vicencio, gritó el beodo.

Y como el coche se pusiera en marcha lentamente, siguió tras él gritando: “Déjala! no te la llesves!” Al llamado de Vicencio, un gendarme estacionado cerca de la pulquería “Las Ninfas,” se acercó al coche que se detuvo un momento.

—Llévate a la 5ª a aquél que me viene siguiendo, ordenó el inspector de la 2ª

— Está bien, mi jefe!

El gendarme, antiguo conocido de Arroyo, se le acercó dulcemente, palo en mano.

—Oye! tengo que llevarte.

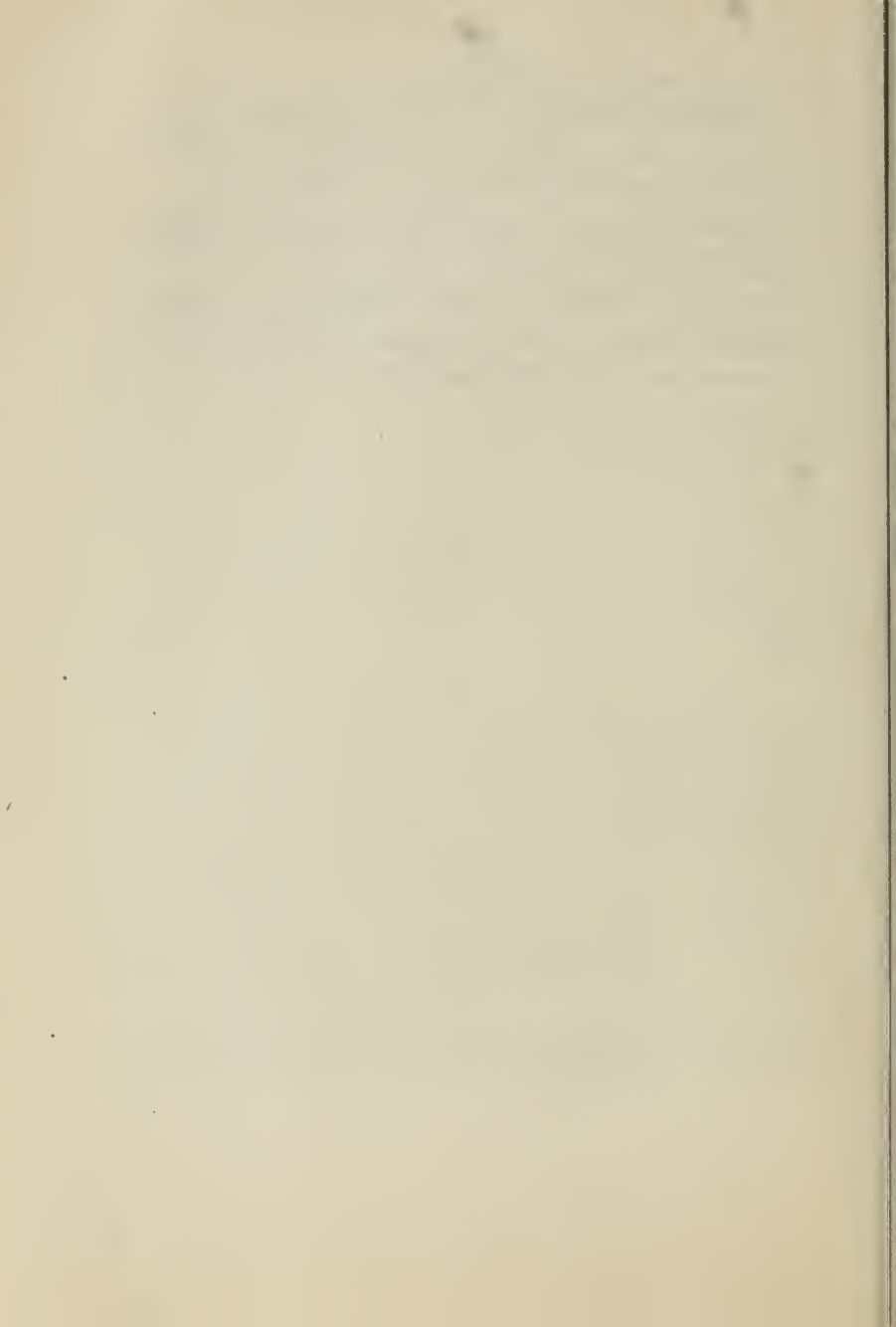
—Bueno! pero antes nos echamos una.

—Qué una! Andale. . . . a la 5ª!

—De veras! Yo te convido. Allí me fían.

—Pero no más una chica, observó el guardián del orden tras breve vacilación.

Juntos bebieron en “Las Ninfas”—casi nada, una medidita rociada de aguardiente—y prosiguieron hacia la 5ª Inspección.





XX.

EN LOS LIMBOS DEL CRIMEN.

Era un domingo de mediados de Agosto. Velázquez estaba flamante, como el traje que había estrenado en la mañana: levita negra cruzada y pantalón bayo. Había asistido a una ceremonia oficial en el teatro Arbeu, una distribución de premios escolares presidida por el Jefe de la República; y tuvo a gala exhibirse en el estrado, entre los Ministros y algunos miembros del Cuerpo Diplomático. Tomó asiento al lado del Ministro de España, Conde de H. . . . ¿Qué le importaba que éste llevase alto título nobiliario? Mejor lo poseía él, Inspector General, encargado de velar a la cabecera de la Sociedad por la propiedad y la vida Sonó el himno nacional, sonaron discursos y versos: él, con la pier-

na cruzada, no se cambiaba por su vecino, el grande de España de primera clase. Si él no estuviera allí, todos correrían peligro. El los guardaba con sus gendarmes distribuidos en patrullas dentro y fuera del teatro. Un vago deseo le asaltaba de que ocurriese algún siniestro, que alguien echase una bomba, se lanzase contra el Presidente. . . . ¡Cómo se vería entonces su importancia! Y ¡qué subida desde el puesto de Inspector a lo más alto de la escala social! Gobernador del Distrito sería poco: bien valía un Ministerio la salvación del Presidente y del país.

Estos pensamientos le volvieron a asaltar, mientras sentado a la mesa, en la casa de las Cariátides, tomaba los postres en compañía de su amigo y subordinado Vicencio, servidos por el indispensable Cándido Cuéllar. Vino un *pudding cabinet*, regalo de un pastelero con bar anexo que pretendía dulcificar, por ministerio de Velázquez, sus derechos de cantina: vinieron el café, copas de cognac, cigarritos. Se desbordaron las expansiones. Hablaron de “los negocios de policía” y se lamentaron de que no los hubiera “gordos.”

—Yo, dijo Vicencio, me contentaría con levantar el monte en una encerrona. Algo me ha-

bía de tocar! Pero no se puede. . . . ¿qué necesidad tienen de encerrarse si está abierto el *Jockey*? Los que se encierran lo hacen para jugar otra cosa, como la noche en que me los hallé en casa de la güera Simona. Jugaban dos doncellas, en lotería de animales, a veinte pesos el escote ¿Qué podía yo hacer? . . . Todos de *fuero*. Regidores, diputados, hasta un Gobernador! No se pudo!

—Yo, repuso Velázquez, quisiera algo para afianzarme. “El Caudillo” no me aceptó mi renuncia; pero. . . .

Y expuso sus cuitas. Lo del padre Tortolero “estaba levantando demasiada polvareda.” De nada le valió encerrar a Elvira Resendis. Otros también le achacaban el muertazo de la 5ª; Como si él tuviera la culpa de que el padre *se las pusiera!* ¡Y vaya que se las ponía en amable jolgorio! Salieron a relucir los amores del cura, no sólo con Elvira: Velázquez y Vicencio le colgaban otras dos.

—Todo está muy correcto, exclamó Velázquez. Oficialmente, ese cura se murió de borracho con todas las formalidades de ley: primero el certificado de congestión del médico. luego el de los legistas confirmando, y sin embargo.

Velázquez sacó dos periódicos de su bolsa de pecho.

—Aquí está “La Vindicta,” dijo, desplegando uno de ellos y leyó:

“¿No es acaso notable que personas regularmente vestidas y de aspecto decente se mueran como perros en la Comisaría y que antes de ser identificadas, se les sepulte a la trompa talega? ¿No es esto vergonzoso para la policía que nada sabía?”

—Ja, ja, ja! (Risa de Velázquez.)

—Jí, jí, jí. (Risa de Vicencio.)

Continuó la lectura:

“Graves sospechas.

Refiérese que en la Comisaría fué expuesto el cadáver, aunque no hay constancias de ello. Lo que se hizo fué poner en la Diputación el retrato del *congestionado*. Graves son los rumores que circulan en público acerca de la desaparición del cura Tortolero y de la muerte por congestión del enfermo no identificado..... Desaparecido, congestionado ó envenenado, como dicen varias versiones, son lamentables las deficiencias de la policía y las desapariciones y muertes misteriosas de los ciudadanos”.....

—¿Y a mí qué? Si eso no es oficial ni siquiera *semi*. No hay más *semi* que el “Justiciero,” subvencionado para emitir opiniones semi-oficiales.

Y “El Justiciero” dice que todo está bien. Ya lo habrá visto Ud.; pero fíjese en ésto, añadió desplegando el diario y leyendo:

“Se atacá de nuevo a la policía, se infiltran hipótesis péfidas que hieren a personas honorables; se buscan los móviles de un gran crimen, se supone un poder trágico... en fin, se sacrifica la lógica, el buen sentido, la verdad que brota de esta sencilla frase del certificado de autopsía: “murió de congestión alcohólica.”

—Qué bien! dijo el Inspector general, doblando cuidadosamente el “semi” ¡Lo que es contar con médico-legistas y con redactores! Esto sí que es oficial! Yo me burlo de todo lo que no es oficial. . . . Uno puede encarcelar, robar, matar, con tal de que podamos timbrar nuestros actos con cualquier estampilla legal.

—De veras! apoyó Vicencio y además, cuando se hace un bien al matado. Matar a un Tortolero no es hacerle mal. Porque hay hombres tan *amolados* que se les presta un servicio. . . . borrándolos del catálogo.

—Eso es! Ni vale la pena de decir “matar” cuando se trata de ciertos pobres. Digamos “borrarlos” ú otra cosa por el estilo: “eliminarlos,” “darles agua”. . . . Y eso de que “tanto peca el que mata la vaca como el que le tiene la pata” es una barbaridad. Ni uno ni otro pecan.

Alegres, los dos grandes polizaicos celebraron con chupetes de cigarrillo y tragos simultáneos de cognac su conformidad ideológica.

Velázquez se puso en pie, visiblemente animado por el giro satisfactorio de la conversación. Machacó sobre “la oficialidad” de su posición y de su porvenir que le hacían desdeñar las incumbencias de su empleo. A su modo de ver, había dos clases de policía, una policía vulgar que consiste en llevarse a la cárcel para que los suelten luego a los rateros, borrachines y otros miserables transgresores... Este género de policía no le halagaba; gustábale la otra, la alta policía que aspira a dirigir los negocios de Estado, asegurar vidas y bienes de personajes; la que se ejerce en los ministerios, cámaras presidenciales, urdiendo intriguillas, husmeando conspiraciones delatables. Esa policía politiquera entrañaba peligros bajo el gobierno de un Presidente que se proponía excluir la política de la Administración.

Por lo cual concentraba sus miras en el Jefe mismo del Estado; procuraba ponerlo bajo su égida salvadora. Frescos estaban los asesinatos de Carnot y Mac-Kinley. Un complot contra Porfirio Díaz resultaba oportuno.

—Dejémonos de pen. . . alidades! En vez de buscar tahures, monederos falsos, burdeles de ta-

padillo, vamos a descubrir algún complot contra el Presidente. Hoy lo estaba pensando en el estrado de Arbeu. Si saliera algún pelado a echarse sobre el Caudillo! entonces sí que me luciría!.. Yo quisiera un buen atentado.

—Verdadero, no puede haberlo contra el general Díaz, observó Vicencio; la verdad es que... está muy macizo.

—Ahí! por supuesto! Se trata de atentado falso.

—Yo tengo muy buena gente, dijo el inspector chico. . . . “lebrones” (*) de cuchillo. . . .

—Cuchillo, cuchillo, repitió el Inspector grande, preocupado. Como viera a su alcance uno de postre, lo empuñó, y volviéndose á sentar, se puso a esgrimirlo contra un plato.

—De correr sangre, correría acaso después. Primero, sólo quisiera una *poteforma* de atentado.

Como tantos vocablos en uso entre la truhanería mexicana, falta también ese en el Diccionario de la lengua. Velázquez lo soltó, y Vicencio lo tomó al vuelo. Entre sus reliquias de comediante, guardaba la de cultivar tanto el pulcro como el canallesco lenguaje.

(*) En figurado regular “lebrón” es un hombre tímido; pero nuestro caló le da un sentido precisamente contrario.

—Hasta para una *poteforma* se necesitan lebrones de oficio.

—No tanto! Un loco, un pelado cualquiera que se le eche encima al Caudillo y se da el golpe. Yo lo salvo.

—¿A quién? ¿Al pelado?

—No! Al Caudillo!

—Es que el pelado corre más peligro. Lo fusilan! . . . Yo creo difícil encontrar ese loco que coma lumbre.

—Hay hombres para todo, repuso Velázquez. Y además, si se le engaña, si se le hace creer que atacando al Presidente no sólo no le pasa nada, sino que gana en celebridad primero, en posición después.

—Eso sería tenderle al pelado una “doble alazana,” pero.

Una estridente carcajada de Velázquez impidió a Vicencio desarrollar ampliamente su tema, robado a los jugadores de garito. “Tender una doble alazana” expresa entre ellos un plan maquiavélico combinado por los jugadores A y B para despojar a C.—Es el caso que A dice a B: “Vamos a robar a C en un pokar de tres.” En el curso del juego las inteligencias provechosas no se establecen entre A y B sino entre

A y C, con perjuicio de B, víctima de la “doble alazana.”

Vicencio continuó:

—Pero para la “doble alazana” sería preciso que el Caudillo entrase en combinación contra el pelado, lo cual, aun suponiéndolo, es otra barbaridad.

—Quiere decir que sería una “doble alazana” *reformada*.

Poco a poco la conversación pasó los límites de la hipótesis, tomó el tono de un proyecto en maduración.

—¡Como no nos salga el tiro por la culata! El pelado, aprehendido después de la hazaña “cantará”, dirá todo.

—Lo aseguramos a tiempo, replicó Velázquez haciendo rechinar el cuchillo en el plato. Y si no ¿qué importancia tiene lo que diga un loco? Aunque no esté rematado, lo hacemos declarar tal por cualquier médico-legista. No faltarán. . . . Yo con locos y médicos legistas estoy seguro de abrirme paso.

—Acuérdese de mí, cuando llegue a Ministro de Gobernación, insinuó Vicencio.

Tan embargado estaba Velázquez por su plan de grandeza, que no descubrió una punta de suave ironía en la postrera manifestación de su

subordinado: antes bien la tomó en serio y contestó:

—Sería usted Inspector General del primer golpe; después.

Sonó el teléfono.

—A ver, Cándido! Toma la bocina. Pausa. Nuevos “chorritos” de Pugibet, nuevas copitas de Martel. Apareció el fámulo.

—Dicen de la 4ª que esta tarde van a sacar en camillas, para enviarlos al hospital, algunos enfermos de la vecindad de Tepito, esa casota de caños azolvados en que hay tanto tifoso: que como las familias se oponen al traslado, puede ser que haya “mitote” Que si va usted a presenciar?

¿A presenciar qué? ¿El “mitote”? No habrá nada. A mí ya me dió el tifo de muchacho. Estoy vacunado. Pero no me hacen gracia las escenas de vecindad. Eso es extra-oficial. Mis deberes oficiales me llaman a otros puntos: a las cuatro a la novillada de Chapultepec, a las cinco al frontón Jai-Alai, a las seis al Principal. En la novillada voy a presidir con el regidor Marchena. . . . Mitote puede haber, y esos sí que me gustan, los mitotes toreros. . . . En el Frontón tengo que ver un partido que se anuncia muy bueno entre Irun y Abando. Al Principal no

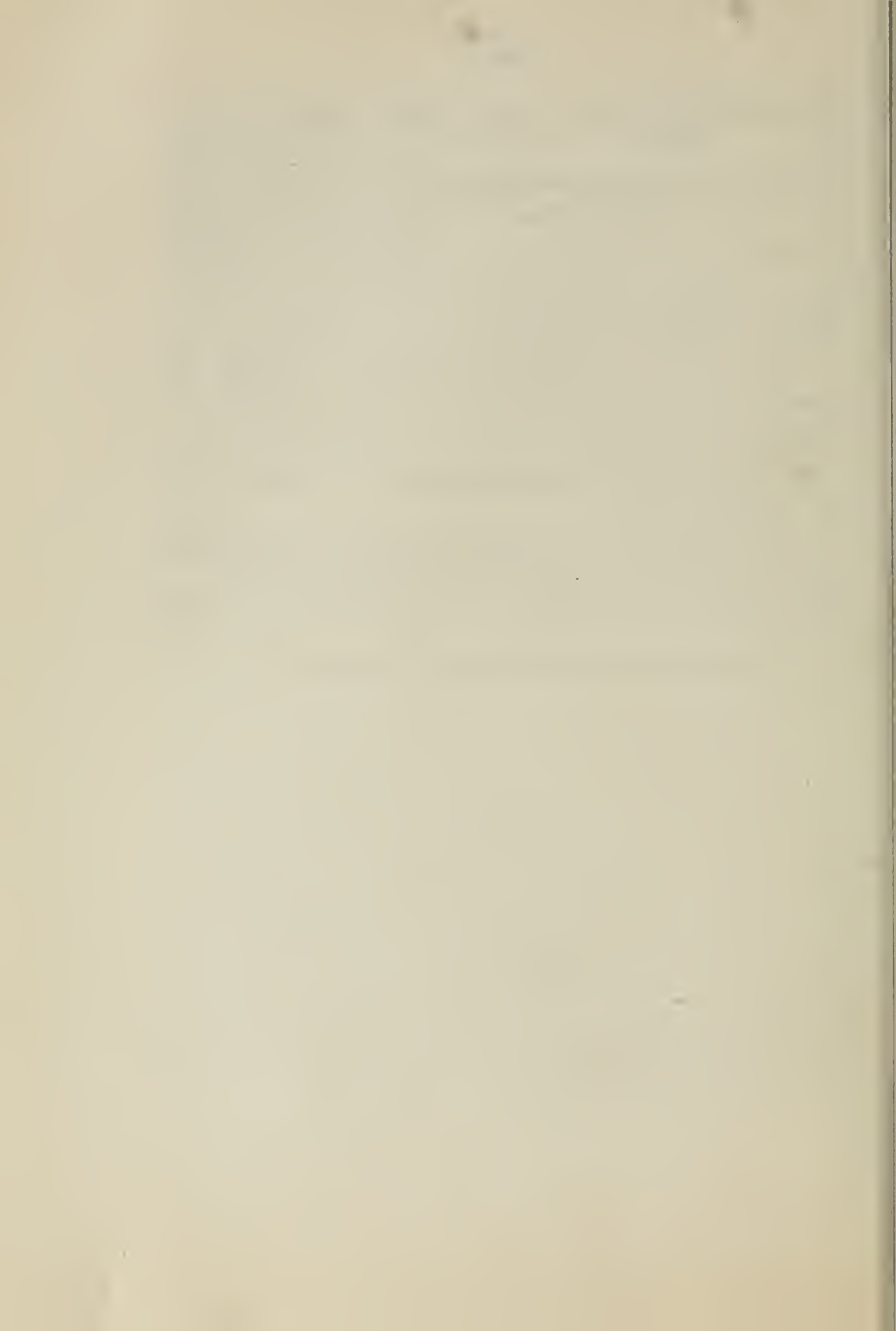
quiero faltar. En el tercer acto, “la Revoltosa”..... Estaré en el palco del Ayuntamiento. Si vas a buscarme para algo, y no me ves allí..... es que estaré en bastidores, en un camarín..... Como si no lo dijera.... Cállate!... Conque respóndele al de la 4ª que no podré ir a Tepito, porque estoy muy ocupado.

Apenas hubo salido Cándido con destino al teléfono, Vicencio se acercó a Velázquez para decirle en voz baja:

—Don Eduardo! ¿Qué le parece Cándido para el atentado?

—No, hombre! No vale para eso. Necesitamos un loco “templado”..... Ah! Ya creo que tengo uno. Mañana le haré venir.

Y se pegó una palmada en la frente.





XXI.

EN QUE ARNULFO ARROYO ECHA LA “LOA”
Y FLOX UNA EPÍSTOLA.

El gendarme que condujo a la 5ª a Arnulfo Arroyo “entregó su remisión” en la oficina diciendo:

—“Aquí traigo a *éste* de parte del Sr. Vicencio.”

—¿Ya vienes otra vez a darnos guerra?

A esta interpelación del secretario Trillo opuso Arroyo necias alegaciones. Quien daba guerra no era él: eran los jefes de policía que se llevaban en coche a Berlinguez aporreador y mandaban a la Comisaría a Milanés aporreado. Los “guerristas” eran ellos, los que enjaulaban muchachas renuentes en la Canoa. . . . Como éstas y otras manifestaciones salían de una boca que olía a pulque con chinguirito, Trillo se apresu-

ró a hacerle calificar en la Sección médica. Por undécima vez en aquel año y en aquella Comisaría, se expidió en su honor un certificado de ebriedad, “primer período.” En seguida pidió Trillo a la Central telefónica comunicación con la 2ª Inspección. Cuando logró abocarse con el Inspector Vicencio le preguntó:—“¿Qué hacemos con Arnulfo Arroyo que Ud. nos consigné?”—“Guárdenlo allí hasta que se le pase la borrachera!”

Difícil era llevar a cabo tal orden. En lo que menos pensaba Arnulfo era en salir de la Comisaría por la puerta de la temperancia. Conversando con un auxiliar de la Sección se quejó de “catarro constipado.” Le confió sus ideas sobre el tratamiento de su mal según los versos del ranchero:

Contra el catarro,
El jarro;
Si no se quita,
La botellita;
Y si lo sigue moliendo,
Seguir bebiendo.

Lo cual sirvió de preámbulo a una comisión amigable y secreta para que le trajera una “grande” de mezcal *al fiado* de la tienda próxima. Nu-

lo era el crédito de Arroyo en el comercio ciudadano. Pero tratándose de alcoholes al menudeo un buen número de cantineros establecía en su favor la excepción que confirma la regla. Le fiaban, seguros de que su sed inmensa se ingeniaría para pagarles directamente o llevándoles parroquianos solventes. Vino “la botellita” disimulada bajo la blusa del 49, salió después del bolsillo de Arnulfo cuando fué conducido a “la cuadra.” En el camaranchón así llamado y que servía de encierro provisional al género masculino en el fondo del segundo patio, presos y detenidos se echaban al suelo en posturas de bestias como para justificar el nombre del local. Ni una silla, ni una estera; los que no yacían como cerdos en el suelo inmundo, se sentaban sobre los talones como antropomorfos. Arnulfo se mantuvo de pie entre los agachados, la espalda contra la pared de adobe mal encalada. Así, en tiempos mejores, de “sorbete” y bastón, se ponía a sostener un pilar en el portal de Mercaderes. Sus recuerdos de elegancia le hacían intolerable aquella atmósfera de mariguana, orines y peores desechos. Por lo cual, para hacerse sacar de “la cuadra,” reñía o se fingía “muy malo” según el humor. Aquel día su humor no estaba por los golpes de amoníaco que le esperaban si se de-

claraba enfermo. Optó por el separo destinado a los que riñen. Pero reñir con sus compañeros de encierro y miseria le parecía monstruoso. Tanto valía reñir consigo mismo. Su inculto socialismo le llevaba a fraternizar con la recua y asociársela para agredir a los de arriba. . . . Simuló. Resonaron interjecciones en la cuadra. Un gendarme, pegado a la verja, dió voces de alarma. Acudieron otros y el cabo de puertas. Por entre los barrotes vieron a Arroyo agitarse en la penumbra lanzando puñetazos. En realidad, sus brazos batían la atmósfera salobre por encima de sus colegas tirados o en cuclillas; pero la sugestión deseada se efectuó.—“Al separo los rijosos!”—“Aquí está uno: Arnulfo.”—“¿Y el otro?”—“¿Quién sabe!”

El separo, cuartucho de metro en cuadro, ofreció a Arroyo las ventajas de un cubil particular. Allí se entregó varios días a libaciones solitarias. De orden del inspector, el cabo de puertas le visitaba en la mañana, y consultaba con el superior . . .—“¿Lo soltamos?”—“¿Cómo sigue?”—“Ebrio.”—“Entonces dejarlo quieto . . . No soltarlo sino hasta que se le pase. . . Es la consigna!”

Febri!l, hambriento, nutrido sólo con el aguardiente y los mendrugos que le pasaban bajo la

puerta presas compasivas, salió del separo a la Sección médica la noche misma de aquel domingo de Agosto en que Velázquez y Vicencio discutieron “el atentado.” Carriles, que dejaba la guardia, le decretó el amoníaco y Flon que la tomó de refresco, le administró una inyección de estriénina. Tonificado por el álcali y el alcaloide, instalado cómodamente en el sillón amarillo, pudo Arroyo “echar la loa” antes de dormir.

En los orígenes la “loa” fué un elogio retórico a la fuerza. El indio recién conquistado hubo de de granjearse la voluntad del amo castellano “echándole la loa.” Después, el mestizo rebelde y guazón tomó al revés la palabra. La “loa” fué en su boca vituperio al señor; le “echó la loa” por antífrasis anagramática en “ola” de improperios.

—“Desgraciados!”

Fué la “loa,” en toda su brevedad elocuente.

Una ley de fantasmagoría verbal hace atribuir a los demás faltas o situaciones propias. Obedeciendo a ella, algunos criminales, convictos de asesinato, han llamado “asesinos” a sus aprehensores. Arnulfo Arroyo se reconocía profundamente “desgraciado,” pero esta idea refleja le irritaba y la emitía en maldición directa. Su desprecio compasivo abarcaba toda la policía

circundante. Desde el simple gendarme con su peso diario, hasta el Inspector general con sus 16 para él y 2.50 para sus caballos . . . todos desgraciados!

En lo más alto de esa columna policiaca que sentía gravitando sobre su cabeza, se le antojaba ver al Caudillo dictador. Mal conocía su vida y milagros. Si, en la soledad de su alma leperina, le hubiera observado saliendo de una capa popular subyacente para elevarse al supremo funcionarismo por sangrienta lucha contra fuerzas superiores, se habría inclinado como ante una fatalidad social. Pero el Dictador, visto por él a través de los elogios de una prensa cortesana, despertaba su incrédula suspicacia. Más todavía, le inspiraba odio.

Arnulfo Arroyo detestaba a Porfirio Díaz. Era el odio instintivo del pueblo miserable que se queda debajo contemplando al que sube. Aquella subida se hacía en torbellino, como arrebatado operado por brazos ávidos de transformar a un jefe de nación en jefe de pandilla. Envolvía el incienso al jefe arrebatado. Ya no veía a sus pies la realidad en sus detalles. Abarcaba sí, planes cuantiosos: mucho fierro en alambres y rieles. mucha plata y bastante oro en las arcas. De sus manos el cuerno metalífero de la abundancia se

derramaba sobre los corrillos incensadores Pero en nada o muy poco favorecía al pueblo miserable.—¿Y a los Arnulfo Arroyo?—En nada que pudiera levantarlos por el trabajo disciplinario. Sólo algunos tecolines para su horrible pulque.

El odio irracional de Arnulfo se explicaba. Era el resultado lógico de una situación en que se engrandecía sobremanera la acción individual de un hombre. Se le hacía aparecer como resumiendo en su persona toda la vida nacional, y en tal virtud, al par que fanatismos de admiración, debía inspirar también fanatismos de repulsión.

De éstos se origina la manía regicida.

El moderno regicidio no necesita reyes para ejercerse. Conserva su nombre por respetos atávicos a los Ravaillac y a los Clément; pero a falta de reyes, se dirige contra primeros ministros, presidentes de República, especialmente contra los que llegan á condensar en grado hiperbólico la autoridad. Cuando uno de ellos logra hipnotizar la opinión y que a su influencia personal se atribuye toda suerte de bienes: que si la electricidad y el vapor marchan en regla, se debe á él; que si las masas comen, ganan dinero, se visten, se instruyen, escapan a las epi-

demias, es por él . . . Cuanto más se acerquen a la verdad esas aserciones, tanto más se las re-
tuerce por pasiva. Siempre habrá algunos que
a la gran suma de bienes generales opondrán
una pequeña suma de males, engrandecida por
los propios.

—“Yo no estoy por el artículo de que se lle-
ven á las *chamacas* bonitas á la Canoa. Si se las
llevan, si yo estoy aquí por defender a una ¿quién
tiene la culpa?—Don Porfirio Díaz.”

Así cerró su loa Arnulfo Arroyo en la maña-
na de aquel lunes de Agosto, amarrado al sillón
amarillo en que había pasado la noche.

Acudió Flon, lo hizo desayunarse con una so-
lución de brumuro potásico—tregua compasiva
al amoniaco. Le interrogó con interés creciente
sobre su aventura por causa de la secuestrada.
No cabía duda. Era Elvira!

Al sentir que se la arrebatava el manicomio,
le pareció a Flon más interesante bajo el punto
de vista médico, porque la inclinación amorosa
comenzaba a tomar en él un giro correcto, casi
platónico. Resolvió escribirle. Hizo primero un
borrador lleno de tarjaduras, tomó en seguida
un pliego blanco de a folio, sacó la vieja navaja
destinada a rasurar el contorno de las heridas en
regiones pelosas; con ella y una regla recortó en

el pliego una esquila menuda. Y se puso a copiar el borrador con escritura galante.

Señorita Elvira Resendis.

Hospital de la Canoa.—Presente.

Señorita:

Profundamente conmovido por su internado en ese establecimiento, no sé si deba permitirme la osadía de declararle...

Aquí tuvo Flon que interrumpir su carta metiéndola precipitadamente bajo la carpeta. Entró el hombre de Velázquez, Cándido Cuéllar.

—Ah! que bueno! dijo; aquí está el *señor Arroyo*.

Sus razones tenía Cándido para aplicar al ebrio el tratamiento señorial. Aparte de que lo había conocido de “sorbete” y bastón, traía misión especial para conducirlo a casa de su amo con todos los honores.

El mayordomo expuso al practicante su embajada: afán del Inspector general por encontrar a Arroyo, informe de Vicencio comunicando que estaba detenido en la 5ª, orden de libertad inmediata expedida al inspector de la misma.

—Cuarenta y nueve, desamárralo! dictaminó Flon.

—También me encargó Don Eduardo que hiciera llegar esta tarjeta al Dr. Sergio, expuso Cándido, dejando una, bajo cubierta cerrada, en manos del practicante.

Poco después, Cándido y Arroyo salían de la oficina hacia el portón.

—Salen? gritó un gendarme sentado.

—Salen! respondió el cabo de puertas.

Ambos se fueron por las calles de Zarco hacia el Sur. Al acercarse a San Hipólito, Arroyo se detuvo temiendo una vuelta a la derecha, al Hospital de dementes.

—No tenga cuidado, señor Arroyo; vamos con Don Eduardo que ahora sí quiere ser su amigo de veras, observó el fámulo.

Doblaron el Portillo de San Diego, encallaron un rato en el cabo de las copas (abarrotes con *bar y free lunch*) y entraron silenciosamente a la casa de las Cariátides.



XXII.

VELÁZQUEZ TENTADOR Y ARNULFO TENTADO.

Aquel lunes, el Inspector Velázquez se despertó, en su cama, de una pesadilla acerba. En su sueño matinal se vió perseguido por los contribuyentes a un monumento patriótico, reclamándole sus cuotas.

Esto se relacionaba con una subscripción pública organizada por él recientemente bajo el patrocinio del General Rocha para erigir una gran estatua a Don Benito Juárez. El monumento no se hacía, ni se exhibían los fondos. En vano Velázquez, para calmar a sus perseguidores, les echaba en pasto el nombre popular de Sóstenes Rocha. . . . Se puso a huir, con los pies de plomo clavados en el colchón. Volvió la vista atrás y vió su casita de las Cariátides ar-

diendo: ardían el ajuar del salón, sus muebles y ropas nupciales. todo incendiado por los contribuyentes. . . . Se vió pobre, destituido del alto puesto, tendiendo la mano a una señora, de las que valen para ganar empleos.

La angustia le despertó, y reconociendo la ilusión soporífera, se alargó en la cama, contento. ¡No había nada de lo soñado! Los contribuyentes a monumentos patrióticos son de tan buena pasta como los que se inscriben en listas de socorros para las víctimas de guerras, temblores., etc. Que el monumento no se levante o que las víctimas no reciban más que la centésima parte de lo suscrito ¿qué importa eso a la vanidad satisfecha de unos donantes, a la conciencia intranquila de los que la descargan de sus propios robos impunes dejándose robar en nombre del bien público?

El Inspector saltó de la cama. Mientras se vestía de paños menores, hacía el balance mental de su fortuna y la encontraba exigua. La casita de las Cariátides en que vivía, mal acabada; otra casita de barrio tan poco productiva como una tercera en la Villa de Guadalupe; y era todo!

El Inspector fué al lavabo. Restregándose la cara enjabonada, computaba sus réditos posi-

bles. ¡Apenas para vivir con frijoles y tortillas! Se pasó el pantalón, se ligó los botines pensando en lo que perdería si, despojado de “la política,” se atenia a sus casitas. Ya no más género inglés ni calzado americano de a doce pesos: simple casimir del país, simples borceguíes nacionales, puntiagudos, de a tres cincuenta. . . . “¡Qué horror!” Se envolvió en su bata granate recordando una frase del Vautrin de Balzac traducida libremente al español: “Joven! hay que penetrar en la masa social como una bala de cañón o infiltrarse como la peste.”—Nada de peste, se dijo; yo entraré como bala!

Es notable la influencia ejercida en ciertos cerebros por frases de novela. La paradoja romanesca se concreta, adquiere la fuerza impenetrable de una idea salvadora. Velázquez, agarrado al empleo, decidido a explotarlo y acrecerlo, era el cañón dispuesto a la carga, pidiendo bala.

—Señor, aquí traigo a Don Arnulfo Arroyo.

—Buenos días, Arroyín, borrachín! Vamos, Arnulfo, pasa a lo barrido, siéntate. Vas a acompañarme al desayuno con una taza de café. . . . nada de copa! Se trata de algo serio. . . . café puro. . . .

—Café puro no sabe a nada. . . . Una rociadita!

—Vaya con la rociada! Aguardiente simple número 1. Cándido, *aspersiónalo!*

No era Cándido uno de esos mayordomos gramaticales que hacen objeciones a los neologismos del amo. . . . Al borde de la mesa-escritorio vinieron el chocolate con molletes para el Inspector, la taza de café aguardentoso para Arnulfo.

—Se trata de algo serio, borrachín!. . . digo: Arnulfo, mi ex-amigo; porque éramos amigos antes de tu “bruja”. . . . ¿Te acuerdas de nuestras cenas en la Concordia y de aquellas encerronas con gachupinas en los gabinetes de arriba? Entonces eras un dandy. Grababas tu nombre en los espejos con el brillante de tu sortija. Hasta un día se pelearon por tí la valenciana y la gallega . . . Un gran tipo y de porvenir. . . . ¡qué lástima! ¿Cómo te dejaste caer tanto? ¿Quién te conocería con esa camisa sin cuello, desabotonada? Y sin embargo, no estás todavía tan. . . . perdido que no puedas levantarte. . . . De menos nos hizo Dios!

El chocolate corría a su fin en sopas dobles, no tan aprisa como el café rociado de alcohol.

El Inspector cruzó una pierna sobre otra, bajo su bata granate. Continuó:

—He estado pensando en tí con el fin de sacarte de esa miseria que te agobia. ¿Quieres rehacer tu posición?

Arroyo cerró el ojo derecho y miró a su interlocutor con el izquierdo.

—Tu “bruja” es tan completa, estás de tal manera perdido, que no existe más que un hombre en la República capaz de salvarte. Ese hombre ¡es claro! es el más poderoso del país. ¿Quién si no el Caudillo? ¿Quieres que te sirva?

Arroyo cerró el ojo izquierdo y abrió más el derecho.

—No es pidiéndole ni elogiándole como obtendrás algo. Son recursos gastados. A un hombre como él, le piden tanto y tantos que acaba por no dar sino a los que parecen rehusar. Los elogios le aburren, a fuerza de oírlos todos los días y a todas horas. Por lo cual, los ataques le distraen casi con agrado. ¿Quiéres llamar sobre tí su atención? Atácalo! . . . Podrías escribir o hacer escribir un suelto o pasquín y firmarlo. Hablarías de dictadura, tiranía, etc. Pero no! Esos ataquitos de prensa apenas te servirían para mantenerte unos días en Belén a costa del Gobierno —lo mismo que cuando te pasan allá por ebrio.

Necesitas un ataque directo, imponente, sensacional, algo como una bomba al paso del Caudillo. . . . No te espantes: bay bombas y bombas. Se puede hacer una *de mucho ruido y pocas nueces*; estruendosa, pero no mortífera. . . . Valor te sobra. ¿quieres echársela?

Arnulfo abrió muy grandes los dos ojos.

—Sí que será mortífera. El matado seré yo!

—¿Quién te ha de matar?—No el Caudillo. Ese te haría fusilar por algo que significase pronunciamiento, pero por un hecho aislado se encoge de hombros. Está muy fuerte! Los fuertes como él se ríen y hasta se apiadan de las rebeldías débiles. Le gusta abrumar de bondades al enemigo impotente.

Es su *réclame* de magnánimo. ¿No has leído en sus “Memorias” aquel pasaje en que refiere cómo trató a un tal Escamilla que, siendo Prefecto del Imperio, ofreció una buena recompensa al que se lo entregara vivo o muerto, a poco de su evasión del Carolino?—El 2 de Abril, Escamilla cayó prisionero de Porfirio Díaz en Puebla. Podía fusilarlo conforme á la ley, y no sólo lo indultó como a tantos otros, sino que lo puso en libertad inmediata. Después lo hizo diputado. No es el único caso. Hay muchos Escamillas. Han salido quién sabe cuántos preten-

diendo haberle atacado ferozmente para merecer sus favores. . . . El feminismo no se queda atrás en este movimiento; surgen por doquiera hijas de Escamillas fusilados, que le piden empleos, hasta en *soleá*. . . .—A mi padre lo fusilaron—¿Porqué?—Porque se pronunció contra Ud. . . .

Por lo cual se necesita
Soleá!
Que coloque usted a la hijita
De papá. . . .

Tú también serás Escamilla! ¿Conque le echas la bomba?

—Pero si él no me fusila, otros me *lincharán!*

—“Te lincharán!” replicó Velazquez pensativo, mesándose el bigote, húmedo de chocolate. Volvió a la persuasión:

—Aunque te quieran *amolar*, no podrían. Por de pronto, un médico legista te declarará irresponsable; después otro certificará que ya sanaste de tu chifladura . . . y a gozar! Te haces personaje célebre.

—Bueno, sí! ¿Cuándo damos el golpe? De pensarlo se me revuelve el estómago. . . . No me caería mal una chica de anisete.

—La tendrás. Y tendrás también el apoyo y

consejo de amigos que entrarán en la combinación. Tú atacas (serás mi bala de cañón); nosotros salvamos al Presidente y te subimos. . . . Te vamos a levantar del lodo!

Esto último lo dijo el Inspector inclinándose como para recoger algo caído, luego se irguió cuan alto era, se ajustó más ceñida la *cordelière* de su bata granate.

—Señor, dice el Sr. Tecla que si puede entrar, manifestó Cándido asomando la faz.

—Tráele a éste una copa de anis del mono, díle a Tecla que espere y entiéndete por teléfono con la 5ª para que me llamen al Dr. Sergio (rarito! rarito!) y al practicante Carriles; digo el Dr. Carriles, recién recibido (vaya un chico listo!) Hay que hacerlos entrar en la combinación.

Aparte, con acento inspirado:

—También a Penequez! Ese me cargará el cañón.



XXIII.

CARRILES “SE RECIBE.”

Era verdad. Carriles conjugaba en primera persona de indicativo el verbo reflexivo “recibirse.” *Yo me recibiré, me recibo, me recibí.*—“Y qué? ¿Porqué *me recibí?*—Porque dí un salto mortal en la vida escolástica, y me recibí a mí mismo, sin aplastarme (virtualmente) el encéfalo! Vaya una auto-recepción!”

Sarcástico para los otros como para consigo mismo, el nuevo médico se complacía en recordar las tretas puestas en juego para salir airoso de su examen general. Fué la primera una recomendación del Inspector Velázquez para el Dr. Cariega, sinodal encumbrado; y no propiamente para Cariega, sino para su señora; y no directamente para la señora de Cariega, sino pa-

ra una amiga de una tía de la señora, la cual amiga le dijo a la tía que le dijera a la de Cariega que le dijera a su marido que él, Carriles, era un muchacho muy bueno, muy aplicado, muy pobre, muy simpático y otros *muy* que exigían una aprobación por unanimidad.

—¿Y Godinez?—“Duro de pelar” estaba este insigne autor de la *Patología Patriótica*. No quería aprobar sino a los que aprendiesen en su libro, y como Carriles había aprendido en otros, hubo de prevenir en su favor el ánimo del profesor con un artículo encomendado a un gacetero amigo en que se encomiaba la *Patología* de Godinez (“gloria de la ciencia nacional”) y aun se la declaraba “superior en muchos puntos a los tratados de Dieulafoy, Ehrlich etc.”. Por supuesto que el articulito fué presentado por Carriles a un amigo de Godinez para que lo transmitiera al elogiado con dedicatoria subrepticia dando bien a entender que era Carriles el articulista.

En la prueba teórica, consistente en preguntas sueltas sobre la universalidad de las materias acentuó Carriles su admiración por la obra de Godinez. Como éste le preguntara si había visto casos de *nefritis intersticial*, el estudiante manifestó: “No he tenido oportunidad; pero puedo

decir que conozco bastante las nefritis intersticiales; las he estudiado en nuestro libro de texto.” Sólo faltó: “En su Patología de Ud., señor Godinez!”

Al recordar este rasgo, sentía Carriles los remordimientos de San Pedro después del cantagallo. . . . “Y yo, que le dije al perico que había que estudiar y examinarse, no según los autores, sino según la Naturaleza. . . . Oh perico! merezco que me agobies con tu estribillo sempiterno “ándeles, doctor!” Oh Naturaleza! Te he negado una vez! ¡Qué una vez! tres veces, cinco veces, porque todo mi examen fué un *disloque* pentagonal para halagar a cinco sinodales. . . .”

Así hablaba *in petto* Carriles, y ansioso de expansión fué más allá de sí mismo y del perico de la azotehuela. Fué a la Sección médica y derramó sus confidencias en el alma de su amigo Flon.

—Con que sí, Floncito, ya me recibí! Aquello fué un disloque. . . . En la prueba clínica ¿sabes cómo salí avante?—Gracias a que me había preparado, afiliándome a la camarilla de Birján. Recordarás que Birján, a más de dirigir las partidas de pókar, dirige una camarilla quirúrgica. Alternativamente y en compañía, los afiliados cortan, pinzan, cloroforman o asisten de “mirones.” Es una sociedad de ataques o elogios

mutuos, según sopla el viento. De ordinario se destrozan disputándose los éxitos, imputándose las muertes. Pero se elogian cuando sienten sus intereses colectivos amagados por otra camari-lla. Logré entrar a la de Birján, con el cargo de “barbero.”

—¿Cómo barbero?

—Sí, barbero universal. Ya sabes que en Ci-rugía hay que rasurar, no sólo barbas, sino otras regiones selváticas de ambos sexos. Me hice la mano rasurando pedazos de piel en perros y ga-tos. Conque un día, me ofrecí a rasurar la axila de una víctima quirúrgica de Birján; y lo hice tan aprisa y tan bien, en presencia del maestro, que me siguió encomendando el carguito. Me pagaban.

—El que *la pagaba* era yo, interrumpió Flón: porque me dejabas tus guardias para irte a la raspa.

—Me pagaban mal y tarde; pero quedé incrus-tado en el bloque. . . . Por lo cual, antes del exa-men en San Andres, tuve con Birján una entre-vista amistosa.—“Oiga. Carrilitos, me dijo, le voy a tirar un *cohete*.”—“Tíremelo, señor, le di-je; pero con comodín, como en el pókar.” Se son-rió; estaba de buen humor. Supe después que acababa de ganar trescientos pesos en la roleta

de Tacubaya. Conque llegó la hora del “cohe-te,” y me dió a diagnosticar un pie con artritis complicadas. . . .—¿Qué tiene ese pie? . . . No quise yo *meterlo* ni meterme en honduras, y le respondí: “Este pie tiene un callo.” Se acordó del comodín. . . . ¡Como que tomaba yo lo más cómodo! y volvió á sonreír. “En efecto, dijo, hábleme Ud. de eso.” ¡Figúrate si me luciría! Le hice la histología, el diagnóstico, la etiología y el tratamiento de los callos.

—¿Y con Penequez? ¿Cómo te fué con Don Antón Penequez?

—Una ganga! Conseguí que lo metieran al jurado de examen, en lugar de Campillo ausente. Penequez es profesor suelto. . . . Supuse que me estaría agradecido, porque el otro día le llevé una cliente. . . .

—Ah pícaro! ¿Una cliente para la Canoa? Algo sé. . . . Elvira Resendis. . . . Ha sido una ignominia!

Hízose el sordo Carriles sobre “la ignominia:” sólo observó a Flon que no debía lamentarlo. *Nada harían con ella los civiles.* Sólo se inclinaba a lo religioso. . . . Y siguió explicando la intervención irregular de Don Antón en la prueba clínica del examen general.

—Un maniático mayor el tal Penequez, con-

tinuó, y a los maniáticos hay que explotarles las manías. Una de sus más inocentes consiste en ciertos diagnósticos y tratamientos inspirados por algún revistero yankee y que hace pasar por originales. La víspera de mi examen fué Penequez a San Andrés y se paseó por las salas olfateando casos clínicos. Alguno ha elegido para mí, me dije; y para descubrirlo me dirigí a una criadota de sus confianzas que se llama Eduviges. “Le hice el oso” dándole la vaga ilusión de galanteos estrambóticos; y la abordé al entrar la noche por la ventana que da a la calle del Chirimoyo. Olía a pulque, lo cual me iluminó el camino a su corazón sensible. Después de las primeras de estilo, le ofrecí un vaso y apoyé mi oferta con una botella de fino Naucalpan que compré en la esquina.—“Eduviges, ¿qué hace tu amo el sabio Penequez?”—“Está en sus devaneos.—“¿Con qué *devana*?”—“Con vaso y jeringa. Bebe y se pica.” Comprendí que Penequez estaba entregado a su pasión por los nervinos intoxicantes. . . .—“Entonces ¿anda por las regiones espirituosas y etéreas?”—“*Pos* ¡quién sabe!”—“Lo sabes tú, graciosa Eduviges!”—“Sólo sé que se la pone y se queda lelo.”—“¡Tanto mejor para la gracia que Dios te ha dado y la que me vas a hacer! Le vas a preguntar”. . . .Adivina el resto.

Eduviges fué a preguntarle: “¿qué caso le va Ud. a dar mañana al estudiante Carriles?” y ella misma me trazó la respuesta de Penequez beodo: “Neumonía central.”

Un rayo de vívida luz iluminó mi cerebro de candidato al doctorado. Las neumonías centrales constituyen el caballo de batalla de Don Antón Penequez en las consultas graves y juntas morrocotudas. . . . Cuando hay algo oscuro en un tórax que se queja, saca a relucir su “neumonía central,” un foquito misterioso y recóndito que solo él acierta a descubrir y auscultar. . . . Una maravilla de diagnóstico; y el tratamiento. . . . otra maravilla. . . . el tratamiento *de los tres vinos*. Lo vas a oír. Me lo sopló Eduviges en la ventana. El soplido resonó al día siguiente en la prueba clínica del hospital de San Andrés.— “¿Qué le damos a ese neumónico central?” me preguntó Don Antón con voz cavernosa.— “*Intus, ab ore*, vino de quina: *intus, ab ano*, vino de sené: *extra*, en fricciones. vino aromático de Bilches, un farmacéutico, amigo de Penequez.

—¿Y qué dijo?

—¿Qué había de decir! Dijo “Bueno!” Me acordé de Molière: *Bene bene, doctore*.

—¿Qué inmundia farsa, la medicina mercante! exclamó Flon.

Los dos jóvenes discurren sobre la vanidad de las cosas médicas, con la vivacidad de sus veinte años y pico. Convinieron en que una cosa era la ciencia pura, muy admirable, y otra la manifestación *coram populo* en bombos y eriodísticos y clínicas caseras. En estos ejercicios hay “sofisticación.” El médico sofistica la ciencia como el comerciante sofistica la alimentación, con comestibles y bebidas adulteradas, ricas de etiquetas. Existe de una parte el dolo del vendedor, de la otra la ilusión del comprador. ¿Hasta qué grado el vendedor de ciencia curativa puede también ser un iluso que engañe sin culpa? . . . Eso varía con los tiempos.

En los de Molière había más fe curativa, por lo mismo que había más ignorancia. El médico exponía desde su examen de recepción, una confianza ciega en que el ruibarbo purga (*facit purgare*) o en que el opio produce sueño (*facit dormire*) porque en aquel había *virtus purgativa* y en éste *virtus dormitiva*.

Las nuevas “capas médicas” no admiten *virtudes* inmutables en el sentido fatalista de la antigüedad. La Fisiología experimental les enseña que reina una extrema variabilidad en los efectos, ya de una pildora, ya de una incisión. En vano se ha distribuido en familias y grupos a la

humanidad doliente: sanguíneos, linfáticos, artríticos, etc. El hecho es que cada doliente conserva su individualismo (idiosincracia) frente a las Terapéuticas. Cada uno reacciona de modo particular bajo idéntico agente; el purgante de A es el vomitivo de B y el afrodisiaco de C. El opio produce sueño en uno, en otro excitación, en un tercero cefalalgía. El balance de la Terapéutica digestiva se salda con déficit enorme. Las dispepsias se agravan con la medicina. . . . Al fuego los antisépticos intestinales, los cloridrógenos y los anaclorídricos! El estómago, retorta viva, no se deja manipular como una de vidrio.

--Comedia! suspiró Carriles; pero su modo de afirmar la farsa difería de la de Flon. El alma sencilla de Pedro Flon la detestaba y la huía; Carriles la buscaba, sin cesar de despreciarla: quería él también tomar su disfraz en la mascaradagalénica. Ya había fungido de comparsa antes de "recibirse." La comisaría le había permitido "dragonear," formarse una clientelita de tapadillo, con lesionados y colicantes de a veinticinco centavos "por la receta y la *medecina*." Unas veces en un rincón de la Sección solitaria, otras al borde de un petate, en cuartucho de vecindad, había "jugado al médico". . . . Eso sí, muy honestamente, muy constitucionalmente, porque

la Constitución de 57 le autorizaba a ejercer la Medicina sin preámbulos escolares—mientras no se demostrara (y quién lo demostraría?) el perjuicio de tercero.

—Conque ya sabes, Floncito, heme aquí de médico, *nemine discrepanti*. A ver si me heredas en mi plaza de número. . . . tengo que renunciarla ó *me renuncian*, por incompatibilidad. . . . Después de todo, lo siento, porque de aquí sacaba yo mis clientecitos y mis teniditas. Dragoneaba en regla, y dicen que en Medicina vale más dragonearla que ejercerla legalmente. ¡Adiós, guardias diurnas y nocturnas!

—Las que te hice gratis, sinvergüenza, interrumpió Flon.

—¡Adiós, amoníaco! continuó Carriles sin darse por reprochado. ¡Adiós, azotinas a los ebrios de sillón! ¡Adiós, sillón amarillo! ¡Adiós, tapanco; ¡Adiós, ratas del subsuelo!

Habría seguido inventariando la Sección en despedida elocuente, si no hubiera aparecido Cándido Cuéllar estirándose el bigote, con el aire pensativo, aunque sin pensar en nada, sólo por remedo involuntario de su amo.

—Señor Carriles: que esta tarde a las tres, en el Distrito. El Sr. Velázquez los espera a Ud. y al Dr. Sergio.



XXIV.

VELÁZQUEZ "COMPRENDE LA SITUACION."

Sergio y Carriles se encontraron aquella tarde en la antesala del despacho de Don Eduardo en la Inspección General. El médico de comisaría profesaba poco afecto a su practicante falstista. Sin embargo, le consideraba como un chico vivaracho, hábil para hacerse reemplazar en sus guardias por el pobre Flón, con motivos poderosos, como natalicios "improrogables," solemnidades "imprevistas," compromisos "ineludibles," etc. Exteriormente lo felicitó por su "recepción" e interiormente se felicitó a sí mismo de tener que reemplazarlo por otro practicante.

—Que pase el Dr. Sergio, dijo un ayudante.

El Inspector estaba excitado, bajo la influencia de una comilona, en *tête-à-tête* amoroso con cierta Filomena de casa de citas. El *tête-à-tête* se había suspendido en lo más crítico, an-

tes de que Venus calmase los deseos del Inspector. El Gobernador le llamaba de urgencia. Regañó mal reprimido, porque no le podían encontrar mientras ardía “La Gloria de Neptuno.”— “Nada! Nada! un incendio de pulquería. Llamárala de petate. Y la culpa no era de él, sino de los bomberos. ¿Y que por tan poco me hayan arrancado a Filomena?” concluyó, sentado en su despacho, poco antes de la aparición de Sergio.

Viéndole entrar, sintió la necesidad de calmarse: se desfogó con una de sus tiradas:

—Doctor Sergio ¿comprende Ud. la situación? En la vida todo el arte consiste en comprender una situación y obrar según ella. En el momento actual la Policía representa una gran fuerza, la única fuerza contra la masa pasiva. Ninguna masa más pasiva que la mexicana. . . . Por largo tiempo la manejó el ejército *trigarante*. Refundido por Santa-Anna, ese ejército zarandeó a la masa fluctuante entre “chinacos” y “mochos.” En toda esa época se decía afuera que México era un país revolucionario. ¿Qué había de ser? . . . El pobre país era una gran recua. La revolución, la hacían unos cuatro o cinco mil pelafustanes tomados de leva por unos cuantos generales matasietes. . . Hoy el ejército, bien acuartelado, no se mete en nada. Los

soldados duermen, los generales comen. . . . Están muy gordos esos generales. Ya no quieren más que retirarse al Depósito, cuidar sus *milpitas* y regarlas con un sueldo de trescientos pesos como inspectores de ferrocarriles. . . . que andan muy mal, por falta de inspección. Y lo que resulta es que la Policía lleva todo el *rejuego*. Es ella la que, en caso dado, se impondrá al país pasivo, sin necesidad de revólvers, a puro garrote. ¿Comprende Ud. la situación, señor Sergio?

--Bueno, y qué?--balbució perplejo el galeno.

--Sígame Ud. al hilo, doctor. . . . Si la Policía es una gran palanca, yo, su jefe directo, estoy abocado a formar un partido. ¿Será con los "científicos"? . . . ¿Qué científicos ni qué ojo de hacha! Son poetitas indigestos de positivismo y leguleyos que falsifican la legislación. Más que los poetas, los licenciados me revientan. . . . A comenzar (en voz baja) por mi Gobernador. Cier- to es que unos y otros se necesitan para dorarle al pueblo las píldoras del Gobierno. . . . Pero yo pienso interpolarlos con médicos que las administren. . . . No se ofenda, doctor! Ud. es de los nuestros. Como médico de comisaría pertenece de hecho a la alta Policía. . . . Si se mete á la oposición de Medicina legal, trataré de que *se la lleve*. Puedo hacer valer grandes influencias.

Quiero contar con médicos licenciados, hombres a caballo sobre el código y la farmacopea. . . .

--¿Y para qué?

--¿Para qué? Todavía no es tiempo. Más tarde se lo diré, cuando concrete mi pensamiento, vago todavía. Bástele saber que se trata de un plan para asegurar el poder en favor del partido.

--¿Se trata de un plan revolucionario contra el General Díaz?

Velázquez saltó sobre su sillón, como si a través del cogín le hubieran pinchado una posadera.

—No diga Ud. semejante. . . . y suspendió la grosería.

—Otros, continuó, intentaron la burrada. Cuando los gonzalistas, en 84, sintieron que se les iba el poder, fraguaron matar a Don Porfirio. ¡Qué bárbaros! No comprendieron la situación ni comprendieron que hay hombres-locomotoras. ¡Sí que los hay! Llevan en el alma calderas de tensión extraordinaria, arrastran wagones de primera con clases dirigentes; de segunda, llenos de burguesía dinerista; de tercera, repletos de re-cuas pasivas; furgones de conveniencias, miedos, inercias. . . . Su velocidad propia se multiplica por la de todo el arrastre. Son arrollado-

res, aplastantes, el Estado hecho maza para aplastar la masa. ¿Comprende Ud. la situación? Don Porfirio es uno de esos hombres. . . . Hacerse montoncito para cerrarle la vía es ir derecho al aplastamiento. En vez de maquinari algo para arrebatarle el poder, hay que inventar medios de salvarlo. Sacrificaremos a algún pobre en un ataque de aparato. Lo salvamos. (No al pobre, sino al Caudillo.) Y salvándolo, nos posesionamos del poder, no por medios violentos, sino como verdaderos “científicos” por un sabio estratagema que nos asegure la predilección del Jefe salvado. . . . ¿Comprende Ud. ahora la situación?

Sergio emitió vagas respuestas, bosquejó actitudes de Cristo ante el tentador. Salió y entró Carriles.

Absorvido en la elaboración de sus planes, el Inspector acababa de coger un corta-papel de hueso. Lo empuñó con fuerza loca, mientras decía a Carriles en tono imperativo:

—Señor Carriles, ahora no se trata de llevar a una loca, sino a un loco. Va Ud. a la Segunda: allí Vicencio le entregará a Arnulfo Arroyo que está detenido. Siguiéron instrucciones, de las cuales resultó la escena siguiente.





XXV.

UNA ESCENA DE MAGIA MÉDICA.

Consultorio del Dr. Hermundio.

(El Dr. Hermundio acaba una conversación telefónica con el Dr. Penequez.)

PENEQUEZ.—Allá te lo mando. Dale ideas rojas y negras.

HERMUNDIO.—¿Me pagarán? ¿Quién me pagará?

PENEQUEZ.—Pasas tu cuenta a Velázquez.

HERMUNDIO (solo).—Vaya un lío! Quieren fundar un partido con un hombre y una bomba. Y qué hombre! y qué bomba! El hombre sin conciencia, un borracho; la bomba “de mucho ruido y pocas nueces.” Es la consigna. Los dos bofos. Y sin embargo, hay que plegarse.

(Pasan unos minutos, empleados por Hermun-

dio en preparativos impresionistas. Y se presenta Arnulfo Arroyo conducido por Carriles. Este se retira.)

HERMUNDIO. Por aquí. (*Hace pasar a Arroyo rápidamente a través de los gabinetes azul y color de rosa, focos de impresiones dulces. En el gabinete rojo, lo sienta y le pasa la mano por el occipucio.*)

ARROYO.—¿De qué se trata? Yo no vengo a que me soben.

HERMUNDIO (*mostrando un foquito rojo.*) ¿Ves ese foco colorado? . . . colorado sangriento como todo lo que te rodea, paredes, cortinas, muebles. Míralo fijamente. . . ¿Y no sientes, bajo estos efluvios rojos, despertarse en tu alma cóleras vivas contra la fatalidad, la ley, el poder, la riqueza, contra todo lo que tienes encima y te aplasta? ¿No sientes una sed? . . .

ARROYO.—Sí, mucha sed. Quisiera una copa.

HERMUNDIO (*aparte.*) ¿Qué voy a sugerirle a éste! Imposible! Luchó con su idea fija, su aspiración única, el alcohol. Vamos a otra prueba. . . (*A Arroyo.*)—Por aquí! (*Lo introduce al gabinete negro. Lo pone en presencia de una proyección en que el Creador, con la esfera mundial en la siniestra, tiende la diestra sobre el caos.*)

HERMUNDIO.—Míralo! Es Dios luchando con

la Nada. Como él lanza el mundo, así tú la bomba.

ARROYO.—¡Qué bomba!. . . .Lo que hay es una trompada al aire. Así se arregla el mundo, a trompadas.

Y Arnulfo hendió con el puño la tiniebla del gabinete negro.





XXVI.

ESPERANDO LA “OPOSICIÓN.”

¡Qué candidez la del Dr. Estéban Sergio, de la 5ª Comisaría! No una, sino varias que merecen presentarse en serie.—1ª Candidez: inscribirse para la Oposición de Medicina Legal *por amor a la ciencia*. 2ª Candidez: prescindir de recomendaciones e “influencias”; rechazar la del Inspector Velázquez que le ofreció su apoyo policiaco-político en cambio de fáciles complacencias. 3ª Candidez: darse a serias investigaciones personales sobre el cadáver, cuando es tan sencillo tratar las cuestiones de Oposición con manualitos.

Era ésta la opinión de otro candidato (no candidato) a la cátedra en Oposición, el siempre práctico Dr. Pinillos.

—Oiga, compañero, no se engolfe! El manualito de Chincué lo saca de apuros.

En tales términos apostrofó, en el anfiteatro del hospital Juárez, Pinillos el hablador a Sergio el taciturno. Venía éste allí, acompañado de Pedro Flon, en busca de “piezas” que añadir a su colección de corazones perforados, segmentos de intestino hendidos “en sedal,” huesos fracturados y otras chucherías anatómicas. Eran las diez de la mañana. El departamento mortuorio del hospital estaba pobre. Sólo cuatro cadáveres descomponiéndose en el descanso. En la plancha izquierda, un hombre recién autopsiado, cuyas entrañas examinadas atentamente por Sergio y Flon originaron los desdenes de Pinillos. En la plancha izquierda, una mujer que acababa de llegar en hombros de Chon.

Este muertero, flor y nata de la caballería funeraria, se quejaba en su fuero interno de que su colega Lino, afligido á la sazón de diarrea cadavérica, le hubiese dejado todo el quehacer. Por lo cual, para reconfortarse, había redoblado su dosis matutina de aguardiente catalán. Trascendía. . . pero los médicos mortícolas acaban por habituarse a las peores emanaciones. Así, Pinillos, indiferente a aquel estado de media ebríe-

dad, le hablaba con la familiaridad deferente, reservada al experto.

—Andale, Chon! ¿qué tiene la cliente?

—Ya Ud. ve. . . cargadita, respondió el muertero señalando el hemisferio ventral de la difunta.

Llegó Pedroza, socio oficial de Pinillos en las necropsias, y empezó el zafarrancho jurídico. Del primer golpe, el cuchillo de Chon dejó a descubierto la grávida matriz, abierta la cual, dos manos trémulas de alcoholismo crónico, extrajeron un feto casi a término, macerado, escurriendo un agua grasosa, como pollo cocido en su jugo.

—¿De qué murió el niño? ¿de qué la madre?— Cuestiones que Pinillos cortó sin cuchillo, con su empirismo congénito. Nada de examen objetivo: las miradas del práctico se dirigían, interrogadoras, a Chon, quien, a pesar del alcohol, comprendió que su ilustre jefe lo llamaba a consulta.

—“Es tortillera la madrecita.”

En rigor, Chon debía decir “era,” tratándose de una profesión manual fenecida. Pero por una ilusión de óptica mental, peculiar a los muerteros, la ex-tortillera vivía, “daba mucha guerra,” mientras no partiera a la fosa común.

—Mi diagnóstico está hecho, exclamó Pinillos radiante. ¿Cómo no había de estarlo si se ve escrito en estas rodillas callósas, en estas manos requemadas? ¿Como no, si se exhala (sic) de su olor a nixtamal (aunque él nada olera), si se desprende hasta de su cara aplastada, “discoide,” semejante a las rondelas alimenticias que amasaba?... ;Tortillera! *That is the question*, como dijo Shakespeare; *Voilà tout!* como dijo...¿quién lo dijo?... Víctor Hugo! Las tortilleras paren en falso (sic); es un hecho; yo soy un hombre de hechos. Estas (posando el índice en un flanco del cadáver) son hijas del metate; y el metate es mal padre; peor abuelo, mata al nieto. El nieto suele matar a la madre, como aquí sucedió! Es el círculo fatal, la compenetración del principio y el fin. Por eso los aztecas, que inventaron las tortillas, representaban la vida por una serpiente mordándose la cola. . . . ¿Verdad, Chon?

Pero Chon no prestaba oído a lo que él llamaba “las loas sublimes del práctico Pinillos.” Indiferente a tanta incoherencia, se ocupaba de trazar en el cráneo de la muerta las incisiones clásicas de sien a sien yendo a confluír por detrás al nivel de la protuberancia occipital; y chiflaba a la sordina un airecito zarzuelesco.

El pasivo Pedroza salió de su reserva me-

neando la cabeza, signo de inconformidad con aquella teoría tortillera. A él se unió Sergio. Censuraron al práctico Pinillos su carencia de procedimientos prácticos para apoyar el diagnóstico. ¿Cómo un feto “macerado”, es decir, “imputrefacto” podía matar a la madre? Había que buscar lesiones materiales ú otras causas de infección.

Pinillos sacó su pañolón y despejó con estrépito sus fosas nasales. Tan singular recurso de polémica le dió tiempo para elaborar una negativa en que se afirmaba su amor al simplicismo.

—Nada, jóvenes inexpertos! No hay aquí más “causas” que el metate y el molcajete.

Resonó el rin-rin de la sierra de Chon sobre los huesos frontal y parietales. A un tirón de martillo se desprendió la “calota.” Apareció el cerebro con sus envolturas opalescentes, vertióse el hidro-cefálico en turbias gotas. Sergio y Flon hicieron funcionar sus pipetas para recoger un poco del líquido y exudados, en tanto que Pedroza se aferraba en descubrir en el corazón lesiones valvulares.

—¡Vaya unos ejercicios! exclamó Pinillos sarcástico.

Se alejó solo. Iba a preparar por vías prácticas el certamen pendiente.

—Adiós, rivalitos! Están perdiendo el tiempo. En Palacio y no aquí, se prepara la Oposición de pasado mañana. Vámonos a Palacio!

Sordos al llamado, los dos médicos contemplaban el cerebro que Chon extraía, y lo examinaban con curiosidad infantil, de niños científicos.

—Desprendamos las arterias silvianas, propuso Sergio; y el practicante Flon esgrimió contra ellas la sonda acanalada.

Chon ajustaba, silvando, la calota huesosa del cráneo vacío; y se ingeniaba para restablecer, con aguja y hebra, la continuidad del cuero cabelludo. De pronto el silvido se transformó en cantar, dedicado por acaso a la muerta:

“Sal a tu ventana—sal, niña gentil—que si tú no sales,—me voy a morir,—me voy a moríír!”



XXVII.

LA TAMALADA.

Mientras los “candidatos” Sergio y Pedroza justificaban su denominación estudiando “cán- didamente” las cuestiones sometidas a certamen, el práctico cuanto ilustre Pinillos se preparaba por otras vías. Lo “práctico” se confundía en su espíritu con lo “útil.” Iba a la Oposición con el mismo sentido utilitario que impulsa al comer- ciante a llevar sus trastos a la feria. Se decía a sí mismo, que si vencía en la contienda, su títu- lo decorativo de profesor le daría un sueldo *ad vitam* y un refuerzo de chentela. Se decía tam- bién, que para triunfar necesitaba ante todo un buen jurado *ad hoc*, o lo que es mejor *ad Pi- nillos*.

A medida que avanzaba en sus tanteos, en-

contraba el terreno minado por otro concurrente. Tuvo la sorpresa del gambusino que creyéndose solo, tropieza de súbito con un buscador de la misma veta.

—“Este Carrilitos me está haciendo mi juego tablas.”

Era, en efecto, Julio Carriles el que le había tomado la delantera para formar un jurado plausible. Se valía de dos influencias: la del Inspector Velázquez y la de su futura suegra. Porque a últimas fechas, a favor de su título de médico, se había asegurado una novia antes esquiva, hija única de Doña Anacleta Tresillo, viuda de Pimienta.

Esta gran dama era pudiente en política. Tenía en Tacubaya una gran casa con huerta y capilla. En la capilla hacía celebrar “funciones” de tres padres, predicador y orquesta, las cuales terminaban de modo profano en la huerta, con tamalada, bailecito, jueguecito y otros honestos divertimientos. Allí acudían, entre gente menuda, eminencias de toda clase, sin escasear las médicas. Tres, bien conocidas del lector concurrían asiduamente distribuyéndose lo sagrado y lo profano: los doctores Penequez, Gordete y Birján. El primero iba a las funciones de tres padres, el segundo al baile y el tercero. . . . ¡claro

está! que no había de ir el Dr. Birján a renegar de su nombre. Jugaba. Los tres iban a los tamales que salían excelentes del comal bajo la dirección de Doña Anaqueta y su unigénita Casilda Pimienta, prometida consorte de Julio Carriles.

Este, no completamente satisfecho con la confección de los tamales, empujaba a su futura suegra hacia la confección del Jurado. Doña Anaqueta se despachaba con los personajes que tenía a la mano en las tamaladas. Uno de sus preferidos era el Inspector Eduardo Velázquez, quien tomaba ya, en las consideraciones de la viuda, el aspecto imponente de un futuro ministro.

Se acercaba la Oposición en que Carriles, presunto yerno, iría, según vaticinios de la suegra, a mutilar en provecho propio el vocablo quitándole la *o* inicial y quedándose con el resto: una *posición social*. Por lo cual Doña Anaqueta, gran política a sus horas, decidió, como ella decía, “remachar el clavo, con una tamalada selecta.”

Ya había obtenido incorporar al jurado la trinidad galénica: Penequez, Birján y Gordete. Siempre relacionando los personajes con los tamales, decía: “ya tengo el de chile, el de dulce y el de picadillo; voy a echarlos en la olla con uno de gallo. . . . Don Eduardo!”

El día de la “selecta,” el práctico Pinillos hallando modo de hacerse invitar, se encaminó a Tacubaya en busca de intrigas y tamales.

En aquella fresca tarde del naciente Septiembre, la huerta de Doña Anacleta exhalaba el aroma de sus duraznos, texocotes, aguacates y muchachas casaderas. En la glorieta central la orquesta de bandurrias y mandolinas, instalada bajo un tenderete con pretensiones de kiosko, acompasaba las piruetas de unas veinte parejas. Entre ellas, distinguió Pinillos a su rival científico “Carrilitos” amorosamente enlazado a Casildita, criatura sin más gracia personal que la de su dote probable. Más le interesó el Doctor Gordete balanceando ostensiblemente sus dijes de cadena en las sacudidas de una danza sandunguera.

Acabada la cual, Pinillos se fué hacia él y distrajo su atención dividida entre los pliegues del pantalón y las jóvenes bailables.

—Ya lo ví, Doctor Gordete. . . . ¡qué bien baila! ¡Qué soltura y qué elegancia! Así me gusta. . . . Nada como el baile para estimular la inteligencia.

Y comenzó a exponerle un tema lisonjero sobre “los beneficios prácticos del ejercicio rítmico para los sexos en contacto. . . .” Con halagos

doctorales a las aficiones coreográficas de Gordete, creía Pinillos insinuarse en su vanidad de médico dandy y prepararse su voto favorable en la Oposición.

—Yo no bailo, sino de tarde en tarde: y sólo por compromiso, observó Gordete afectando una gravedad digna de Hipócrates.

Pero al rasgar de las bandurrias, ansioso de compañera para el rigodón, dejó a Pinillos con la palabra en la boca.

Una escalera discreta conducía a un altito en que hombres serios, decepcionados del baile, se entregaban a los rebites y albures. Allí se deslizó Pinillos, dichoso de sorprender *infraganti* a su colega y futuro juez, el sabio Birján. Levantóse éste al verle: mortificado en su pudor profesoral e interrumpió los albures.

—Adelante, Doctor Birján: que yo no le estorbe. He sido del arma. He jugado a los daditos a tres centavos la puesta y seis el rebite. . . . En mi opinión, el juego es científico: primero, porque el azar interviene en todos nuestros actos, y es propio de sabios familiarizarse con el azar. . . .

—Yo casi nunca juego, objetó Birján; alguna vez, por distraerme.

—En Ud. el juego no es un acto vulgar. Ud.

juega estudiando las impresiones del adversario. Le mira Ud. su juego, por más que oculte las cartas, en el entrecejo, en los ojos, en los labios, en la tiesura o temblor de los dedos. . . . Eso se llama psicología práctica. . . .

Hubo Pinillos de suspender su demostración, porque con el rabo del ojo observaba Birján la partida, y viendo tenderse un albur de sota de oros y rey de copas, no pudo reprimir su predilección por la de oros.

—Van treinta por la sota!

Desdeñando las fichas, se apuntó Birján con tres billetes de a 10. Salió el rey; y herido en lo vivo, se puso al desquite, sin ocuparse más de Pinillos, quien creyó oportuno escurrirse en busca de Penequez.

En la capilla ardía el incienso, resonaban roncacos acordes del órgano acatarrado, entre las voces melifluas de un “coro de ángeles.” Cerca del altar, distinguió Pinillos a Penequez arrodillado, los puños al pecho en la más edificante de las actitudes. Se acercó a él, pegó también sus rótulas al suelo y le murmuró al oído un saludo piadoso. Arrobadado Penequez, volvió los ojos lánguidos hacia el profano que le sacaba del éxtasis.

—Nada tan consolador como la Religión, declaró en voz baja Pinillos.

A lo cual Penequez respondió con gesto displicente, expresión de un hondo reproche que Pinillos, tan malicioso como práctico, interpretó así: “No rezo para Ud., sino para la clientela.”

Se notó cierta agitación entre devotos y devotas de la capilla. Una mano vino a tocar suavemente el hombro del extático Penequez. Era una mensajera de Doña Anacleta que le susurró: “Ha llegado Don Eduardo Velázquez.”

¡Solemne momento en la tamalada! La llegada del Inspector general turbó el baile, el juego y el rezo. Detuviéronse las parejas danzantes, porque la orquesta trocó la mazurka por el himno nacional. En el altito, el tapete verde se limpió de billetes y pesos para que Don Eduardo pudiese semblantear que sólo se trataba de robarse inocentemente con fichas de a centavo. . . Hasta el coro de ángeles interrumpió sus célicos gorjeos. Salieron a la puerta del templete las chiquillas *de bianco vestitas*, velón en mano; los chiquillos armados de coronas y alas, querubes de linón planchado que dejaban un momento a Dios por saludar al Inspector General.

Venía éste de medio charro, con vestón gris, pantalonera plateada y chambergo de ala gacha, a la americana. Atravesó la puerta con un

cortejo de subordinados, el comisario de Tacubaya, el escribiente Tecla, el caballerango y mayordomo Cándido Cuéllar, los capataces Cabrera, Bellido, etc., y torvos policías de uniforme y secretos. Entre ellos, marchaba un hombre desgarrado que parecía surgir junto al héroe de la fiesta para recordarle la terrenal miseria. Era Arnulfo Arroyo, eran la sed y el hambre deslizándose en la tamalada con gran descontento del Inspector. Suprimirlo, mandarlo a un separo de comisaría en que lo trituraran a palos. . . . fueron en la mente del jefe ideas confusas que relampaguearon. Pero no! Por de pronto era su instrumento, su “bala de cañón.” Había que guardarlo. Se detuvo en su marcha triunfal.—“Mira, Cándido, llévate a éste a la cantina de enfrente”. . . . Y el fámulo sintió en la palma derecha el frío contacto de una peseta.

La llegada del Inspector dió la señal de la distribución de los tamales. Salieron de las ollas a los platos, deshojados con los dedos, a la rústica; las muchachas picoteaban en la masa, como pollitas implumes que eran, sentadas sobre banquillos o aun sobre el húmedo herbaje; los varones engullían, quiénes de pie, quiénes en cuclillas. Sólo en el cenador principal se comía urbanamente en torno de una mesa mantelada. Era el

cenáculo de los “morrocotudos:” Doña Anacle-
ta, el Inspector Velázquez, los galenos Penequez,
Birján, Gordete. . . .

No comprendido el práctico Pinillos en la in-
vitación a la comilona especial, merodeaba en
torno, armado de un plato con dos tamales y
una *chalupa*. Se los comió, incrustado práctica-
mente en el tronco hueco de secular ahuate.
Desde allí percibió los coloquios del cenador, do-
minados por los aspavientos de Doña Anacle-
ta, desatándose en ayes lastimeros.

—Ay Don Eduardo! Ay que pena! ¿Lo quiere
de pollo?. . . Uno de alón y otro de pechuga. . .
Ay doctor, doctorcito! ¿Se lo sirvo de chile? ¿ver-
de o pasilla? Ay, doctorcito, qué congoja!

—No se apene, Doña Anacle-
ta: están muy
bien hechos.

—Si no es eso! Es que a este pobre mucha-
cho de Carriles se le ha puesto entre ceja y ce-
ja ganarse la Oposición de mañana, y ya me tie-
ne seca ¡ay, ay, ay!

.....

Se ponía el sol, y comenzaban los convidados
a despedirse. En la huerta sombría, bajo el du-
raznal, los grillos hacían suceder a la orquesta
su música chillona. Sin ser precisamente un ave
nocturna, salió Pinillos del ahuate: y en el

banco de la glorieta cercana a la puerta se detuvo para responder al redactor Ezquerro del Justiciero que llegaba al terminar la fiesta, en solicitud de datos para una crónica amena.

—Cuénteme, Doctor Pinillos ¿qué tal la tamalada? ¿Bonita?

—Sí, muy bonita; pero le diré: ha habido cosas que la envilecieron. . . . a mí no me gusta hablar; sobre todo cuando se trata de compañeros de profesión; pero francamente! . . .

—Cuénte, cuénte. Doctor Pinillos.

—Pues sí; a mí no me gusta hablar de ellos; son muy apreciables. Pero les falta sentido práctico. . . . Este Gordete que se pone a bailar de modo tan ridículo. . . . un histrión!

—Véngase, señor Pinillos; déjeme acercarme al farol, que voy a tomar apuntes. . . . ¿y qué más?

“En la sala de juego hubo de condolernos profundamente el espectáculo del Dr. Birján prostituyendo la inteligencia médica al azar, que es una fuerza bruta. En la capilla, Don Antón Penequez, asociación monstruosa de Purgon y Tartufo, se golpeaba el hipócrita pecho frente a la inocencia de un coro de ángeles.”

Eso apuntaba Ezquerro en su librito, a la luz del farol, y bajo la inspiración de Pinillos.

—¿Y D^a Anacleta? interpeló bruscamente el repórter.

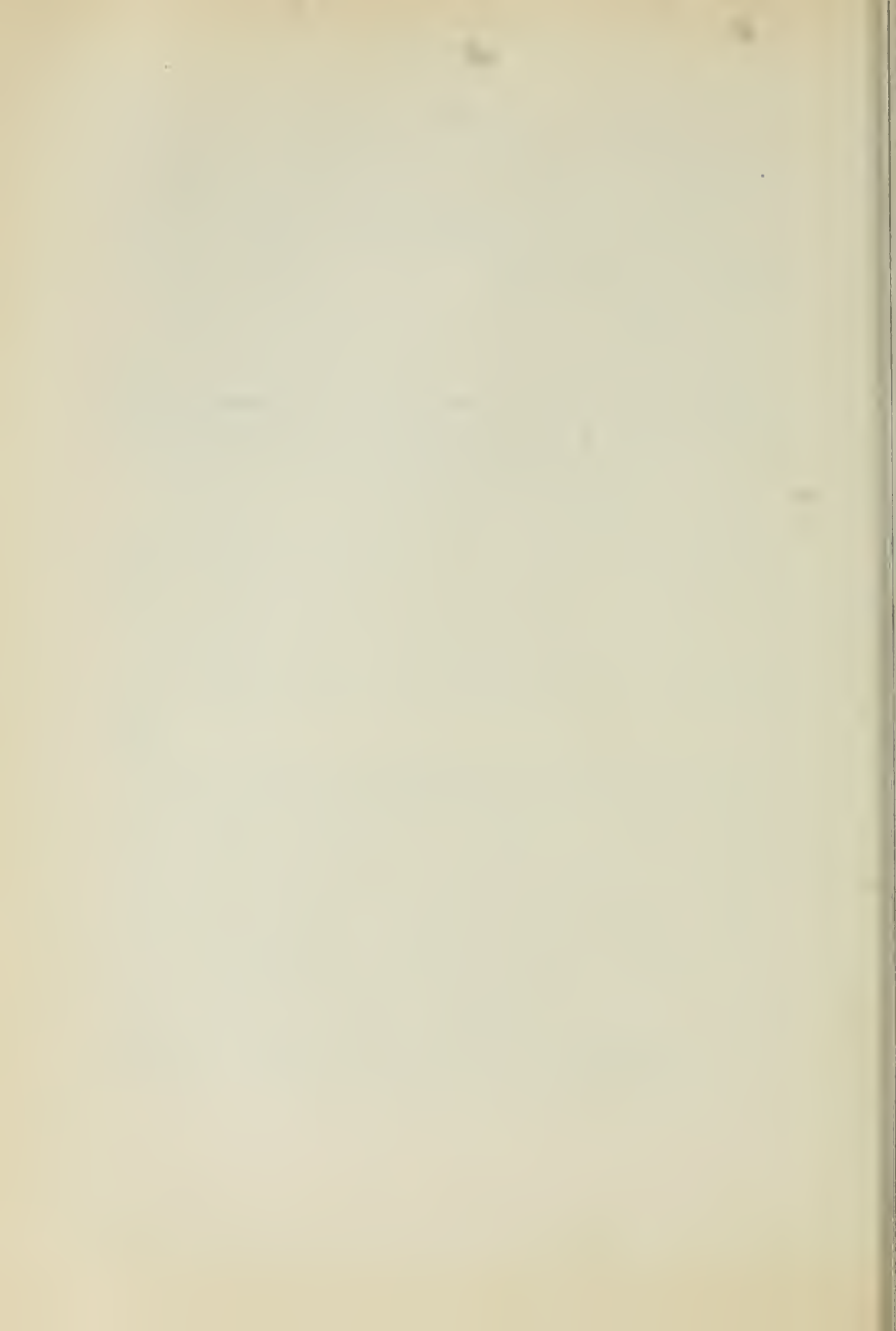
—Una gran señora! Pero diga Ud. que no ha robado el consonante.

Y lo soltó.

.....

Allá en la cantina, cerca del mostrador, Arnulfo Arroyo sacudía el puño cerrado en dirección a la huerta de la tamalada.







XXVIII.

LA "OPOSICIÓN."

El Dr. Jesús Pedroza estaba inscrito, el primero, en la lista de candidatos. No se sabe si por esta primacía casual o por su aspecto de inocencia, fué llamado para extraer de un cubilete papelitos plegados conteniendo un número. Cada número correspondía a determinada cuestión médico-legal de las cincuenta y tantas en programa.

Trémulo, como un niño cuya mano fuera a decidir de terrible destino, sacó Pedroza el número 23. A este número correspondía la cuestión: "De la violación y sus signos."

Fué el Dr. Gordete, que fungía de secretario del jurado escolar, quien leyó la cuestión con pregonero acento. Y en tanto que Pedroza, acom-

pañado del mismo Gordete, se retiraba a meditar un rato sobre el tema propuesto, los demás profesores se agrupaban para deliberar en un rincón del pretorio. Penequez, con el semblante severo, los párpados caídos, velando la intención profunda, expresó su alarma pudorosa.

—Yo no sé cómo hemos incluido en el programa una cuestión semejante. Es algo obscena!

Birján reprimió en los labios la respuesta: “En Medicina no hay obscenidades.” Su procacidad de tahir se sintió cohibida por la hipocresía ambiente, y convino en que el asunto era “peliagudo.” Los otros dos jurados complicados con el terceto de los tamales, guardaban un silencio doliente a fuer de almas puras, abúlicas por el momento, pero contagiadas de hipocresía.

Siempre elegante, Gordete no se zarandeaba como en la huerta. Encargado de llevar, encerrar y traer a los candidatos, afectaba una gravedad casi litúrgica. ¡La corrupta osamenta del protomedicato resurgía! Era la vieja Protomé-dica de claustral estilo, con sus noches tristes, sus encapillamientos en cuartitos sombríos, donde trascurren los segundos con fúnebre tic-tac. Había que aterrorizar al “opponente” como si éste, en vez de ser un simple ciudadano que quie-

re una cátedra, fuese un reo convicto y confeso de algo nefando. . . . De allí la rigidez de Gordete, el ojo torvo de Penequez, la sonrisa canibalesca de Birján que mostraba al candidato sus pequeños molares con insinuación amenazadora: “Prepárate: que te vamos a comer crudo!”

En el salón, la multitud estudiantil esperaba guasona, como un público de tanda. “¿Quién es el oficial?” Era la pregunta que corría por sillas y bancos, salía a los corredores y se esparcía por entre los grupos de médicos, estudiantes, repórteres y simples curiosos. Un rumor tomaba consistencia: “No es Carriles, sino Pinillos, el candidato oficial.”

Para descubrir de dónde provenía el rumor se necesitaba haber estado allí, en el patio de la Escuela, poco antes de la apertura del aúlco salón. . . . Miradla!—¿Quién es ella, la estudiante de negro velillo que va de corro en corro, detiene en su marcha incesante a los estudiantes “deambuladores,” semejante a gitana escolar que dijera la buena ventura? ¿Quién es ella, la que va dejando al paso la noticia del día y de la hora: “Pinillos es el oficial”?

—No cabe duda! Es Elvira Resendis, salida poco ha de la Canoa, atiborrada de bromuros y valerianatos: pronto escapada, por milagro de

Dios, a la nicotina y al encierro; Elvira que se ha metido de estudiante galénica y ha encontrado en la pasta de su maleable personita recursos suficientes para hacer alternar la dactilografía con las cátedras médicas y las visitas a las sacristías. Ultimamente, el pícaro de Carriles discurrió utilizarla en su posición de futura doctora con el fin de escapar a la impopularidad que circunda a los candidatos protegidos; por lo cual sugirió a la histérica que colgase el milagrito de la “oficialidad” al cuello de Piniños.

Y se verificó un fenómeno digno de ser consignado en los anales de la Psicología de las multitudes. Cuando Elvira detenía con su noticia a los estudiantes que deambulaban o hacían rueda, estos desdeñaban o prestaban poca fe al oráculo que salía del negro velillo. La histérica se desbordaba más allá de la sugestión directa. Llegó a afirmar que no era sólo Piniños el protegido; también Sergio y Pedroza tenían sus “paleros” en el jurado; y en su chismorio, Carriles se destacaba incólume personificando la independencia científica. El escepticismo se convertía por grados en dudas y sospechas, a medida que engrosaban los corrillos locuaces. Poco a poco la “independencia de Carriles” ya

no se apoyó en el simple dicho de Elvira, sino en los de muchos Pérez, González y otros Martínez. . . . Cuando se abrió el salón y comenzó el certamen, la recua constituida estaba en disposición de aullar, convertida en camadita escolar.

Y fueron saliendo al palenque los candidatos: Pedroza, contraída y amarillenta la faz, pareciendo salir de la tortura y abordar el Santo Oficio; Sergio, desalentado y triste, con la levita dominguera mal ceñida al dorso, encorvado a fuerza de inclinarse sobre libros y cadáveres. Habían ambos comenzado a padecer en el camarín sombrío, ante el péndulo que les contaba los veinte minutos de meditación: seguían padeciendo frente al sinedrin de eminencias, sentadas bajo el rojo dosel.

A su turno abordó cada cual la cuestión del himen íntegro y el himen desgarrado. Y en el curso de su disertación, experimentaban ambos la misma transición de lo terrible a lo cómico. La comedia los circuía: Birján, inhábil para disimular su aspecto de tallador tramposo en un bacará *sui generis*; Gordete recomendándose a la admiración con su doblar de brazos y piernas en actitudes magistrales; Penequez supliendo su vacuidad intelectual de profesor gratuito

con mímica de dignidad atribulada por lo escabroso del asunto: los otros dos sinodales, los *puros*, indecisos, ensayando disfrazar su abulia con expresiones voluntarias. . . .

Abajo, en la sala larguísima y estrecha, el auditorio, chocarrero y cándido, oscilando a la menor veleidad, entre el ceceo y el aplauso. . . . La ciencia en tándas! Una de las múltiples formas que tomara la broma en “el país de broma” que cantara el poeta Zorrilla. Tan clara la veían los candidatos que, arrastrados por ella, emprendieron bromear en serio. Pedroza discutió una clasificación lunática de los hímenes. Hímenes en cuarto creciente, en cuarto menguante, en media luna, en luna llena (los imperforados), en aureola lunar (los anulares). . . . Más analítico, Sergio discutió los humores, “rocío del amor prendido como a pétalos muccosos, a los *carúnculos mirtiformes*.” Se echó a caza de los espermatozoides. Les descubrió formas fantásticas, fáciles de aceptarse por Birján y socios que no los conocían más que por vagos recuerdos de figuras. Acabó por imponerles como humano, trazándolo atrevidamente en el pizarrón, un espermatozoide de caballo.

El público, niño policéfalo, parecía dormitar de aburrido. Deseaba peroratas, y no demostra-

ciones. ¡Como que ya se lo sabía todo, en toda especie de materias, mucho más en desfloraduras!—Aquellos dos candidatos incoloros, tratados despectivamente de “semi—oficiales,” no tenían el don de interesarle. Solo Pedro Flon, sentado en una de las primeras filas, siguió con emoción el recitado de Sergio, persiguió su giro final de amarga e irreverenciosa ironía. Cerca de él, Elvira Resendis, en un intervalo de depresión, se llevó a la boca el dorso de la mano para ahogar un bostezo.

De repente la sala se agitó. Varios ruidos guturales, golpes de tos chocarrera, se propagaron contra el “oficial” que entraba. . . .

Pero el práctico Pinillos no era hombre para arredrarse por tosecitas. Fuese derecho a lo serio-cómico. . . . “La virginidad, señores, ¡qué fantasma! ¿Es que existe realmente en la Naturaleza? Las selvas “vírgenes,” violadas desde la creación por bestias y alimañas, guarecen a los Caínes en las épocas cavernarias. Después. . . . se han prostituido a toda clase de leñadores. Igual fenómeno se produce en las cumbres reputadas “vírgenes.” La pureza de las nieves alpinas corre parejas con las de nuestro Po₁ ocatépetl, maculadas por zuelas fangosas, latas de sardina y peores residuos.”

“La membrana himen, gran signo convencional de la virginidad, es un logogrifo anatómico. A veces imperceptible, atrofiada, como vegetación marchita al nacer; otras irregular, en colgajos que simulan desgarraduras. . . . Pueden éstas existir sin culpa de varón alguno; y *vice-versa*, el himén puede aparecer intacto a pesar de que la mujer haya pasado por los últimos trances del amor y aun por las angustias del parto. Parteros y comadronas hábiles han salvado la integridad himenal de púdicas Julietas interesadas en fabricarse una segunda virginidad para un segundo Romeo. . . .”

Aplausos mezclados de risas saludaron estas salidas pinillescas.

“Si la virginidad es fantasmagórica, continuó el candidato entusiasta, la violación tiene que serlo con más razón. La mayor parte de las víctimas son “violadas voluntarias.” Nadie sabe hasta qué punto ha intervenido la atracción, la pasividad o la resistencia femeninas en cada caso. Demasiados medios de defensa tienen esas niñas. Si usaran de ellos, las cifras de pretendidas violaciones se reducirían de un 95 por 100. Comencemos por establecer la potencia de los músculos *custodes virginitatis*. Midamos con un dinamómetro especial, su fuerza de aducción y

opongámosla al empuje de los presuntos violadores. . . .”

No pudo continuar el práctico. La explosión de risas le cortó el hilo del discurso. Bosquejando un ademán de levantar el monte, agitó Birján la campanilla. Penequez, con el índice y pulgar en cruz, reprimió la santiguada. Gordete se aseguró de que la perla de la corbata permanecía ostensible y acariciando el brillantudo anillo, manifestó por lo bajo que la exposición de Piniillos carecía de elegancia. Los dos abúlicos asintieron.

Apareció Carriles, victorioso antes de combatir. La claque estudiantil aplaudió en él al putativo “anti-oficial.” Hizo una lección pudibunda. “Nada de nombrar el órgano agredido,” le había “soplado” al paso un emisario de Penequez; por lo cual, en vez de la prosaica designación anatómica, empleó el dictado estrambótico de “aparato mujeril pudendo externo.” El pudor se extendió como una gasa retórica por la fraseología de Carrilitos. El vulgar “himen” fué sustituido por el “diafragma virginal”. . . .¿Y aquello?— “Aquello” era lo grave *quid non dicendum*. Antes, durante y después de “aquello” fueron los períodos carrilesco por que atravesaron las violadas. Apenas si alguna vez se permitió alu-

dir a *aquello*. bajo la perífrasis de “conjugación sexual.”

Todo fué dicho de corrido, sin titubear, con ritmo galopante. Recitar el mayor número de palabras en el menor transcurso de tiempo, anheló supremo de sacamuelas, era el ideal oratorio de Carriles—ideal acariciado en sus ambulaciones estudiosas ante el perico de la azotehueta.

“Oh perico ¡qué triunfo!” decía Carriles en evocación secreta al oír los aplausos de la recua entusiasta y al percibir la complacencia halagadora del jurado.—“Este sí que es decente!” opinó Penequez en voz alta. Aquella elocuencia de loro púdico cayendo sobre un sínodo contagiado de tartufería doctoral le aseguró la cátedra por votación unánime.

Sólo una risa turbó su triunfo. Risa que empezó ronca y subió estridente, terminando en tonalidades agudas, risa que arrancaba de las profundas ironías, epilogaba la farsa latente bajo el grave ceremonial.

Salía de la garganta de Elvira Resendis sentada en un banco delantero, sacudida por crisis hilarante.

¿Quién ríe?—Una histérica.—¿Quién se atreve a reír con ese descaro imprudente?—La razón de la sinrazón, lo femenino insignificante, nadie!

La sacaron del salón casi en peso. Pedro Flor la abanicaba con un periódico, le oprimía el pulgar izquierdo, maniobras anti-histéricas, coronadas de varios éxitos en la Sección. . . . Surgió la Policía, representada por un personaje y un personajillo: Don Eduardo Velázquez y un "secreto." Excitado por un pudiente burócrata, protector de Doña Anacleta, el jefe de Policía rondaba por la Escuela para "controlar" la Oposición y cerciorarse del triunfo de Carriles.

—Un gendarme! propuso el secreto: habrá que llamar uno para que la lleven en camilla a la Comisaría.

—Eso sí que nunca! Camilla no! Comisaría no! clamó la histérica saliendo de su crisis, más en virtud de las conminaciones policiacas que de las maniobras resolutivas.

—Si no es nada: ya estoy buena! confirmó la joven repuesta.

El Inspector Velázquez creyó oportuno ostentar su autoridad.

—¡Hola, chiquilla! ¿Conque has hecho tu escandalito? Que te lleve este señor en coche; no a la Comisaría, sino a tu casa.

Y en voz baja, al "secreto:"

—Llévatela a la mía!



XXIX.

EL ANÓNIMO.

A las seis, había terminado la Oposición. Cerca de las siete de la misma tarde, Velázquez doblaba la esquina de la Rinconada hacia la casa de las Cariátides. Llegaba engraido con la idea de su influencia creciente. Su concepto cínico de la lucha social acababa de afirmarse una vez más con el triunfo de Carriles. La sentencia jesuíta “el fin justifica los medios” hallaba en su espíritu esta recíproca terrible: los medios *decorosamente* concertados abonan el fin. El “decorosamente” significaba: ornato legal, exterioridades correctas, “títulos colorados,” sellos curialescos. Todo se puede hacer por tales medios. Podemos robar a socios o coherederos siempre que, a favor de peritos complacientes, inventa-

riemos a nuestro gusto. Podemós matar. . . . a condición de estampillar al muerto. “La estampilla. . . . he ahí todo! A este pobre Carralitos, ya le dimos estampilla de sabio.”

Formulando esta conclusión, subió la escalinata en que salió a recibirle Cándido Cuéllar.

—¿Hay novedad? interrogó el gran polizaico.

—Una caja de vestidos de señora.—Arcadio Pérez, de la Secreta, trajo a Doña Elvira, la chifladita.—Llamaron, por teléfono, de la 7ª

La llamada telefónica se repitió al instante, Redoblados timbrazos invitaron a Velázquez a comunicarse con la 7ª Comisaría.

—¿Qué ocurre?

—Choque y descarrilamiento por el Egido.

—Muertos? . . .

—No: machacados. “Fracturas y contusiones no graves” dice el practicante. ¿Qué hacemos?

—¿Cómo qué? Arriar con ellos a la Sección.

—Hay *decentes* que se resisten. Quieren irse a curar a sus casas. Entre ellos, el hijo del Contador Mayor de Hacienda.

—¿No hay otro de *arriba*?

—Creo que no.

—Bueno! Pues a ese dejarle ir. Arriar con los otros!

Colgó la bocina, y dirigiéndose al mayordomo:

—Tengo días en que este teléfono *me carga*...
A ver los vestidos.

Presentóle Cándido una gran caja de cartón. Abierta, se dejaron ver dos ropas de novia destinadas a la futura del Inspector. Blanca la una y la otra negra. La blanca decía la última ilusión de la niña; la negra, el primer desengaño de la mujer. El velo virginal, las guirnaldas y diadema de azahares—azahares de trapo—proclamaban la comedia social encubriendo carnales realidades.

Gozóse el Inspector en extender el traje blanco sobre el diván rojo en que cierta noche se debatió Elvira Resendis. A este recuerdo, surgió el contraste entre la endeble histérica y su novia oficial: ¡Una reina! ¡Cómo resaltarían sus formas bajo la seda, y en pos de qué pies iba a arrastrarse la larga cauda! En un rincón de la caja descubrió los zapatos satinados, de aspecto columbino. . . . Hacia aquellos pies iban a volar los dos pichones dormidos.

El teléfono cortó el curso de estas ideas epitalámicas, con retintín prolongado.

—Ya comienza de nuevo esa matraca. A ver, Cándido ¿qué quieren?

Tomó el fámulo la bocina e informó:

—Ordena el señor Gobernador que vaya Ud.

al Callejón de la Pulga, en la 2ª, donde hay algo grave. Un muerto sospechoso en un cuarto de vecindad. El médico fué a reconocerlo y no quiso expedir certificado, porque parece que presenta una herida punzante.

—Vaya una pamplina!. . . Que arréen con él a la autopsia.

—No ha sido posible sacarlo; y la cosa se pone fea para la policía.

Mal humorado, Velázquez hizo pedir explicaciones. Y vinieron. . . . Ni la mujer del muerto, ebria hasta el idiotismo, ni los porteros asociados con ella en la borrachera del velorio, habían estado en aptitud de dar a la Comisaría el “parte del muerto.” Por lo cual, el cadáver comenzaba a descomponerse, y llegó el hedor a la Comisaría en forma de quejas de los coinquilinos.... Los camilleros que fueron a sacarlo, invitados al velorio sin fin, titubearon sobre sus piernas. Se fueron a reconfortar a la pulquería próxima. Entretanto, crecían el hedor y las quejas. . . . El caso salía de lo vulgar. Herida oculta, complicada de borrachera general y fetidez. Se requería el alto personal.

—Que vaya Vicencio! contestó Velázquez.
A lo cual replicó el teléfono:

— Ordena el señor Gobernador que vaya Ud. personalmente.

El reiterado “ordena” provocó en el Inspector un gesto de torturado. Plegó de prisa la ropa blanca y la puso bajo la negra, como si la vista de aquella le hiciese daño. Sus ideas tomaron la negrura del traje superpuesto, del lóbrego y pestilente cuartucho cuya visita se le imponía. ¿Era eso lo que su ambición soñaba en el puesto? Permanecer en él le parecía insupportable. Lo había ocupado como un escalón para elevarse, y el escalón giraba, le caía encima como la trampa sobre el ratón.

Agitado, movióse a grandes pasos por la sala: se sentó luego en un sillón, con los codos en los braceros, estrujándose las guías del bigote. Las ideas blancas se iban: venían las negras en tropel. . . . “Urge preparar el golpe” murmuró, y gcozoso de reaccionar contra las órdenes, ordenó:

—Oye, Cándido. traeme a la muchacha.

—¿La *chamaca*? Mire que *se huye* y nos va a dar guerra otra vez.

—Sólo la quiero para que me escriba una carta.

Se presentó Elvira andando derecho, curada temporalmente de su pie equino. Velázquez calmó su inquietud con un aire de protección tran-

quila. A solas con ella, la hizo sentarse frente a la máquina en que solía Tecla ejercer su pericia.

—No te asustes, chiquilla! Ya no te mandaré a la Canoa. Has salido curada. . . . Debes estar-me grata. . . . Te soltaré pronto. Se trata de que me escribas una carta para advertir a un gran personaje de que lo amagan. Preparan un golpe; piensan echarle encima un matón anarquista. Por lo cual se le previene. . . . Para estas cosas no sirve Tecla. Sólo trabaja al dictado. . . . Aunque ya pretende escribir de cacumen. Como que anda por allí queriendo hacer pininos de periodismo; quiere dejar mi máquina por el reportazgo en “el Justiciero.” Apenas viene. Es un. . . . tecla! Tú vales más. Eres medio literata, no obstante tu poco de Ortografía. Redáctame eso a tu modo; pero cortito.

—¿En verso o en prosa? preguntó Elvira ingenuamente.

—En prosa, por supuesto, replicó el Inspector sin poder reprimir una risa que turbó un poco la gravedad del diálogo. Pronto se repuso, afirmando:

— Es cosa seria, muy seria!

Trascurrieron solemnes momentos mientras la joven apoyaba en la diestra su frente pensa-

tiva. Cuando hubo bajado la inspiración, escribió:

“Señor! Los malbados os acechan en la sombra. Sucitan contra vuestros preciosos días un crimen nefando para borraros del catálogo de los vivientes. . . . Guardaos del asesino! Ay de los proterbos! Ay de vos! Ay de la patria!”

Elvira desprendió del cilindro la cuartilla escrita, como pudiera extraer su hoja sibilina una moderna Egeria.

—Bien! Sólo algunas faltitas. . . . Pueden dejarse para dar un sabor democrático. El aviso sale del pueblo. . . . Pero ¿para qué son tantos *ayes*? observó el inspector. Echas más *ayes* que mi buena amiga Doña Anacleta, viuda de Pimienta.

—Es que suenan bien. Esto emociona como: “Ay de la esposa infiel!—Ay de la ingrata!”

—No empieces. . . . Los quitaremos. ¿Y por qué usas el *vos*? Mejor el *usted*.

—¡Ah, no! “Usted” es pedestre. Aquí se necesita el vos, la prosopopeya. . . .

—¿Quién te ha enseñado tanto?

—El padre. . . .

Elvira se detuvo palideciendo. Acababa de resurgir, entre ella y su interlocutor, el fantas-

ma cadavérico de Tortolero. Precipitadamente, Velázquez imprimió otro giro al coloquio.

—Tengo que salir pronto. Corrige los ayes y el *vos*. Aquí tienes una cubierta.

Automática, la versátil histérica pasó a las nuevas ideas sugeridas. Hizo un segundo ejemplar, corregido y disminuido: lo puso bajo el sobre y preguntó:

—¿Rotulo?

—¿Cómo! Si no sabes a quién! Eso me toca a mí.

—¿No es al Sr. Presidente de la República, General Porfirio Díaz?

—Demonio de chamaca! Rotula, pues, ya que diste en el clavo. Agrega: “Reservada.—Domicilio. Cadena 8.”

Poco después, un mensajero especial depositaba la carta en el buzón presidencial de la calle de Cadena. En la esquina de Cadena y Colegio de Niñas, Velázquez, acompañado de Vicencio, espiaba desde un coche de alquiler, la entrada y salida del mensajero. Cuando se cercioró de que la carta estaba en buena vía, se volvió hacia Vicencio, diciendo:

—¡Ahora sí! Ya es tiempo de acabar con estas “trinquetadas” del oficio. ¡Maldita la gracia que me hace el visitar vecindades apestadas, por

orden del Gobernador!—Y al cóchero, con rabia concentrada:

—¡Al callejón de la Pulga!

Casi al mismo tiempo, Pedro Flon que atisbaba la casa de las Cariátides desde un rincón de la Rinconada, vió salir a Elvira.

Ya no era sexual deseo lo que hacía correr al estudiante tras ella. Al igual de Carriles, convencido estaba de que la joven reservaba sus caprichos para seres extraordinarios, y que, para determinarse al amor, necesitaba cierto religioso misterio, imposible de realizarse con un pobre laico, supernumerario de Comisaría. Sentimientos de adhesión amigable, casi fraternales, sucedieron a las primeras impresiones: y ahora sólo la buscaba como compañera de vicisitudes y venganzas, su aliada natural. Le siguió los pasos, abordándola en la Alameda.

—¿Para qué la quería el Inspector?

—Para que le escribiera un anónimo. . . . Algo terrible se prepara.

Pedro Flon estaba lejos de inscribirse entre esos estudiantes de saco roto que tienen oídos y no quieren oír. De lo poco que pudo sacarle a la histérica, conservó la fabricación de un anónimo al Presidente, con fines siniestros. Lo que animaba al estudiante contra Don Eduardo era

vaga hostilidad infantil, deseos de pincharle las caderas con alfileres o de prenderle una cola inflamada. Ni su odio de pequeño impotente se dirigía contra la persona misma del Inspector, sino contra lo que ella le representaba, es decir, la fuerza bruta del poder. Era esa fuerza la que le inmovilizaba en una Sección médica, con veinticinco pesos al mes, como supernumerario crónico. Era ella la que salvaba en coche a Berlinguez “trompeador” y consignaba entre gendarmes a Milanés “trompeado;” la que abatía a su jefe Sergio por independiente y taciturno, mientras ensalzaba a Carriles por yerno hablantín y plegadizo.

Juntos siguieron por la vía ancha de la Alameda hacia la glorieta central. Reinaba el silencio en el viejo parque, sólo interrumpido por el chisporroteo de los reverberos eléctricos, entre cuyas trémulas proyecciones alargaban sus sombras los fresnos y eucaliptus.

Elvira se echó a retozar con versos de Fray Luis:

Oh bosque, oh fuente, oh río!
Oh secreto seguro deleitoso!

—¿Dónde está el río?—interrumpió Flon.

La histérica esquivó el punto con uno de sus bostezos habituales. Pero a falta de elemento

fluvial que la surtiera, la fuente seca del centro se ostentaba empavesada con banderolas y enramadas. Desviándose a la derecha, la calzada Sur de la Alameda, les ofreció más claro el espectáculo de una fiesta próxima. Vieron los farolillos colgarse á las cuerdas ondeantes, prenderse al ramaje de los truenos, en tanto que el lienzo tricolor, con escudos de águila y nopal, se izaba al extremo de postes emperejilados. Vieron el pabellón morisco disponiéndose para recibir al Presidente de la República: bajo púrpuro dosel, un estrado guarnecía el vestíbulo; la escalinata se esforzaba por parecer suntuosa a la sombra de un toldo.

Menos de cuarenta y ocho horas faltaban (era aquella la noche del 14) para que el Presidente Díaz subiese, por los alfombrados escalones, a presidir la solemnidad matinal del 16 de Septiembre.



XXX.

SOCIALISMO INCONSCIENTE.

Pasó la noche del 15 de Septiembre como pasan para la ciudad de México todas las noches de esa fecha: "en un grito." De ordinario, la muchedumbre mexicana no manifiesta. Chifla al cohetero en las pirotecnias; chifla y aúlla en los toros; vocifera en alguna rarísima sesión de la Cámara: pero para probar que esas no son más que desviaciones de su normalidad, se recoge habitualmente en una calma chicha.

Cuando algún periódico dice: "La multitud aclamó a su paso al egregio Fulano," no hay que tomarlo a la letra. Se trata de una mentira cortés en honor del egregio. La multitud mexicana, indiferente y pasiva, no aclama a nadie; chifla, como durante la pirotecnia, hágalo mal o

bien el cohetero. Cuando, por acaso, un grupo de claque aclama, la masa guarda un silencio irónico o lo secunda con los “vivas” lánguidos de alguien que se va a acostar.

A acostarse va, en efecto, todas las noches, entre nueve y diez: pero la del 15 de Septiembre se echa a velar gritando. Grita “vivas” que varían ligeramente, según las épocas. El “viva la Guadalupe!” y “mueran los gachupines!” fué de los primeros 15. Después vinieron otros “vivas” y “muera.” En el 15 de 1897, reciente la guerra de Cuba, se gritaba todavía, como en el precedente: “viva Cuba libre! y muera Weyler!” Asociado con este “muera” que expresaba el odio a la dominación española en la gran Antilla, resonaba ¡oh incoherencia! el tradicional “mueran los yankees!” sin estimar en nada la intervención libertadora, en la isla tabacalera, del vecino tío Samuel.

Es que a través del año la recua popular sufre en silencio la garra extranjera. El extranjero la invade por mayor: le lleva lo mejor del suelo y del subsuelo; pesa enormemente en la política y en la administración. . . . ¡Silencio en las filas todo el año! Pero la noche del quince septembrino se desahoga. . . . en mortandades verbales de grupos exóticos, hecatombes vocingleras de gringos.

Como en los precedentes, en aquel 15 la “grin-

gofobia” se apagó con los últimos “mueran los gringos!” a las cinco de la mañana del 16.

A esa hora resuenan los veintiún cañonazos de la “salva” matinal, y el pueblo enronquecido se dispersa: unos van a dormir en sus tabucos de vecindad: otros duermen por calles y plazas, en cuclillas o sentados en bancos. De este número era el peladín Arnulfo Arroyo que, con la barba pegada al pecho. “dormía la mona” en un banco del Zócalo. Toda la noche había ejercitado sus cuerdas vocales con trocitos de zarzuela, “vivas” y sobre todo “mueras.” El “viva la Independencia!” era su favorito: por lo mismo que se sentía muy dependiente.—“¡Mueran los gringos!” ¡mueran las comisarías!” “muera la cárcel!” “¡mueran los caciques!” y otras incoherencias. Al alcohol de las cantinas sucedió el de una botella depositada piadosamente entre piel y camisa. Cuando despertó de la dormilona cerca de las siete, su primer movimiento fué sacar la botella y apurar un fondito.

El sol, levantándose en un cielo límpido, inundaba de luz la gran plaza, la catedral y el palacio—vetustos albergues de la Religión y el Gobierno, en que ondeaban banderas,—el pavimento marmóreo sucio de bagazos, cáscaras y otros detritus, el Mercurio en bronce, de pies ala dos, lan-

zándose a volar enfrente del ebrio. Hormigueaba la plebe, y el enjambre de billetteros y papeleros empezaba su profesional persecución. Voceaban el premio gordo del 16 y el programa de la fiesta. Premio y fiesta no le conmovían. El “gordo” no era para él, que carecía hasta de los cincuenta centavos, minimum pecuniario correspondiente a la fracción mínima (un vigésimo) de billete. La fiesta no era tampoco para él, privado de empleo, sino para ellos, los “caciques.” El cacicazgo era, en la fantasía de Arroyo, algo como la bíblica escala de Jacob por cuyas gradas, los bienaventurados, poseedores de empleos de cien pesos, subían al asalto de los de quinientos. A medida que llegaban a la cumbre, el Caudillo, en una nube, recibía sus profundas reverencias.

—“La Vindicta Pública!” “El Justiciero!” vociferó un papelero sacudiéndole en la nariz su rollo im, reso. Arnulfo murmuró una injuria, despechado de no tener ni unos centavos para pagarse un rato de lectura. Pero en rápida ojeada pudo percibir retratos que le parecieron de Hidalgo, Juárez y Porfirio Díaz.

Sin leer, adivinó las tiradas elogiosas, los sentimentales clichés que reproducía a cada fiesta un patriotismo circunstancial. El ebrio se rebelaba contra toda glorificación: no aceptaba la

gratitud hacia los caudillos. . . . ¿Qué agradecerles?—Si se habían elevado a lo más alto de la escala, no era sino porque todos los pobres diablos como él les habían servido de escalones.

En su mente de letradito decaído, el escepticismo fermentaba en agruras. Las nociones inal recojidas en la época estudiantil, los paladeos a la Lógica y a la Filosofía Positiva en la Preparatoria, las iniciaciones a la chicana legal en la Escuela de Jurisprudencia, le producían, con una gran idea de sí mismo, un profundo desprecio por las convenciones reinantes.

Particularmente le escocían los himnos en prosa a la felicidad de la patria. Poco le importaba que el himno tomase la forma de demostración numérica; que argumentos en cifras probasen la felicidad del pueblo, porque las aduanas recojían más dinero que antes . . . De todo el movimiento aduanal una sola partida le había llamado la atención en sus juveniles excursiones por la Estadística: era la de los licores importados. No podía olvidar que los respectivos derechos formaban una de las cifras más halagüeñas para el Erario. De allí, por una fácil pendiente deductiva, se deslizaba a acusar al Gobierno y al Presidente, de su propia intoxicación

por bebidas adulteradas. Las simientes de lógica escolástica, cayendo sobre ciertos cerebros, engendran conclusiones terribles contra el Estado instructor. . . .

Arnulfo Arroyo no había robado el apellido. Era el hombre del arroyo, el arroyo hecho hombre, desbordándose en corriente de vagancia a la orilla de las aceras.— Hay vagabundos mecánicos que van por campos y ciudades con el alma tan vacía como la bolsa. El *tramp* yankee, el *cheminot* francés no piensan más que en animalías: comer, beber, andar y dormir. Pero cuando el vagabundo ha recibido “los beneficios de la educación” sufre los estragos de una doble degeneración, intelectual y física. Es fantástico y débil. La musculatura se le atrofia al propio tiempo que su idealismo se resuelve en convulsiva parálisis. Ya no es el hercúleo Juan Valjean, en potencia de propia redención, devorando kilómetros con sus zuelas agujereadas. Apenas se mueve: casi siempre estaciona. Es guardacantón de esquina, pilar de taberna, estatua sentada de banca pública. Es Arnulfo Arroyo, vagabundo iluminado, víctima consciente del medio social, que desfallece de ocio en la plaza mayor, clamando al cielo por trabajo.

—Ay amigo! A nosotros no nos regeneró la

revolución porfirista. . . . aunque tú te hayas metido a “soplón” con peso diario.

El amigo confidente era Antonio Milanés, gendarme de fresca data, que aquella mañana se detuvo a saludarle y se sentó a su lado. Estaba “franco” y “de paisano,” dos circunstancias que le permitían abandonar el garrote autoritario y fraternizar con el bohemio. Conocido es del lector de esta historia Antonio Milanés, víctima de la descomunal “trompada” de aquel furibundo Berlinguez que se retiró triunfalmente con Velázquez mientras su pobre humanidad de “trompeado” pasaba entre gendarmes a la 5ª. Desde tan triste aventura, el estudiante de Medicina decayó velozmente. Su carácter se agrió; ya no se le vió sonreír ni participar en las alegrías de sus compañeros de estudio. Algunos, amantes de triunfos fáciles, quisieron renovar sobre él la hazaña pugilística de Berlinguez. Milanés se armó; aun puso a raya a un fortachón, con imponente navaja catalana. Por ende ganó fama de “malo.” Se aisló. Faltó a las clases. “antros de la injusticia escolar, tan negros, decía él, como los juzgados, antros de la injusticia jurídica.” Se replegó a las cantinas y halló en las copas el secreto de una alegría estúpida, no tanto, en su sentir, como la tediosa langui-

dez de una sociedad cuya animación suprema se sintetizaba en el monótono paseo de 7 a 8 de la noche en las calles de Plateros y San Francisco.

Breve: que Milanés “destripó” de la Medicina, como Arroyo lo había hecho de las Leyes, con la diferencia de que Arroyo se echó a la vagancia pura y simple, mientras Milanés se dió de alta en la policía del Distrito. Flojamente desempeñaba su oficio gendarmaril aprovechando todas la oportunidades de salir *franco*.—Con tal franquía, despojado de su uniforme, se había paseado la noche del 15, sabiendo que la del 16 tenía que emplearla en servicio del orden público. . . . No era esta posición oficial del uno, motivo de separación entre los dos amigos. Ambos derrumbados de la intelectualidad, ambos “crudos” de la borrachera nocturna, se inspiraban en la comunidad de situaciones para filosofar sobre la vida.

—De veras! A mí no me regeneró la revolución porfirista, corroboró Arnulfo Arroyo; y vaya que ha regenerado a otros! A los ladrones de caminos y veredas, los hizo “guardias rurales.” Regeneró a muchos licenciados y médicos politiqueros haciéndolos diputados mudos. . . . Pero ¿a mí qué?—Yo sigo la suerte de los rateros no

regenerados. Nos llevan a la cárcel de Belén, y de allí salimos peores. . . . ellos a robar; yo a beber más fuerte. Si al menos, en la prisión, nos enseñaran algún oficio: que saliera yo de allí tabarbero, sastre. . . . algo que regenere.

—Dicen que se va a abrir la Penitenciaría, repuso Milanés; y que habrá talleres.

—Pero allá no pasarán más que los de larga condena. Los borrachos nos quedamos en las zahurdas de Belén con los rateros. . . . Será preciso que haga yo una *gorda*.

Hubo un rato de silencio. Meditabundos entre el gentío, los dos bohemios, con sus pantalones de bordes carcomidos, sus chaquetillas raídas, sus fieltros aplastados, guardaban la contención de dos filósofos cínicos dialogando en el ágora de la antigua Atenas.

Habló Milanés:

—Yo, desde la trompada de Berlinguez, he ido para abajo. Cuando salí de Belén, le mandé a Robles y a Figueroa para que lo desafiaran en mi nombre. El envió sus padrinos a un escribano que hizo actuar mi provocación. Me acusó de *tentativa de duelo*. Por estos tiempos las querellas se ventilan en juzgados ante curiales que tratan al honor como una antigualla legal.

—¿Qué te dijo el juez?

—Que no estábamos en la edad caballeresca.

—¿Y qué le *dijistes*?

—Que estábamos en la edad caballuna. Triunfa el que tiene más fuerza para dar una coz.

—¿Y qué te dijo?

—No me dijo nada. Me metió de nuevo a la cárcel. Cuando salí no tuve más que buscar cualquier empleo. Al fin, me he dado de alta en la policía, ¡maldito oficio!

Levantóse Arroyo, con el puño crispado, al influjo de vago cosquilleo. Terminó el debate en la cantina próxima, la de Peter Gay, esquina de Plateros y Mercaderes, ante unas copas que costó Milanés.

Sin saberlo, los dos bohemios eran socialistas, engendros fetales de un socialismo rudimentario, único posible en el país y en la época. Mientras, en sociedades maduras, las aspiraciones y vindicaciones se formulan y organizan, en pueblos nacientes apenas si alcanzan a expresarse, mal articuladas. En los campos, el socialismo agrario resulta bandidaje: en las ciudades, una plebe truhanesca practica el comunismo por la vía del hurto, vulgo “ratería,” con sus dos legiones rateras de calle y de casa. Frente a tales plagas, los dichosos poseedores (*beati possidenti*)

glorificaron la autoridad ilimitada, unitarista, referida a una sola voluntad y un solo jefe. En nombre de esa autoridad, algunos rústicos fueron ahorcados, algunos ciudadanos echados a envilecerse o a morir a través de prisiones sucesivas. Reducidos a cero, los socialistas fetales, se resignaron a una insignificancia bestial con tal de tener alcohol todos los días y toros cada domingo.

Entonces la pequeña minoría de “dichosos poseedores” creyó llegada la hora de proclamar que no había cuestión social en el más feliz de los países. Fueron más allá que el Caudillo. Este sólo creía en haber influido, con otros coautores y otras concausas a la evolución general, proveyendo al país de lo más necesario. Ellos aseguraron que él por sí solo, había dado todo lo necesario y hasta lo superfluo. Al que, viniendo de medios más avanzados, señalaba la vasta desnudez territorial, la miseria moral de las recuas poseedoras alternando con la miseria material de las pobres. . . . a ese se le invitaba al silencio con ironías fáciles. Si no callaba, se revelaba feroz el fanatismo de las oligarquías.—“Insultáis al Caudillo,” decían, forzando la alusión. Y como el Caudillo no se reconocía aludido:—“Insultáis a su primo, al hermano de la cuñada de su tío,

a su comadre del último bautizo". . . . ¡Dulzuras del poder concentrado!

Es achaque propio de ciertos grupos que circundan el poder de un dictador el querer ofrecerle víctimas. Los impele una fuerza retroactiva tendiendo a restablecer las antiguas inmola- ciones en aras de un dios. En México la susti- tución de víctimas humanas a corderos, terneras, gallos, etc., reviste el carácter de un hecho an- cestral. Los aztecas que desvisceraban hombres sobre altares traquíticos al advenimiento de un tirano, tuvieron sus herederos en el grupo del Inspector Velázquez y socios. Constituido en ca- mada lobuna, ese grupo espía desde su guarida, asechaba víctimas propicias. Ah! ¡Si hubie- se existido en México el socialismo con su dege- neración anarquista! ¡Cómo se habrían echado sobre él aguzando el colmillaje! Declarar facine- roso al soñador de utopías, anarquista militante al reformador libertario, llámese Savonarola o Francisco Ferrer, es la obra favorita de los gru- pos sacrificadores. Pero en México no había en aquel tiempo nada de eso; no había más que aquellos dos esbozos vivientes de socialismo que en la mañana del 16 de Septiembre, tomaban su desayuno alcohólico en el Bar-room de Peter Gay, cantinero alegre como su nombre inglés.

cubierto eternamente. tras de su mostrador, con una gorra turca.

Arriba estaba la llamada “intelectualidad:” debajo la indiada y la plebe. El socialismo, no pudiendo salir de éstas, salía de los intelectuales decaídos, y encarnaba en las personitas de los dos “destripados” de Jurisprudencia y Medicina. Socialismo infantil, en vano le hubiérais pedido un programa de acción. Todo su impulso vindicativo se condensaba en una violencia simplista: “la trompada.” Pero existía una diferencia en la forma bajo la cual cada bohemio concebía la aplicación del “puño cerrado.” Provenía de las tendencias divergentes que dejaban en sus espíritus los estudios abandonados. El estudio del Derecho permite el libre juego del espíritu sobre realidades movedizas, convicciones, oportunismos, en tanto que la Anatomía y la Fisiología, bases de la Medicina, requieren un apego absoluto a seres y hechos, órganos y funciones, todo objetivo, nada arbitral. De allí que el de “Leyes” fuese fantástico y el de Medicina analítico. Por un subjetivismo megalizante, Arnulfo se creía grande en su miseria y osaba contra lo grande: quería “trompear” al Caudillo!

—A mí no me duele que nos mande un hombre de tamaños, observó Milanés, empuñando

con la izquierda su segunda copa de ginebra en tanto que meneaba la derecha como si, armada todavía del escalpelo de otros días, fuese a atacar una región anatómica.—“Al mando de un jefe como él, se va a cualquier parte, hasta al pesebre. . . . Pero él tiró la bola y la deja rodar. . . . Luego vinieron otros a tomarla: viejos ex-traidores, avaros de manos vivas y filántropos de manos muertas, unos cuantos frailes golosos, extranjeros perniciosos y yernos diputados. . . . Que nos manden esos; es lo que me duele.” Y esgrimió el puño contra el montón ideal, no de un sólo golpe, como Arroyo, sino en giro circular.

—¿Yernos? . . . También las suegras mandan, hizo notar el cantinero Peter Gay surgiendo en la discusión con su gorra turca, y prosiguió:

“Dicen que Doña Toribia Riechi quita y da empleos, Doña Pancha Escajadillo de Borones influyé en los negocios de aguas: Doña Anacleta Tresillo de Pimienta.

—Brindo por ellas, interrumpió Milanés con galantería heroica y apuró el ginebra.

Ensimismado, Arnulfo Arroyo salió a la calle con el aspecto de un infeliz que va a cometer una barbaridad.



XXXI.

LA TROMPADA AL CAUDILLO.

Se echó a vagar por la Avenida de San Francisco y Plateros en dirección a la Alameda. Oyó toques de cornetas, marciales redobles. Se sintió barrido por la caballería, empujado a la acera, tras una valla de soldados que presentaban armas. Avanzó escurriéndose. Los bien vestidos, los de la recua endomingada, se apresuraban a dejar el paso libre a aquel andrajo vivo envuelto en grasientos andrajos, aquel rostro citrino de barba inmunda, sudoroso de alcohol. Se daba él cuenta del asco que inspiraba, y en el fondo de su delirante grandeza, ideas de miseria sobrevenían, intercurrentes. Al paso por el Jockey Club, vió la puerta salpicada de jóvenes quintesenciales cuya principal ocupación

consiste en disparar flechas de ingenio contra los transeuntes; en el fondo, sentados en estrado, distinguió a los vetustos profesionales del amor y del naípe. Y ensanchó su tema: "ni a estos ni a mí nos regeneró la revolución porfirista." Detenido unos instantes en el jardincillo de Guardiola, vió los balcones circunvecinos, los intercolumnios de la "casa de los leones" poblarse de curiosos que tendían el cuello en espera de la *comitiva*.—"Preciso será que haga yo *una gorda*," para que me lleven a estrenar la Penitenciaría," repitió al oído de un camarada parrandero: "y que venga otro Emperador, aunque sea el arzobispo." El delirio agudo se anunciaba con un dislate.

Siguió hacia la Alameda. Su instinto de ebrio famélico le llevaba a la cantina de Prendes en la esquina, hoy destruida, del Puente de San Francisco y Mirador de la Alameda. Sentía el estómago hueco. Esperaba encontrar allí quien le granjeara, con una copa, el acceso al *lunch* libre, muy reputado: guachinango fresco, barbacoa, guacamole y tortillas. Pero tanto la puerta del Puente como la del Mirador estaban obstruidas por pelotones en expectativa, desbordando de la cantina repleta. Como le resultaran inútiles las tentativas por entrar, se quedó ale-

lado, silbando a la sordina una tonadilla. Permaneció del lado del Mirador, cerca del par de carnívoros que necesitaban letreros para acreditarse como verdaderos leones.

En ese punto, la valla militar formada por los cadetes de Chapultepec se espaciaba a trechos practicables. Arroyo consideró que podía pasar fácilmente entre los dos cadetes próximos. “¡Estos chiquillos!” murmuró, abarcando de una ojeada sus espaldas y cuellos erguidos con marcialidad que atenuaba la tempranía de la vida. El megalismo sucedía en el ebrio trasnochado a la postración matutina. El sol, acercándose al meridiano, caldeaba la atmósfera, tan propensa a deshidratarse en la altitud. El calor y la sequedad unían sus irritaciones a los aguijoneos del hambre. El impulso nacía, preparado por alucinaciones subconscientes de fuerza. Vió todo pequeño en torno de su *yo*. Se sintió *muy hombre*, capaz de arrebatarse el arma a un cadete y acometer contra los que le cerraban el paso a la cantina. “¡Como no se acaben la barba-coa!” . . .

Pero la aproximación de la comitiva le distrajo de esta idea succulenta. Pasó la descubierta de policía montada, desfiló la burocracia en columna cerrada de levitas y chisteras, luego apa-

reció el núcleo de la procesión cívica marcado por sombreros penachudos. Entre éstos se distinguía el bicornio del Presidente quien, con su uniforme de General de División, marchaba con paso militar, destacándose del grupo de generales, ministros y diplomáticos. “Es él!” oyó Arroyo como si alguien se lo gritase al oído. En ciertos estados delirantes, la exteriorización de las sensaciones determina el impulso. Ya no era su propia fuerza ilusoria la que le invitaba a lanzarse. Eran múltiples fuerzas convergentes: las arterias ambiciosas de Velázquez:—las sugerencias de Hermundio y Penequez:—el hambre:—el antojo de saciarla en la cárcel, postrer refugio;—ansias quijotescas de vengar a “su clase” abofeteada en la persona del hermano Milanés.

Aquí el autor deja la palabra al “Justiciero,” periódico de la época:

“El Sr. General Díaz se aproximaba al lugar designado para la ceremonia oficial, cuando precisamente al llegar al punto en que se encuentran situados los leones que sobre pedestal de mármol dan acceso al *conocido* parque (¡donoso epíteto!), un hombre densamente pálido (donosa densidad! ¿puede decirse de la palidez, ni aun en figurado, que es *densa*?) y de aspecto repugnante, rompe con decisión la valla que en aquel punto formaban los alumnos del colegio militar.”

“El cadete, que no esperaba tal agresión por la espalda, cede a la violencia del empujón recibido, *pierde* el equilibrio (sin caer!) y cuando repuesto, se dispone al cumplimiento de su deber, ya se había llevado a cabo

EL ATENTADO.

Aquel criminal insensato, veloz como el rayo (velocidad *cursi*) se precipita, abriéndose paso entre los Sres. Generales Pradillo y Comodoro de la Armada Nacional, Sr. Ortíz Monasterio, quienes, por mucha *actividad* que desplegaron (vaya una actividad!) no pudieron evitar que se arrojara sobre el Sr. Presidente y le infiriera un golpe con algún objeto, tal vez una piedra que llevaba en la mano, haciendo caer el sombrero montado y produciéndole una conmoción que por fortuna *no tuvo importancia alguna*.”

“El Sr. Presidente hizo un movimiento, como para librarse de un objeto que caía sobre él; pues se imaginó que un poste que había visto vacilante al impulso de la multitud, se había desplomado.”

“El Sr. Monasterio asestó luego un tan tremendo palo sobre la cabeza del agresor que lo hizo vacilar; y como se rompiera el bastón, con un pedazo de él que pudo agarrar (primer *agarrón*) el insensato quiso desprenderse del General Pradillo que trataba de derribarlo, y con él le desgarró la manga de la levita.

Los señores ayudantes lo agarraron (segundo *agarrón*) luego, y sujetándolo fuertemente, lo dejaron imposibilitado para moverse y lo entregaron al Capitán Lacroix.

Entretanto, el Sr. Presidente se inclinó a coger su sombrero montado que *se colocó en la cabeza* inmediatamente y contestó a las preguntas que le hicieron los señores mi-

nistros diciéndoles que absolutamente nada serio le había sucedido.”.....

“El Sr. General Díaz siguió tranquilamente su marcha, limitándose a encargar al Sr. General Lacroix (*¿tan pronto General!*) la custodia del reo pronunciando esta frase: “cuide Ud. que no se haga ningún mal a ese hombre.”

Y sigue el periódico:

“INDIGNACIÓN POPULAR.

Hubo un incidente que causó honda sensación entre los que lo presenciaron. Un hombre de la clâse humilde (*¿qué hubiera sido si no fuera humilde?*) un cargador, se lanzó frenético sobre el *asesino* (*Sic!* Un agresor que no causa lesión de importancia alguna, pasa a asesino, como pasó a general el capitán Lacroix, con la *velocidad del rayo*); y en arranque implacable (*¿qué tal clase humilde?*) lo agarró (*tercer agarrón*) por el cuello y amenazándolo con un puñal, le dijo: “¿qué le ha hecho Ud. al Sr. General Díaz?”— La policía evitó que ese hombre desahogara su ira sobre el *asesino*. (Y dale! El “Justiciero” insistía en matar al Presidente por su propia cuenta.)

Al través de los años, esa agresión, cuyos efectos se reducen a tirar un sombrero, aparece grotesca como la literatura informante. El barbarismo se propaga. Va de Arroyo al comodoro, al cargador, al cronista. Seguirá propagándose. No quedará después de tanta insanidad más que una frase cuerda:

“Cuide Ud. de que no se haga ningún mal a ese hombre.”



XXXII.

CONFORME A LA LEY.

Con aparato bélico, espadas desnudas y pistolas al puño, lo llevaron al cuarto de guardia del Palacio Nacional. Luego el "asesino" pasó de Herodes militar a Pilatos polizaico. Fué el Inspector Velázquez quien se arrogó el derecho de llevarlo al Municipal: lo situó en la antesala de su despacho, inmovilizado con una camisa de fuerza y rudas cuerdas. Una de éstas, enrollada en torno de cabeza y cuello, se le hundía en la boca entreabierta.

—Muy bien. Don Eduardo: ya tiene Ud. agarrada a esa fiera anarquista!

—Y con bozal, respondió Velázquez a Tecla, convertido ya en repórter del "Justiciero," mismísimo autor de la precitada narración del

“Atentado.” Gacetilleros y repórters acudían en tropel. También personajes distinguidos, venidos allí por curiosidad o invitados por el Inspector. Todos contemplaban a Arroyo hecho un lío, en cuclillas, “chistoso” según algunos que reían de su meneo de quijadas para librarse del doloroso bozal.

Descollaban en el ruedo, por su importancia, un Don Generoso, Coronel y juez militar, con su secretario, y nuestro doctor y profesor Carriles, elevado a consultor médico-legista.

Tomó la palabra Don Generoso:

—Comenzaremos, señor Inspector, por examinar lo que se le encontró al reo.

Y como el secretario procediera a desenvolver un paquete, los circunstantes, alarmados esperaron la aparición de documentos incendiarios, puñales, venenos, explosivos. . . . En vez de ellos fueron saliendo un rosario y varias medallas religiosas que el anarquista llevaba pendientes al cuello; como armas, ni un alfiler; como papeles comprometedores, ni una carta de novia.

—¿Qué tal? exclamó Velázquez. Nada en dos platos. Ya lo sabía yo. Este es un *vivo*.

—Y de los más peligrosos, corroboró Carriles, con acento profesoral. No hay más que ver a los asesinos de reyes y presidentes. Han sido falsos

místicos. Ravailac tenía doce escapularios entre pecho y pechera. Jacobo Clement estaba *cuajado* de cruces y reliquias; Caserio Santo....

—Le voy a tomar declaración, vociferó Don Generoso cortando la letanía carrilesca.

Ordenó Velázquez que desbozalaran al reo, cuya primera declaración fué que tenía hambre.

—“Hambre!” A ese grito de un estómago vacío, la Policía, la Judicatura, el Profesorado, respondieron con ironía inmensa. Apaches y comanches le dan de comer, a un prisionero hambriento, mientras no lo matan. Salvajes! El civilizado tortura a su víctima en prolongado ayuno. Y se ríe.

—No tengas cuidado! expresó generosamente Don Generoso; te vamos a dar un beefsteak por lo bien que *quedastes*.—Y moviéndose hacia el despacho del Inspector, el juez instructor se instaló en el sillón principal, hizo que le trajeran enfrente a Arnulfo, y de acuerdo con el Inspector dispuso: “Que salgan todos,” menos Velázquez, Carriles y el secretario. Cerróse la puerta y frente a ella, esparcidos por la antesala, permanecieron en expectativa Carlos Tecla y socios.

Estos plumíferos no se resignaron a la inacción. Para algo habían sacado sus lápices y carteritas: y no queriendo irse sin apuntes sobre la

declaración de Arroyo, contemplaban hostilmente la puerta cerrada.

No hay puertas que valgan contra la clase reporteril, hembra chismosa que ve y escucha por el ojo de la llave. Carlos Tecla hizo más. Dió vuelta al pestillo. Una hoja cedió a su discreto empuje y por el intersticio se puso a escuchar. A pasos de lobeznos, la tropita se agolpó trás él, echando adelante los pabellones de las orejas.

Se oyó la voz desfallecida de Arnulfó que se esforzaba por responder al juez.

—“No me acuerdo.... no sé cómo ni porqué.... Soy el elegido. . . . elegido del Sr. Velázquez (“cállate, hablador,” interrumpió el aludido) elegido de Dios para un cambio de Gobierno. . . . Un Imperio, con un Emperador verdadero, aunque sea el Arzobispo.”

Se produjo un remolino entre los periodistas, porque Velázquez, notando que la puerta se abría más y más, vino a cerrarla de firme.

“Arnulfó es un loco” fué el apunte unánime de las carteritas. Pero el repórter del “Justiciero” expresó sus escrúpulos proponiendo que esperasen hasta saber la opinión del Dr. Carriles, perito médico-legista, con patente oficial para decidir sobre achaques del alma, “casi un oráculo.”

Aprobaron al unísono los colegas: y como en los coros de opereta, hubo voces sueltas.

—Somos una potencia.

—La cuarta del Estado, como dijo.

Se oyó, a través de la puerta, la palabra altisonante de Don Eduardo significando que se había terminado el auto: “Te vamos a poner de nuevo el bozal.”

Continuaron las voces de repórters: —El Inspector! ¡Qué energía de hombre! El, por sí solo, es la Policía.—Ese sí que es potencia.—Y oráculo sin casi.

Se abrió la puerta, y apareció Arroyo, maniatado y abozalado. Desplomándose de hambre, volvió a las cuclillas en su rincón.

Asediaron los 1 lumíferos a Carriles y Velázquez.

—¿Está loco?

—¡Qué loco ha de estar! respondió Carriles: es un simulador.

Un redactor del “Justiciero” con más altas funciones que Tecla, surgió de súbito entre los repórters interrogando a Velázquez.

Era Ezquerro. Encargado de sesudos editoriales, buscaba tema para uno en esta pregunta solemne:—¿Y por qué ley se le va a juzgar, por la civil ó por la militar?

Cuestión grave que hubiera embarazado a un polizaico que se preocupara de las leyes. Pero en México los grandes polizaicos son los antipodas del inspector Javert de ‘Los Miserables.’ Ese comisario de policía que forjó Víctor Hugo, “tigre legal,” esclavo de la ley, “encarnación granítica” de la misma, “estatua del castigo, fundida de una sola pieza en el molde de la ley;” ese hombre es posible en una sociedad en que las leyes sean la expresión de deberes cumplidos. Pero donde las leyes se componen como piezas literarias más o menos originales y su ejecución se anula o se reemplaza con simulacros, allí el inspector Javert, suicidándose, echándose de cabeza al río, por remordimientos de no cumplir con la ley, es un personaje imposible. En buena hora que la ley le dijera. “Haz trabajar a tus detenidos; vale más cualquier trabajo que la ociosidad de nuestras prisiones.” Pero no: le dice lo contrario:—“No puedes exigirles trabajos personales;” y como los hace barrer, fregar, cargar bultos en recua bestial, cubre todo eso bajo el nombre de “trabajos voluntarios, impersonales.” La ley le dice que están prohibidas *las penas corporales*, y como no da cama ni alimento al preso, como le obliga a la inanición y al insomnio

en el duro suelo, discurre que aquellas no son penas o son *incorporales*.

Mimificar la Ley; hacer de su cumplimiento una mímica más o menos grotesca, como la del mono de la fábula con la linterna mágica apagada: tal es la orientación que dirige a nuestros Javert degenerados. Cuando el calendario político les anuncia: “mañana es día de elecciones,” preparan la casilla electoral en cualquier zaguán grande. Llegado el *mero día* todo está listo: la mesa con su carpeta, el *ánfora* (un recipiente que todo pueda ser, menos ánfora,) las boletas de votación, el presidente y secretario de la mesa representados por personajes menores, amanuenses, mozos de oficio o policías disfrazados de ciudadanos. Sólo faltan los votantes, elemento tan importante para una elección como la luz para la linterna mágica. No importa! Se escriben nombres supuestos en las boletas, con mayoría absoluta en favor del *elector* efectivo, cualquier empleado susceptible de parecer una *persona decente*; se levanta un “acta” que, presidente y secretario firman de puño propio o acaso del ageno, *por no saber escribir*; y de ficción en ficción, de mímica en mímica, el simulacro continúa su desarrollo a través del *colegio electoral*, comisiones escrutadoras, cámaras, un vasto sistema de

falacias legales, erigido en escuela formadora de funcionarios falaces.

Formado en ella, el Inspector al ser interrogado:—“¿Por qué ley se le va a juzgar, por la civil o por la militar?” contestó:

—Quién sabe!—Y callandito, al redactor Ezquerro:

—“Ni por una, ni por otra. Por la ley Lynch,”

—Don Eduardo! Don Eduardo! clamó Arroyo con débil lamento, a través del bozal.—Tengo hambre, tengo sed!

—Espera un poco. Te van a *dar agua*.

A esta última frase que le lanzó el Inspector retirándose, el encamisado se agitó con espanto.

—¿Porqué?



XXXIII.

“EL AGUA DE LA MUERTE.”

—“Denme agua,” es el grito del que va a morir, el *sitio* (tengo sed) de Jesucristo agonizante, supremo llamamiento al consuelo.

En la angustia postrera, cuando la piel crispada suda en frío y los ojos se anublan: cuando la garganta se cierra bajo la conciencia del fin irremediable, el hombre se vuelve hacia el prójimo, siquiera sea su verdugo: su boca seca le pide unas gotas del universal refrigerio.

—“Denme agua!”—Era la rogativa de los que morían fusilados, colgados, a veces en grupos (“racimos de horca”) en el México tumultuoso que pasó (y acaba de volver) cuando *matar* al correligionario o al enemigo, en el camino o en la vereda, antes o después de la batalla, constituía el aperi-

tivo y el postre de todos los días en el sangui-
nario banquete. Y sucedió que, a fuerza de oír
la petición, los sacrificadores se adelantaron a
satisfacerla. La oferta suprimió la demanda; y
fueron *ellos* los que solicitaron el agua para la
víctima atragantada y silenciosa. Siguió la ma-
tanza; y los matanceros, cansados de dar agua,
omitieron la cosa y dejaron sólo la palabra. De
allí, por una gradación insensible, por un arti-
ficio de Retórica endiablada que no consta en
ningún Gómez Hermosilla, Campillo, etc., pasa-
ron a trocar el *antecedente* por el *consiguiente*. A
la idea mortal, substituyeron la idea hídrica, di-
jeron: “denle agua a ése,” en vez de “mátenlo.”

En esa inversión de términos había la atenua-
ción crónica, grata a nuestra clase ruda. Cuan-
to más bajo descende el pelado en la escala mo-
ral, tanto más se complace en atenuar, con dul-
ces circunloquios, lo terrible del significado. El
convicto foragido, que declara “una metidita”
cuando ha dado una puñalada, es el más per-
verso de los matones.

—“Denle agua!” Compasión irónica, ca-
ricia y puntillazo: la perífrasis canalla nacida
en la encrucijada, subió al vocabulario secreto
de los sicarios oficiales, dichosos de afrontar fór-
mulas para mimificar la Ley y escamotear sus

infracciones.—“Yo no les digo que lo maten: ustedes verán lo que hacen. . . . Denle agua!”

La palangana de Pilatos se vierte en un jarro; el agua lustral se convierte en agua pseudo-potable para la víctima ilusa que sólo bebe “el agua de la muerte.”

Por eso tembló Arroyo.



XXXIV.

¡MÁTENLO!

El “cargador” que sacó un cuchillo para herir a Arroyo, planteó, no sólo un problema, sino una solución objetiva: contra el puño, el puñal. Inmediatamente el proselitismo comenzó su trabajo de agrupación. La bestia llama a la bestia. Todos se precipitan por la misma pendiente. Poco a poco, la recua toda cambia sus relinchos en aullidos. La camada se constituye.—A su alrededor, el impulso bestial, propagándose en ondas ascendentes, infunde a grupos de “intelectuales” solución idéntica: “matarlo por la vía más corta.”

—“Caray! ¡Qué anarquistas! Se nos vienen encima.”

Lo dijo Don Eduardo, estirándose el bigote a

la cabecera de la mesa. Porque, terminada la diligencia preparatoria que dejamos bosquejada, hubo banquetito en la casa de las Cariátides. Brillaba el astro polizaico en el espacioso comedor, entre sus satélites invitados: unos le formaron cortejo desde el “Distrito,” como el profesor Carriles, el periodista Ezquerro, el mecánico Tecla ya repórter y el íntimo Vicencio. Se agregaron el mayor Bellido, el oficial Mauro Sánchez, Cabrera, jefe de “la secreta” y otros personajes de cárcel y comisaría que fueron llegando en el curso de la comida, atraídos por el suceso del día, ansiosos de comentarios.

Serían las tres de aquella tarde patriótica, cuando, tras de los postres, circularon el café, los cigarros y las copitas. Velázquez engreído, más que anfitrión parecía el Maestro de un cenáculo erigido en claque admirativa. Excitado, con los ojos propulsos, el tono autoritario, condensó pensamientos oscuros, que revoloteaban por la asamblea en solemne frase:

—Evidentemente! El *pueblo* quiere un castigo ejemplar, inmediato.

Las cabezas se menearon afirmativas, las copas se elevaron como para saludar un hermoso brindis. El cenáculo clamaba que *sí*. Sólo allá, en la cola de la mesa, se produjo una manifes-

tación en contra bajo la forma de una cabeza de comensal que se movía de lado, en signo de *no*. Era la de Sergio, médico de la 5ª, venido allí con el inspector de la misma, quien requirió su compañía para reunirse al jefe:—“Vamos, doctorcito, que la cosa arde!”. . . . Orden misteriosa, a que obedeció sonriendo el escéptico galeno.

Como a los demás que llegaban, el fámulo Cándido Cuéllar le ofreció asiento, taza de café y copita. . . . Se mantuvo silencioso, confundido con la claque. Pero en las palabras de Velázquez percibió gritos azuzadores, parecióle ver en torno bocas y narices alargarse en hocicos.

—¿Cómo, doctor Sergio, no le gusta? ¿Estará Ud. por Arnulfo Arroyo contra el Caudillo?

—Estoy del lado del Caudillo: pero no contra la humanidad.

—Doctor, a sus recetas!

Obediente, Sergio sacó su recetario de bolsillo y escribió.

Rp. (récipe.)

“Para los Arnulfo Arroyo.

Estricnina. 10 gramos.

Dosis maciza, en una tomá.”

Arrancada del bloque, la receta pasó de mano en mano, entre exclamaciones de satisfacción.

—¿Porqué *los* Arnulfo Arroyo? No hay más que uno, observó un polizaico.

—Hay muchos, replicó Sergio. Forman clase, la de los *alcohólicos sin trabajo*.

Esta severa alusión al alcohol no impidió una nueva tanda de copas. Sobre el *cognac* llovió el anisete para los finos, el nacional tequila para los fuertes. Por los cerebros congestionados pasó la vibración, el loco eretismo del jefe, como si todos hubiesen absorbido en espíritu la estricnina de la receta. Varios comensales se pusieron en pie y deliberaban por grupos. En uno de ellos formado por Velázquez, Vicencio, Bellido, Sánchez y Cabrera, sorprendió Sergio la expresión “a cuchillo” resumiendo un convenio tortuoso.

Sergio no bebía ni hablaba. Era el único frío en un *meeting* caliente. Aprovechaba la agitación para escarabajar en su bloquecito. Después de ponerse al nivel de la reunión con su primera receta, ideaba la buena, la segunda. Había disparado la ironía. Nadie mejor para comprenderla que el mexicano de aquella época, él, que vivía socialmente en un medio de engaños y ficciones. Pero en los estados inferiores, la conciencia del bípedo se paquedermiza; la ironía se le embota como flecha despun-

tada. Velázquez y los suyos no comprendieron.

—Otra receta! Dice Sergio que es la buena; clamó el inspector de la 5ª agitando una hoja. Y leyó:

Rp.

Régimen de castigo para los Arnulfo Arroyo.

Reclusión en una Penitenciaría de trabajo. Tres años.

Distribución:

Trabajo manual aislado. Selección de oficio y aprendizaje en celda.....	Tres meses.
Trabajo en taller colectivo con interrupciones de aislamiento al arbitrio del Director, según la conducta del recluso	Dos años nueve meses.
Ducha matinal fría.....	Una diaria.

Las risas comprimidas desde el principio de la lectura estallaron al fin, en general carcajada. La extraña *receta* sonó discordante, como música wagneriana en plaza taurina. Fué para los polizaicos en conciliábulo la “ducha fría” propuesta por el galeno, cayendo, no sobre Arroyo, sino sobre sus mismas cabezas, bajo la forma de ideas neo-evangélicas.

El nuevo Evangelio, tal como Sergio lo concebía, no quiere la salvación del culpable o del inútil mediante oraciones. No erige en norma de conducta el “velad y orad.” Bendice el re-

poso profundo, con tal de que preceda a la acción. La parábola de los lirios silvestres que, “sin trabajar se visten espléndidamente;” su moraleja: “no os afanáis por el día de mañana; Dios proveerá” son invitaciones a la inercia. El fatalismo optimista de algunas religiones es tan funesto a la humanidad como el fatalismo pesimista de otros. Ambos conducen a cruzarse de brazos. La buena parábola estaba para Sergio en la fabulilla de la hormiga previsora y laboriosa burlándose triunfalmente de la holgazana cigarra. De allí su *Récipe*: el trabajo, recetado como píldoras y obleas, dosificado según tiempo y modo, panacea moral, premio para el bueno, correctivo salvador para el malo.

Velázquez dirigió a Carriles un guiñar de ojos que significaba: “¿Qué le parece su cofrade?”—A lo cual Carriles se llevó un dedo a la sien, y bosquejó una espiral de tornillo que expresaba: “los tiene flojos”. . . . Comunicación telegráfica sin hilos, sin aparatos marcónicos ni ondas hertzianas.—Ezquerro y Tecla recogieron el mensaje al vuelo y lo apuntaron de común acuerdo en sus libritos: “Doctor Sergio, digno de San Hipólito.”

El conciliábuló se animó. Los polizaicos dejaban sus máscaras de corrección oficinesca y

afectaban aires avezados, de *lebrones*. Cada uno quería manifestarse tal, a propósito del “régimen de trabajo.”

Primer lebrón.—Pero ¡qué Penitenciaría! Si no hay más que una y mal acabada.

Segundo lebrón.—Nada se acaba en México: el Palacio Legislativo, el Teatro Nacional, inacabados, obras truncas. . . . Todo se vuelve proyecto.

Tercer lebrón.—Y todo se vuelve negocio. . . . Ganan fortunas los ingenieros gringos con sus proyectos; ganan proveedores y contratistas, ¡qué contratos!

Cuarto lebrón.—Yo conozco a uno que contrató pesas de gimnasia y aparatos varios para hospitales y escuelas, por algo más de sesenta mil pesos.

—*Quinto lebrón.* Cincuenta por ciento en utilidades para el vendedor. Veinticinco para el contratista.

—*Sexto lebrón.* Lo cual se reduce a ponerle al pueblo las *pesas* a veinticinco.

Velázquez.—Todos ganan, menos nosotros.

Esta observación resumía la idea dominante del jefe. La sociedad mexicana pasaba por una crisis de progreso, y al amparo de ella surgía la especulación. No hay especuladores más terri-

bles que los que explotan la filantropía oficial ejerciéndose en la erección de establecimientos llamados “de beneficencia.” Su evangelismo lucrativo se propaga a los guardianes del orden. También ellos reclaman una parte leonina de propia salud en la distribución de la salud pública. . . . Las narices se abrían olfateando un ascenso y una presa. En el mexicano renacía el chichimeca con su antropología ritual, ansioso de devorar una víctima en honor de cualquier Huitzilopochtli.

La reunión se agitó. Cándido se acercó a Velázquez y le participó la llegada de alguien como si anunciara a un personaje.

—Que pase!

Y entró un “cargador;” bamboleante de jugo agáxico, volteando en la diestra su vasto chilapeño.

Era Florencio, el mismo que, blandiendo un cuchillo, se echó sobre Arroyo pocas horas antes.

—Ah! ¡Conque tú *fuistes*? Has merecido bien de la patria. . . . Pero nos lo *dejastes* vivo. . . . ¡Muy bien hecho! ¿Cómo te llamas? ¿Dónde vives?

—Florencio Cortés, Callejón de la Canija. sin número, frente al 4.

—Bravo, Florencio! Haré que te recompensen. La patria no se da por servida gratis con heroísmos como el tuyo. . . . ¡Qué *templado!*— Este sí que es hombre, Doctor Sergio! Qué! ¿no le receta?—Mira, Cándido, creo que el doctor le ha recetado algo. . . .

Orden de darle un *taco* y una copa. Y sobre un fondo de Tlamapa cayeron la ambrosía del chile verde y el néctar de las viñas de Cognac, más o menos auténtico. Fué la apoteosis del “cargador.”

.....

Entre cinco y seis de la misma tarde, el Inspector Velázquez llegaba a la Redacción del “Justiciero,” preguntando por Ezquerro. Lo encontró plegado en cinco frente a una mesa vuelta. Llenaba cuartillas. Con la frente ardorosa, el cabello en desorden, inspirado a raudales, leyó a Velázquez su editorial para el 17.

—¡Caray, qué trozos! decía Don Eduardo refiriéndose a los que más lo pasmaron.

“Este hombre repugnante (Arnulfo Arroyo), trabajaba por su propia cuenta: surge solitario de la taberna tenebrosa de un *sabat* anarquista; no lo inspira un ideal político, social ó económico. . . . no es un hombre, es un crimen; no es una idea, es un miasma; no es una aspiración, es el vicio”

.....

“Nunca como ahora la sociedad mexicana tiene el deber de ser inexorable; nunca como ahora el castigo debe seguir inmediatamente al atentado.”

“El procedimiento es expedito. Que un consejo de guerra extraordinario ejerza su implacable jurisdicción. . . .
.....

El país entero pide hoy a gritos que se extinga cuanto antes la vida del que quiso atentar contra la del General Díaz.”

La lectura terminó con risas convulsivas. El polizaico y el periodista se miraron como dos actores fuera de escena, en un melodrama.

—“Hacer lo chico grande es mi arte,” dijo Ezquerro sentenciosamente.

—“También el mío”. . . .

Velázquez salió de la redacción dejando en suspenso la frase. Se fué rápido, con los ojos chispeantes, el espíritu en tensión hacia el logro de su obsesión tentadora: hacer él por sí mismo “lo que el país quería” según la frase de Ezquerro. El, Velázquez, había sugerido al periodista la idea de una ejecución violenta, y a su vez sufría la sugestión de la misma idea formulada en líneas editoriales. Desarrollaba, sublimaba la idea en su *yo* megalista. . . .

—¡Qué consejo de guerra, si aquí estoy yo!
¿Habría yo de dejarme arrebatarse de las manos

esta hermosa presa *muy mía?* Me la da la ocasión, la *Providencia*". . . .

Monólogo de "providencial." Nada más peligroso que los providenciales. Por uno que hace bien, existen nueve que cometen burradas. Hay gritos de "atájenlo!" cuando se escapa un animal dañino. Pero nadie piensa en detener a un hombre que corre a "cumplir su misión" a costa del prójimo, como corría en coche Don Eduardo por las calles de la Monterilla hacia el Palacio municipal. Atravesó corredores y antesalas, entre saludos reverentes. Apenas se detuvo en el despacho, cerca de Arroyo, para convencerse de que permanecía en su rincón, encamisado. Pasó al cuarto de teléfonos, tomó la bocina y pidió comunicación con su casa de las Cariátides.

Poco después, el hilo telefónico llevaba a Cándido esta orden textual:

"Vete al baratillo y cómprame una media docena de cuchillos viejos."



XXXV.

UNA CAMADA DE SIETE.

Eran siete gaudules que se habían hecho gendarmes para poder vivir.

La policía es un refugio a donde acuden náufragos: el artesano sin taller, porque suele prolongar el ocio alcohólico de los lunes; el rústico que, por fechorías rurales emigra a la capital. totalmente ignorante de artes citadinas; el hijo de familia en ruptura de hogar paterno: el soldado tomado de *leva*, liberto del cuartel, al cabo de varios años de servicio, echado a la calle sin más conocimientos que los de una disciplina mecánica y una balística rudimentaria. . . . Deformes, torcidos, mal encarados, no encuentran *colocación* ni en los tranvías, ni en las porterías de vecindad. otros refugios de náufragos. Se acogen a

la policía, última tabla. Cualquier tendero, flanqueado de dos marchantes “testigos” les facilita el certificado de *buena conducta*. Un médico de comisaría los examina. Si los rechaza por lesiones de sífilis, temblores alcohólicos, cardiopatías, etc., no tardan en hallar un indulgente que los certifica de “sanos y útiles.” Aun sin certificado, suelen pasar incólumes, bajo la égida de un Comandante protector que se ríe de la ciencia.— “Ah! ¿con que dice el doctorcito que tienes *taras*? ¡Qué taras! ¡Si no se trata de pesar cebollas en chiquihuite!” . . . y el aspirante es admitido.

Helos ahí, en el *punto*, uniformados de azul oscuro, kepí empañolado, polainas, guantes y garrote. El hábito hace algo más que el monje. Una mutación estilo Frégoli basta a convertir unidades desordenadas en guardianes del orden.

Eran siete gandules. . . . Se apellidaban: Pardavé, Noriega, Sepúlveda, Uribe, Huinzhardt, Cervantes y Vázquez.

Había toda una gama de caracteres en esta septena. Desde Uribe, indígena rudo, hasta Pardavé, mestizo almibarado, la perversidad crecía con gradaciones a penas sensibles. Vázquez y Noriega, esbirros obtusos, cedían en villanía a la perversidad reflexiva de Cervantes. Huinzhardt, degenerado como su nombre, de algún

aventurero húngaro, representaba la alevosía gitana que se vende barato. Sepúlveda, con su faz torva, rematada por hocico de fuina, personificaba al bravo de barrio que espera a su víctima en sombrío recodo.

Autómatas, su automatismo va a manifestarse de modo carnívoro. . . . Cuenta ¡oh Musa! cómo la noche del 16, los *siete* afirmaron ser de la misma camada.

.....

Estaban al lado de su “punto” guardando el orden; quién junto al fogón de una enchiladera instalada en la plaza de la Aguilita, al comenzar los “fuegos;” quién en el bar-room de un abarrotero; quién agazapado en un dintel, durmiendo. . . . Es la actitud preferida por el gendarme, desde las diez de la noche, cuando no tiene que plantarse a media calle, con perjuicio de la circulación. . . . Hay que hacerle justicia: el policía mexicano es un durmiente despierto, excelente para amodorrarse de pie o sentado. . . .

—“Vamos, despierten! hay que hacer algo bueno allá, en el centro. Dejen linternas, palos, uniformes” . . .

Se vistieron de “paisanos.” Transformación amenazadora, porque el gendarme desvestido regresa a sus primeros instintos conservando el

poder. Si era un desordenado, el abandono de sus insignias le produce arranques de fiera suelta. Si era un disciplinario automático, como los ex-soldados Noriega y Uribe, el despojo le induce a degradar la disciplina. Del soldado que ejecuta la orden de “fuego” al esbirro que apuñaleara cuando oye la de “pega,” hay una gradación moral hacia abajo.

Fué Vicencio quien les dió la orden y les distribuyó los cuchillos. Seis cuchillos puntiagudos, comprados por Cándido, a real la pieza, en una venduta del baratillo de Santa María la Redonda. A primera cuenta faltaba un cuchillo o sobraba un hombre. Pero, al recuento, resultaron sobrando cuchillos. Habría asesinos primeros y segundos como en un drama shakesperiano; éstos sujetarían a la víctima, aquellos la despacharían debidamente, en tanto que una comparsa saludaría la ejecución con mueras al anarquismo.

Autor y preparador de algo sombrío inédito, Velázquez se paseaba nervioso en el portal de la Diputación. Acababa de estrellarse contra una rara honradez solitaria en la persona del oficial Monroy; y llamaba en conciliábulo a los lobos gordos: se encerraba en un coche con el mayor Bellido y el comisario Vicencio.—Bellido asentía, Vicencio asumía la dirección de la tramoya.

Antiguo hombre de teatro, este polizaico gozaba en el fondo de sentirse al frente de un drama real. Hacía el reparto de papeles y cuchillos en “la callejuela” que flanquea por Oriente el Palacio municipal, junto al portón lateral, contiguo al Palacio de Hierro. Callejuela sombría, gendarmes de cara torva disfrazados, un manojo de dagas; y allá en lo alto, como en camarín de señorial castillo, un hombre encamisado esperando que sonase su fin en las doce campanadas nocturnas de la Catedral. Sintió rebullir en su cerebro trozos mal digeridos de *Ricardo III*. Le pareció encontrarse ante la torre de Londres, y sin darse cuenta, buscaba en los personajes del trágico inglés identificaciones imposibles. Se trataba de suprimir a un Clarencio para que Velázquez y él escalasen el poder. Velázquez era el duque de Gloucester; él era Buckingham. . . . Un duque de Buckingham vestido de charro, que iba diciendo a los siete: “Ordenan *de arriba* que le den agua a Arroyo.”

Y en particular, a los puñaleros: “Mucho ojo, y peguen firme!”



XXXVI.

DE CÓMO LE "DIERON AGUA."

¿Fué coincidencia producida por el azar o buscada por el gendarme Milanés?—Es lo que no explican las crónicas. Pero el hecho fué que Antonio Milanés, estudiante destripado y gendarme de fresca data, se encontró de guardia en el Palacio Municipal desde las siete de la noche. En unión de otros tres gendarmes, un oficial los introdujo a las oficinas de la Inspección, otro les recogió las pistolas, y armados sólo de sus negros palitroques, se situaron cada uno en el ángulo que se les marcó, de la pieza con balcón al "Zócalo." Destinada a despacho principal, esta pieza estaba "en compostura," mal amueblada, alumbrada apenas por una lámpara de petróleo. En la pared opuesta al balcón, una puerta—vi-

driera la comunicaba con la antesala, convertida provisionalmente en la oficina que sirvió de pretorio a Velázquez y a Don Generoso en su comedia judicial. Una alfombra mal enrollada, varias sillas y una mesa componían el ajuar.

Sentado en una silla, frente a la mesa, Arnulfo Arroyo dormitaba, envuelto en su camisa de fuerza. De repente se fijó en sus guardianes, y reconoció a Milanés.

—Hermano! Aquí me tienes. . . .

—Hombre! ¿Conque tú eres? ¿qué hicistes?

—Nada! No más una trompada! Ya te vengué. . . .

—Me *vengastes*? ¡Qué barbaridad! Si no fué *él* quien me la dió.

—No le hace. De *él* viene todo y todo va a *él*.

Había avanzado Milanés al centro de la pieza, cerca de Arroyo. La presencia de sus compañeros de servicio, inmóviles en sus puestos, le hizo volver al suyo. El amigo compadecido se redujo a centinela. . . . ¡Encuentro de bohemios! Hilo de luz, perdido en la sombría madeja. La maldad llamará a la maldad. Las maldades unidas convergerán hacia la miseria social, hecha carne de cuchillo. Sólo Milanés se erguirá un momento contra la bajeza ambiente, débil re-

presentación del sentimiento cerniéndose sobre la comedia de horror que se preparaba.

Llegó con Velázquez el juez militar Don Generoso, repleto de generosidades, desistiendo de su jurisdicción en favor del fuero policiaco, infundiendo al preso las más generosas ilusiones.

—Mañana, a estas horas, erés libre como el viento. . . . ¿Que tienes hambre?. . . . Diga, Don Eduardo! ¿No le han traído los pasteles?. . . . Que se los traigan! Yo le cedo al reo; pero déle pasteles. . . .

Y llegaron, envueltos en sucio papel, en manos de un gendarme, en tanto que Velázquez y Don Generoso se retiraban satisfechos.

—Oye, amigo; me quieren envenenar; observó Arroyo contemplando lánguidamente las pastas azucaradas. . . . Acudió Milanés a tranquilizarlo con propio bocado; y el hambriento se entregó a la ilusión de un banquete, todo postres. Faltaban las copas. . . . Milanés las sustituyó con un cigarro que la mano del ebrio tomó ávidamente, escapando con pena a la camisa de fuerza. Sus ojos se extasiaron en la espiral de la primera humarada.

Afuera, en la gran plaza, reverberaban intensamente las iluminaciones de las fachadas. En el kiosko, una banda militar ejecutaba por in-

tervalos dancitas sandungueras y trozos de ópera. Bullía la multitud esperando los “fuegos.”

Entre diez y once se abrió el tiroteo, calló en los cobres *Lucía de Lamermoor* y los “castillos” de cohetería despidieron su música atronadora. Estalló el salitre en granizadas intermitentes, con pausas de chisporroteos giratorios, silencios cortados por explosiones mayores. Chiflaba el pueblo infantil a cada silencio; en su nostalgia de zafarranchos, soñaba con batallas aéreas, perdigonadas de mosquetería y cañonazos de castillo a castillo.

Cerca de media noche, los reguiletes de luces fueron apagándose; la multitud comenzó su dispersión con “vivas” y “muera,” cada vez más lánguidos.

Allá, en el despacho del Inspector Velázquez, el encamisado contemplaba las espirales de un segundo cigarro. La gritería de abajo le había transmitido las impresiones combativas de la multitud ante los fogonazos. Soñó también en peleas. Otra batalla de Tecoaac, *su Tecoaac*, en que él derribaba al héroe de una “trompada.” Gracias a su hazaña, lo meterían al único establecimiento penal de trabajo, reservado a los privilegiados del crimen. Allí comenzaría la era de regeneración efectiva, con el aprendizaje de un

oficio que le curaría de la vagancia. Se vió a sí mismo, a través de las espirales de humo, dirigiendo una zapatería en la calle de Vergara, regenerado.

De pronto, sintió que alguien le tiraba al suelo el cigarro. Era el oficial de gendarmes Mauro Sánchez, quien le forzó a cruzar las manos por detrás, y con la cuerda de la camisa le sujetó vigorosamente ambas muñecas en contacto. Retiróse luego, llevándose consigo a un par de gendarmes; de suerte que el preso se quedó solo, bajo la custodia de los otros dos. Uno de ellos era Milanés.

De la plaza subía al cuarto silencioso un rumor de vendimias. Los rezagados acudían al postrer reclamo de los pambazos, cacahuates y otras succulencias aztecas. En la esquina de "la Diputación," bajo el balcón del encamisado, una tamalera instalaba su olla, repleta de nuevo, y acometía el pregoneo: "tamal caliente!"

Otros rumores venían entretanto de la escalera del Palacio. El rumor fué aclarándose en gritos: "¡Viva México!" "¡Muera el anarquismo!" Parecía el tumulto arreglado entre bastidores precediendo la entrada en escena de un coro trágico. Los siete lobos polizaicos, disfrazados de ciudadanos, medio tapados de cara,

con pañuelos, bufandas y sombreros gachos, hicieron su entrada al son de esta frase siniestra: “¿Dónde está para darle agua?”. . . . Débil barricada, la mesa-escritorio cambió de sitio, lejos del preso. Insignificante como su nombre (Bartolo F.) el gendarme que flanqueaba a Arroyo en compañía de Milanés, sólo opuso al empuje su idiota pasividad de guardacantón humano. Enarboló el garrote Milanés, y dirigió un golpe al brazo de Noriega, primero en usar del puñal. Pero el palo se quedó en el aire, detenido por otras manos, y el cuchillo del esbirro, atravesando la camisa de fuerza, entró varias veces en el tórax, del lado bueno, arrancando a la víctima el grito plañidero que nace (sin metáfora) del corazón herido. A la puñalada de Noriega siguió la de Uribe. El encamisado cayó de boca vomitando su sangre. Entonces Pardavé, con un lujo de apache en que se reunían el sacrificio azteca y el toreo español, clavó y reclinó su arma en el dorso. Ya iba a alejarse con los demás, cuando Sepúlveda, tendiendo su hocico de lobo-fuina, le hizo observar las postreras convulsiones. Ambos se volvieron hacia el agonizante.

—Todavía no se quiere morir este c. . . .

Uno lo incorporó; otro le hundió el cuchillo en la nuca. . . . ¡el *descabello!*

Terminóse el acto con el mayor respeto a la consigna (quebrazones, algazara, tiros al aire). Hubo estrépitos de vidrieras rotas, gritos de *ya murió el traidor, murió el asesino*. Mauro Sánchez y Cabrera se encargaron de los tiros a balcón abierto. Abajo, la tamalera no se inmutó. Creyó en *fuegos* y cohetazos de última hora; y siguió su canción comercial: “¡Tamááales!”

Allá, en una esquina, el oído prevenido del Inspector General que acechaba, recogía en las detonaciones el aviso de que el *agua estaba dada*.

Minutos después, entraba a su despacho en compañía de Vicencio; contemplaba el cadáver del encamisado tendido en un charco de sangre; iba al teléfono y se comunicaba con su superior inmediato.

— Señor Gobernador, me han linchado a Arroyo—¿Quién?—El PUEBLO.....

Tras este vocablo seguirá escamoteando su crimen el juglar político.

Orden de aprehender al *pueblo* linchador.

—“Caray! qué pueblo!”—decía a las dos de la mañana, en su casa de las Cariátides, donde celebraba la que debía ser su última comilona de honor, entre golosos aduladores. Escanciaba el cognac a sus satélites ordinarios, huizacheros,

matasanos, plumíferos, polizaicos. Comediate mayor en un medio de farsa crónica, luchaba por sostener la ilusión emprendida, mientras a sus pies comenzaba a crujir el tablado. Se estiró el bigote, sacudió de un lado a otro la cabeza y repitió:—“¡Caray! ¡Qué pueblo!”



XXXVII.

ELVIRA Y FLOX ARCHIVADOS.

Cuando Velázquez dió la orden de aprehender a los linchadores, algunos gendarmes, más o menos cándidos, salieron a ejecutarla en bloque a expensas de los curiosos agolpados a la entrada del Palacio. En ese momento, un joven de sombrero canelo y una joven de tápalo cenizo pasaban juntos por el portal.

La curiosidad los impulsaba hacia el Palacio con muchos noctívagos, y pronto se sintieron incluídos en un pelotón de forzados. Gendarmes delante tiraban, gendarmes detrás empujaban... "Arre con todos!" y escaleras arriba, los aprehendidos fueron desfilando por corredores y salas hasta la pieza del asesinado.

Allí, la recua fué puesta en presencia de su presunta víctima.

—“Linchadores, mirad vuestra obra!” dijo Vicencio plantándose junto al muerto. Le pareció volver a sus más bellos triunfos del teatro Hidalgo, cuando, ante las galerías conmovidas, clamaba venganza contra el traidor.

Un oficial abrió la sumaria tomando declaraciones. Llegó su turno a la parejita. El del sombrero canelo se apersonó bajo el rubro de Pedro Flou, estudiante quintanista de Medicina y practicante *franco* de la 5ª Comisaría; la del tápalo cenizo se dió a conocer con el nombre y gracia de Elvira Resendis, esculapía igualmente: aunque de primer año.

—¿Dónde no andará esta loca? ¿También tú?..

Así habló Velázquez mezclándose repentinamente al tribunal improvisado. Su apóstrofe a la Julio César (*Tu quoque?*), se perdió en una carcajada nerviosa de la histérica. . . . La guardaron en observación como sospechosa de complicidades mal definidas con los linchadores. Un mozo de oficio, nombrado Canuto, convertido en guardián nocturno, la llevó al “archivo” de Palacio en unión de su co-detenido Pedro Flou y de otros sospechosos co-linchadores. Entregáronse éstos a un sueño reparador en sillas y butacas, mientras él y ella buscaban diversión y honesto desvelo en una máquina de escribir que

despojaron de su cubierta metálica. Pasó Elvira las yemas por las gráficas teclas, y bajo la sugestión y corrección del practicante, escribió un ocurso al primer Magistrado.

“Señor Presidente de la República, General Don Porfirio Díaz.—Desde el archivo de la Diputación en que nos ha archivado el Sr. Velázquez, dirigimos a Ud. la presente para decirle que, por más que Don Eduardo nos acrimina de linchar, no linchamos. No más nos asomamos a ver el linchamiento.—El linchado estaba ya tendido en la linchaduría, y el linchador principal es él, Don Eduardo.”

—“Vengan firmas!” exclamó Flon.—Elvira excitaba a los dormilones.

“Recuerde el alma dormida
Avive el seso y despierte.”

Al rumor de la copla manriquesca, sacudió la histérica a un recalcitrante que se obstinaba en preferir el sueño al ocurso.—Una colecta produjo peso y medio ¡un dineral! para sobornar a Canuto que cesó de roncar a la entrada del archivo. Corrompido el guardián, degeneró en mensajero y salió, conviniendo en deslizar el pliego bajo la puerta de la mansión presidencial, Cadena S.

A favor de su ausencia, algunos archivados se echaron por corredores y pasillos en busca de libertad.

Extravióse Elvira por las oficinas de la Inspección General y fué a dar al cuarto mismo del crimen. Habían desnudado a Arroyo para reconocerle las nueve heridas punzo-cortantes, y mal envuelto en una lona, lo habían dejado sobre la camilla en que debían luego transportarlo a la 4ª Comisaría, la más próxima.

Esta visión, a la luz vacilante de la lamparilla de petróleo, le revivió la del cura de Tlalnepantla. Y ¡qué soledad la del apuñaleado, inmediatamente después de haberse dado cita en su cuerpo tantas perversidades, tantas idiotas ambiciones!

Como si huyera, regresó al archivo en que sus compañeros de secuestro se lamentaban.

—Hemos buscado salida y no la hay, dijo Flon... Todo cerrado.

—Y yo. repuso Elvira. No pudo expresarse más que señalando el cuarto del occiso: y rompió en una de sus eternas citas poéticas:

“Dios mío! ¡qué solos
Se quedan los muertos!”



XXXVIII.

LA OFRENDA AL CAUDILLO.

Al irse a acostar cerca de las dos de la mañana, recomendó a Cándido que lo despertaran temprano. Por lo cual, al amanecer del 17, el cándido mayordomo (¡no sabía para qué había comprado cuchillos!) se acercó al lecho de su amo, voceando la hora.

—Señor, son las cinco.

Dormitaba Don Eduardo con inquieto sopor, de que salió bruscamente, ordenando:—“Ve a comprarme todos los periódicos que encuentres.” Y se quedó en la cama, como si el cuerpo alestargado por la velada, se negase a secundar la ansiedad del espíritu.

Media hora después, desplegada, acostado, las hojas impresas en que, tras de las “cabezas” lla-

mativas refiriéndose al ATENTADO de la víspera, se destacaban los “A ÚLTIMA HORA,” llenos de derivados del primitivo verbo yankee *to lynch*. Era la primera vez que los periódicos de México atentaban seriamente, por cuenta propia, contra la Ortografía castellana, con el trasplante de esa *y griega* sonando como vocal entre dos consonantes.—ARNULFO ARROYO LYNCHADO,” proclamaba el “Justiciero” y seguía la literatura de Ezquerro:

“Un tropel de hombres del pueblo penetró desordenadamente hoy a la una de la mañana al Palacio Municipal, subió las escaleras y arrollando a los gendarmes que hacían la guardia, llegó hasta el despacho del Inspector General de Policía, matando a Arnulfo Arroyo que se encontraba preso en aquel lugar.”

Otros periódicos expresaban su incredulidad, sobre la autenticidad del “lynchamiento;” pero Don Eduardo pasó sobre esas dudas como pasó el pantalón por sus dos piernas largas y enjutas. Sacudió la visión que había flotado en su sueño: la cara lívida del encamisado echando sangre por la boca, los ojos hundidos y abiertos persiguiéndole con miradas de reproche infinito.

Las abluciones frías, la taza de café, la mañana fresca y luminosa colándose por la ventana abierta, restituyeron al Inspector la plácida y

burlona comprensión del vivir. De la lectura de los periódicos, sólo le quedó el *lynchamiento*, cuya ortografía fantástica se harmonizaba en su espíritu con la sangrienta tramoya por él discurrída. Aquella *y griega* no era *i vocal*; y sin embargo valía como si lo fuese: . . . Así la vida, así toda la farsa social en que le había tocado un papel director. ¿No era él quien por el intermedio de los inspectores de la ciudad y los prefectos del contorno dirigía las *elecciones populares* en todo el Distrito Federal? ¿No era él quien imponía al personal grande y pequeño de comisarías y prefecturas las listas de senadores, diputados, magistrados, municipales que debían resultar elegidos por el soberano *pueblo*? . . . Sin embargo, el *pueblo* no tomaba parte ninguna en la elección. Se trataba de mera fórmula convencional que, al escribirse, representaba algo distinto de su significación directa—como la *y* de *lynchamiento*. “Por consiguiente, cuando yo, Eduardo Velázquez, comunico oficialmente al Gobernador, al Ministro de Gobernación y a la prensa subvencionada que *un tropel de pueblo ha invadido la Oficina de la Inspección General y matado a Arnulfo Arroyo*, no hago más que continuar el procedimiento empleado por el Gobierno para regir al país.”

Razonando de esta suerte, como la misma Lógica, iba Don Eduardo muy de mañana en coche colorado, camino de la 4ª Comisaría, situada en la calle de Venero. Allí habían llevado el cadáver de Arroyo; y el Inspector se sentía atraído hacia él por esa extraña curiosidad mezclada de horror que es como una citación instituída por la naturaleza para celebrar careos extrajudiciales entre matadores y matados.

Al bajar del coche, un gendarme, estacionado en la puerta de la 4ª, le recibió tocándose el kepi, con el saludo policiaco: “no hay novedad, jefe.”

Y sí que la había. El cadáver de Arroyo tendido en el patio era verdadera novedad para los curiosos acostumbrados a ver puñaladas por cuestiones de pulquería. Aquellas eran puñaladas políticas, *benignas*, al decir de un licenciado que andaba por allí husmeando el pastel judicial que se preparaba. Otro circunstante, empleado amanuense que aspiraba por ascender a secretario, opinó que casi todas las heridas eran *metiditas* “ligeras,” de media pulgada; y con índice y pulgar apenas separados, señalaba esta su dimensión exterior, sin hacer caso de la profundidad. Pero ninguna de tales atenuaciones mexicanas lograba impedir que Don Eduardo, en su

excitación renaciente, viese grandes las heridas. Sentía los cuchillos penetrar y dar vueltas en la entraña, de acuerdo con la frase de un puñalero: “se lo arremoliné dentro.” . . .

Volvió a su tema nocturno de “anarquismo,” “pueblo vengador”, etc. Sintió empero que su recitado sonaba en falsete: descubrió risas en los serics, acusaciones en los serviles, ironías en los aduladores. Fulminó escarmientos contra los conspiradores que asediaban “la más preciosa vida de la nación.” Y como si huyera del muerto, de la camada, de sí mismo, se fué a ver al “Caudillo.”

Con sentimiento análogo al de los sacrificadores aztecas cuando desvisceraban a una víctima en honor de cualquier Ahuitzotl, iba Don Eduardo a ofrecer la suya al Presidente de la República. . . . Sólo habían cambiado los detalles: el teocalli sangriento se había trasladado del Norte (sitio de la Catedral) al Sur (Diputación) de la gran plaza. Los cuchillos eran de fierro en vez de obsidiana.

Acordada que le fué la audiencia íntima para asunto de urgencia, entró Velázquez al gabinete particular del Dictador.

Estaba Don Porfirio sentado a su mesa de trabajo en que alteros de libros y folletos flanquea-

ban un centro de menudencias militares. Aquí un cañoncito erguido en su cureña, por cuya boca asomaban los lápices; al lado un tren de municiones, con el tintero a guisa de caja de parque, montado entre ruedas. Las plumas se alojaban en cóncavo fragmento de metralla, pulido y encajado con arte, recuerdo auténtico de célebre combate (Tecoac): no así el pisa-papel con su pila de balitas, pura fantasía en plomo, sentada sobre trozo de *tecalli*. Tres diminutos Mausser, reunidos en pabellón, uno porta-plumas, otro tira-líneas, el tercero corta-papel gracias a su marracito enarbolado, completaban aquel liliputiense arsenal de soldado burócrata.

El Inspector hizo su relación de linchamiento con segura entonación, como si ya se hubiese operado en él esa auto-sugestión de los embusteros, en virtud de la cual acaban por forjarse una convicción fundada en sus propias mentiras.

En silencio le escuchó el Dictador, rodando entre sus dedos un papelito enrollado. Sólo cuando Velázquez empezó a encarecer la gravedad del “atentado” de Arroyo, con alusiones a “un vasto complot del anarquismo” para asesinarlo, Don Porfirio le interrumpió:

—Algo sabía yo de eso, por unos anónimos,

que me anunciaban terribles ataques. Pero a propósito, hoy recibí otro anónimo que quizá provenga del mismo celoso guardián de mi existencia, en que se me instruye sobre la realidad del *linchamiento*.

Sin dejarlo ver a Velázquez, el Presidente desplegó el papelito. No era más que la anónima misiva nocturna de Elvira Resendis que le fué presentada con su correo particular de la mañana.

No pudo menos de turbarse el Inspector ante la salida presidencial. Su turbación subió de punto al sorprender la incisiva malicia con que el Caudillo silabeaba el vocablo "linchamiento."

—No sabía yo, agregó Don Porfirio, que en México se linchaba. En reciente ocasión tuve el placer de decirle al Embajador de Estados-Únidos: "aquí no se lincha". . . . ¿Cómo es que Ud. jefe de la Policía, ha dejado introducir entre nosotros esa costumbre yankee?

El golpe aturdió de tal modo a Don Eduardo que le hizo disparar una respuesta que traía a prevención en el fondo de su dialéctica, como último recurso:

—Ya se había introducido. por Veracruz. . . desde Junio de 1877.

Esta referencia a los fusilamientos de pronunciados el 25 de aquel Junio, tuvo por primer

efecto el hacer levantar al Caudillo de su asiento. Velázquez hubiera querido hundirse bajo el suyo. Había disparado el tiro, en el relámpago de una impulsión polemista que se desvaneció luego, sin dejar en el ánimo del Inspector más que arrepentimiento y confusión. Sintió como que se le doblaban las rodillas, y tuvo que esforzarse para no caer postrado ante el Jefe y ofrecerle sin ambages la víctima apuñaleada en su honor.

—Señor! Ud. es mi padre, mi. . . .”

Con un ademán, rechazó el Caudillo la paternidad y el resto. . . .

—Nada! No ceje Ud.; está dicho! ¿Conque yo también lincho? ¿Conque la fusilata de Veracruz hace veinte años? . . . Niego la paridad, como me enseñaron a *argüir* en el Seminario de Oaxaca. . . . Ante todo ¿está Ud. al tanto de la cuestión? Sabrá lo que muchos saben: que aquí mismo, en la capital, había juntas revolucionarias a que asistían generales de división y antiguos ministros. Sabrá que gobernadores y jefes me alborotaban la caballada por puro amor al desorden. Volvíamos a las *andadas*, cuando ya teníamos medio siglo de andar en esas. Era tiempo de pararnos. Allá, en Veracruz, no había tan sólo pronunciamientos de borrachines en cafés

y cantinas, ni todo el *mitote* se reducía a los cañonazos que echaba por la costa el “Libertad” en honor del paisanito veracruzano Don Sebastián Lerdo. Había algo más que no he dejado decir a los amigos, porque acusa nuestra flaqueza hacendaria. El hecho fué que la *pronuncia* había cundido a la Aduana y no se nos remitían las entradas. Se quedaban en gran parte allá para fomentar la revolución en proyecto. . . . Y ha de saber Ud. que, sin ese producto aduanal, mi Gobierno naciente quebraba de seguro. . . . Ser o no ser: era *mi momento*, el momento de herrar o quitar el banco.

Así hablando, el Caudillo se paseaba por el gabinete, frente a Velázquez sentado. Abandonándose a una de esas expansiones que salían del lado sencillo y bonachón de su carácter, casi olvidó unos instantes la delicada situación de su confidente. Prosiguió:

—Es triste; pero es así. . . . Me duele que la solvencia y el crédito del país dependan de las entradas del extranjero en un solo puerto. . . . Aquella jugarreta revolucionaria nos costaba los víveres. Era una “trompada” más grave que la del pobre loco que me asaltó en la Alameda. . . . Eso fué un “gaznucho”. . . . por más que diga el doctor Penequez que vino a verme a raíz del su-

ceso. . . . Me dijo que el golpe era grave, porque lo recibí en un punto que correspondía al *bulbo*. . . . un organito que, según parece, tenemos alojado en la nuca y en que se centralizan grandes funciones vitales. Opinó que se hallaban éstas comprometidas. Me recetó que no saliera al aire, que no me lavara la cara ni con agua tibia, que ayunara y comiera de vigilia durante ocho días. Por poco me *manda a ejercicios*. . . . ¡Papas! Luego quería aplicarme en la nuca la electricidad de una maquinita, también un aparato de tubo enrollado con corriente continua de agua hirviendo. . . . Yo hago como si le hiciera caso, por la familia, por complacer a las señoras. Que crean que me está conservando la vida. ¡Hay tantos como ese sabio que pretenden salvarme de morir a cada instante! (Aquí, los párpados de Don Eduardo se abatieron bajo el peso de una alusión directa). Entretanto, continuó el Presidente, salgo al aire, me lavo con agua fría, como *sin vigilia*. . . . y nada de tubos calientes ni maquinitas!

Alzó la mirada temerosa el Inspector como esperando su sentencia tras la digresión. Volvió el Dictador a su asiento, frente al escritorio; y sus manos tentalearon el cañoncito boca-arriba, la pila de balas, el diminuto pabellón de Mau-

ssers. Se acercaba ya a la época en que iba a resolver sentado, en el enervamiento de la grandeza, las cuestiones del ataque y la defensa; y parecía buscar una palabra final, en relación con aquellas miniaturas.

—Conque le decía a Ud. que en la Aduana de Veracruz estaba el centro vital, algo como el *bulbo* del país. . . .La rebelión de 77 era una “trompada” a ese bulbo. . . .Que me la den a mí, y por mano de un loco, poco me importa. Pero que se la den al país, y en el cerviguillo. . . .eso no!. . . .Entonces sí dejo que linchen. . . .no con puñales, con estas cositas de más tamaño.

Lo cual diciendo, mostraba al Inspector los fusiles del ilusorio arsenal, y terminó:

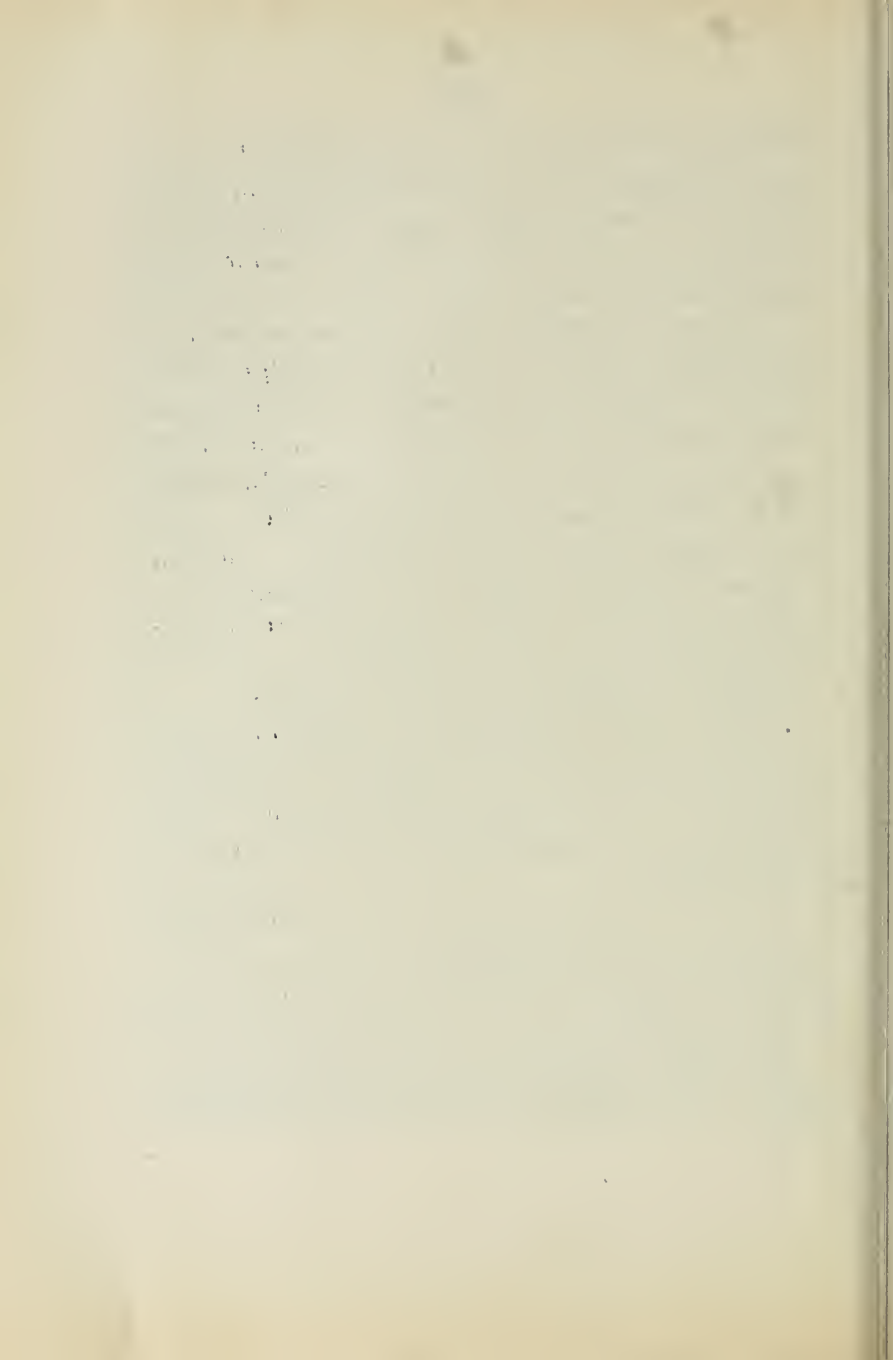
—Señor Velázquez, puede Ud. retirarse.

—Pero, señor Presidente, mi adhesión a Ud. es inmensa, insistió Don Eduardo en el dintel del gabinete, con el acento plañidero de un sacrificador que ve rehusada por el Dios su ofrenda sangrienta.

—Yo no soy juez: vaya Ud. con el juez. Y el Presidente le cerró la puerta.

Poco después decía por teléfono al Secretario de Gobernación:

“Aquí vino Velázquez con su cuento del linchado. . . .Es necesario destituirlo inmediatamente.”





XXXIX.

DE CÓMO UN INSPECTOR COMIENZA A SER "EX."

Después de la comedia de la indignación, vino la comedia del sentimiento. Los mismos que excitaban el 16 a la ejecución sumaria de Arnulfo Arroyo, fueron los que en la tarde del 17 iniciaron las lamentaciones sobre su desgraciada pasión y muerte. Crecía el dolor cuanto más se afirmaba la decisión del Jefe para rechazar el holocausto.

El 18, el acreditado y apreciable "Justiciero," refiriéndose al "atentado que llevó a efecto un *grupo del pueblo* contra el agresor del Jefe del Estado," declaraba: "La sociedad de México no puede simpatizar con esa forma brutal de hacer justicia."

El 19, con la destitución oficial de Velázquez,

coincidió el abandono de sus antiguos amigos clamando por boca de Ezquerro: "Tengamos fe en la justicia!" Ya habían obtenido las entrañas de Arroyo, y venía la hora de suspirar por las de Velázquez y sus chichimecas. Sin estos des-tripamientos, los justicieros perdían "la fe."

Pero el Inspector vacilaba en perder la suya. Le pareció que con entregar el mando gendarmeril, la justicia quedaría satisfecha. ¡Adiós potestad edilicia; no más imperialismo de calles y plazas, teatros, garitos, lupanares; no más multas discrecionales de bolsillo a bolsillo ni más venganzas ejercidas con el garrote de la ley; adiós caballos nutridos al par del caballerango en el nacional pesebre! . . . Tantos bienes perdidos afectan diversamente a un gran polizaico, según la región geográfica a que pertenezca. En México el sol espande todos los días, disipando nubes en el cielo, sombras en el espíritu. País "de broma" (véase Don José Zorrilla), país "de aventura" (v. Maximiliano de Austria I y último), país "minero por excelencia" (v. Cecil Rhodes) la broma, la aventura y las minas influyen en el modo con que el mexicano reacciona contra la adversidad.

El minero que encuentra la ruina o la fortuna a golpes de barreta acaba por comunicar a

la humanidad que le rodea su psicología profesional. Ya no se consideran los acontecimientos como el resultado lógico de actos propios o ajenos. El fortuitismo domina toda la vida.—“Esto me sucede porque *tu* tuvo o no.”—¿Quién es *ella*?—La *Suerte*, metafísica patrona del barretero, sustituyéndose a la autonomía racional. Un golpe a la derecha dió el cascajo; si hubiera sido a la izquierda, habría dado el perdido filón. Y para que coincidan en el espacio el filón y el barretazo no existen leyes fijas. La casualidad *lo ha querido*. Porque sobre este orden de ideas, reina la mitología voluntariosa de antiguos y modernos. Minerva y Juno dirigiendo los lanzazos junto a Troya, ángeles y diablos, armados de batutas, llevando alternativamente el compás de los golpes.

Fatalismo minero, broma y aventura: tres ingredientes distintos y un solo licor verdadero. Es el que bebe el mexicano en su cáliz de amargura. Deja venir la desgracia con burlona indiferencia, acaso interrumpida por arrebatos de valor o miedo, según sopla el viento. En la invasión del 62-65, los franceses se admiraban de la impasibilidad con que recibían la muerte los fusilados, aun aquellos cuyo ánimo flaqueara en el combate. *Ils ont le courage de mourir et non*

le courage de se battre escribía un militar invasor cuya pluma epistolar, con motivo del sitio de Puebla, rindió después tributo a los bravos.

El “adiós” del Inspector destituido se celebró en la casa de las Cariátides con un banquetito que debía ser el último de su historia gastronómica. Asistieron algunos polizaicos, cómplices de descabello, descreídos como él en materias criminales.—“Esto acabará en que lo manden a Ud. a alguna Legacioncita o al Gobierno de un Estado.” Bajo esta impresión, Don Eduardo se retiró de la mesa vacilando entre ser sátrapa de pueblo o embajador en cualquier Cochinchina.

En la alcoba, la cama destinada a próximas nupcias, le hizo pensar en que la novia esperaba. Sintió escalofrío, luego calor mordicante que le impulsaba a sumergirse en un baño inmenso, entregarse a bocanadas acuáticas antes de marchar al tálamo. Le sobrevino una sed extraña partiendo de la seca faringe. Fué al ropero “de luna” y le pareció ver en la suya la cara de Arroyo gesticulando, pidiéndole de beber en su última mueca. Abrió el mueble, sacó los vestidos de novia, y al desplegarlos, experimentó un horror invencible por el blanco. Lo volvió al ropero, y sin darse cuenta, en un estado próximo al somnambulismo despierto, echó el otro sobre la ca-

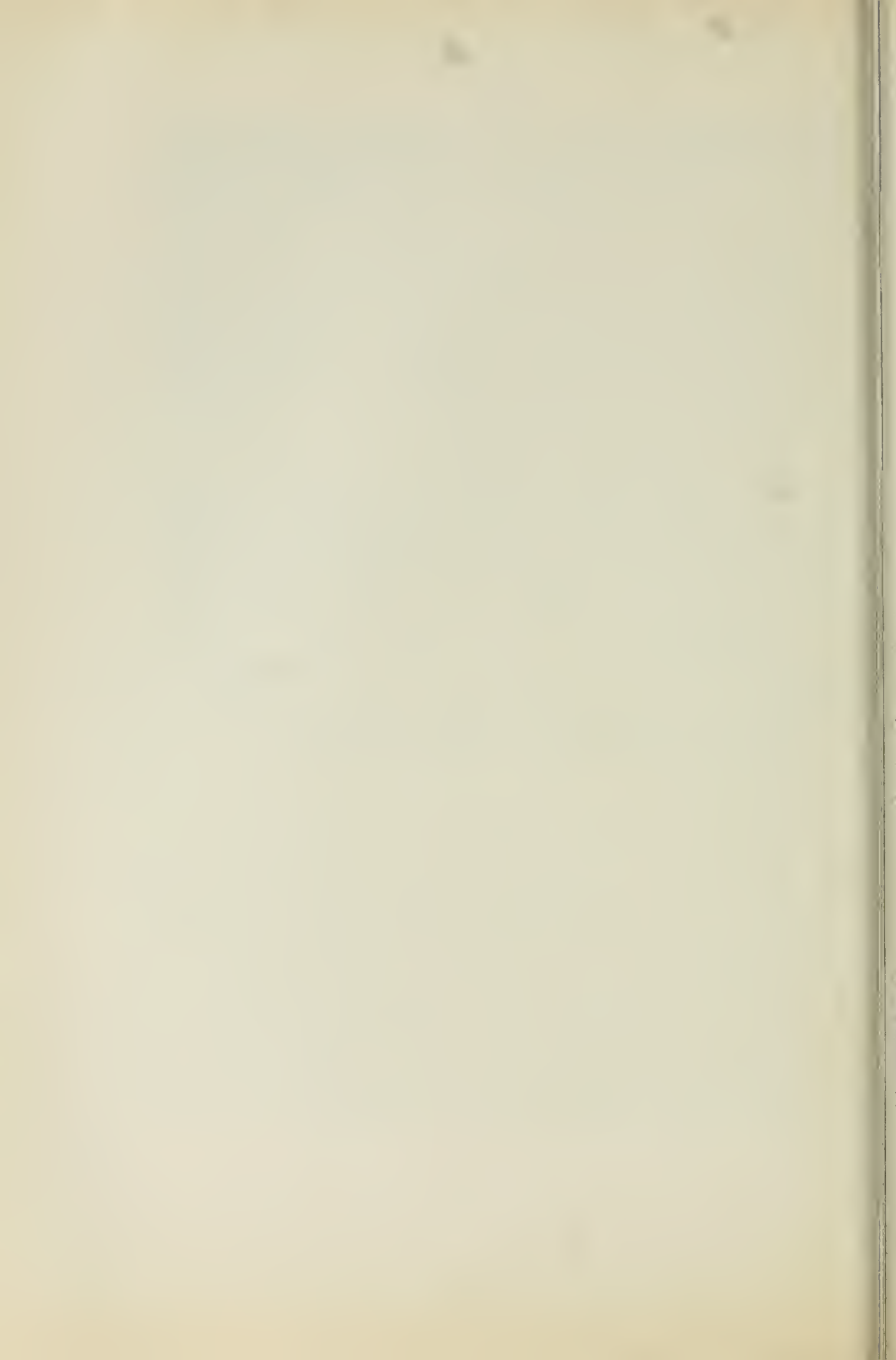
ma. Crujió la seda y se extendió tristemente arrastrando su cauda por el suelo, como si la desposada se desvaneciera y dejara allí su envoltura de luto.

Antes de salir, se metió Don Eduardo a un bolsillo del pantalón su más pequeño revólver, un *little bull-dog* que parecía juguete. Y riéndose de sí mismo, de las fobías infantiles que le asaltaban, se dirigió al “Distrito.”

Allí, un secretario atildado, pulquérrimo. la ley y la judicatura hechas persona física, vestidas de jaquet nuevo y pantalón plegado a la plancha. le mostró un papel con rubros criminales. Y cortésmente:

—“Don Eduardo, tengo orden de aprehenderlo.”

Se lo llevó á Belén en coche colorado.





XL.

AGUA!

La prisión y tribunales de Belén, a pesar de su adulterada homonimia (Betlehem), no tienen de judaico más que la sórdida multitud que los puebla. Es “el antro de la chicana,” hubiera escrito Balzac. No de la chicana civil que tiene su asiento en la calle de Cordobanes, sino de la chicana criminal que juega con honras y penas.

En aquel tiempo no se había llevado a cabo la transformación parcial que ha modernizado, en el vetusto caserón, oficinas y fachadas. Todo era tétrico, no sólo mazmorras, galeras y patios, escuela de perdición con pupilaje gratuito y ocioso, con profesores y aprendices de acanallamiento; sino también las oficinas, covachas mal olientes en que covachuelistas de negra con-

ciencia oficiaban, enjaulados, al abrigo de rejas. . . . Tras de los barrotes férreos de una de tantas, apareció Velázquez, verdioso el rostro, un bigote enhiesto y el otro caído a fuerza de tiro-nes, la corbata mal prendida a un cuello ajado, de mugrientos ribetes, semejante a Arroyo cuando él mismo le sometiera a tentación reciente.

La broma le salía pesada. Había esgrimido la política como un cuchillo y la política le respon-día con rejonazos. La Cámara de Diputados en-traba en el lío, interpelando al Ministro de Go-bernación sobre la responsabilidad del “lincha-miento.” El Ministro descargaba su conciencia sobre la Judicatura. Personificada por Marche-na, juez en turno, la Judicatura exclamaba: “Ah! ¿Con que sí? ¿Ahora sí es de veras?” Satis-fecho el juez de saber que podía apretar los tor-nillos de la ley a un reo aparatoso, se los apre-taba con nutrido cuestionario.

Asido Velázquez a la ficción con más fuerza que al enrejado, renovaba su cuento de “con-spiración anarquista,” “linchamiento popular,” etc. Bruscamente se sintió sofocado y sediento: “Agua! Que me traigan un médico! Carriles, Pe-nequez”. . . . otras eminencias.

Todas ellas se declararon demasiado ocupadas con la clientela rica para poder acudir al llama-

do de un ex-Inspector que llevaba trazas de no perder el *ex*. Sólo Sergio, médico sin eminencia, llegó a visitarlo.

Era la mañana del tercer día de prisión del encausado. Se había levantado tarde, y a las diez acababa un chocolate con molletes, pitanza excepcional de presos distinguidos. La pieza en que se alojaba era un gabinete de la alcaidía con pretensiones de sala de recepción, esbozo de estrado, mesita *guéridon*, piano decadente y tapetes rapados. Se había descombrado un ángulo para poner un catrecito; una rinconera fué sustituida por aguamanil. . . . tal parecía, como si la familia del alcaide hubiese improvisado la sala en alcoba con el fin de albergar por unos días a un pariente fuereño.

En los muros, espejos y cuadritos, el busto de un Juárez de barro en una repisa, cerca del catre; al lado un Cristo, abriendo sus brazos de ciruelo en el travesaño de ocote. . . . Luengo tiempo hacía que el Juárez estaba allí; el Cristo acababa de ser colgado por Doña Mercedes, la alcaidesa, al preparar el cuarto para el preso. En su afán de desendiablar el lecho del acusado con una efigie piadosa, la buena señora no paraba mientes en que, con el busto y el crucifijo, yuxtaponía la Iglesia y la Reforma.

Entró Sergio. Su curiosidad de psicólogo le aguijoneaba a examinar cómo se contraía, bajo la presión, aquella pasta de hombre. La noche había sido mala para el reo. La pasó agitado, removiéndose en el angosto catre. Pero los molletes le reconfortaron. Saboreaba, al hablar, partículas residuales de mollete y soconusco.

—No creo que podré salir pronto de esta *trinquetada*, doctorcito. La cosa ha venido *de arriba*; se fraguó en el Ministerio de la Guerra...

Y hubiera seguido ensartando dislates si no lo detuviera la mirada muerta del Juárez de barro. Desde el primer día de prisión sintió que el gran indio le miraba severamente. Aún bajo el subdelirio, percibió en sus labios la palabra que le atormentaba de continuo: “asesino.”

—Ese sí que mató pelados! exclamó designando el busto.

—Hizo matar invasores y traidores, replicó Sergio patriotero.

—También a otros pobres: allí cerca, en la ciudadela, hizo acribillar montones.

—Esos pobres eran presos de aquí, de Belén, puestos en libertad por los rebeldes. Se encontraron ricos de armas y de parque. Había cierta diferencia entre ellos y Arroyo.

Por la mente de Velázquez pasaron las balas,

los fusiles y otros pertrechos homeopáticos del escritorio dictatorial. Al punto volvió los ojos al Cristito y palideció.

¿Cómo es que descubrió en él la cara misma del linchado, su mirada agonizante en que leyó de nuevo el terrible vocablo “asesino”?—Que lo expliquen los que descubran la telepatía sin hilos de las halucinaciones.

—Ese santocristo, con su cara levantada, me está *cargando*. ¿Porqué lo han hecho así, doctor? Debía tener la cabeza caída, como todos los Cristos que se están muriendo.

—Es que hay Cristos erguidos, observó el galeno: uno de Rubens, el de Rohegrosse. . . . Son Cristos que hablan.

—Piden agua!

—*Sitio*.

—¿Qué es eso?

—Así canta la Vulgata. Tengo sed.

Aquí el ex-Inspector sintió un *aura* (que dijera Sergio en su galimatías), algo como viente-cillo interno, precursor de un acceso hístico-epiléptico, en forma frustra. La cabeza hacia atrás, la nuca en espasmo, la boca desviada; crujieron los dientes y hubo en los labios trazas de espuma. A no sostenerlo Sergio, hubiera el preso caído de la silla. Luego se puso de pie, en un es-

fuerzo por inspirar el aire que zumbaba en su convulsa glotis.

—Sed! Yo la tengo, doctorcito. . . . Agua, mucha agua!

—Se la voy a dar.

—No lo diga, que me espanta. ¿Sabe lo que es dar agua a un preso? ¡Qué caray! Si me irá a pasar.

Y apuró el vaso que le tendía el médico de la 5ª

A la curiosidad que allí lo había llevado, sucedió en Sergio una reacción de piedad mezclada de remordimiento. Se reconoció en presencia de un verdadero enfermo. ¿Y cómo pudo él, médico de pobres, atormentar al paciente con redoblados pinchazos éspirituales? No cuadraba por cierto a su oficio el provocar crisis, sino el impedir las, serenar, consolar. Se tornó en dulce, hizo uso de palabras afectuosas, como de un calmante preparado en la moral farmacopea. Prometió al preso venirle a ver de nuevo.

—Venga, sí, doctor: venga esta noche. Es triste Belén de día; pero desde que empieza a oscurecer, es horrible. Necesito un amigo. Todos se han ido.



XLI.

MÁS AGUA!

Según lo prometido, volvió Sergió a Belén el mismo día, a las ocho de la noche. Encontró al ex-Inspector en un estado de profundo abatimiento, sucediendo a una nueva crisis. En el interrogatorio de la tarde, el juez instructor Marchena había “acorrallado a los fautores,” al decir de un leguleyo. Los lobos mayores Vicencio, Mauro Sánchez, Cabrera; los menores Noriega, Huinzardt, Pardavé, etc., toda la camada cogida en las mayas dialécticas del perito acorrallador, se puso a aullar en un solo tono. ¡Qué sumisión al lobo delantero, qué disciplina tan estrecha! “Yo hice que *le dieran agua* a Arroyo porque me lo dijo Don Eduardo.”—“Y yo se la dí, porque me dijeron que él lo decía.” Quedaba só-

lo por averiguar si aquella disciplina de brutos se pondría al servicio del orden para asaltar una trinchera.

Bajo la férula de cómplices y esbirros, acosado por la inquisitoria, “picado de gallos y gallinas” según su propio decir, Velázquez se retiró a su habitación, inseguro de piernas, en estado tal, que Sergio lo creyó de ebriedad intensa. Pero pronto reconoció el médico que el subdelirio continuaba con poco alcohol (tres coñacuitos en todo el día) y mucha agua. Ya consumida la dé un botellón, en un acceso sediento, se echó Don Eduardo sobre la provisión del lavabo, bebiendo a boca de pichel, mientras salía Sergio para pedir a Doña Mercedes otra potable.

—“Que me quiten a Don Benito! Que se lleven al Cristo!” vociferó el ex-Inspector, viendo aparecer a la mayordoma con un cubo.

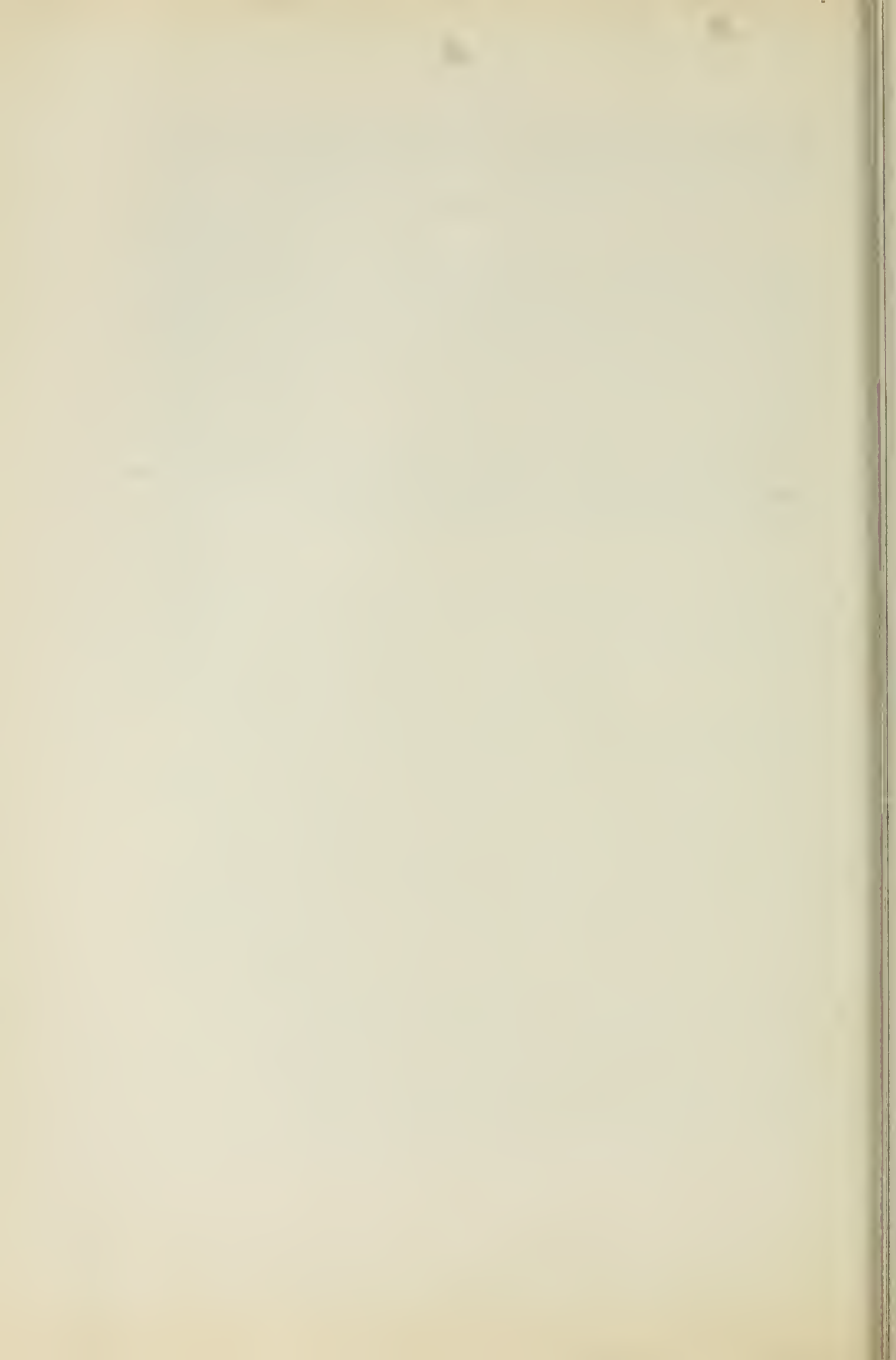
—Le echaremos un velo al Juaritos, si no lo quiere ver, respondió Doña Mercedes; pero sacar al Cristito. eso no, Don Lalo, ni por una de estas nueve cosas. . . .

En ausencia del médico de cárcel, prestó Sergio al acusado los cuidados de su arte. En una de sus excursiones a la botica, se sintió invadido por una ráfaga hedionda que venía de la cárcel. La multitud aprisionada le envió el fétido alien-

to. cargado de malas simientes, que brota de los estercoleros humanos en fermentación.

Administró a Velázquez una poción hipnótica que no tardó mucho en proporcionar a su excitación una tregua de calma. Le puso el termómetro, sin que acusara elevación. Se lo aplicó a sí mismo y reconoció que era él el calentamiento.

Invertido su papel de médico por las exhalaciones pestilentes, salió enfermo de Belén—antro de la Chicana y también del Tifo.





XLII.

VENGANZA Y TIFO.

Dos días después, por la mañana, Pedro Flon estaba de guardia en la 5^a. Cuando sonaron las nueve, dos detenidas, moviéndose a gatas por los suelos, terminaban el aseo de la Sección. Los trapos mojados recogían excrementos de ratas, vómitos de ebrios, sangre de heridos, y sumergían luego toda esa porquería en el agua ya saturada de lo mismo.

Inatento a las desgredadas fregonas, el practicante supernumerario leía los periódicos de la mañana, “El Justiciero,” la “Vindicta” y algunas hojas de circunstancias ardiendo en comentarios sobre el magno escándalo. . . .

“¿Para qué sirve la policía?—Para llevarse a las mazmorras a algún ciudadano diurético que orina en un rincón descubierto, por falta de min-

gitorios.—Para impedir que la víctima de una agresión o el atropellado por tranvía se vayan a curar a su casa y obligarlos a pasar por una primera curación consistente en actuaciones al-guacilescas. Entretanto, mendigos asquerosos y rateros procaces se enseñorean de las aceras. Los vagos triunfan. No hay un gendarme que se los lleve a trabajar. Sólo cuando alguno se agita, y en un loco acceso tira el sombrero presidencial, surgen los Velázquez y Vicencio es-grimiendo la adulación y los cuchillitos.”

—“Bravo! Qué buena loa!” exclamó Flon tremolando a modo de bandera la gaceta efímera, acabada de nacer, destinada a morir en breve por su veracidad tremenda. En su fuero interno, el estudiante experimentaba intensa fruición de ver al gran polizonte que fué su Jefe efectivo, vapuleado por la prensa, perdido en política. ¿No era él quien tenía la culpa de su estanca-miento como supernumerario crónico?

—Hola! Floncito, buenos días. . . . ¿Qué le pa-rece? Velázquez está al borde. No hay más que darle una trompadita para que rueda por los abismos sin fondo. Es la hora de vengarse. ¿Qué conjugación más dulce!. . . . Yo me vengo, us-ted se venga, Arroyo se venga, el padre Don Manuel se venga. Todos nos vengamos. . . .

Venganza y guerra resonó en su tumba,
Venganza y guerra, repitió Moncayo,
Y al grito heroico que en los aires zumba
“Venganza y guerra,” claman Turia y Duero.
Guadalquivir guerrero.

—Basta! clamó Flon interrumpiendo brusca-
mente a Elvira Resendis, porque no podía ser
sino ella quien así entraba en la Sección des-
granando al eximio Quintana.

—Yo no entiendo de lírica, prosiguió el prac-
ticante. Soy positivista, ‘augustiano–contiano,
aunque nunca he podido entender cuatro ren-
glones seguidos de Don Augusto Comte.
¿De qué se trata?

—Se trata de una epístola que le vamos a
disparar.

Diciendo y haciendo, la joven mecanógrafa
solicitó y obtuvo la vieja Remington de la ofici-
na. Frente a la máquina, instalada en el escri-
torio de la Sección, Elvira formuló su pen-
samiento.

—Hay que decirle que le vamos a echar enci-
ma a Yepes, el licenciado Yepes, para que *le
acumule* a su causa la muerte del padre Don
Manuel.

—Cáspita! Acabemos pronto, porque no tarda
en llegar el jefe Sergio, y si nos sorprende en
ésta!. . . .

En diez minutos quedó lista la epístola conminatoria, al calce de la cual puso Elvira su abreviada firma con el ademán vengador de una Nêmesis escapada de la Canoa. Puesta bajo un sobre, fué luego encomendada al auxiliar 49 que presentaba, entre sus colegas, signos de menor empulcamiento.

—Echatela al seno!

El 49 obedeció esta orden *sui generis* de Flon, abriendo la blusa, la camisa y la camiseta para meter la carta en un fondo oscuro e hirsuto. Su traje de auxiliar le daría acceso a la Alcaldía de Belén y hasta el aposento del Inspector. Viéndole partir, Elvira fraseaba rimas mentalmente. Al fin estalló en un dístico:

“Es su lóbrego pecho relicario
En que lleva la hiel para el sicario.”

Apresuróse Flon a levantar el campo. Hizo retirar la máquina, dijo adiós a la poética maquinista y, en espera de Sergio, se puso a redactar los últimos certificados. Pero dieron las doce y media, hora más allá de la cual no solía retardarse el jefe Sergio, y éste no llegaba. . . . Entonces recordó el estudiante que la víspera le había visto indispuerto, atacado de fiebre ligera. ¿Habría caído enfermo? Un recado escrito vino a responderle afirmativamente:—“No pue-

do ir a la Sección; estoy en cama con cerca de 39°”

“Tengo algo urgente que recomendarle,” añadía el recado. Por lo cual, aquella noche, apenas pudo Flon ser relevado del servicio, se encaminó a la casa de su amigo y superior, en cuyo aspecto vultuoso reconoció luego la marca de una infección grave. El enfermo mismo no se hacía ilusiones.

—El tifo! Yo me creía vacunado con tantas visitas a las vecindades. . . . Lo que más siento es que me ataque cuando tenía que cumplir un compromiso de conciencia. . . . en Belén. . . . y lo he llamado a Ud. para que me haga favor de reemplazarme.

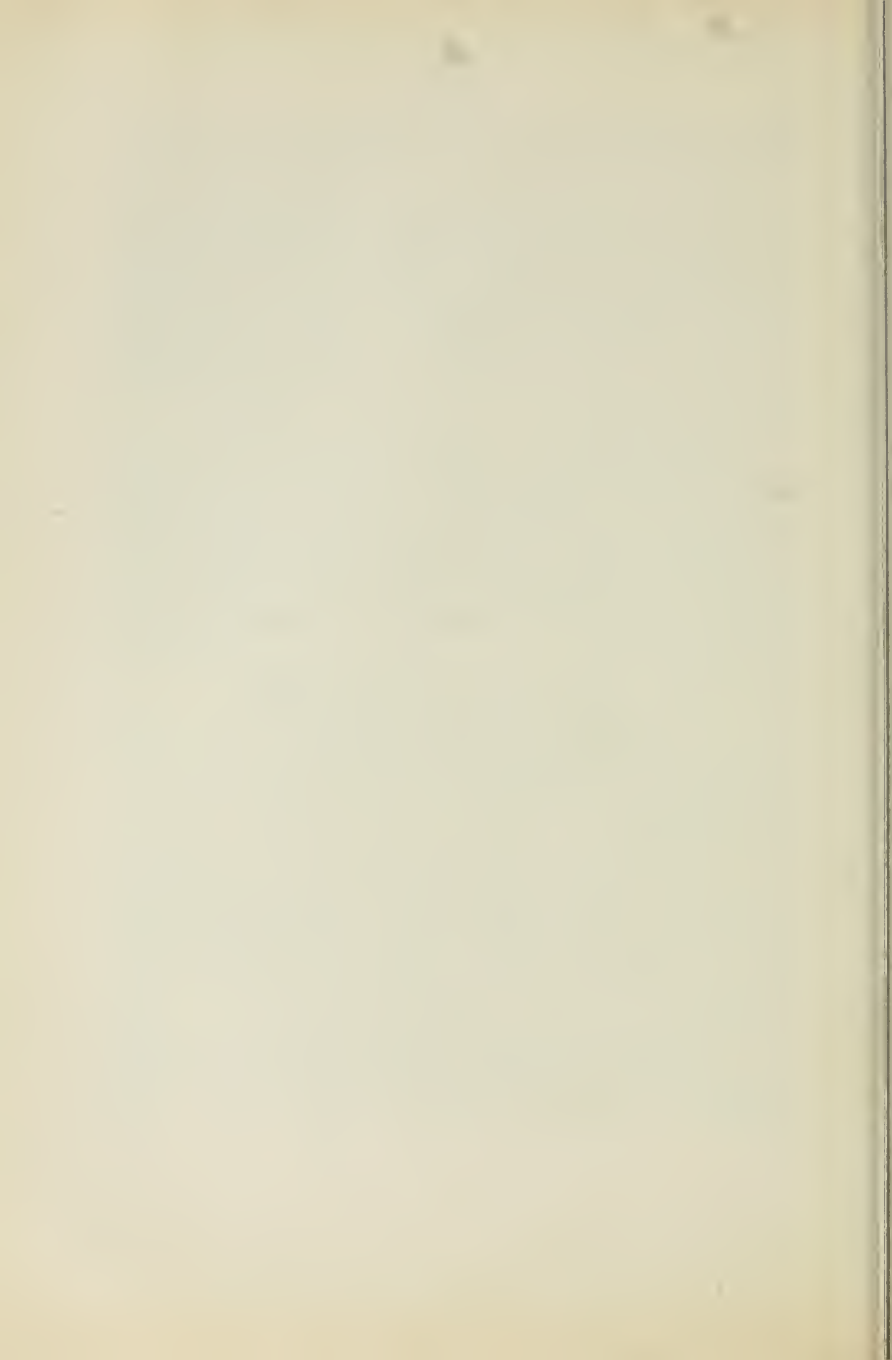
—¿Qué compromiso? preguntó Flon.

—Acompañar y prestar cuidados a ese pobre Velázquez. Usted lo hará por mí. . . .

—Imposible, señor. ¿No sabe usted que soy su enemigo?

—Yo también lo era. Pero para los médicos y los que van a serlo, no hay enemigos cuando las circunstancias nos ponen en el caso de servirles.

Había que ir. La súplica del superior enfermo, adquiría la fuerza de una orden irrevocable.





XLIII.

LA CONFESIÓN.

Mientras tanto, allá en Belén, se libraban los últimos asaltos judiciales para arrancar la confesión a Don Eduardo. Aquello revestía el aspecto de una lucha por los empleos. Escribientes, secretarios, juez, se agitaban en busca del avance que tendrían si “hacían cantar al reo:” el cual a su vez disputaba palmo a palmo el terreno ficticio de su rehabilitación para empleos nuevos. Lucha vital entre amamantados de la Hacienda pública, obstinadamente adheridos a la ubre nutritiva. . . .

Acechaba Marchena, juez instructor, el momento crítico en que Velázquez, agotado, se abandonase a una franca expansión, rarísima en su doblez habitual. Para provocarla, decidió

poner en juego su más sutil dialéctica. Venía la noche. Al sumirse en la sombra, la prisión, de mustia que era, se ponía lúgubre. Marchena contaba con la tristeza de la hora para reforzar la argumentación que preparaba frente al preso, en el cuarto de la Alcaidía.

—¿Qué pena cree Ud. que me corresponde por esta trinquetada? preguntó el ex-Inspector.

—“La pena de muerte;” y Marchena, con ojo atento, escudriñaba, en el semblante de su interlocutor, el efecto deprimente que le producía la terrible respuesta.

—A no ser, añadió que Ud. confiese. La confesión absuelve: no es pura invención religiosa. Lo que salvaría a Ud. sería que apareciese como obedeciendo a cualquiera convicción exaltada, fanatismo por una idea o por un hombre. Pero si niega su intervención como autor, es que no existe tal convicción ni tal fanatismo... Es: uche Ud. las lecciones del pasado. . . . (Aquí Marchena se sentó frente al reo como para un acto de hipnotización oratoria.) De Diomédés, guerrero griego, se lee en la Iliada que, persiguiendo al espion troyano Dolón, lo mata de un lanzazo cuando ya se había rendido, desarmado y temblando. Pero Diomédés no lo niega; lo declara altamente. . . . Si negara, resultaría asesi-

no. Confesando, se eleva al fanatismo patriótico que corta una vida. no importa de qué modo, con alevosía y ventaja. por salvar la flota griega en peligro. . . .

Aquí Marchena posó su mano sobre el hombro de Velázquez aielado. y siguió:

—Otro asesinato noble: en Francia, bajo Luis XIII, un italianito ambicioso, apellidado Concini y que tomó el nombre de Mariscal d'Ancre llegó a dominar en la corte hasta substituir su voluntad a la del mismo Luis XIII. Una conspiración se organizó para librar al rey demasiado joven, de la tutela del intruso. A la cabeza de los conspiradores estaban muchos gentilhombres franceses, entre quienes descollaba el marqués de Vitry. Cierta mañana, a la sazón que Concini entraba al palacio del Louvre, preocupado con la lectura de una carta, cayó muerto a balazos sin que hubiese tenido tiempo de oponer la menor defensa. . . . Fué un verdadero asesinato.—¿“Quién lo mató”? gritó desde una ventana la reina madre, María de Médicis. El marqués de Vitry pudo eclipsarse diciendo: “Fueron mis guardias.” Pero no! El mismo respondió a la reina: “Yo lo maté, de orden del Rey”. . . . No era cierto. El rey no había dado ninguna orden: mas. en presencia de tanta franqueza,

aprobó el hecho consumado gritando desde otra ventana: "Mil gracias! Ahora sí que soy Rey!"

—¡Qué caray! dijo Don Eduardo pasmado, mientras Marchena le acercaba la mano al rostro como para un pase magnético.

—Ahí tiene Ud. lo que puede una confesión en regla. Y si venimos a la época actual, sucede lo mismo. Crímenes y más crímenes, redimidos por buenas intenciones sostenidas. Mire Ud., por ejemplo, el caso del Doctor Koch. ¡A cuántos ha matado con su linfa antituberculosa! Verdaderos asesinatos científicos por salvar a la humanidad bacilaria. Pero no niega: cuando se le presentan las víctimas, las reconoce como suyas, es decir, de su linfa. . . . ¡Ni quien lo toque! Es un confeso.

—Se lo diré todo, exclamó Velázquez, conmovido al parecer por estas y otras razones semejantes. Y plantó en la frente de su juez un beso que circuló luego en gacetillas y crónicas admirativas. ¡Qué talento de Marchena! Se hizo besar por el reo gemebundo, al mismo tiempo que le arrancaba la confesión, como un molar del alma.

La verdad es que la confesión se hizo esperar todavía. Invitado por el juez a declarar en el Juzgado, no se apresuró Velázquez a seguirle.

—Este juez me ha dado la gran lata ¡qué caray!

Se produjo una reacción irónica en argot zarzuelesco:

“Todo ese *intrínquilis* de Diomédes, el marqués de Vitry, el Doctor Koch. . . . puro jarabe de pico. . . . no diré nada!”

—Que te espera el juez, muchacho!

Le hablaba el alcaide, viejo militar retirado que, habiendo conocido a Velázquez muy joven, creía cumplir un acto de buena hospitalidad empleando para con él ese tratamiento familiar. Y agregó:

—Ah! También te espera un auxiliar de la 5ª Comisaría que te trae un recado. Ya lo verás al paso, muchacho!

Efectivamente: andaba el 49 merodeando en los pasillos de Belén a donde llegaba al fin, desde su partida matutina. . . . Escala en varias pulquerías, cuarentena en la puerta de la prisión, libres pláticas con los janitores al reverberar de los cerillos y cigarritos. . . . todo culminando en la arribada al pasillo de comunicación entre juzgados y alcaldía. Por allí iba Velázquez hacia la *reja* mascullando: “¿Qué le he de decir? No le diré nada!”

—Oiga, jefe! Aquí le traigo esta carta, de la 5ª”

Salió del “lóbrego pecho” la misiva que fué leída por el preso a la luz de un farol. En otras circunstancias, aquellas líneas de mecanógrafa, aquel amenazar con el varapalo espinoso de un “huizachero” le hubieran producido algo como el cosquilleo de una mano traviesa. Entonces, le pareció que la histérica de la Canoa, le salía al paso repitiendo su grito acusador.

—“Otra! murmuró el preso; si yo no maté al fraile. . . . Que no me cuelguen esa. Murió de borracho. Se las ponía. . . . Ah! sí que se las ponía!”

Estrujó la carta y se la metió a un bolsillo del pantalón en que su mano tropezó con un bultito.—Era el bulldog de cinco tiros.

Llegó a la reja oprimiendo convulsivamente la invisible armita. Declaró:—“Yo mandé matar a Arnulfo Arroyo.”



XLIV.

EL SUICIDIO.

Pedro Flon había leído “Los Miserables” y el recuerdo del comisario Javert estaba fijo en su espíritu al lado de Juan Valjean. Recordaba particularmente aquel capítulo bajo el epígrafe “Javert descarrilado” en que Víctor Hugo describe con su más terrible estilo la batalla que se libra en la conciencia del gran polizaico entre la ley y el sentimiento. La ley le mandaba que aprehendiese a Juan Valjean; el sentimiento que lo soltase. Lo suelta y se echa él mismo al Sena, solución acuática que no resuelve nada: ni que la ley fuese mala ni que el sentimiento fuese bueno.

Pero en el alma juvenil de Flon, esta zambullida mortal del comisario Javert guardaba todo

el prestigio imponente que se le atribuyera allá, en los más bellos días del romanticismo. Pensando en ello, se dirigía a Belén y le pareció que asistía a un drama análogo. Velázquez desesperado escapándose de Belén; él, practicante, corriendo tras del preso, con su jeringuita de inyecciones calmantes. Todo en vano. ¿De qué sirve en casos graves la de Pravaz? El ex-Inspector la emprendía hacia la Viga, y subido al parapeto de un puentecillo, se encorvaba sobre el canal, se erguía luego y “caía en las tinieblas”. “Sordo chasquido”. “Sólo la sombra guardaría el secreto de las convulsiones de aquella forma obscura, desaparecida bajo el agua.”

Por más que le impresionara el recuerdo de estas frases huguianas, soltó la risa considerando que entre el Sena y el canal de Santa-Anita, había la misma distancia que entre Javert y Velázquez.—“*Distinguo*, dijo Flon, en forma escolástica. En el caso de Javert, la ley le mandaba que aprehendiera al reo y lo puso en libertad. A Velázquez también le mandaba aprehenderlo, y lo mató! Es otro *tinglado!*”

Elaborando sus *distinguos*, entró el estudiante en la prisión a favor del fuero médico.

Dos golpecitos en la puerta mal cerrada.—

“¿Quién?” gritó Velázquez tendido a medio vestir, y saltó de la cama con el revólver en la diestra. Abrió la puerta, y ante el aspecto nada agresivo de Pedro Flon, se repuso de la halucinación que le fingió asaltos vengadores.

Reinaba la penumbra. Una llama de vela temblaba en la mesa de centro, tras de volúmenes dispuestos en pantalla por el preso para eclipsar al Juárez y al Cristo. Alternaban en el montón novelas de capa y espada, con devocionarios pertenecientes a la alcaidesa—inefable consorcio de Dumas y Lavalle. Junto a la vela, tintero, pluma, papeles, con escritura reciente. Velázquez se apresuró a recogerlos y guardarlos, como también la pistolita.

Expuso Flon su mandato, ofreció sus servicios casi profesionales, en nombre de Sergio enfermo.

—“Pues sí, amigo mío: se me abrió el tablado” dijo Velázquez sentándose al borde de la cama en actitud desfallecida.

Había en aquella frase un grito del alma. Velázquez no se descarrilaba del mismo modo que Javert. Nada de lucha entre la ley y la conciencia. Sólo le atormentaba el escozor de no haber podido representar el papel ambicionado. Convencido de que, en lo humano, todo se subordina

al formalismo, que cada vida se desarrolla a través de la *kermesse* social sobre escenarios de ficciones, consideraba su fracaso como un accidente pavimentario. *Se abría el tablado*, cesaba la mímica oficial y policiaca. . . . “¡abajo el actor!”

—¿Qué me receta, doctorcito?—Llegaba el ex-Inspector a una de esas situaciones en que se solicita el consuelo del primer venido, mucho más siendo éste un soldado científico, aguerido en el arte de auxiliar a los accidentados. Sólo que Flon no se había visto nunca en presencia de semejante accidente. Ebrios caídos y por caer, contusos, quemados, heridos de bala o cuchillo, machacados de tranvía. . . . que se los dieran! Pero eso de levantar el espíritu de un hombre que desfallece por haberle salido mal un plan de linchamiento, eso no estaba en sus libritos, ni en la Terapéutica de Manquat, ni en los formularios de Dujardin, Bouchardat, etc. ¿Qué recetarle? Un excitante, puesto que el paciente flaqueaba. Inútil recurrir a la Farmacia de Belén; la traía consigo, diminuta, en forma de tubitos: uno con pastillas de estriquinina se imponía.—“Rey de los tónicos nervinos, *Strychnos nuxvomica*, árbol de la energía, aquí de tu quinta esencia!” invocó mentalmente el estudiante, mientras disolvía tres pastillas en el fondo de

una copita. Solución concentrada, dosis maciza, como convenía a la postración intensa.

Siempre en mangas de camisa, con el cuello desnudo, la cabeza inclinada, la barba hirsuta sobre un plastrón ajado, Don Eduardo guardaba en aquellas postrimerías algo del aspecto y actitud de Arroyo aprisionado en la camisa de fuerza.

Con lánguido ademán llevó la mano al bolsillo y tembló al contacto del revólver. Más que el miedo a la muerte, le espantó la imposibilidad de fingirla. ¡Si pudiera hacer la de Carlos V! Tenderse en un ataúd, asistir a un simulacro de propios funerales, darse por muerto, y seguir viviendo. . . . Imposible! O que bastara un aparatoso *rozón de bala*, entre cuero y carne, como los de los enamorados. . . . También imposible!

Pegarse en firme, con balas que no fueran de miga, perforarse el cerebro, masa insustituible con un encéfalo de cartón. . . .brutal realismo que ponía en erección de horror su joven vitalidad trigintenaria.

Armado de la jeringuilla de Pravaz, se dirigió el practicante al deprimido: lo flanqueó por la izquierda, y levantada la manga hasta la axila, le inyectó en el brazo toda la dosis.

Velázquez se puso en pie, circuló por la pieza

con agitación creciente. El estudiante reconoció con sorpresa que la onda de excitación estrícnica provocaba reflejos hiperbólicos. Produjéronse espasmos, constricción gutural y gritos de “agua! agua!”—“Pero yo no he sobrepasado la dosis tolerable,” se decía Flon acercando un vaso a los labios convulsos del sediento. . . . “Más les he aplicado a los borrachitos caídos, y se levantan serenos”. . . . Los ojos saltados del ex-Inspector iban con ansia de Flon a Arroyo. . . . aquel Arnulfo Arroyo enclavado por el delirio en la crucecita de ocote.

—“Deme más agua, hasta ahogarme!”

El practicante buscó en sus tubitos la inyección favorable . . . Morfina, aconitina, cocaína, ergotina, todos excitantes, ningún calmante, ni aun la atropina, reputada tal, sin que calme de otro modo que matando. . . . —“¿De qué sirven los *ina*? ¿De qué sirve la de Pravaz?” murmuraba sacudiendo la inútil jeringuilla. . . . Corrió a la botica, en busca de calmantes heroicos. . . .

Resonó una detonación. Acudió el alcaide. . . . “¿Qué pasa, muchacho?” . . . Velázquez caído en el suelo, respondió con un estertor y nada más. A la luz vacilante del cabo de parafina, vió el

alcaide en la sien derecha del preso un ojalito de que pendía una cinta de sangre.

Llegó Flon, agitando con cucharilla el tilo, el azahar, la lechuga, la goma, el cloral, la valeriana, todos los calmantes mezclados en un vaso. Y reconociendo la muerte del paciente, “Lástima! exclamó; *se me fusiló* en pleno tratamiento.”

—¿Qué hacer? dijo el alcaide rascándose la oreja el tiempo indispensable para discurrir un expediente. Hombre de formas curialescas, se preocupaba de dar al suceso “cierta corrección oficial.” ¿Cómo pudo descubrir la pistolita (*corpus delicti* comprometedor para un alcaide) si escondida en el colchón había entrado y salido por invisible brecha practicada en la envoltura? Con ayuda de Flon, extendió en la cama el cadáver despojado de pantalón y calzado, lo instaló bajo sábana y cobertores, saliente el brazo derecho, la pistola al canto.

—Así, bien arropado, tardará más en enfriarse, dijo el alcaide. Sólo falta que Ud., doctorcito, recete algo para tenerlo caliente hasta que venga el juez.

—Hay varios modos de calentarlo. . . . pero sin receta, respondió Flon, decepcionado de los formularios.

.....

Relato de un periódico al día siguiente, con varios paréntesis del autor:

“En la mañana de ayer entró el alcaide al cuarto de Don Eduardo Velázquez diciendo: “Levántate, muchacho; no seas flojo” (llamamiento ficticio). El cadáver del ex Inspector yacía en la cama, con el cráneo agujereado por una bala . . . Cuando lo reconoció el juez estaba caliente (calor ficticio, dispuesto por Flon.) Entre los papeles que dejó, se encontró una disposición testamentaria, según la cual, legaba sus bienes a los pobres.” (Testamento ficticio, porque luego apareció otro legalmente válido, en favor de su futura).

Así acabó, entre ficciones, un hombre que vivió y mató fingiendo.



XLV.

UNA "LOA" IN EXTREMIS.

Saliendo de Belén, se dirigió Flon a la casa de su jefe y amigo enfermo en la calle de Santa María la Redonda.

Después de una noche de delirio, vino una remisión matutina, gracias a la cual pudo Esteban Sergio comunicarse con su practicante.

La noticia del suicidio le removió la entorpecida ideación.

—Es absurdo! ¿Cómo pudo matarse así ese hombre? Una bala en el cráneo no es la solución que eligen los caracteres oblicuos. Son locos rectilíneos los que van de ese modo, derecho a la muerte; y entre nosotros, sacando las muchachas histéricas y los jóvenes epilépticos, los rectilíneos son muy raros. En México, los hombres de acción

componen la legión de los *planistas*. Es esta la tierra de los “planes rancheros.” El planista se mueve por sesgos contra los otros; nunca contra sí mismo. . . . Ese suicidio es ilógico.

No creyó prudente Flon revelar a Sergio que había en él la lógica de la estricnina.

Medio incorporado en la cama, los ojos inyectados, los labios trémulos, el tifoso parecía dispuesto a afrontar la muerte emitiendo como Sócrates supremas verdades. . . . La infamia no era de Velázquez: la causaban degeneraciones sociales que, de largo tiempo atrás, tenían su manifestación en la policía. Mucho tiempo hacía que los jefes empleaban al gendarme urbano, ya como guardián de la calle, ya como espion o esbirro. El guardián serio, “*rara avis*,” incapaz de servir para otra cosa que para vigilar en su *punto*, se veía desdeñado por el superior jerárquico bajo el calificativo de “mula”. . . ¿De qué servía que la indumentaria fuera progresando? Se la hizo avanzar del sombrero ancho al kepí, de la chaqueta al dolmán entorchado, del guarachi a la bota con polaina. . . . Habéis engalanado sus manos labriegas con zurrone de hilaza, le habéis provisto de revólver y garrote simbólico (tranca de la ley) en lugar del antiguo machete. ¡Muy bien, como maniquí pre-

sentable! Pero siempre la misma calaña. ¿Le habéis dado algún bagaje moral? ¿Habéis elevado su espíritu a la comprensión de los nobles deberes? ¿Le habéis inspirado horror a la cuchillada por detrás, sin el cual le faltará energía contra los asesinos? . . . Nada! Su mentalidad de sabueso alquilado permanece la misma que allá, en la época de los Othón Pérez, los Ramón Fernández y demás Gobernadores—mandarines al estilo chino.

Desde aquellos tiempos se formó, al lado de la policía visible, una policía vergonzante, en que, con varios disfraces, entraba de todo: tinterillos peligrosos, militares tan “suelos” que no cabían en el “Depósito,” pseudo-periodistas, simples vagabundos utilizables. . . . todos asalariados de los fondos secretos del Distrito, todos tan buenos para un barrido como para un fregado en materia de domesticidad política. Porque eran *políticos*, figuraban como agentes subrepticios en la cosa pública, clubs *populares*, colegios electorales, etc. Su función de perseguidores se ejercía en las galerías del Congreso, en las redacciones opositoras, hasta en los corrillos de calle o cantina, donde quiera que podía infiltrarse y recoger materia para delaciones. No todos se denunciaban a sí mismos por su torvo aspec-

to de sicarios. Los había finos, elegantes, de sombrero alto, levita, cuello “parado,” fistol, áurea cadena y bastón. . . . Personajes! De entre ellos salían los esbirros de pistola, más perversos acaso que los de puñal, encargados ya como duelistas, ya como padrinos, de suprimir “desafectos,”

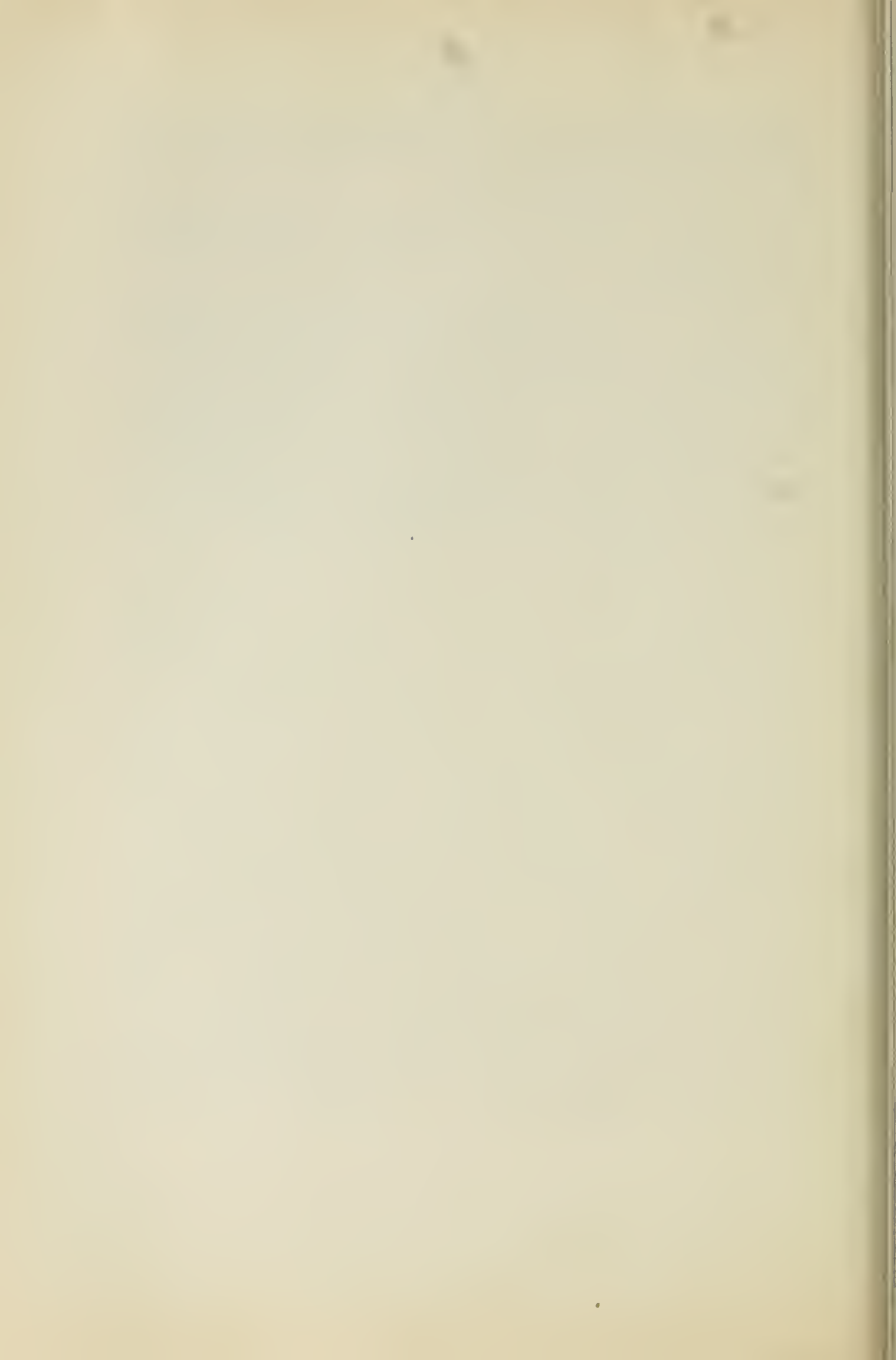
Y el “esbirraje” se propagaba de la policía a todas las ramas de la administración, en forma de interventores rufianescos que, con diversos nombres, esgrimían chicanas e intrigas contra funcionarios y ciudadanos.

Todo eso existía antes de Velázquez, existe ahora, existirá después de él. Una policía corrompida, débil contra el infractor, cruel contra las víctimas señaladas “de arriba.” Un palacio de la “Diputación” escuela de acanallamiento en que se ganaban títulos de “malditos” Velázquez se encontró con ello, y se adaptó al medio; no hizo más que continuar la tradición; aun se elevaba sobre ella. ¿No respetó a los que, como el oficial Monroy, se rehusaron a prestarle ayuda en el linchamiento? Escrupulos monjiles que los viejos sátrapas ahogaban en sangre. . . . “¿Se mató? ¿Conque deveras se mató, y con pistola! . . . Si todos los polizaicos expiaran igualmente, habría una de traquidos que ni en sábado de gloria! . . . Es un Dimas entre mu-

chos Gestas. Le han querido hacer cargar a él solo con la infamia común.”

—¿Y el *asesinato* de Tortolero? interrumpió Pedro Flon.

—Grave! Tiene la gravedad perdurable de una conseja. . . . Así pudiera desenterrar al cura, evidenciar el alcohol homicida, engurgitado según costumbre. . . . La conseja que brotó armada del cerebro de Elvira Resendis, acogida con deleite por ávidas credulidades, cayó fecunda en la masa imaginativa. Será indestructible.





XLVI.

HUMANIDAD LOBUNA!

Rendido al esfuerzo, hundió Sergio su cabeza en la almohada. Sobrevinieron temperaturas bajas, pulso lento, atonía. Se delineó el *tifo frío*, forma gravísima en que el organismo siderado se niega a defenderse de la infección con la fiebre. Al ataque de los microbios, sucedieron otros. Requerimientos de Don Camilo, Comisario de la 5ª, para que Sergio se presentara en la Sección acéfala: requerimiento de un juez instructor para que pasase a rendir declaraciones sobre enchilladas discutibles.

“El Doctor Sergio, enfermo de gravedad, no puede venir” expuso Florín, en nombre del paciente.

—¿Cómo'. Un empleado, servidor de la

nación ¿se atreve a declararse enfermo sin papel timbrado? . . . Multa . . .

—Ha de saber usted que el enfermo no puede moverse, ni escribir, ni pensar; que el coma . . .

—Esa es buena! Que coma . . . Para eso sí no está impotente: para comer.—Pues dígame que, de no presentarse, necesita prueba pericial de que está enfermo, so pena de destitución de empleo.

“Famoso empleo! decía Flon, mientras se retiraba del juzgado. Suturar la piel del prójimo, arregar la propia todos los días, en contacto con infectados vivos y muertos todo por ochenta pesos al mes. Famoso empleo! ¡Y que haya más de cuarenta médicos, que en caso de vacante, se atropellarían por solicitarlo!”

Preocupado con la situación de su jefe, el estudiante no reflexionaba que por menos dinero (25 pesos al mes) arregaba él mismo la salud y la vida . . . Urgía salvar a Sergio de una cesantía *in articulo mortis*. Y para ello había que recurrir, por primera diligencia, al testimonio de “médicos amigos.” La amistad enemistosa de los galenos militantes escapaba al análisis de Flon. A su espíritu juvenil no se presentaban como completamente traidoras las demostraciones de compañerismo. Así es que con alguna fe se mo-

vió en busca de dos “queridos colegas” del enfermo.

El momento era aciago. Reinaba una epidemia moral en el mundo hipocrático. El mecanismo de propagación en esta clase de epidemias reconoce por punto de partida un suceso morboso que va provocando imitaciones directas y reflejas. Si el suceso es, por ejemplo, un robo sensacional, no sólo engendra muchos ladrones, sino también muchas acusaciones de latrocinio. La ambición de Velázquez, después de producir asesinos, llamaba en tropel a los delatores. De ahí que la eterna misantropía entre Sangredos y Purgones se ejercitara en planes de acusaciones mortuorias.

Muy ocupados con ellos los “queridos compañeros” de Sergio no tenían tiempo para ocuparse de él. En vano el estudiante llamó a sus puertas.

En paños menores, ante el espejo, el Dr. Gordete, admiraba el efecto de unas hermosas ligas para calcetines; descolgaba luego el pantalón de un aparato suspensor intitulado “fijapliegue.” Estas faenas no le impedían discutir con un licenciado amigo sobre los medios de acusar de asesinato a Birján, culpable de haberle arrebatado un cliente laringítico que sucumbió en manos del segundo al practicarle la traqueoto-

mía. Sábelo Birján y dejó un rato el pókar para conferenciar con un compadre de rebites sobre las mejores artimañas para acusar a Gordete de asesinato en la persona de Doña Filomena Cebada de Cedillo, afligida de antiguos achaques.—“¿Y Gordete la operó mal?” preguntó el compadre.—“Al contrario, no la operó. . . . y precisamente. . . . la mató *por abstención*.”

Con tan importantes asuntos de por medio, faltaba tiempo para reconocer la gravedad de un “estimado compañero.” Casi corrido el estudiante decidió acogerse al Dr. Penequez. Pasó por la Alameda rumbo a la Tlaxpana.

—“Yo también voy; el destino—me puso en vuestro camino.”

¿Quién, si no la poetisa inédita, Elvira Resendis, podía lanzar a Flon ese rimado apóstrofe? Sentada en un banco, cerca de la Venus de bronce leía la “Patología Patriótica” cuando vió pasar a Flon, quien le comunicó sus correrías hechas y por hacer.

En previsión de exámenes de Medicina, Elvira se atracaba de tecnicismos. Cuando interrumpió la lectura para acompañar a Flon, su espíritu flotaba sobre toda especie de derrames: ascitis, hidroceles, hidartrosis. . . . terminajos horribles, rebeldes a la rima. Horribles también

las prosaicas inflamaciones en *itis*. ¡Y los tumores en *oma*: glioma, sarcoma, encefalematoma, que no parecían más que con broma, carcoma y otros prosaísmos cacofónicos! Apenas si le gustaban las *algías*; y de todo el antipoético vocabulario sólo podía exceptuar “enfisema,” dulce consonante de *poema*; sin contar ¡ para nada con *enema* que le representaba la más grosera y baja Terapia.

Estas divagaciones abrían tregua en la histérica a sus reminiscencias de Tortolero, y sus pesadillas por Velázquez. Enternecida por el estado crítico de Sergio, olvidó también la participación que tuvo Penequez en su ingreso a la Canoa. Con voluntad generosa decidió acompañar a Flon hasta la antesala misma en que otro día, conducida por Carriles, esperó su turno de presentación a la eminencia médica de la calle del Chirimoyo.

Entraron a la antesala, desierta a aquella hora matutina. Se vino Eduviges acongojada y misteriosa.

—Válgame, niños, qué hora de venir! El doctor está en junta de médicos. . . . una muy buena de veras, con los doctores Hermundio y Carriles. De seguro que se trata de enfermo grave

y harto rico. Tendrán que esperar largo rato a que salga. No le toquen!

Esta recomendación final fué hecha con el índice extendido hacia la puerta mal cerrada del gabinete. Se escapaba por ella el ruido de una discusión animada.

—¡Cómo quisiera oírla! Una junta de médicos, y qué junta!—Sometida al debate—la vida de un magnate! Resuenan las teorías, los sistemas ¡y qué bonito, cuando acabada la melopea de diagnósticos, se levante el médico de cabecera a entonar el pronóstico!

No pudo Flon sofocar la risa ante ese imaginar de la histérica, concibiendo la junta como una pieza orfeónica. Risa amarga, en verdad, porque embargado por su idea dominante, pensaba en las víctimas del oficio que, como Sergio, se morían en el abandono sin médicos orfeones.

No obstante, nuevo Adán arrastrado por la curiosidad de la hembra, Pedro Flon se aproximó tras de ella a la puerta del Consultorio. Las voces se percibían bastante para hacer comprender que se trataba de un plan, cuyo fin era hacer quitar su empleo al facultativo Pedroza, recién nombrado médico de hospital, para dárselo a Carriles. Exponía Penequez la conveniencia

de mandar al buen Pedroza enfermos graves en demanda de operación.

Carriles—Ya le mandé uno, y lo operó.

Hermundio.—Lo mató, por supuesto.

Carriles—No; desgraciadamente va bien.

Penequez.—Una rareza. . . . Hay que mandar-le otro y otro. Al fin tendrá su muertazo.

Hermundio.—Y que suene!

Carriles—Si no, le haremos ruido.

Hermundio.—Una acusación por la prensa.

Penequez.—¡Qué prensa! Ella vendrá después. Primero contratamos a un pelado para que, con ayuda de huizachero, presente ante un juez (como pariente del muerto) la acusación de asesinato por impericia.

Carriles.—Exhumación, autopsia, y sea lo que fuere, un escándalo mortal.

Hermundio.—Pero Pedroza se defenderá ¿y nosotros? . . .

—Nosotros al paio. Defendemos a la humanidad desvalida!

Aquí acabó la audición de la joven pareja. “*Fugiamur!*” exclamó Elvira en un arranque latino; y precedió a Flon en su conjunta huida de la famosa clínica del Chirimoyo.

“Nada que hacer aquí. . . . ¡Insensato de mí que he venido a buscar un servicio de solidaridad

profesional en el seno mismo de la traidora intriga!”

Así hablaba Flon regresando de la Tlaxpana.

—Yo creía que los médicos se juntaban para obras de paz ¡oh, la paz!. . . .

Y Elvira terminó con un hondo suspiro.

—Se juntan para la guerra, replicó Flon. . . . Yo ya debía saberlo por los corrillos. Cuando tres médicos se ponen en rueda, es para *rodar* a otro. Guerra al empleo, guerra por el cliente. Mutualismos de mercachifles. . . . “Yo te doy el empleo; tú me das el cliente; ¡Ay de tí, si no me das algo!”

—¡Qué desengaño, amigo Flon! Todo ese batallar en el campo de la ciencia. . . . “Cuando la ciencia es el asilo único.—En que se encuentra verdadera paz.”—Con las manos en alto, la histerica insistía en pedir paz al cielo encapotado de Septiembre. Sin duda vió por él cruzar el espectro lívido de Tortolero, porque prosiguió: “Paz en la tierra, padre! Ya estás vengado; ya se mató Velázquez!”

—Infortunado Pedroza! continuó Flon indiferente a los devaneos de la estudiante: no tiene como Carriles una suegra potente. . . .

—¿Cómo! ¿También las suegras batallan?

—Y en las avanzadas. Si pudiera Pedroza

ofrecer esa y otras influencias comadreras a la codicia de ambos compadres, no se vería amagado por una acusación de asesinato.

—¿Y porqué no ocurrir a él para el certificado de Sergio? interpeló Elvira.

—Cierto! La firma del buen Pedroza, desdeñado por su modestia, no impresionará tanto a los curiales como las de esos farolones. En cambio, tendremos cerca de nuestro enfermo un alma sana.

—Pobre amigo mío! exclamó Pedroza, con sinceridad rarísima en el oficio cuando Flon le hubo expuesto el objeto de su visita: voy a verle, acompañado de algún médico de buena voluntad.

Horas después, los doctores Pedroza y Pinillos llegaban a la casa del enfermo. ¿Cómo sucedió que el práctico Pinillos, utilitarista por esencia, perdiese un tiempo precioso en servir a un colega atribulado?—Caso de conciencia que sólo él se puso a debatir consigo mismo. “¿Conque está muy malo el compañerito? ¿Y su empleo?—Ochenta morlacos al mes. Pero dicen que van a aumentar el sueldo a cien pesos, puede ser que hasta ciento cincuenta. Y disminución del trabajo, con dos médicos por Sección. . . . De malo que es, el empleo lleva trazas de convertir-

se en bueno. Necesito saber a qué atenerme.” —Y volviéndose a Pedroza suplicante: “Vamos a verle. Esto me perjudica en mis negocios; pero ¿qué no se sacrifica por un estimado compañero en la desgracia?”

Encontraron al enfermo en pleno letargo, agotado, las turbias pupilas dilatadas, como en contemplación atónita del “más allá.”

Inútil pareció a Pedroza el certificado de enfermedad cuando la agonía se anunciaba. Pero Pinillos creyó conveniente fingir un sereno optimismo.

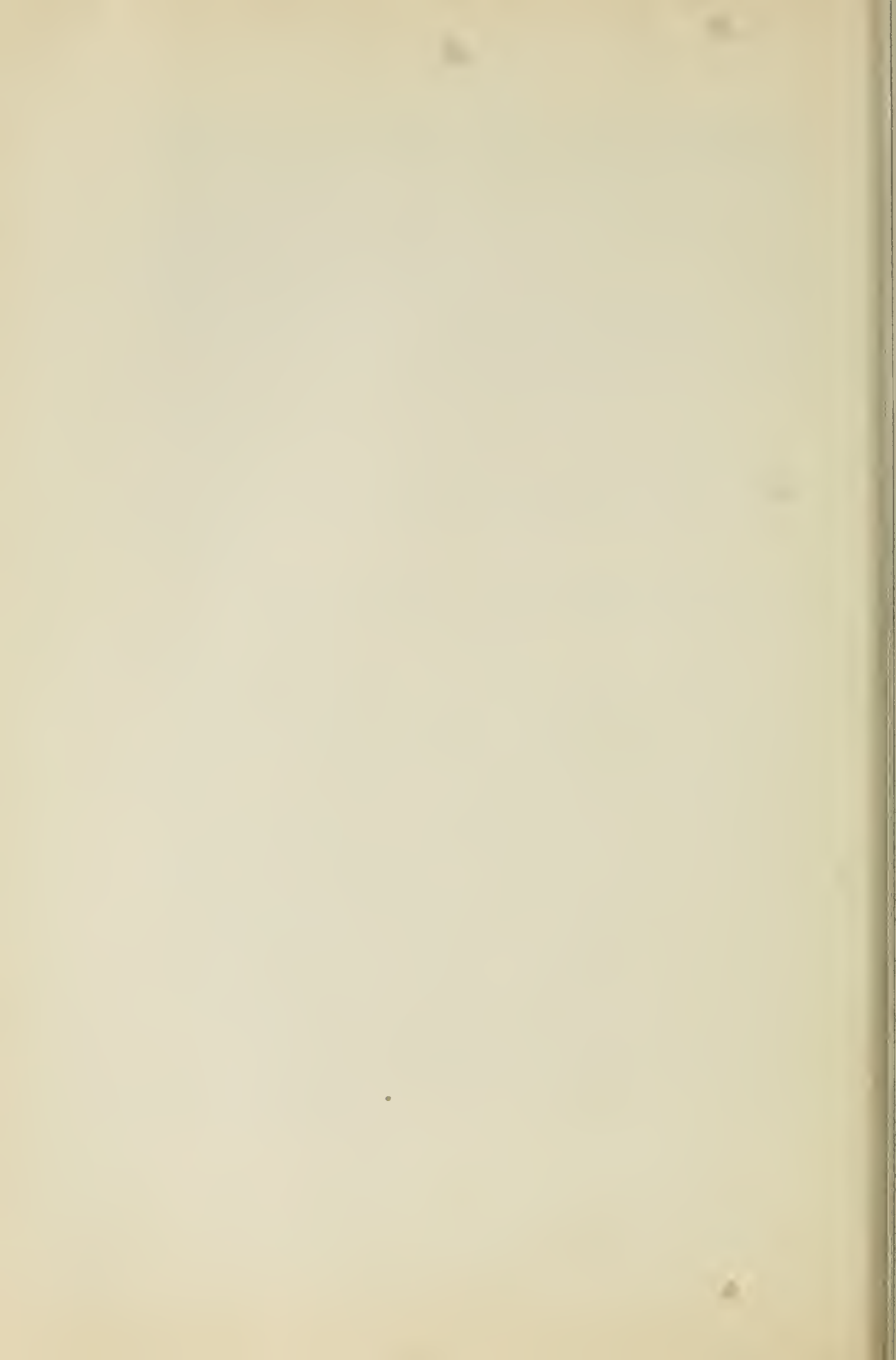
—No está muy mal. Crisis agravante que pasará. . . . Peores los he visto, y se han levantado, tan horondos!

¿Para qué declarar la gravedad suma? Se morirían los pretendientes y había que “madrugarles”. . . . Cosas de Pinillos que el alma infantil de Pedroza no comprendía bien. Con su profunda competencia de médico legista, Pinillos redactó un certificado de enfermedad, “bastante en derecho” para evitar la cesantía de Sergio entre la vida y la muerte.—¡Ojalá no tengamos que extender pronto el de defunción! dijo Pedroza firmando y pasando la pluma al práctico.

Los estertores del enfermo corroboraban el fúnebre pronóstico.

—Morirse?—No es tan fácil! *Non e lo stesso morire que parlare della morte.*

Con esta salida italiana levantó Pinillos la sesión. Se fué solo, en un coche de punto, camino de Palacio. Convencido el gran práctico de que Sergio “no pasaría la noche” iba a pedir para sí mismo el empleo del moribundo.





XLVII.

LETRA Y MÚSICA DE FRAY JOSÉ.

Aquel día, 24 de Septiembre, en que Velázquez se mató, mientras Flon corría y Sergio agonizaba, las campanas de la ciudad de México tocaban más de lo regular. Marcaba el calendario la Virgen de las Mercedes, fiesta celestial, que pedía repiques. Los de la Iglesia de San Diego se distinguían de los demás por una especie de sonoridad inteligente. No en vano Fray José añadía las funciones de campanero a las de subdiácono por vocación extraviada. Nada tenía él de común con esa clase vulgar de tañedores que baten mecánicamente el bronce como pudieran varear alfombras en las azoteas. Pulsar la campana como un instrumento músico, dar al toque cierta expresión correspondiente a estados.

afectivos, impresiones vagas, ideas flotantes. . . .
era lo propio de Fray José.

Sin facultades para predicar ni confesar, pobre clérigo de órdenes menores, le faltaba la expansión saludable que sus exuberancias de apóstol hubieran podido encontrar en la sagrada cátedra y en el tribunal penitenciario. Las indignaciones contra el pecado se le exaltaban con la obstrucción. Acabó por ver en la ciudad de México una segunda Gomorra digna de fundirse en la resina hirviente de sus calles recién asfaltadas. Le irritaban aquellos pujos de embellecimiento que divisaba desde el campanario. Fachaditas con bustos en cueros, modelados por maestros albañiles, como las cariatídes de abajo; adesios en bronce como los *indios verdes* de la Reforma y los leones del Mirador de la Alameda. Ramplonadas caras que costaron. . . . “¿Y a mí qué me importa lo que hayan costado a la nación?. . . . *Procul negotiis!*” clamaba el padre, con la angustia de no poder hacer un sermón sobre “las disimulaciones artísticas de la avaricia.” Al revés de los místicos tartufos, Fray José detestaba la mímica; consideraba la hipocresía como uno de los polos de la perversión mexicana, cuyo polo antípoda consistía en grosero cinismo. Decía. . . . Pero ¿qué había de decir en

claro, con la boca tapada? Los cánones son implacables. . . . “Nada de confesonario, nada de púlpito. Calle el subdiácono Fray José!”

Forzado al silencio, iba a hacer sus prédicas ideales en el campanario, a golpes de badajo. Allí, sintiendo agitarse a sus pies la ciudad corrupta, el padrecito se transfiguraba. Era como uno de aquellos visionarios de la antigüedad bíblica que veían muy hondo, en un dorado presente, las causas secretas de la ruina final. Isaías descargando sobre Jerusalén maldiciones parabólicas. Las parábolas de Fray José se desplegaban en batir de alas metálicas, tomaban por acaso la forma de *sentencias* murmuradas, más que dichas, entre retumbos sonoros, al oído de imaginarios penitentes. Cuando aquel día llegó a la Iglesia de San Diego la noticia trágica que recorría la ciudad, Fray José conmovido sintió ansias de derramar su espíritu en repiques. Se acercaban las doce. Subió los toscos escalones del caracol, recogióse la sotana hasta la cintura. Unos instantes, al nivel de una rendija, se detuvo para echar una ojeada inquisitiva a la casa contigua, la de las Cariátides, judicialmente clausurada. Ya no más caballos piafando en el patio, ni visitas presurosas, ni cortesanos solícitos, con coche a la puerta. Ya no ruido

de platos, ni aquellos hervores preparatorios que turbaban con tentaciones de banquete la castidad estomacal de Fray José. Cándido ausente andaba por Belén, demostrando su cándida inocencia al comprar los cuchillos. Sólo quedaba junto al cancel, bajo una de las pétreas cariátides, un gendarme apostado, en son de guardar a una finca criminal. Más acá, Tomasa ociosa, viuda de su brasero, dormitaba en cuclillas, la cara encajada en la palma, el codo en la rodilla; empotrada al parecer en la escalinata como viva cariátide.

—*Quantum mutatus ab illo!* murmuró el fraile. Casa maldita! También ella se ha suicidado.

En el campanario una lengua metálica comenzó a agitarse. Tan, tan-tin,—tánn! Era la “flaca.” Fray José espaciaba los golpes de badajo, según tiempos y medidas de propia inspiración. Dos notas breves, un corto silencio, una apoyatura seguida de largo silencio, otra nota aguda, y vuelta a empezar. He aquí los balbuceos del subdiácono en los toques pausados precediendo a las doce: “Os la voy a decir ¡oh gentes de abajo!. . . Los del Portillo a la Mariscalca,—los del Mirador y Puente de San Francisco,—os la voy a decir—la nueva del día y de la hora.—Atención! Allá va!”

El fraile pasó de la flaca a la gorda y empuñó el badajo mayor. . . .Tón!—tón!—tón!. . . .hasta doce. A cada golpe le daba la expresión de algo consumado, irremisible. “Fué.—Sucedió.—Murió.—Se mató:” Los toques fueron desarrollándose *in crescendo*, sacudidos con acentuado vigor desde el décimo, fingiendo la detonación, seguido del oncenno hueco y grave como un ronco grito, hasta el toque final, en cuya prolongada estridencia se expresó el desplome del cuerpo y la fuga del alma.

Siguió el repique, pero no en honor de la Virgen de las Mercedes, como la iglesia lo mandaba; sino por el suceso del día en gárrula andanada de raudos estrépitos con la “chiquilla,” lanzada a vuelo para pregonar el comentario. Una algarabía escandalosa en que resonaban maldiciones proféticas.

—“Ay de tí, ciudad de esbirros y sicarios!”

Ejercía el fraile su providencia sobre los cómplices de Velázquez. Los veía salir impunes de Belén. Poco a poco el mal se extendía: la ciudad se poblaba de tropas lobunas; acudían de todos los ámbitos del país las recuas humanas degenerando en camadas.

—“Hasta que nos barra el yankee fiero!”

Así clamaba, con el badajo, aquel Isaías de torre-cilla.

Por la tarde, la casa de las Cariátides se animó; abriéronse puertas y ventanas: llegó el dueño, llevado en andas, metido en un cajón con amarres de plata. Lo tendieron en el salón, entre ocho cirios. Cerca estaba el diván rojo, destinado a voluptuosos enlaces: en los muros, nin-fas y faunos se debatían interminablemente. Con-junto y detalles, todo guardaba el sello del go-zador parrandista. Sólo en la alcoba los dos trajes de desposada, el negro ostensible, el blan-co arrumbado, proclamaban el drama nupcial.

Entre los papeles que dejó el suicida en su cuarto de Belén se encontró un documento de le-gado universal de *sus bienes para los pobres*. Por ende, la clase de los Arnulfo y de los Mila-nés, toda la bohemia indigente de la ciudad de México, heredaban la finca mortuoria, *bien* prin-cipal del testador. Pero ¡pobres de los pobres! Se encontró luego un testamento precedente, con más títulos colorados en favor de la novia. El último legado resultaba un “timo” a los pobres. La ficción sobrevivía al gran fingidor policiaco que pagaba el rescate de su alma con moneda falsa.

Venía la noche, y a favor de la sombra, el res-

plandor de los blandones de cera se proyectó en la Rinconada. Atraídos por el rumor “está tendido Velázquez,” los vecinos acudían. Al punto que en la torrecita de San Diego sonaron los preludios de la “oración,” un grupo de contemplativos se formó en la acera, bajo los brazos en arco de una cariátide. Poco a poco nuevos ciudadanos mal perjeñados llegaban y se detenían, la nariz en alto, la boca entreabierta.—Tónn, tónn, tónn. . . prorrumpió Fray José tocando el ángelus.

De memoria de una vieja portera de la Rinconada, jamás se vió tanta gente en aquel callejón sin salida, de ordinario desierto. Eran vagabundos, rateros, ebrios, mendigos, toda suerte de estropeados físicos y morales. Eran los *pobres* de la ciudad que venían a ver *su* casa y a olfatear el cadáver del muerto donador, cuya disposición testamentaria, firmada en Belén, había repercutido en los barrios. Pero los *pobres* no podían entrar, mantenidos a raya por el férreo cancel. Sólo un momento lo abrió Tomasa para dejar pasar a una joven enlutada.

Después de la oración, el repique se prolongó de modo extraño. No era difícil observar que el subdiácono se entregaba a fantásticas tocatas. En buena hora que “la gorda” emitiese sonos

lastimeros con un ritmo lento. . . . Eso equivalía a doblar por el muerto de abajo. Pero ¿qué significaban aquellas campanadas jacarandosas lanzadas de repente, sin tón ni són, con la “flaca” y la “chiquilla?”—Carillón de opereta alternando con trágicos tañidos; risas y suspiros; alma vibrante de campanero derramándose en bíblicas sentencias.

“Murió el pecador; pero vive el pecado. Tras de la cruz de un muerto sigue el diablo vivo. No siempre acaba la rabia con el rabioso. Lobo muerto no hace muerta camada.”

Abajo, en el patio, la joven de negras ropas, conmovida con el campaneó, elevó su voz hacia la torre:

—Campanero! ¿por quién tañe
Tu campana vocinglera?

—¿Qué dice?—replicó el padrecito; y como la respuesta tardara, prosiguió sus dobles, impregnados de ironía.

Otra vez la joven, pegándose al muro, lanzó su acento chillón de tenaz neurópata:

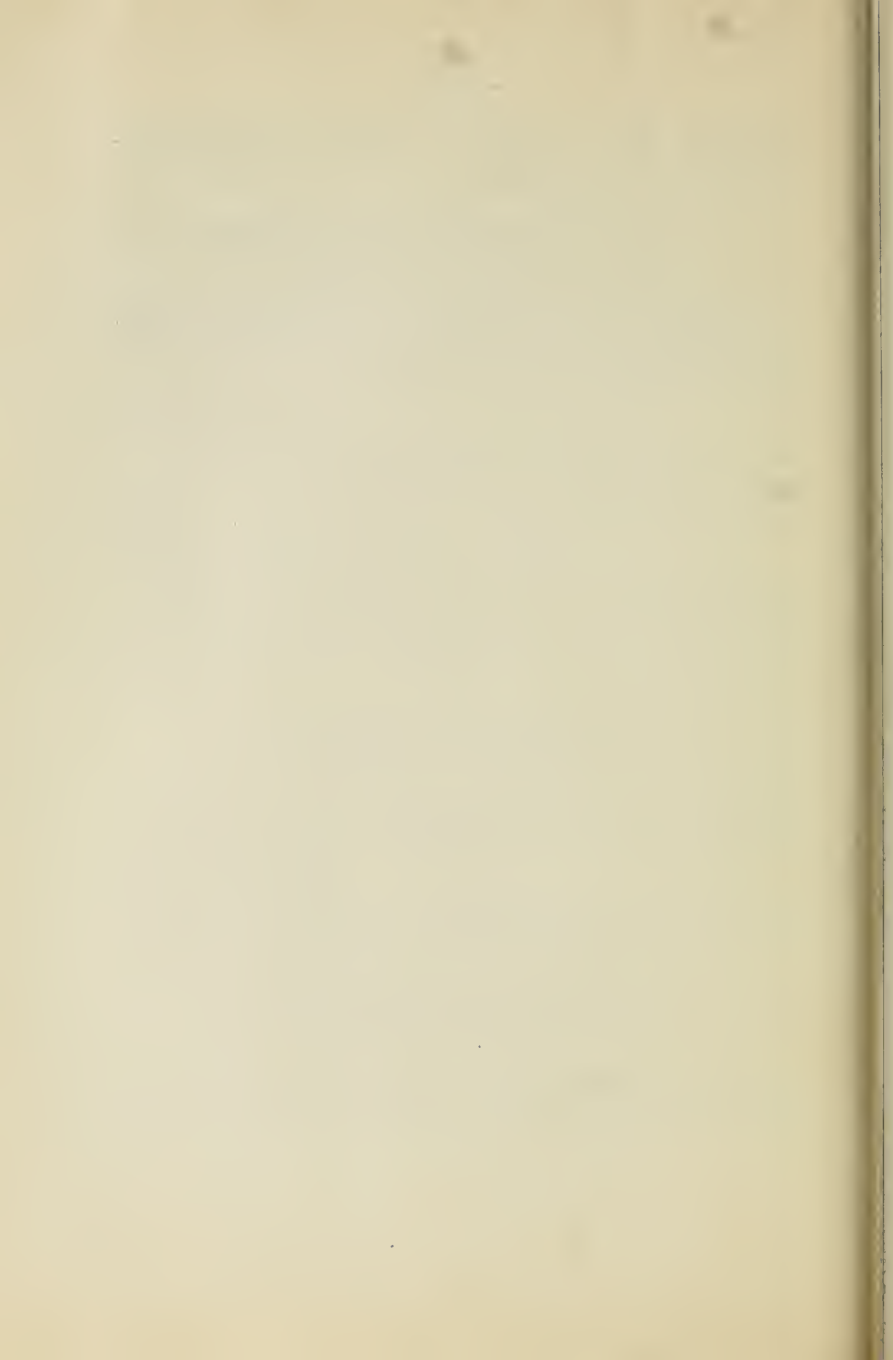
—Campanero, ¿por quién tañe
Tu campana vocinglera?

Al fin el subdiácono, bajo el contagio lírico que ascendía, señalando a la multitud miserable

agolpada junto al cancel, echó el segundo hemistiquio de redondilla:

--Por los *pobres*; no le extrañe,
Que se quedan en la acera.

--Niña Elvira, véngase a rezar! gritó de adentro Tomasa.





XLVIII.

LOS ENTIERROS.

Al otro día (25 de Septiembre), fué el entierro. Señores “de la mejor sociedad,” entre quienes no escaseaban “padres de la patria,” es decir, dijtados y senadores e “hijos de la patria” simples covachuelistas, “secretos” y otros ministriles, formaron negro pelotón ante la de las Cariátides. Acto continuo, se dejaron llevar en wagones de discretas cortinillas escoltando al féretro del suicida hasta el Panteón del Tepeyac.

Una conseja popular, tan arraigada como la del asesinato del padre Tortolero por el Inspector, se ha obstinado en contar que aquel cortejo de enlutados se movía en pos de un maniquí, simulación macabra de un suicida hipotético cuya real personalidad vivía fugitiva.

Dejemos al pueblo, niño grande, que se divierta en tragar grandes ruedas de molino; dejemos a los graves enlutados en la montaña fúnebre del Tepeyac; dejemos sus chisteras y levitas cruzadas inclinarse ceremoniosamente ante la fosa donada a perpetuidad al ex-Inspector, en nombre de la villa guadalupana agradecida. . . . Y vamos a la 4ª calle de Santa María la Redonda para asistir, desde su punto de partida, a otro entierro, modesto en verdad, sin conductores de sombríos arreos ni caballos empenachados. Entierro pobre y rápido, como correspondía a un médico de comisaría, víctima del horrible tifo. . . . No hacía veinticuatro horas que había sucumbido el Dr. Esteban Sergio. Pero urge que los apesados se vayan de prisa al hoyo. Los vecinos lo piden; la autoridad lo exige. . . . Ah sí! Hay que hacerle justicia a esa buena autoridad. Ella, que tanto se resiste a declarar que un servidor público está gravemente enfermo y en imposibilidad de trabajar, muéstrase en extremo diligente para que se lo lleven bajo tierra.

Es lo que consideraba Pedro Flon recordando sus penosas correrías en busca de médicos firmantes. Odisea inútil! Un brusco e intenso colapso eliminó a Sergio de la vida y del presupuesto, en la madrugada del 25.

A fuerza de súplicas, pudieron Pedroza y Flon obtener en el Distrito que se le diese una “paga de marcha” reducida a la primera quincena del mes siguiente o sean cuarenta pesos destinados a pagar sus últimas deudas, más una fosa de ínfima clase y tiempo limitado en el panteón de Dolores. La perpetuidad del subsuelo mortuario está reservada a la grandeza.

Los muertos chicos van aprisa. No tanto por las precauciones antisépticas que los rodean, como porque la marcha del féretro no se retarda con las manifestaciones de la vanidad enlutada.

—“Aprisa!” dijo un conductor de gorra a un cochero de sombrero ancho. Al zurriagazo, las mulitas emprendieron su carrera hacia el Zócalo. Era un wagón de segunda para los pocos dolientes: raros médicos y practicantes de comisaría, entre quienes figuraban naturalmente nuestros Pedroza y Flon. Habían surgido a última hora, en los otros, buenos sentimientos de simpatía compasiva por el difunto, e iban a expresarlos en el convoy, con sus levitas negras salpicadas de sangre y permanganato. ¿Cómo había de faltar Elvira Resendis? Poco le importaba ir sola entre varones, a ella, quien, con su nueva vida estudiantil, había abatido los tabiques convencionales que separan los sexos.

Tras del período de excitación vengadora, su histerismo evolucionaba hacia la melancolía, la hacía solazarse en las expediciones fúnebres; mucho más, cuando la pobreza del ceremonial daba libre vuelo al sentimiento.

Arrebujada en su tapalito, en un rincón de lantero, permanecía inmóvil, entregada a contemplar los contrastes de la vida y de la muerte cada vez que el carrito fúnebre luchaba por abrirse paso a través del movimiento creciente de la ciudad central, por Santa Clara y Tacuba, hasta el Zócalo. Allí el muerto y su cortejo enderezaron el rumbo hacia el campo-santo.

—“¡A Dolores!”

Serían las cinco de la tarde cuando el wagón verde de los enlutados corría tras del ataúd por las calles del Refugio y Espíritu Santo, rebosantes de pedestres y vehículos.

En aquella tarde del fin de Setiembre las nubes en huelga omitieron su ordinario regadío vespertino. De allí que “todo México” se echara a las calles del circuito elegante. Confluían los tipos disímbolos, “catrines” y “pelados,” charros floridos y yankees escuetos; la española ondulante tropezaba con la enhiesta *lady* chicaguense. En la esquina del Coliseo gentes de co-

leta y chaquetín alternaban con pelotaris y artistas tanderos.

—¡Ole los del Camposanto!

—¡Viva la corrida de Josafat!

Saludos irónicos a la sencillez del morir
Hubo un tiempo en que se llevaban plañideras al entierro: el modernismo tiende a sustituirlas con bufones Volviendo a la derecha, por vía insólita, la de San Juan de Letrán, el convoy fúnebre desembocó por la Avenida Juárez. Desfilaba el “todo México” que rueda. No había hijo de vecino, capaz de instalarse más o menos decentemente sobre un sistema de ruedas que no saliese a rodar en dirección a Chapultepec. Rodaban pobres y ricos, honestas damas y meretrices. Rodar económico de ciclista, rodar bamboleante de calesín a tiro de jamelgo. rodar solemne de carroza todos los rodares paralelos, confundidos por el nivel igualitario de la calzada pública. Aquella tarde, la vida aparecía por su moderna faz, como una lucha por la rueda. Rodaban los médicos, embutidos en sus cajas de exhibición profesional. Rodaba Birján en una victoria que no le pertenecía más que a medias: había pagado la mitad con el producto del azar en una noche de buenas: la otra mitad, pagadera a plazo ya vencido, se había disipado

en una noche de malas. Rodaba Carriles en un *trois-quarts*, cuyo pago había caucionado su suegra Doña Anacleta, la cual no le había cedido el uso más que a condición de proveer cada día al *gasto* conyugal con veinte pesos ganados en visitas. Como el cumplimiento de la condición faltaba diariamente, tocaba a Doña Anacleta sufragar por el coche y por el *gasto*. Causa era aquello de que Carriles fuese preocupado, al parecer por la ciencia, en realidad por la amenaza que una madre demasiado política le hiciera de suprimirle el rodante usufructo. Rodaba Penequez, en cupé, leyendo devotamente no se sabe qué libro de oraciones. Rodaba el práctico Pinillos quien, con la empírica incertidumbre de obtener el empleo del difunto Sergio, habíase apresurado a armarse de carricoche, al crédito. Y echando chispas con la pedrería de su anillo y demás dijes rodaba Gordete en un faetón que le permitía exhibirse de cuerpo entero.

En la glorieta de Carlos IV, la vida y la muerte se separaron. El médico muerto se desvió por Bucareli, mientras los vivos la emprendían por la calzada de las vanidades, apellidada en un tiempo “del Emperador” (Maximiliano I), después “de la Reforma.” ¿Qué importaba a los *queridos compañeros* que se fuera a la tumba uno de entre

ellos, víctima del oficio? No ganarían clientela con hacerse ver en su séquito.—Arrea, cochero! Los muertos pobres van aprisa En la calzada de Chapultepec, el carro de Sergio alcanzó a otro convoy todavía más pobre. Era el carro de “los insolventes” destinados a la fosa común. Pintarreado de negro, carromato más que carro, érase un furgón de carne humana, transportada gratis, con malos empaques. En la cubierta, iba un hombre que, sin duda, no había cabido en la plataforma, ocupada por el fúnebre auriga y un muchacho encargado de flagelar a las mulas, como los antiguos *sotas* de diligencias. Tendido boca-abajo, en equilibrio inseguro sobre el techo plano, el hombre sacaba de vez en cuando una botella y echaba un sorbo.

Era el muerto Chon del Hospital San Pablo. La hermosa tarde le convidaba también a rodar hacia el sol poniente: y rodaba como podía, encima de sus autopsiados. Cerca ya del cementerio, saludó el arribo con un trago a boca de botella y un trozo favorito de fuente zarzulesca:

A beber! a beber! a beber!
La espuma del licor

Y fué saliendo del negro furgón toda aquella

humanidad hacinada. Había aristócratas relativos con cajón barnizado, guarnecida la tapa de cruz de hoja de lata: otros a la ligera, entre tablas en bruto, mal liadas con cuerdas, a falta de cerraduras. Más modestos, los descajonados disimulaban su desnudez bajo una sábana o con simples andrajos. Unos y otros iban bajando a la fosa común, precipitados por los enterradores, en capas alternantes de carne y tierra, a golpes de pala.—También Chon paleteaba.

A corta distancia, entre las tumbas pobres de 5ª clase, enterraban a Sergio. El cortejo de raros dolientes se apresuró a disolverse en silencio. Nada de oraciones fúnebres. ¡Es tan vulgar eso de que un médico muera de tifo contraído en el perro oficio, que no había gran cosa que decir! Sólo Pedroza, Flon y Elvira Resendis, permanecieron junto a la fosa del médico en grupo pensativo. . . . Los pensamientos se expresaron: ¿No habrá una lápida para recordar a nuestro amigo?—¿Quién se la ha de poner?—Sólo nosotros. . . .—Estamos tan pobres que ni para una de cantera. . . .

Desviándose de allí, se encontraron con amaragos contrastes ante ricos mausoleos. Mármoles y jaspes les pregonaban glorias póstumas en honor de agiotistas banqueros. Pero Elvira,

toda sentimiento, no estaba para consideraciones sociales. Aquellas calles de túmulos, cipreses suspirantes y plañideros eucaliptus, la inclinaron a las postreras languideces.

“La rosa blanca es una flor tan triste,
Hay en su palidez tanta amargura” . . .

Así devanaba a Camprodón, en presencia de unos corolas que ni eran rosas, ni eran blancas. Y viendo la hojarasca y otras basuras barridas por el viento, se echaba sobre Grilo:

“Decidme lo que canta la hoja seca
Cuando pasa rodando por las tumbas.”

Como Pedroza y Flon, distraídos de su tristeza por estas salidas poéticas, no pudieran menos de subrayarlas con risillas, Elvira se apartó de ellos, exclamando con el acento de una Ofe-
lia inconsolable:

“Sólo en la paz de los sepulcros creo.”

Se fué hacia el sitio de las fosas comunes adonde acababa de llegar otro furgón mortuario. Afanosos los enterradores abrían un nuevo hoyo para la nueva remesa. Ayudaba Chon, azada en mano, disfrutando de un ejercicio que le permitía aligerarse del alcohol con sudores profusos.

—Oye, Chon! ¿Dónde enterraron al padre?

Inclinada al borde de la fosa, Elvira dirigía su pregunta bajo la obsesión de un *alma en pena* y un cuerpo mal sepultado. De todas las obsesiones que pueden afligir al neurópata, pocas tan fuertes como la de sepultar dignamente a un malsepulto. Dormido, le ve en pesadilla; despierto, *se le aparece*. . . . siempre el mismo acreedor implacable de una tumba. Sentimiento naturalista que retiene largo tiempo a la orilla del mar, en expectación ansiosa, a seres normales, dolientes de un ahogado. . . . De ese sentimiento está llena la antigua Literatura. Las mejores partes de la Iliada rebullen al rededor de cadáveres cuya honrosa incineración disputa el afecto de unos al desprecio de otros. Menelao, Ajax, el mismo Aquiles, nunca se muestran tan bravos como cuando se trata de defender a Patroclo ya cadáver. ¡Hasta los caballos del divino Aquiles gimen sobre esos restos insepultos!

Lo cuenta Homero. Mentiras sublimes: sollozos animales, no menos humanos que los de la viuda y la madre de Héctor frente a su cadáver arrastrado. —Andrómaca, Hécuba, inmortales plañideras de insepultos queridos. . . . Ninguna tan intensa como Antígona. En ella fijó

Sófocles el tipo de la pasión amante que sobrevive al ser amado, vela por el honor y el reposo perdurable de sus restos. Bajo penas severas, ordena el tirano Creón que se niegue sepultura al rebelde Eteocles, cuyo cadáver yace fuera de Tebas, abandonado a los carnívoros. No hay más que una transgresora: Antígona, que sale a cubrir con tierra el cuerpo de su hermano. Condenada, por una extraña ley taliónica, a morir sepultada viva en una cueva, se adelanta al suplicio ahorcándose allí mismo.

--Aquí no más, al ladito, fué donde echamos al padre, respondió Chon, dentro del hoyo.

--Es decir, que si escarbaras un poco por allí, lo hallarías! Y lo enterraríamos solo, en tumbita aparte. Andale Chon!. . . . Que me lo halles... Te daría! . . .

--¿Qué me daría, niña? ¿Algo para mi pulquito?

El muertero se puso a cavar al lado, llamó en su ayuda a otro enterrador. Parecían mineros persiguiendo una veta.

--Yo lo conocería al padrecito por los zapatos. Aquí hay pies. No; no son! A ver si aquellos.

Una ráfaga hedionda subió de aquel viejo ha-

cinamiento removido. Aparecieron cráneos desnudos, brazos y piernas pudriéndose en confusa mezcla, manos y pies descarnados como garras de momia.

--¿No es éste? ¿y éste? decía Chon tirando de una y otra tibia. . . . --Tampoco éste; tiene muchas puñaladas, parece ser Arnulfo Arroyo.

--Escarba, escarba! gritó Elvira, la garganta hecha nudo.

--¿Acabaremos! increpó un guarda del cementerio, irritado de ver que empezaba a pardear, sin que se vaciase el furgón.

--A otro día, niña. Ya buscaré mañana por otro ladito, exclamó Chon saliendo de la fosa.

Descendió al fondo la carretada de "insolventes," huéspedes gratuitos del subsuelo, destinados a próximo lanzamiento por el Estado sepulcrero.

Alejóse Elvira expresando en carcajada mal reprimida un amargo escozor. La muerte se le acababa de presentar tan miserable e irónica como la vida. Atormentada por la obsesión sepulcral de Antígona, no encontró al muerto. . . ni siquiera una cueva donde estrangularse con sus desengaños.

En las entrañas de la tierra vió reproducirse

el desorden de la superficie: unos aglomerados en estrechez horrible. otros adueñándose de amplios espacios con beatitud decorativa.

A la puerta del cementerio la esperaban Pedroza y Flon. Retrasados a causa de ella, habían perdido la corrida de 6 h. 30 m. Decidieron irse a pie para tomar la directa en la parada de Chapultepec.

Silenciosa la joven siguió a sus compañeros que también callaban, melancólicos. La noche invadía el llano, por donde los tres atravesaban. Allá, hacia el Oriente, un vago resplandor se levantó de la ciudad que comenzaba a iluminarse.

¿Cómo pudo Elvira leer, en aquella luz, la futura conflagración de la tierra, la chamusquina de la paz mexicana, gracias al desenvolvimiento de las camadas chichimecas? Videncia extraña, elaborada en su alma de histérica, por el influjo pesimista de sus dos compañeros. Uno y otro le transmitían en silencio los tenebrosos presentimientos de sus amargas unidas.

Volvió la vista atrás, hacia el panteón envuelto en la sombra... ciudad muerta tan intranquila como la viva. El padre Tortolero perdido para siempre en la fosa común; Sergio se perdería también dentro de poco. Boztezó con uno de sus

bostezos nerviosos, anunciadores de una crisis poética.

Toda su amargura se condensó en una paráfrasis con que rompió el triple silencio:

YA NI EN LA PAZ DE LOS SEPULCROS CREO!

FIN.

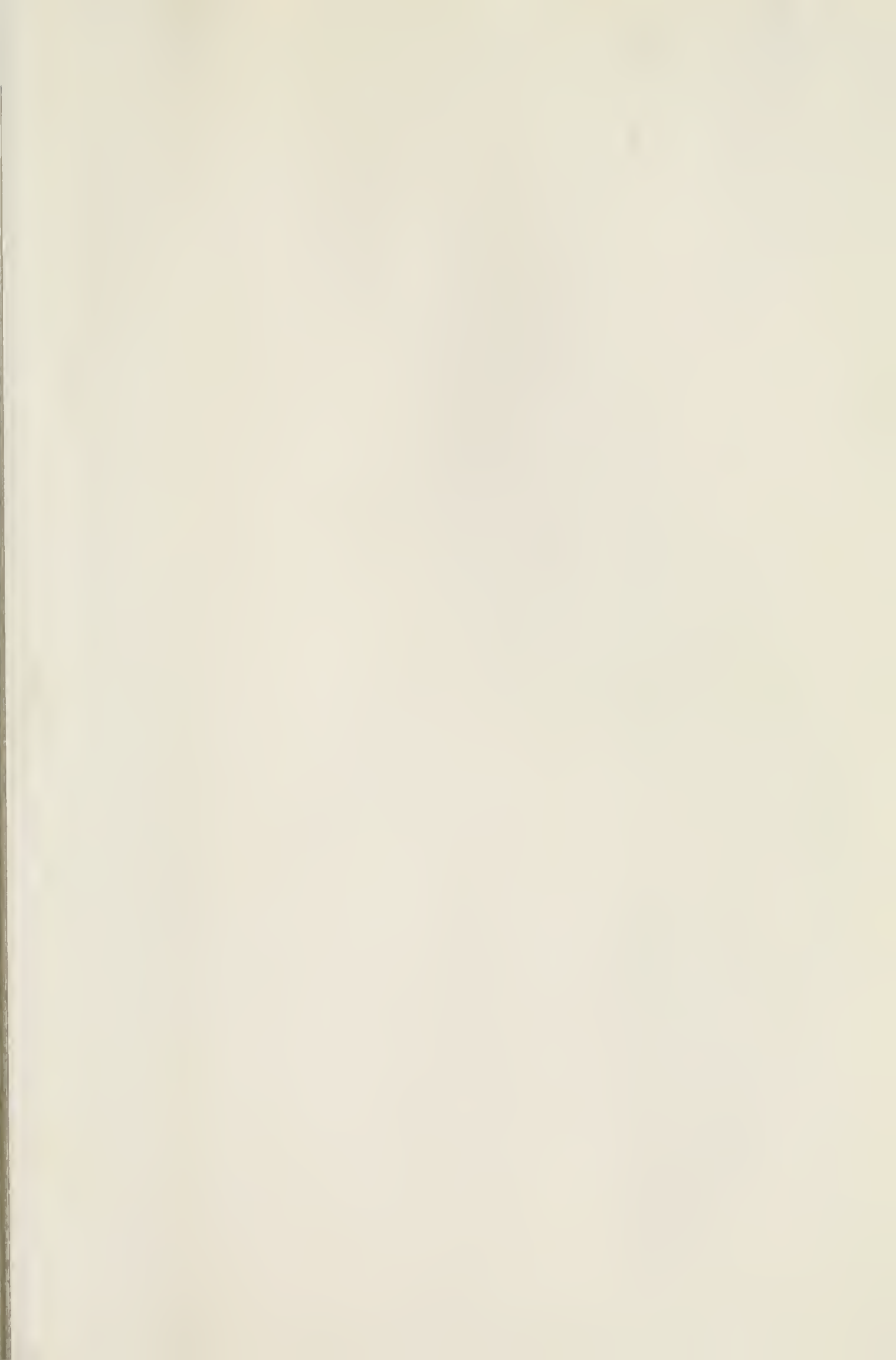


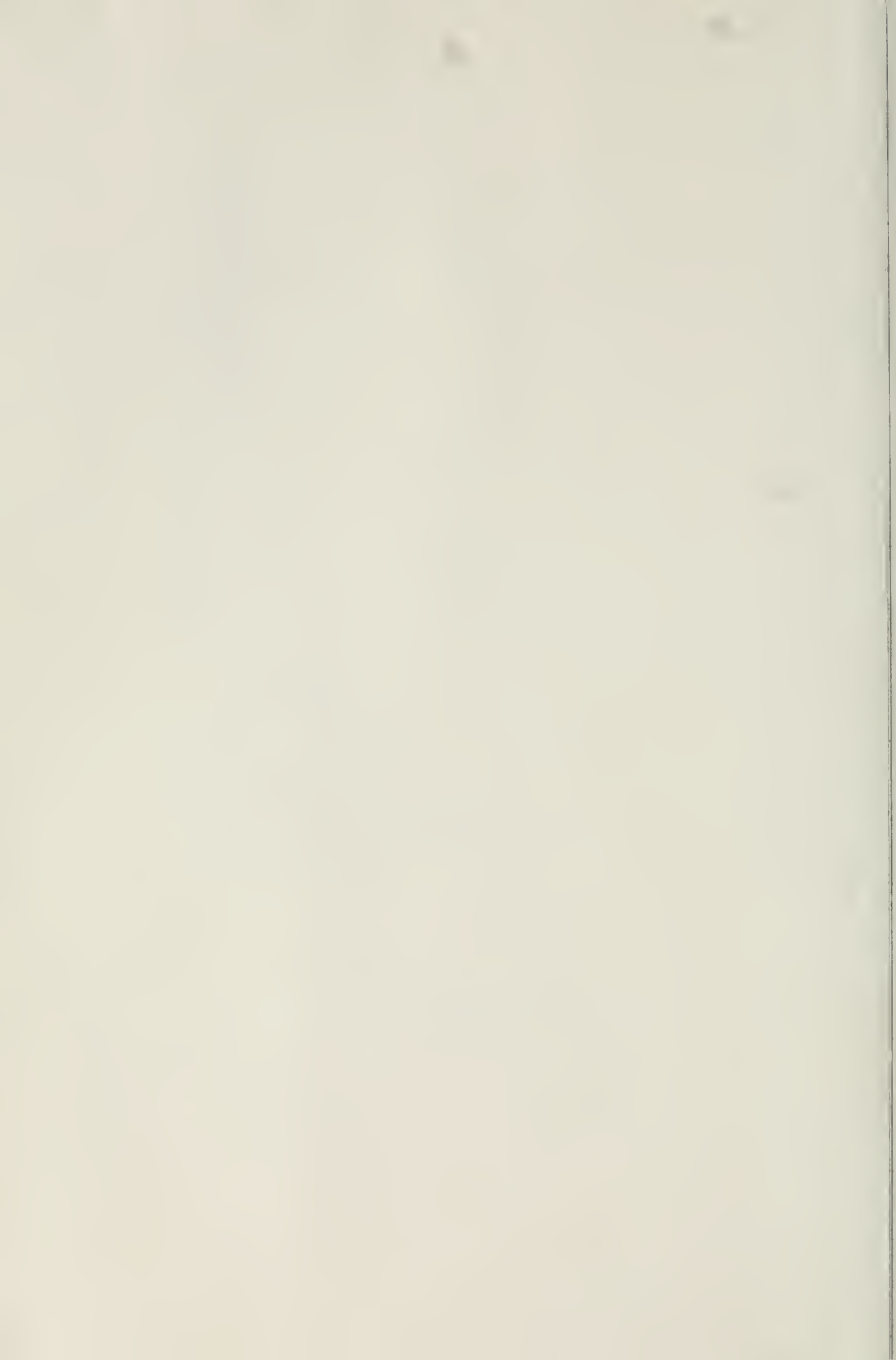
INDICE.

	Págs.
Prólogo.....	4
I. En la Sección Médica de la 5ª Demarcación.....	5
II. La Policía y la Polística.....	11
III. Un ebrio auxiliado.....	15
IV. Cómo empezó una "mala noche".....	20
V. Cómo acabó la mala noche.....	33
VI. La ración de muertos.....	53
VII. En el "Anfiteatro".....	71
VIII. En la casa de las Cariátides.....	103
IX. El despertar de una histérica y de un "crudo".....	122
X. Intermedio de Box.....	131
XI. Una flor y una trompada.....	135
XII. Las fuerzas de arriba.....	145
XIII. Elvira Resendis arranca en verso.....	167
XIV. La demencia oficial.....	177
XV. En busca de eminencias.....	195
XVI. El eminente Don Antón Penequez.....	217
XVII. "De dormida".....	227
XVIII. Un caso de desdoblamiento.....	231
XIX. Dos compadres.....	245
XX. En los limbos del crimen.....	259
XXI. En que Arnulfo Arroyo echa la "loa" y Flon una epístola.....	271

	Págs.
XXII. Velázquez tentador y Arnulfo tentado.....	281
XXIII. Carriles "se recibe".....	289
XXIV. Velázquez "comprende la situación".....	299
XXV. Una escena de magia médica.....	305
XXVI. Esperando la "Oposición".....	309
XXVII. La Tamalada.....	315
XXVIII. La "Oposición".....	327
XXIX. El Anónimo.....	339
XXX. Socialismo inconsciente.....	351
XXXI. La trompada al Caudillo.....	365
XXXII. Conforme a la Ley.....	371
XXXIII. "El agua de la muerte".....	379
XXXIV. ¡Mátenlo!.....	383
XXXV. Una camada de siete.....	395
XXXVI. De cómo le "dieron agua".....	401
XXXVII. Elvira y Flon archivados.....	409
XXXVIII. La ofrenda al Caudillo.....	413
XXXIX. De cómo un Inspector comienza a ser "Ex".....	425
XL. ¡Agua!.....	431
XLI. ¡Más agua!.....	437
XLII. Venganza y Tifo.....	441
XLIII. La Confesión.....	447
XLIV. El Suicidio.....	453
XLV. Una "loa" in extremis.....	461
XLVI. Humanidad lobuna!.....	467
XLVII. Letra y música de Fray José.....	479
XLVIII. Los entierros.....	489

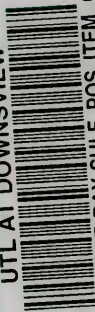








UTL AT DOWNSVIEW



D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 11 09 14 11 004 6